

ELIZABETH BOWMAN

*Adonde*

VUELAN *las*  
GOLONDRINAS

UNA HISTORIA SOBRE LA GUERRA DE SECESIÓN, SOBRE LAS IDEAS DE LIBERTAD,  
SOBRE LA ESCLAVITUD, SOBRE LA ESPERANZA DE QUIENES VUELVEN A PESAR DE  
HABERLO PERDIDO TODO.

Lectulandia

¿Qué lleva a un hombre a la crueldad con otro hombre? ¿Qué lleva a una sociedad a esclavizar a sus semejantes, a tratarlos con desprecio, a considerarlos una mercancía? Esas preguntas son las que se hace Rebecca Hale cuando llega desde Inglaterra al sur de los Estados Unidos, a Old Oak, una plantación en la que el maltrato es moneda corriente, en la que la crueldad se exhibe como un trofeo. Contratada para trabajar como institutriz, Rebecca debe lidiar con el carácter irascible del dueño de la hacienda y con el orgullo sureño que no termina de aceptarla como una igual.

A pesar de los castigos y de las persecuciones a los esclavos que se escapan, las ideas abolicionistas de libertad e igualdad se extienden, y la disparidad entre el Norte y el Sur hace que el país esté a punto de la fractura. No del todo ajena a la inminencia de una guerra, conmisericordia de los esclavos, Rebecca los visita en sus barracas para llevarles la comida que les es escatimada, el abrigo que falta, la compañía que borra las fronteras entre blancos y negros. En esas circunstancias de desasosiego, encontrará en el hermano del dueño de la plantación y conocido abolicionista un par con quien compartir ideas, anhelos y ver llegar las golondrinas que vuelven todos los años.

Cuando estalle la Guerra de Secesión, sin embargo, lo que quedará será la desolación, el abandono, y los protagonistas de esta historia deberán dispersarse, aunque muchos de ellos intenten volver de esa diáspora.

Elizabeth Bowman ha escrito una novela que retrata la crueldad del hombre con el hombre, los horrores de la guerra, las ideas de libertad. *Adonde vuelan las golondrinas* es una historia de un tiempo y sus protagonistas, una profunda reflexión sobre la condición humana.

**Lectulandia**

Elizabeth Bowman

# **Adonde vuelan las golondrinas**

ePub r1.0

Titivillus 23.12.15

Título original: *Adonde vuelan las golondrinas*  
Elizabeth Bowman, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Si le hubiera cortado las alas habría sido mío, no habría escapado.  
Pero así habría dejado de ser pájaro. Y yo... yo amo a los pájaros.*

*Txoria txori, Mikel Laboa.*

# PRIMER VOLUMEN

# CAPÍTULO 1

Cypress Lodge, Greenbrough, sur de Inglaterra, 1859.

—**M**artin acaba de romper nuestro compromiso —anunció Rebecca y se llevó el dorso de la mano a la nariz y contuvo un sollozo.

A continuación, dobló la carta que sostenía entre sus manos insistiendo dolorosamente en los tres dobleces del papel, suspiró en profundidad y se mantuvo con la cabeza inclinada y vuelta a un lado.

Los rayos de sol entraban de forma oblicua en la estancia atravesaban los paneles de colores que conformaban la vidriera de la sala de té y creaban un hermoso sendero luminoso donde danzaban millones de partículas de polvo. Y en ese perfecto halo de luz permanecían suspendidas durante unas milésimas de segundo, hasta que se deslizaban de forma cadenciosa desde lo alto de la colorida cristalera hasta el sucio suelo de tabla. En un rincón, frente a la chimenea, un esquelético gato color ceniza al que le faltaba la punta de la cola se doblaba en contorsiones imposibles para limpiarse las partes nobles y carecía de todo atisbo de dignidad tanto en su pose como en su concienzuda tarea. Sobre todo, al ejecutar ambas delante de tres damas.

—¿Así? ¿Sin mediar palabra? —Violet levantó la vista de la labor con un marcado ceño fruncido que le otorgaba un severo halo de displicencia—. ¿Y a través de una simple carta? ¡Inadmisible! —Meneó indignada la cabeza sin dejar de resoplar. Dos mechones cortos se soltaron de las horquillas que los prendían encima de cada oreja—. ¡Qué despreciable cobarde!

—¡Violet! —La amonestación de la señora Hale desde su posición frente al fuego no sirvió para calmar los ardientes ánimos de la menor de sus hijas, aunque sí para espantar al afanoso gato, que abandonó la estancia convertido en una exhalación grisácea. Tampoco sirvieron de incentivo la intencionada elevación de cejas en dirección a Rebecca o la sonrisa llena de dientes con que pretendió silenciar a la vehemente joven. La indignación de Violet resultaba en esos momentos muy superior a cualquier intento de persuasión—. ¡Te prohíbo que hables en semejantes términos de nuestro querido Martin!

—¡Pero es cierto, madre! ¿Acaso no es un despreciable cobarde? ¡Oh, santo Cielo, siempre lo ha sido, el muy...!

Apretó los labios y de un fuerte tirón rompió el hilo que unía su aguja al bastidor.

—Violet Hale, modera tu lengua cuando hables de nuestro...

La joven resopló de hartazgo.

—¿En serio vas a tolerar este comportamiento en tu querido Martin? —Abandonó a un costado de la silla la labor al tiempo que alzaba la barbilla hacia su abatida hermana mayor—. ¿Después de haberla sometido a diez años de tedioso compromiso, ahora ese maldito decide romper la relación? ¿Y acaso tú vas a cerrar los ojos y a obviarlo todo? ¡Por Dios, resulta imperdonable! —El color que le adornaba el semblante evidenciaba la indignación que bullía en su interior—. Ese cretino se ha asegurado de mantenerla retenida durante todo este tiempo con palabrería barata y promesas imposibles —jadeó enfadada—. Y ahora que él mismo parece haberse aburrido de una relación estancada ha decidido felizmente romper el compromiso. ¡Y con qué aplomo lo comunica a través de una simple carta!

—Violet, no creo que sea el momento de... —siseó entre dientes la señora Hale.

—¿Cómo podría resultar tal asunto tolerable, madre? Incluso tú deberías ver que se trata de una canallada en toda regla.

Y lo era. Ciertamente, si aquella carta albergaba semejante noticia, y todo parecía indicar que así lo hacía, había que reconocer que el querido Martin acababa de dejarlas en una situación verdaderamente lamentable. El querido Martin, al enviar aquella horrible carta, acababa de clavar a cada una de las Hale una estocada mortal en mitad de la espalda. No pasaría mucho tiempo hasta que semejante herida las llevara a desangrarse delante de todo el vecindario.

Virgilia Hale observó a Rebecca en silencio durante un largo minuto al tiempo que dotaba a su labio superior de los frunces necesarios para ofrecer una necesaria imagen de preocupación. Frente a ella, la muchacha permanecía perfectamente erguida en el asiento, atildada con la escasa dignidad que su reciente situación le concedía. Sostenía en el regazo aquella humillante sentencia como el reo que acaba de conocer el veredicto inexpugnable de un juez y con resignación acepta la sentencia. Sin que sirviera de precedente, la contestataria e irreverente Violet parecía, esta vez, tener razón, y tal certeza la hacía borbotear como una tetera anunciando la hora del té. En esos momentos, solo le faltaba silbar, porque el humo que le salía por las orejas estaba a punto de delatarla.

Martin Keats había dado rodeos durante diez largos años alimentando las esperanzas de la primogénita de los Hale —¡y las de toda la familia!— con falsas promesas de matrimonio. Y cuando cualquiera de las moradoras de Cypress Lodge había hecho referencia a la incierta resolución del compromiso, el joven se había excusado y achacado los continuos aplazamientos a la falta de recursos económicos y a su deseo de alcanzar una posición más ventajosa dentro del estudio de abogados de su padre antes de independizarse y formar su propia familia. Argumentaba que no deseaba depender de nadie a la hora de ofrecer una vida acomodada a la señorita Rebecca. De nada sirvió que la señora Hale le ofreciera quedarse en Cypress Lodge durante todo el tiempo que consideraran oportuno mientras la situación no se estabilizara y le cediera, así, a su yerno los privilegios del cabeza de familia, desiertos tras el fallecimiento del señor Hale y disponibles mientras el joven Hale no alcanzara



una edad apropiada. Todo habían sido excusas por su parte, aplazamientos absurdos y ridículos remilgos por parte de un muchacho de buen porte y aún mejores arcas familiares.

Cada vez que Rebecca había llevado a cabo cualquier intento de acercamiento, convenientemente aleccionada por su madre, echando mano de un coqueteo torpe y desmañado a causa de su falta de experiencia y de la pudorosa educación que le habían inculcado, él se había limitado a esquivar sus zalamerías sin ningún tipo de sutileza, ajustarse el *cravat* con altivez, atusarse las patillas y alzar las manos a modo de barrera defensiva como si ante él se presentara el mismísimo demonio luciendo unas lustrosas pezuñas, mientras le exigía a la prometida un mínimo de cordura y moderación. ¿Y qué mujer enamorada es capaz de mostrarse comedida después de diez largos años de compromiso durante los que, y estaba completamente segura de ello, aquel aprendiz de abogado ni siquiera le había despachado un miserable beso?

Lo que la señora Hale ignoraba, principalmente porque Rebecca jamás había sentido el menor deseo de compartir sus pensamientos con su madre, era que aquel amor juvenil, que había ido arraigándose en su hija del mismo modo que una enfermedad mortal se arraiga en los cuerpos sanos aunque vulnerables, fue poco a poco secándose en su corazón hasta llegar a extinguirse por completo, habiendo sido semejante extinción perfectamente respaldada por cada gesto de indiferencia del señor Keats, por cada halago nunca dicho, cada beso nunca dado o cada caricia inexistente. La señora Hale solo era consciente de que ahora la pobre Rebecca se había convertido, ¡por culpa de aquella dichosa carta!, en una muchacha de veintisiete años sin posibilidad alguna de resolver provechosamente su futuro.

—¿Estás completamente segura del contenido de esa carta, querida? —La señora Hale se expresaba apenas en un murmullo—. Es probable que hayas entendido mal los deseos de nuestro Martin.

Rebecca, por toda respuesta, suspiró de hartazgo y alargó el brazo sin volver la cabeza mientras sostenía entre los dedos aquel amargo doblez de papel de vitela en la que agonizaban sus esperanzas.

—Puedes leerla si lo deseas, madre, no me importa. En realidad, nada importa ya, ¿verdad?

Violet se levantó de un salto dispuesta a devorar el contenido garabateado del papel, pero, ante un enérgico movimiento de cabeza de su madre, interrumpió con evidente disgusto la iniciativa y regresó a su asiento. Rebecca suspiró ocultando de nuevo la carta en la oquedad de la falda. Un rizo rojo se liberó de la presión de las horquillas para balanceársele sobre la nivea clavícula.

—Parece ser que durante su reciente viaje a Nueva Escocia ha descubierto nuevas formas de esparcimiento capaces de tentarlo más que las perspectivas de una vida conyugal. Dice que, tras sopesarlo largamente, ha decidido concederme la libertad —sonrió con amargura— y liberarme, así, de la jaula en la que injustamente me mantuvo retenida durante toda una década.

Alzó una mirada vidriosa que en realidad no fue capaz de fijarse en ningún punto concreto. Una lágrima, una sola en realidad, osciló en el arco azafranado de sus pestañas.

—¡Canalla! ¿Cómo se atreve? —Violet pateó el suelo con el tacón de su botina—. ¡Seguro que ha conocido a alguna de esas descaradas yanquis obsesionadas por cazar un marido inglés! ¡Dios, cómo las detesto! ¡Tengo entendido que ni siquiera llevan calzones bajo sus encopetadas faldas! ¡Asquerosas, cochinas...!

—¡Violet, ya basta! ¡Estás ofendiendo a tu hermana! —La señora Hale abandonó su asiento y se acercó a la mayor de sus hijas para hacer reposar la mano en el delicado hombro de la joven, apretándolo bajo los dedos a modo de silenciosa coacción. Rebecca inclinó todavía más la cabeza para obligarse a concentrarse en el riguroso trenzado de la alfombra—. ¿Dónde se encuentra el señor Keats en estos momentos, querida?

Tragó saliva antes de responder. ¿Realmente era necesario pasar por todo aquel absurdo interrogatorio que no hacía otra cosa más que desgarrarle el alma? ¿Realmente su madre sería tan cruel como para obligarla a continuar hablando de Martin Keats? Era evidente que sí.

—Permanece todavía en ultramar. Ha decidido prolongar su estancia de forma indefinida.

Violet se dispuso a proferir una nueva blasfemia, pero la fulminante mirada materna frustró de inmediato el propósito.

—Quizá deberías escribirle y obligarlo a volver, cariño. Te mereces una explicación mucho más distendida que la que pueda ofrecerte a través de una simple carta. —Persuadida de que aquella idea ofrecía renovadas esperanzas a la familia, continuó hablando—: Sí, eso haremos. Le escribiremos además a su padre; él lo hará entrar en razón. —Suspiró con languidez antes de llevarse las manos a las sienes e iniciar una sempiterna letanía, que sonaba como un penoso y repetitivo réquiem y que sus hijas llevaban años escuchando de forma ininterrumpida—. Si el señor Hale estuviera todavía entre nosotros, nada de esto estaría pasando, pero, lamentablemente, soy una mujer sola e indefensa con tres hijos a cargo. ¡Pobres de nosotros! El mundo se aprovecha continuamente de las flaquezas de los más débiles...

—Madre, por el amor de Dios... —cortó Violet con el ceño fruncido.

Pero la señora permanecía inmune a cualquier intento de persuasión. Llevaba demasiados años ensayando aquella oración y haciendo uso de ella en los momentos de mayor flaqueza emocional como para olvidarse, ahora, de su rutina. Y, sin duda, no existía momento de mayor flaqueza que el presente, en el que el castillo de naipes que durante tantos años llevaba construyendo en silencio se tambaleaba de un modo peligroso.

—Puedo asegurar que el señor Hale lo obligaría a volver y le exigiría una satisfacción inmediata por faltar al compromiso adquirido con tu hermana. —La mujer se sacó del generoso escote un pañuelo de mano y se lo llevó a los ojos para

tratar de enjugar unas lágrimas ficticias—. Pero él no está, y, lamentablemente, Damien es todavía un muchacho que no se defiende bien con la espada...

Rebecca volvió rauda la cabeza.

—No puedes obligar a Damien a resarcir las ofensas a sus hermanas, madre; ¡apenas tiene quince años!

—Por supuesto que no —exclamó Violet, que llevaba un buen rato conteniéndose en su asiento, como un caballo de la Rowley Mile que piafa inquieto en su posición antes de sonar el pistoletazo de salida—, yo puedo desafiar a ese cobarde mucho mejor de lo que lo haría Damien. Nunca me ha caído en gracia ese cretino. —Dio un salto al frente y enarboló el brazo en el aire como lo haría si empuñara un arma blanca—. Le arrancaré de una firme estocada su horrenda peluca de rizos empolvados. Le segaré la garganta mucho antes de que tenga tiempo de decir ni un «ay».

Rebecca dirigió una mirada suplicante a su madre con la esperanza de que la señora Hale fuera capaz de poner fin a semejante insensatez.

—¡Deja de decir tonterías, Violet Hale, eres una señorita y por mi vida que jamás empuñarás una espada! —zanjó, y Rebecca sumó un suspiro de alivio al resoplido indignado de su hermana menor. Pero las cosas no iban a ser tan fáciles; la señora Hale no iba a dejar correr aquel asunto—. Escríbele, Rebecca —insistió con peligrosa determinación—, yo misma hablaré con él: lo obligaré a entrar en razón. Al fin y al cabo, es un hombre, tiene derecho a distraerse de sus obligaciones de vez en cuando. Todos lo hacen. Dejémosle que se divierta un poco, que se desfogue, y ya verás cómo regresa a nosotras más dócil y complaciente que al principio.

Rebecca observó a su madre horrorizada. ¿En serio podía pensar así? ¿En serio esperaba que consintiera los caprichos y deslices de su prometido como si tal cosa y luego recibirlo con los brazos abiertos? Se llevó dos dedos al puente de la nariz y apretó con fuerza obligándose a inhalar una ingente cantidad de oxígeno. Aquello era completamente ridículo.

—Organizaremos una cena familiar y conseguiremos ablandar su corazón y hacerle olvidar las vanas distracciones de ultramar. Nuestro querido Martin no podrá defraudarnos ante la perspectiva de un buen asado y un delicioso pastel de carne —continuó la señora Hale—. Jamás lo ha hecho y por mi vida que tampoco lo hará esta vez.

—¿Obligarlo a entrar en razón, madre? —La mayor de las Hale sonrió con acritud—. ¿Crees que es eso lo que deseo? ¿Obligarlo a afrontar algo que lleva diez años evitando desesperadamente? —Sofocó una risa cáustica—. Por el amor de Dios, ¿no te das cuenta de que eso sería humillarme todavía más?

—¡Rebecca Hale, resulta preferible una humillación a tiempo antes que la certera condena a un futuro deshonoroso! —bufó su madre—. Le suplicaremos a Martin Keats si es necesario, eso tenlo por seguro, pero no te resignarás a la soltería a estas alturas de tu vida.

De un modo sorprendente, la siempre sensata y dócil hermana mayor no guardó silencio esa vez. Se levantó decidida de su asiento y, alzando la barbilla, se cuadró ante la oronda señora.

—No, madre, no estoy dispuesta a permanecer ni un solo segundo más sometida a los deseos de un hombre que no muestra el menor interés por mí.

La señora Hale intentó sujetar por el codo a su hija, pero ella rechazó el contacto con sutileza.

—¿Cómo dices?

—¡Mírame! —Abrió los brazos de par en par exponiéndose por completo al escrutinio de su madre—. En apenas un minuto me he convertido en una solterona de veintisiete años que a esta altura no deja de ser una carga para su familia. ¿Y crees que a Martin le ha importado lo más mínimo la situación en la que acaba de dejarme?

—Pe... pero...

—Jamás podríamos verte como una carga, Rebecca —intervino Violet, que se expresaba con ansiedad—. ¡Díselo, madre, dile que jamás sería una carga para nosotras!

Pero la señora Hale, por toda respuesta, apretó los labios e inclinó la mirada. Ese mes, parte de los colonos se habían retrasado en pagar sus rentas obligando a la familia a encarar una austeridad más agresiva que la que llevaban practicando en los últimos tiempos. Rebecca oprimió con fuerza los maxilares. El oscilante vaivén de su pecho elevaba graciosamente la muselina de su escote y evidenciaba un conocimiento real de la penosa situación económica que atravesaba la familia.

—Lo soy, hermana. Las tres somos conscientes de ello.

Violet cruzó con violencia los brazos sobre el pecho y adelantó el labio inferior en un pueril gesto de disgusto. La señora Hale exhaló con lentitud mientras se proporcionaba aire con el torpe abanico en el cual había convertido su pequeña y regordeta mano izquierda.

—A esta altura, debería estar casada y poseer mi propio hogar y mi propia familia; en lugar de eso, sigo viviendo en Cypress Lodge y abuso de una renta con la que difícilmente puede subsistir el resto de la familia, sin contarme. Además —agregó mientras miraba a su hermana con pesar—, el hecho de que yo permanezca todavía soltera es un gran impedimento para que puedas resolver tu futuro favorablemente, mi querida niña.

—¡No me importa, no me importa! —exclamó Violet con la mirada brillante a causa de las lágrimas no derramadas—. ¡No deseo casarme jamás! Y lo sabes. ¡Maldita sea si deseo en lo más mínimo desposarme con un hombre que de seguro roncará y pedorreará toda la noche en nuestra cama!

—¡Violet! —bufó su madre tornándose más roja que los tomates maduros del pequeño huerto.

Rebecca tuvo que esforzarse para contener la risa ante la vehemencia de su hermana menor.

—Me retiraré al Norte y criaré caballos si hace falta —continuó—. Pero jamás te veré como una carga, hermana. Jamás serás una carga para mí.

—¡Violet Hale! —rugió la madre avanzando a trompicones hacia la muchacha en un vano intento por alcanzarla y darle un pescozón.

Ardía de indignación ante la posibilidad de que tal sentencia echara raíces en la alocada cabecita de su hija pequeña. Una hija soltera suponía una gran incomodidad, pero dos resultaba una auténtica tragedia. Por fortuna, Violet fue considerablemente más rápida y pudo ponerse a salvo del brusco aspaviento con el que su madre barrió el aire a su alrededor.

—Todas sabemos que a los veinte años podemos considerarnos demasiado mayores para ser cortejadas y que llegar solteras a los veinticinco implica una condena segura a la soltería. —Madre e hija abandonaron su particular contienda para prestar atención a las palabras de Rebecca—. Resulta irónico, pero ya me consideraba a salvo de convertirme en una patética solterona de la que todo el mundo se compadece.

Y, en efecto, había estado a salvo hasta que Martin Keats, mediante generoso y desinteresado sacrificio, renunció a ella y la devolvió al frenético mercado de jóvenes disponibles; aunque el muy cretino no hubiera tenido la decencia de devolverla cuando se encontraba aún en edad casadera.

—¡Nadie se atrevería a compadecerse de ti jamás! —se apresuró a apostillar su hermana.

—Pero si apenas tenemos para comer. —Sonrió con amargura—. Y en nuestro desván hay más ratas que en todo el East End.

—¡Eso no es cierto! —bufó la señora Hale meneando indignada los volantes de la cofia.

El reciente esfuerzo llevado a cabo la había dejado sin aliento y había perlado, además, de un fino sudor sus generosas carnes.

—Las tres sabemos que sí lo es, madre. Desde que padre abandonó este mundo, malvivimos con una precaria renta de doscientas libras cada una.

Hizo una pausa para mirar a su hermana, que permanecía al borde del llanto, y a su madre, que permanecía al borde del colapso cardíaco.

—¿Y qué pretendes hacer? —preguntó la señora Hale con ansiedad—. ¿Cómo piensas mejorar tu situación, nuestra situación, si no deseas arreglar las cosas con Martin?

Rebecca inhaló profundamente por la nariz y elevó la barbilla hacia sus interlocutoras, que la observaban expectantes. El corazón batallaba en su pecho como un mazo batiendo contra un cepo de madera y sus pulsaciones, o al menos, eso le pareció a ella, resonaban de forma monstruosa por toda la estancia.

—Voy a marcharme de Greenbourgh —sentenció decidida.

La señora Hale boqueó como un pez arrojado violentamente fuera del agua. Si en esos momentos hubiera sido coceada en el estómago por el percherón más robusto de

los establos de su difunto esposo, su impresión no podría haber sido mayor.

—¡No, no puedes hacer eso! ¡De ninguna manera! —Agitó la cabeza con tal violencia que la carne flácida de sus mejillas tembló como la gelatina de un pudín—. Huir no es la solución. ¿Qué pensará el vecindario? —Su ceño repentinamente fruncido le otorgó a su rostro una expresión siniestra—. Te lo prohíbo, Rebecca Hale, ¿me oyes? Te lo prohíbo rotundamente.

La agitada señora se llevó una mano al pecho y oprimió con fuerza. Comenzó a respirar en exceso, inhalaba en profundidad y exhalaba mediante jadeos agudos y breves. Sus rodillas se doblegaron y su rostro, enrojecido y tenso, auguraba la inminencia de un ataque cardíaco. Pero las jóvenes, perfectamente habituadas a los accesos de hipocondría de la madre y al cuento con que solía adornar todos sus males, parecían hacer caso omiso al actual ataque. De hecho, Rebecca continuó con su razonamiento sin ni siquiera reparar en la penosa interpretación.

—Ahora que por fin mi carcelero ha decidido mostrar su cara más amable al abrirme la cancilla de la jaula —sonrió con amargura al recordar aquellas malditas letras—, necesito volar y encontrarme a mí misma, madre; necesito encontrar mi camino. Llevo demasiado tiempo encerrada con las alas atadas.

La señora Hale se recompuso con encomiable rapidez de la embolia. Se enderezó y recuperó el ritmo normal de respiración. La observó horrorizada, como el pastor que acaba de presenciar bajo el púlpito la blasfemia más inconcebible y aun así debe mantenerse en pie por el bien de la congregación. ¿Y qué mayor blasfemia para una madre que tener que presenciar y tolerar cómo su hija —prometida y a salvo hasta hacía escasas horas— rechazaba a posta la tabla de salvación que proporcionaba el matrimonio para lanzarse al mundo como una perdida a su libre albedrío? Si el difunto señor Hale estuviera todavía entre los vivos, nada de esto estaría pasando. Pero ella, ¡pobre de ella!, era una mujer sola e indefensa y, el mundo, ¡incluso sus propias hijas!, abusaban de esa debilidad constantemente.

—Cortar las alas, cortar las alas... —murmuró paladeando con amargura las palabras—. ¿Acaso eres un pájaro?

Violet permanecía en pie, inmóvil, mientras las observaba a ambas en silencio y dedicaba a su hermana mayor una expresión pletórica de fraternal orgullo. Resultaba admirable que, por una vez, Rebecca estuviera dispuesta a tomar las riendas de su existencia sin someterse a los deseos de los demás. Y, especialmente, resultaba admirable que, por una vez, decidiera no someterse a los deseos de aquel mequetrefe de Martin Keats. Es más, por una vez, resultaba tremendamente satisfactorio que Martin Keats permaneciera completamente fuera de su perspectiva.

Porque Rebecca era dulce y apacible como un bálsamo de aceite es a las heridas. Siempre tomaba la porción más pequeña para sí, enmudecía ante las adversidades, se sometía a ellas y tiraba del carro familiar con un brío y un tesón dignos de un integrante del otro sexo. Siempre claudicaba a la complacencia de todo el mundo, siempre se resignaba y aceptaba lo que la vida —o cualquiera más avisado que ella

— le deparara. Mientras que Martin Keats... ¡Oh! ¿Acaso había existido en toda la historia de Inglaterra hombre más presuntuoso y presumido que el estúpido lechuguino de Martin?

—¿Y a dónde irás? —rugió la señora Hale, tan emponzoñada en esos momentos que una sola gota de saliva que escapara de su boca podría acabar con una milicia por completo—. ¿Has olvidado que no disponemos de ningún pariente que pueda valernos en toda Inglaterra, muchacha insensata?

La voz adquirió un tono insultante. No obstante fue incapaz de evitar la aparición de una pérfida sonrisa ante la victoria absoluta que tal afirmación le reportaba. Rebecca no se amilanó. Empezaba a tomarle el gusto a la maravillosa posibilidad de dirigir su propia existencia.

—Trabajaré para salir adelante.

Violet dio un respingo de sorpresa, mientras su progenitora sentía que el mundo en derredor se volvía completamente del revés.

—¿Trabajar? ¿Una hija mía? ¡Pero en qué mundo vivimos!

La maltrecha señora se obligó a sujetarse al respaldo de una silla con tal de concederse, al menos, un minuto de estabilidad. Definitivamente, aquella muchacha insensata se había vuelto loca, había perdido por completo todo atisbo de buen juicio, había...

—¿Te has vuelto loca? —bramó con un tono de voz que imitaba el quejido de una garza agónica—. ¿Acaso nos hemos vuelto todos locos? ¡Eres una señorita, Rebecca Hale! Dile algo a tu hermana, por el amor de Dios —miró a Violet en busca de un apoyo moral que no obtuvo, puesto que la joven continuaba observando fascinada a su hermana mayor—. ¡Trabajar! ¡Si nunca has hecho en tu vida otra cosa más que bordar, pintar y desmontar sombreros de alambre! ¡Trabajar, menuda insensatez, menuda ordinariez!

—Te recuerdo que la Biblia nos dice que el trabajo ennoblece a las personas...

—Observa las manos agrietadas y llenas de sabañones de las criadas e intenta encontrar nobleza en ellas, criatura insensata. ¡Ennoblecere a las personas! ¡Qué estupidez! —bramó la mujer fuera de sí—. ¿Y qué piensas hacer? ¿Destriparás pescado en los muelles? ¿Darás de comer a los cerdos? ¿Limpiarás letrinas en las casas de posta? ¿Qué clase de nobleza existe en eso, boba del demonio?

Rebecca frunció el ceño, perfectamente consciente de sus limitaciones. Miró sus pálidas manos de nieve y sus dedos, largos y finos, que jamás habían sufrido ninguna inclemencia, y el corazón se aovilló acobardado en su pecho.

—Buscaré trabajo como institutriz en una casa respetable. Eso sí puedo hacerlo.

La señora Hale resopló de hartazgo. Agotada, alisó momentáneamente todas las arrugas de su rostro al arrastrar la mano por toda la cara. Por lo visto, todo aquello iba en serio.

—Por el amor de Dios, ¿qué necesidad hay de degradarse hasta ese extremo? ¿Qué necesidad hay de...? —Suspiró en profundidad—. ¡Oh, te lo prohíbo, insensata,

te lo prohíbo!

—¿Degradarme, madre? —La muchacha sonrió, ahora sinceramente divertida, aunque el picor que principiaba a fraguarse en el interior de sus párpados no auguraba ninguna diversión—. Te recuerdo que mi prometido desde hace diez años acaba de romper nuestro compromiso de forma inesperada; no sé qué otro asunto podría resultar más lamentable y humillante para mí en estos momentos.

El picor en el interior de sus párpados empezaba a resultar preocupante.

—¡Eres una señorita, y las señoritas decentes no se rebajan a ejercer una profesión! ¿Tan difícil resulta de entender? ¡La gente pensará que estamos arruinados!

—¿Y acaso no lo estamos?

La señora se arrancó la cofia de la cabeza en un arrebato de desesperación y dejó al descubierto una cabellera rala, lacia y agrisada que normalmente, dada su imperfección, ocultaba bajo el amparo de aquel socorrido complemento.

—¡Si tu padre estuviera todavía entre nosotros...!

—¡Si padre estuviera aquí no consentiría que su familia pasara hambre pudiendo trabajar para salir adelante! —cortó Rebecca, encendida ante la terquedad de su madre—. Además, ¿qué sucederá si Martin regresa de viaje con una joven colgada del brazo? ¿El mundo seguirá girando igualmente para mí? ¿Debería seguir girando para mí?

—¡Eso no va a suceder! —La señora Hale sacudió la cabeza como si pretendiera descartar de inmediato semejante posibilidad—. Estoy segura que a nuestro querido Martin no se le ocurriría obrar de un modo tan imprudente.

Violet alzó una ceja y resopló burlándose descaradamente de la ingenuidad materna.

—¿Pero qué sucederá si lo hace? —insistió Rebecca—. ¿Estaré obligada entonces a soportar semejante humillación? ¿Deberé guardar la compostura y felicitarlo por ser capaz de reanudar su vida mientras yo me muero por dentro? ¿O acaso piensas invitarlo a él y a su esposa a tomar el té el tercer miércoles de cada mes?

La señora Hale balbuceó vocablos mudos, puesto que era incapaz de pronunciar palabra.

—¿Me obligarás también a que les sirva yo misma el té? —Inhaló y retuvo el aire en los pulmones durante un largo minuto—. No podría soportarlo, madre; debo marcharme de aquí. Si me quedo, sentiría que me ahogo, sentiría su presencia cada día, en cada esquina. ¿No lo entiendes? —Se llevó las manos al talle e inhaló en profundidad—. Me iré de Greenbough te guste o no, pero me gustaría hacerlo llevándome tu bendición. —Exhaló lentamente, como si desinflar la caja torácica supusiera un terrible dolor para ella, una nueva pérdida irreparable—. ¡Deja de llamarlo «nuestro querido Martin», por el amor de Dios! ¡Ha dejado de ser «nuestro querido Martin» desde que franqueó esa horrible carta!

Se había encendido de tal forma durante su acalorado discurso que todas sus



pecas desaparecieron bajo las rosas de sus mejillas. Abrió la boca y tragó una ingente cantidad de aire en un intento por acompasar su respiración y amoldarla a un ritmo más normal.

—Esto... —Esbozó una sonrisa rezumante de sarcasmo—. Cielo santo, esto no tiene ningún sentido...

Tras pasear la vista por los rostros consternados de sus contertulias, abandonó la estancia con decisión, a grandes zancadas, mientras sostenía aún entre los dedos, como un ovillo estrujado, la misiva instigadora. De no ser porque a su madre le hubiera dado a buen seguro una embolia, Violet hubiera bendecido las palabras de su hermana mayor aplaudiendo hasta hartarse.

## CAPÍTULO 2

A pesar de la clara reticencia inicial, la señora Hale no lideró durante los días siguientes una oposición excesivamente férrea contra los proyectos de su hija mayor. Realmente, y tras obligarse a escuchar con serenidad los razonamientos de su otra hija —sintiéndose terriblemente avergonzada de que la más imprudente e irracional de las Hale fuera capaz de mostrarse más sensata que ella en un momento decisivo como ese—, llegó a la conclusión de que abandonar el condado no resultaría realmente pernicioso para Rebecca.

Para ser sensatos, había que reconocer que, en cuanto todo el pueblo se hiciera eco de la noticia de que Martin Keats había roto el eterno compromiso con la señorita Hale, ningún miembro de la familia podría mantenerla a salvo de convertirse en la comidilla de esos maliciosos grupos de comadres que, a falta de interesantes emociones en sus propias existencias, se encargan de adornar profusamente las de los demás. No existiría partida de bridge en la que Rebecca no fuera mencionada como la pobre niña cuyo destino había sido irremediablemente truncado y condenado a la soledad más absoluta; ni fiesta o reunión en varias millas a la redonda en la que no se hiciera alusión a la infeliz que había entregado su juventud a un compromiso capaz de arrebatarle sus mejores años sin concederle ninguna gran satisfacción a cambio. ¡Y todo ello descartando el hecho de que Martin Keats diera en la flor de regresar prometido a otra joven! Asunto que fácilmente podía suceder al tratarse de un joven soltero, adinerado y a disposición de las busconas de ultramar.

En ese caso, la oleada de piedad y condolencia arrasaría todo a su paso, como un maremoto descontrolado, batiendo de frente y con una brutalidad inexpugnable contra el ánimo de la pobre Rebecca. Las comparaciones acabarían por llegar, y quién podría dudar de que Rebecca, con sus veintisiete años ya cumplidos, saldría perdiendo ante la aparición de una muchacha, sin duda, mucho más joven y acomodada social y económicamente.

La compasión es esa sombra encorvada que camina de la mano de la humillación, y, por más que entre todos pretendieran proteger a la joven de convertirse en el blanco de todas las miradas enjuiciadoras, no podrían mantenerla eternamente a salvo de ellas. Además, la buena señora era muy consciente, aunque le costara reconocerlo y admitirlo ante los demás, de que tras el fallecimiento de su esposo, muchos de los que antaño habían visitado asiduamente su casa y comido con gran solaz a su mesa habían optado por retirar su amistad a la familia con la misma soltura con la que se desliga una cinta de raso del pasacintas de cualquier vestido.

Ahora, parecía que ya no se trataba de la respetable familia Hale que en el pasado

todos alardeaban de incluir entre su grupo de afectos y conocidos; sino simplemente de aquellos pobres e infelices Hale que habían vivido tiempos mejores y que actualmente morían de asco en una vieja y destartalada rectoría plagada de polvo, arañas y ratas, en la que la mano de dos doncellas y un anciano lacayo eran incapaces de mantener a raya la inmundicia para conceder a sus ocupantes la merecida dignidad de antaño.

Por todos era sabido que de las cinco chimeneas con que contaba la casa, tan solo se encendía una y únicamente cuando el frío era tan acuciante que los dientes castañeteaban y de los labios entreabiertos escapaban densas vaharadas. El día del aseo de la ropa, que de forma invariable se llevaba a cabo en todos los hogares semanalmente, se había espaciado en el hogar de los Hale a una vez cada quincena, lo que obligaba a sus moradores a alargar la blancura de la ropa interior, los zapatos y el lino de los vestidos durante más tiempo del estimado oportuno y recomendable.

Herbert Miles, el anciano párroco que hacía años había encajado la rotundidad de sus carnes en el púlpito del señor Hale al frente de la congregación de Greenbough y que, además, presumía de ser uno de los pocos —si no el único— amigo de los moradores de Cypress Lodge, una vez alertado por la propia señora del reciente infortunio de su hija mayor, decidió tomar cartas en el asunto para ayudar dentro de sus posibilidades a aquella desafortunada familia. Sobre todo, a Rebecca, a quien consideraba tan dulce y bondadosa que, sin duda, se merecía la mejor de las suertes en vez de la tortura de vivir el resto de sus días aislada y condenada en un pueblo de comadres en el que se la comerían viva, empezando por su propia madre. A todas luces, el caníbal más pernicioso del lugar.

—¿Qué podremos hacer por ella, señor Miles, si la insensata se niega a suplicarle al señor Keats? ¿Habría visto usted acaso muchacha más estúpidamente orgullosa? ¡Dice que prefiere permanecer soltera antes de rebajarse ante nuestro querido Martin!

—Quizá no se trate de orgullo, señora Hale, sino de sensatez.

—¿Qué sensatez puede existir en semejante porfía? ¡Negarse a una charla razonable con su prometido! ¡Y, además, huir de Greenbough! ¿En qué cabeza cabe? ¿Qué es lo que espera conseguir obrando así? ¡Todos pensarán que la falta ha sido suya y que por eso debe huir y esconderse! ¿Y qué dirán los vecinos? —El párroco abrió la boca, pero no pudo contestar—. ¡Yo se lo diré! ¡Que nuestro Martin la ha repudiado por algún motivo! —Su rostro al hablar había adquirido un alarmante tono entre rojo y violáceo—. ¡No tardarán en hacer conjeturas! ¡Pensarán que Rebecca no es virtuosa, que su prometido ha descubierto en ella algún defecto físico imperdonable o...!

Ahí radicaba toda la cuestión: en el qué dirán y pensarán las demás comadres. A aquella alcahueta le importaba un comino la felicidad de su propia hija.

—No lo creo así, señora Hale. Y le aconsejo que no se preocupe tanto por el qué dirán; debería importarle tan solo lo que opine su querida hija.

—¿Cómo puede hablar así, señor Miles? Usted sabe que en los pueblos pequeños

la opinión del vecindario es una de las cosas que más importan.

Herbert meneó la cabeza completamente en desacuerdo con semejante parecer. Él, como buen hombre de Dios, estaba muy lejos de interesarse por los banales chismorreos de sus feligresas más ociosas y, mucho menos, de dejarse influenciar por ellos. De todo ese asunto, lo único importante y lo único a tener en cuenta era la señorita Hale y su propia felicidad. Aquella terca mujer parecía no darse cuenta de ello. En realidad, parecía haber obviado los deseos de su hija desde el mismo instante en el que había decidido prometerla al hijo de aquel poderoso abogado. Lo único que parecía importarle era rescatar a su familia del abismo, y a sí misma, para recuperar el perdido fulgor de antaño. Aquella boda habría sido, sin duda, el pasaje perfecto hacia la gloria.

—¿Acaso su hija no merece una segunda oportunidad cuando no ha hecho nada malo? ¡Concedámosle la posibilidad de descubrir por sí misma el mundo, señora Hale! Rebecca jamás ha salido de Greenbourgh. No la limite, no la obligue a seguir la senda que usted ha escogido por ella.

—¿Descubrir el mundo? ¡Ninguna señorita decente debería conocer otro mundo más allá de las cuatro paredes de su casa!

Herbert Miles de nuevo meneó la cabeza. Sin duda, era un hombre de Dios, pero no el santo Job. Y, ciertamente, con aquella mujer hacía falta una paciencia encomiable.

—Me desagrada que hable usted así. El señor Hale se habría sentido muy orgulloso de su primogénita y de esa apabullante fuerza de voluntad. Me consta que usted jamás actuaría en contra de los deseos de su esposo, que el Señor lo tenga en la Gloria.

La señora se santiguó, inclinó la cabeza y rogó que siquiera una lágrima acudiera a sus ojos en esos momentos. El ruego, no obstante, no fue tenido en cuenta.

—Así es, jamás contradeciría a mi querido esposo.

—Entonces debería sentirse complacida, como lo estaría él, de que Rebecca desee seguir adelante en lugar de encerrarse en su alcoba y dejarse morir. No se preocupe por su hija, señora Hale. Yo mismo me ofrezco a guiarla por el buen camino.

En efecto, el buen hombre no demoró ni cuatro semanas en presentar en Cypress Lodge varias propuestas de familias capitalinas, respetables y cristianas, que ofrecían un cargo de institutriz bajo su techo; sin embargo, la pertinaz señora, a pesar de ser muy consciente de la urgencia real de la situación, se limitó a arrugar la nariz y mostrar la clara desaprobación a aquellas que le parecían absolutamente descartables debido a su incómoda lejanía o a lo intempestivo del clima del lugar y que, por desgracia para Rebecca y fortuna para ella misma, conformaban la gran totalidad de las solicitudes presentadas. Bradford se encontraba demasiado al Norte, Coventry resultaba en exceso retirado y Dover... Dover aparecía enojosamente concurrido en cualquier época del año. Ninguno de aquellos lugares parecía complacer a la exigente señora.

Fue entonces cuando el señor Miles, tras lanzar al aire decenas de suspiros de hartazgo, rascarse con frenesí el sudado cogote, chasquear la lengua un par de veces y encomendarse al Divino Señor todos y cada uno de los días que visitaba Cypress Lodge, decidió variar el rumbo de su búsqueda en un ángulo de ciento ochenta grados. Si no había lugar en toda Inglaterra capaz de complacer a la exigente señora Hale, quizá habría de ser necesario buscar más allá. Un poco más allá.

De ese modo, cierta tarde, el anciano caballero irrumpió en Cypress Lodge con el anticuado tricornio coronando su cabeza de nieve y un recorte de prensa en el que agitaba la solicitud de un poderoso caballero de ultramar que buscaba una institutriz inglesa para sus hijas.

—Pero señor Miles, ¿los Estados Unidos? ¿Cómo podré descansar sabiendo a mi hija al otro lado del mundo?

El anciano párroco echó mano de la mejor carta de la baraja para culminar su jugada.

—Descansará, señora Hale, al saber que está a salvo de todas las malas lenguas dispuestas a condenarla. O peor aún, a compadecerla. Y, junto a ella, al resto de la familia.

Pero Virgilia Hale resultaba un hueso duro de roer. Asunto impensable a juzgar por la cantidad de carne blanda con la que contaba bajo la ropa.

—No, señor Miles, me niego, mi hija no se encuentra tan desesperada como para poner un océano de por medio.

Rebecca, que se encontraba presente en la reunión, alzó la vista hacia el anciano clérigo. ¿Que no se encontraba desesperada? ¡Por el amor de Dios! Si no hacía otra cosa más que contar los días y rezar para que Martin no regresase al pueblo antes de que ella hubiese dispuesto su futuro de un modo conveniente. No deseaba que Martin Keats pensara que permanecía esperándolo mano sobre mano, suplicando que reconsiderara su decisión. Enamorada y paciente. Enamorada y sumisa. Enamorada y resignada. Realmente sí que estaba desesperada por marcharse de allí y, cuanto antes y más lejos, mejor.

—¿Dónde se encuentra ese lugar, señor Miles?

—Se trata de una próspera plantación a unas millas de Charleston, Carolina del Sur, señorita Hale, una región al sureste del país.

Rebecca asintió. Su expresión era tan fría como vacía.

—¿Un plantador? —La señora Hale boqueó obrando con la boca espasmos de pez ahogado por un exceso de oxígeno—. ¿Un vulgar granjero? ¡No lo puedo creer! ¿Para eso va a cruzar mi hija todo un océano? ¿Para criar a las hijas de un granjero?

—El señor Jeremiah Masen es un caballero respetado y poderoso, señora Hale, no un vulgar granjero como usted dice. Posee una vivienda rica, una propiedad extensa y una explotación de algodón que le reporta una gran fortuna al final del año. —Miró a Rebecca con afecto—. No le faltarán comodidades entre sus muros, señorita Hale, estoy seguro de ello.

—No nos mienta, Miles; los americanos poseen menos distinción que un perro callejero plagado de pulgas.

La joven se mordió el interior de las mejillas al sentirse por completo avergonzada.

—Por lo que he podido averiguar, el señor Masen es un caballero muy reputado en Charleston. Su propiedad, Old Oak, es una de las plantaciones de algodón más prósperas del estado.

—¿Algodón? Nadie con un mínimo de distinción usa algodón hoy en día. Olvídelo; mi hija no se marchará a esa tierra de salvajes —bramó la señora y llenó el aire de aspavientos.

Herbert apretó el puente de la nariz antes de continuar hablando. Aquella noche, iba a concederse un generoso vaso de brandy como premio a semejante martirio.

—Esos salvajes, como usted dice, demandan cada vez más los servicios de institutrices nativas de nuestro magno imperio. A pesar de poseer una cultura completamente diferente de la nuestra, admiran nuestra educación y nuestras costumbres como ejemplo de distinción y elegancia. —La señora alzó una ceja y ladeó el rostro, al sentirse complacida ante un halago gratuito—. Para ellos es un orgullo y una satisfacción que su descendencia sea educada por cualquiera de nuestras jóvenes.

—Pese a todo, señor Miles, no considero apropiado...

—Escriba al señor Masen y dígame que estaré encantada de ponerme a su servicio cuanto antes.

Rebecca habló en un tono bajo y decidido, sin apartar la mirada del infinito estampado verde y marrón que se desdibujaba a través de los empañados cristales de la sala. La señora Hale ahogó un vahído y se dejó caer de golpe, con gran estrépito, en el destartalado diván. El anciano clérigo asintió, tan complacido como aliviado de poner fin a aquella agotadora batalla dialéctica; distinguió a las dos damas con sendas reverencias, aunque solo a una con sincera devoción, antes de abandonar la estancia.

El fuego crepitaba en la chimenea de la alcoba y devoraba con sus ávidas lenguas anaranjadas el preciado alimento que Rebecca le arrojaba. Arrodillada, sentada sobre sus pantorrillas, la muchacha lanzaba a las golosas llamas, uno a uno, aquellos amarillentos rectángulos de papel atados con cinta de raso azul, mudos testigos de los cientos de promesas lanzadas al viento que, ahora, ella, en su intención de romper con el pasado e iniciar una nueva vida, lanzaba al fuego. En silencio, con los ojos velados por un llanto que no se decidía entre salir o contenerse, veía el papel retorcerse y ennegrecerse al ser devorado sin piedad. Del mismo modo, sentía su corazón: retorcido, convulso y ennegrecido ante la impiedad de aquel que había jurado cuidarlo. Porque, de algún modo, era muy consciente de que en aquella chimenea no solo se quemaban unas simples cartas, sino que, junto al papel perfumado, los pétalos

de rosa secos y las siluetas perfiladas en cartón, se consumían también una década de sueños, de promesas y de esperanzas inalcanzables. Una década de tiempo absurdamente perdido.

—Hola.

La voz de Violet a su espalda la sobresaltó. Había entrado en la habitación sin llamar o, si había llamado, Rebecca no había sido consciente de ello.

—Hola —estrujó en su mano las últimas cartas, demorando su ajusticiamiento, mientras observaba las rojas lenguas de fuego que danzaban ante sus ojos.

Violet se sentó a su lado en silencio, respetuosa de un momento que, para su hermana, sabía que debía de resultar sumamente trascendental.

—¿Qué haces?

—Borrar los últimos diez años de mi vida.

Y para demostrarlo arrojó las últimas cartas al fuego. Violet siguió con la mirada el trayecto de aquel proyectil de papel y se entretuvo un largo minuto observando en silencio el ágil baile de las llamas. Al igual que su hermana, tampoco ella veía consumirse en aquella pira unos simples rectángulos de papel. Ella veía arder hasta extinguirse por completo, con gran deleite por su parte, a aquel idiota de Martin con su mirada aviesa, sus estúpidas patillas y la ridícula manía de acicalárselas con los dedos todo el rato. No pudo evitar sonreír ante este pensamiento.

—¿Estás segura de todo lo que vas a hacer?

—No —confesó Rebecca sin apartar la mirada del fuego—. Pero sí estoy segura de no poder hacer otra cosa. —Ladeó el rostro para mirar a su hermana, que imitó el gesto—. No puedo quedarme aquí y esperar a que regrese Martin. No quiero encontrármelo por el pueblo, no quiero tener que saludarlo como si no nos conociéramos cuando, en realidad, nos conocemos como hermanos; no quiero mirarlo a los ojos y encontrar en ellos un brillo de completa indiferencia, cuando yo lo he querido con todo el alma. Lo entiendes, ¿verdad?

Violet asintió. ¡Claro que lo entendía! Aunque ella sí estaba deseando encontrarse a solas con ese idiota en el camino al pueblo para propinarle un puntapié en sus partes más delicadas. Y quizás, entonces, mientras se aovillara retorciéndose de dolor, agarrándose la entrepierna, pegarle un puñetazo en la estúpida narizota.

—¿Es necesario ir tan lejos?

Rebecca sonrió, aunque sus ojos desmintieron la sonrisa.

—Créeme que, en este momento, me iría tan lejos como la luna con tal de olvidarme de todo.

—Y de que todos se olviden de ti.

Violet dejó caer la mano sobre una de las manos de su hermana. Con semejante tesoro capturado, cerró los dedos y trató de retenerlo bajo cobijo durante todo el tiempo que le fuera posible.

—Te echaré de menos.

Una lágrima solitaria osciló en el arco bronceado de las pestañas de la mayor de

las Hale. Incluyó la mirada hacia las manos enlazadas de ambas.

—Yo también a ti, mi pequeña.

El día dispuesto para la partida de Rebecca, la familia al completo junto a los escasos miembros del servicio se apersonaron bajo el atrio porticado para despedirla formando una melancólica comitiva. La matriarca se limitó a desearle toda la suerte del mundo; le ofreció, a continuación, un abrazo que resultó excesivamente breve y desapasionado si tenía en cuenta que era el último recuerdo de afecto materno que la joven se iba a llevar consigo durante el viaje. Mientras la señora Hale se esforzaba en todo momento por ofrecer un semblante moderadamente airado que evidenciara su disconformidad ante la separación, sus hijos más jóvenes soportaban en silencio el incesable discurrir de sus lágrimas. Violet acompañó a Rebecca hasta la escalerilla del carruaje, trataba así de alargar la despedida, mientras sujetaba las manos de su hermana entre las suyas con ardor, casi con desesperación.

—Prométeme que nos escribirás, que no te olvidarás de nosotros por muy ajetreada que resulte tu nueva vida en ese lugar de Carolina del Sur —exigió y recalcó el destino de su hermana con desagrado.

—Escribiré tan a menudo que ni siquiera notarás mi ausencia —prometió atrapando la nariz de su hermana entre los dedos—. Además, Charleston no está tan lejos.

Violet ahogó un jadeo.

—Yo juraría que está tan lejos como esa luna a la que tanto ansías huir...

Varias lágrimas delatoras descendieron por sus mejillas. Chasqueó la lengua con fastidio mientras se apresuraba a limpiar los húmedos regueros que le surcaban el rostro.

—¡Oh, maldita sea, no quiero que el último recuerdo que te lleves de mí sea una nariz hinchada y unos ojos empañados por las lágrimas!

Trató de contener el llanto y apoyó la frente contra la pecosa frente de su hermana; a continuación, cerró los ojos mientras trataba de retener en la memoria el dulce tacto de esa piel y el maravilloso aroma que despedía ese pelo de fuego.

—No te preocupes, tengo decenas de recuerdos que llevarme de ti, mi preciosa y rebelde Violet.

Consciente de la humedad que surgía de sus propios ojos, dirigió la mirada hacia el pórtico, donde la sombra alargada de su madre se dibujaba como un reproche viviente. A su lado, el desgarrado Damien la miraba con los ojos anegados en llanto, incapacitado para despedirse de su hermana a causa del agarre inmovilizador que ejercía su madre sobre uno de sus hombros. Trató de atesorar en un rincón de su memoria la imagen de aquel muchachito de quince años de risa afable y ojos claros, de cabello trigueño, de nariz aguileña, con enormes zapatones prontamente heredados del señor Hale y con pantalones demasiado cortos.



—Ahora, por fin tendrás la cama entera para ti sola, querida —bromeó en un intento por aligerar el horrible peso de sus pensamientos—. Me temo que ya sé qué será lo primero que recordaré de ti y echaré de menos cuando me encuentre lejos.

Violet la miró interrogante.

—¡Tus ronquidos!

La hermana pequeña sonrió entre lágrimas y le propinó un cachete en una mano.

—Yo, en cambio, no echaré de menos tus pies helados, créeme. —Inhaló en profundidad y se tornó seria de pronto—. Prométeme que no consentirás que nadie se atreva a subestimar de nuevo lo muchísimo que vales.

Rebecca la miró en silencio.

—Prométeme que no darás cabida en tu vida a otro Martin, otro Martin no, por favor... —Clavó en ella las pupilas y le tironeó de la manga con ansiedad. Mientras continuaba hablando, arrastraba las palabras en un tono suplicante—. ¡Prométemelo!

Rebecca sonrió sin apartar sus verdes pupilas de los brillantes ojos de su hermana.

—Prometo cuidarme, prometo pensar en mi familia a todas horas y prometo escribir tan a menudo como me sea posible —se limitó a decir.

—Y ser tú, sin que nadie trate de eclipsarte esta vez.

—Y ser yo —concedió—. Tú cuida de mamá y de nuestro Damien.

Tras un último abrazo y decenas de promesas lanzadas al aire, el carruaje de Rebecca Hale inició su viaje hacia la zona portuaria de Southampton, de donde, en unos días, partiría un barco que la llevaría al nuevo mundo sin fecha de retorno inminente.

## CAPÍTULO 3

Algunas semanas después. Plantación Old Oak, Charleston, Carolina del Sur.

**E**l coche de posta dejó a Rebecca Hale a la entrada de la plantación y, según palabras del propio cochero, endemoniadamente lejos. Pero, por lo visto, resultaba imposible que los carruajes públicos se salieran de la ruta establecida para acercarse a la residencia privada del señor Masen. No, sin haber sido invitados con anterioridad.

—Es una auténtica descortesía que no hayan enviado a nadie a buscarla. No va a quedarle más remedio que caminar durante un buen trecho, señorita —comentó el hombre antes de despedirse con un toque al ala del sombrero.

Rebecca, por toda respuesta, se abotonó la chaquetilla hasta arriba, se calzó los zapatos de diario —los buenos iban en la maleta— y se envalentonó para enfrentar la vasta extensión de terreno que se extendía ante sus ojos. A fin de cuentas, no había llegado tan lejos, no había cruzado aquel mar embravecido durante jornadas interminables y soportado las náuseas, las largas noches de insomnio y el bamboleo de un navío que se debatía y crujía en manos del furioso Neptuno como un simple cascarón para acabar por rendirse a las mismas puertas de su destino. Una nueva vida la esperaba en aquel lugar desconocido, un libro en blanco en el que solo ella tendría, esta vez, licencia para garabatear en sus páginas, una nueva vida en la que se cuidaría de repetir los viejos errores de antaño. La pusilánime Rebecca Hale que todos conocían se había quedado en aquel pequeño pueblo perdido al sur de Inglaterra. ¡De Inglaterra, ni más ni menos, al otro lado del vasto océano! Suspiró en profundidad. ¡Qué lejana y extraña le parecía ahora, en su mente, toda su vida!

Caminó durante media hora con el cuerpo ladeado a causa del peso de la maleta de cuero que cargaba sobre un hombro. Al menos, el terreno era llano, con pequeñas ondulaciones que ocultaban de la vista temporalmente la lejana línea del horizonte para, una vez salvados sin la menor dificultad, mostrarla de nuevo en la infinita combinación de verdes, ocre y marrones. Hacía calor, demasiado calor para esa época del año; al menos, si se comparaba con el clima fresco y continuamente encapotado de Greenbourgh. En ese territorio extraño, una gigantesca bola de fuego, que gracias a los libros de astronomía sabía que se trataba del Sol, campaba a sus anchas en un cielo ampliamente despejado. Jamás había visto con anterioridad la bóveda celestial pintada de un azul tan límpido e incólume, ni jamás había experimentado en la propia piel un calor tan seco y perturbador. Y, para ser sinceros, agobiante. Tras exhalar un largo suspiro se quitó la chaquetilla y se la echó al hombro

hecha un gurrúño después de pasarse el antebrazo por la humedecida frente. El suelo también era seco y polvoriento. Además, ardía de tal forma que temió, por un momento, que la suela de sus botinas acabara por desintegrarse antes de alcanzar su destino.

En la distancia, desde algún punto escondido entre la vegetación, las cigarras tomaban con rotunda sonoridad las pulsaciones al día a través de un canto intermitente, lo que ayudaba a crear una sensación de sofoco. Dondequiera que mirara, el paisaje se diluía como una acuarela licuada a causa del efecto óptico producido por la refracción de la luz en el aire caliente que irradiaba el suelo. Sin duda, el señor Masen había sido muy poco caballeroso no enviando a nadie a buscarla a aquel cruce de caminos perdido en mitad de la nada, donde se realizaba la toma y cambio de pasajeros, pensó mientras continuaba arrastrando los pies por aquella pasarela abrasadora. Una de dos: o aquella propiedad amenazaba con ser infinita — asunto que estaba empezando a barajar— o su naturaleza poco acostumbrada a temperaturas tan elevadas acabaría por doblarse hasta terminar abatida en el suelo cuan larga era. A medida que avanzaba, pudo comprobar que a ambos lados del camino, y a lo largo de aquella extensa planicie, crecía una planta desconocida de ancha y palmeada hoja, que agitaba sus lascias melenas al ritmo cadencioso que marcaba la suave brisa del mes de marzo. Aquella era la planta del algodón que el señor Miles le había referido antes de embarcar y que le reportaba toda una fortuna al dueño de la plantación. Detuvo un minuto los pasos para pasear la vista a lo ancho y largo de aquella vasta acuarela verde y ocre, lo observó todo con la boca abierta y el ánimo intimidado.

—Esto es inmenso y parece no tener fin —susurró; se sentía abrumada ante tal magnitud.

Se le cerró el estómago ante la abrumadora certeza de que todo aquello pertenecía a un único hombre. Al señor al que ella misma iba a servir. Más allá de un nuevo altozano, divisó extenuada a lo lejos la mansión, erguida con gallardía sobre el horizonte como un estandarte que había visto pasar los siglos ajeno al paso del tiempo. Allí estaba su destino: Old Oak. Una espléndida mansión de aspecto señorial, capaz de causar una gran impresión desde el exterior. Apuró el paso sacando brío de donde ya no restaba, después de tan larga y sofocante caminata bajo aquella odiosa ardentía. Se sorprendió a sí misma al atravesar a plena carrera la enorme verja que daba la bienvenida a la mansión. Avergonzada de la impetuosidad, apaciguó el correteo para acatar un paso más relajado. De ese modo, pudo contemplar más sosegadamente la casa.

Se trataba de una construcción de líneas simples y elegantes, perfectamente cuadrada, de dos plantas más buhardillas. Destacaba la amplia fachada vestida de tablillas superpuestas pintadas de color blanco, así como el amplio porche con cinco columnas de mármol y una enorme escalera que descendía desde el portón principal al atrio, como una lengua de lava blanca que languidciera ante los recién llegados.

Todo el conjunto, bello y señorial, presentaba una combinación de revestimiento de tablillas, que cubrían la fachada del frente, y tejas de madera teñidas de oscuro, que cubrían el tejado y los laterales de la casa. Un gigantesco roble centenario, oscuro y alargado como un espectro, se alzaba a un costado de la construcción y le otorgaba, con su presencia, distinción y señorío. De seguro, también el nombre que daba lugar a la plantación: Old Oak, «viejo roble». En el patio delantero, completamente vestido de grava, aparecía en perfecta formación un ejército de camelias enanas prometedoramente cargadas de yemas. Estanques adornados con garcillas, macizos florales y una avenida de encinas verdes daban la bienvenida a los visitantes. Rebecca exhaló lentamente, dejando escapar el aire de sus pulmones al albergar la certeza de que en aquel lugar ya ni siquiera el aire le pertenecía.

—Ahora toda tú perteneces a Old Oak —murmuró al tiempo que se reía ante aquella bella estampa—. Toda tú eres una propiedad más del señor Masen...

Un hombre parado en mitad del patio, perfectamente ataviado con un horquillo que echaba al hombro, se tocó el ala del sombrero a modo de saludo.

—¿Es usted la chica inglesa? —preguntó dando voces.

Rebecca asintió, y el hombre tiró a un lado su herramienta y se empeñó en hacerse cargo de la raída maleta, lo que la alivió del peso y le concedió la añorada verticalidad después de largo tiempo de sometimiento. Le dolían terriblemente los pies, sudaba, y la bota del pie derecho le había ocasionado una ampolla en el talón. Sin embargo, no pudo evitar reírse ante la afanosa y torpe demostración de caballerosidad de aquel hombre.

—Cielo Santo, ¿ha venido usted caminando desde la entrada de la plantación? —Meneó la cabeza en señal de desaprobación—. Lamento que haya tenido que venir usted a pie, señorita, el señor debió de haber olvidado que su coche llegaba hoy. —E inclinó la mirada avergonzado ante su propia mentira—. Debe de estar usted agotada... —comentó advirtiendo la menuda constitución de la joven así como los rubores que el ejercicio había le conferido a las mejillas. Alargó una mano sucia y callosa que la muchacha aceptó con una sonrisa benévola—. Me llamo Billy, Billy Finsk.

—Rebecca Hale. No se preocupe, me gusta caminar, Billy Finsk.

Él le sonrió con condescendencia. Ella dedujo que se trataba de un sirviente, aunque el hombre careciera de librea, guantes, sombrero de tres picos y peluca empolvada. Todo lo que se esperaría del sirviente de una gran casa en su lejana Inglaterra. En realidad, vestía bastante desastrado: unos calzones desgastados de lino, una camisa raída y una chaqueta oscura cuyas mangas le quedaban demasiado cortas. Pero parecía simpático con esa amplia sonrisa mellada y esa nariz sucia.

—¿Ha tenido, entonces, un buen viaje?

Se encogió ligeramente de hombros sin saber bien qué decir. En esos momentos, se encontraba tan cansada y dolorida, tan hambrienta, sudada y entumecida que tan solo deseaba poder llevarse algo a la boca —aunque fuera el odioso escabeche de

carne de Cypress Lodge—, asearse con comodidad y acostarse a dormir, al menos, durante una semana entera. Por supuesto, era muy consciente de que no había llegado a esa parte del mundo precisamente para dormir y relajarse después de un fatigoso viaje. No estaba allí en calidad de invitada, sino que ahora era una sirvienta más. Paradojas de la vida: siempre la habían servido y ahora era ella la que debía servir a otros.

Por el rabillo del ojo percibió un ligero movimiento. Algo fuera de lugar. Como si una mosca insignificante hubiera variado de pronto su posición para posarse sobre un punto diferente en aquel colorido lienzo. Ella había percibido todo eso apenas en una fracción de segundo. Escondido detrás del nudoso tronco del viejo roble, lo vio. Se trataba de una criatura de no más de tres pies de alto; esquelética, todo ojos y extremidades, de elevado pelo rizado y un tono de piel del color de la propia tierra. Demasiado afanado por mantenerse oculto, aunque sin éxito, aquel escuálido ser la miraba con la fijación característica que solo muestran los ojos hundidos en sus propias órbitas.

Rebecca se sorprendió. Era la primera vez que veía a alguien de piel oscura, y eso que, en alguna parte, había leído que en las Antillas vivían hombres tan negros como el carbón, que caminaban casi desnudos y hablaban en una lengua extraña. Pero, por supuesto, aquel lugar distaba mucho de parecerse a las islas Antillas. Y, no obstante, aquella criatura era negra como el betún.

—Billy, ¿ha visto usted a ese chiquillo?

El hombre se volvió hacia ella, pero, a juzgar por la inopia que mostraba en su mirada, era más que evidente que no había visto a nadie, ni había oído siquiera la pregunta de su acompañante. Es más, Billy Finsk parecía tan inmerso en su propio mundo y en las cavilaciones derivadas de él, que difícilmente podría estar al tanto de nada de lo que sucediera en el mundo real.

—¡Sí que viene de lejos, señorita, de bien lejos! —comentó completamente ajeno al descubrimiento de la joven—. ¡Del otro lado del océano, ni más, ni menos! Muy lejos, sí, señor, espero que sea capaz de adaptarse a esta tierra.

—Yo... Sí, eso espero también —continuó caminando a la par del señor Finsk, sin apartar la mirada de aquellos enormes ojos engarzados a la fuerza en una calavera negra—. Gracias.

—Este es un lugar bonito, señorita, aunque... ¡la madre que me parió! —Algo que divisó por encima del hombro de la joven lo obligó a fruncir el ceño y soltar semejante impropio. Carraspeó como si pretendiera tragar un bocado amargo antes de continuar entre dientes—. ¡Ya ha aparecido la vieja urraca! ¡Sí que ha tardado en dejarse ver esta vez! ¡Maldito pájaro de mal agüero, que caigas desplumada! —rezongó.

La joven arrugó el ceño sin acabar de comprender y, cuando se volvió para tratar de identificar a esa vieja urraca que tanto parecía haber trastornado al afable sirviente, entendió su desasosiego: una dama de porte sobrio y apretado moño, que vestía

rigurosamente de negro y que adornaba el lateral de su cinturilla con un ruidoso manajo de llaves, surgió inesperadamente de algún lugar a su izquierda, se acercó con paso enérgico hasta detenerse frente a la pareja. Realmente, bajo el discreto aleteo de su falda no parecía que caminara, sino más bien que avanzara como un espectro, a gran velocidad y sin tocar el suelo.

La altivez de ese aspecto y la frialdad de esa mirada recordaban la imagen de los cuervos imperturbables que presiden en silencio cualquier relato de terror que se precie y que, de cuando en cuando, emiten un espeluznante graznido con el fin de recordarles a los visitantes la agorera presencia. Rebecca desvió con premura la mirada hacia el viejo roble espoleada por un inesperado instinto protector, pero allí ya no había nadie. Con un enérgico movimiento de cabeza, la mujer saludó a la joven.

—La institutriz inglesa, supongo —dijo con frialdad.

La muchacha asintió con nerviosismo.

—Bienvenida a Old Oak. No la esperábamos hasta mañana —anunció sin alterar un ápice la rigidez del rostro.

A continuación la examinó de arriba abajo con evidente aire censor y una reprobadora elevación de cejas. Rebecca permaneció en silencio sin saber qué hacer. ¿Esperaba acaso aquella mujer que se disculpase por haber llegado antes de tiempo?

—Mi nombre es Augusta Bradshaw y soy el ama de llaves de la mansión. Acompañeme; le mostraré su habitación. —Luego, se dirigió al sirviente con maligna altivez—: ¡Usted, maldito holgazán, síganos con esa maleta y desaparezca de mi vista!

Ambas mujeres se retiraron hacia la mansión sin ser conscientes de los gestos obscenos que Billy Finsk, a su espalda, y llevándose las manos a la entrepierna, dirigía al ama de llaves.

## CAPÍTULO 4

Si frío y distante le había parecido a Rebecca el recibimiento del ama de llaves, idéntica impresión le causó la acogida de la señora Webber, primera doncella de la mansión. Cierta era que la señora Bradshaw aparentaba haber sido toda ella forjada en hierro puro, aunque debajo de esa apariencia atildada y, una vez desprovista de las negras vestiduras, a la joven Hale le quedaba el consuelo de suponer que la desabrida mujer no escondía más que una armazón de pellejo y huesos. No era, por lo tanto, más que otra simple mortal. Aunque, en su caso, su cuerpo mortal iba debidamente cosido a una naturaleza mortífera. La acritud de ese rostro apergaminado concordaba a la perfección con el rictus severo de los labios eternamente fruncidos, y quién sabe si aquella mirada fría y escrupulosa obedecía a la exagerada tirantez impuesta a sus horquillas o a un verdadero halo de maldad.

Pese a las perlas que adornaban a la atildada ama de llaves, la primera doncella no tenía demasiado que envidiarle a su superior. Se trataba igualmente de una mujer adulta, esta vez de gruesos tobillos y porte caballuno, poseedora de orondas mejillas que colgaban a ambos lados de su cara como alforjas sobrepasadas y diminutos ojillos de ratón que parecían censurar el mundo a cada instante. Se desplazaba lentamente, con andares de ganso, debido, quizás, a la acusada prominencia de sus carnes y a la brevedad de sus piernas, respirando de forma ruidosa por la nariz como lo haría un cochinito al que apuraran hacia el degolladero. Una desafortunada verruga festoneada por un largo pelo negro adornaba su barbilla y obligaba a sus interlocutores a la incómoda situación de mirar esa parte concreta de su rostro durante cualquier intercambio verbal. La peculiar doncella se encargaba, en ese momento, de ayudar a Rebecca a acomodar sus escasas pertenencias en una austera y diminuta habitación de la primera planta. Y en cada pequeño gesto, en cada severo fruncimiento de ceño y en cada exagerado resoplido, se evidenciaba el disgusto ante tal encomienda.

—Por lo que veo ha traído usted mucho equipaje, señorita Hale —rezongó tras acomodar, con cierta dificultad, una pequeña sombrerera en el altillo del guardarropa—. Sinceramente dudo de que le dé a usted tiempo de desempaquetarlo por completo...

Rebecca dejó en ese instante de doblar la lencería para fijar toda su atención en aquella desabrida mujer.

—No creo que esas niñas resulten tan terribles, señora Webber.

La aludida resopló como lo haría un caballo viejo tras un paseo innecesario.

—Usted es demasiado joven, demasiado estirada, no tiene ni la menor idea de

educar a un niño. Apostaría a que jamás ha trabajado, ¿me equivoco? —La miró de arriba abajo con sumo desprecio, y el gesto de repentina náusea que asomó a ese rostro evidenció sin duda alguna que Rebecca había salido perdiendo en la improvisada evaluación—. En realidad, dudo de que sepa de otra cosa más que de vestidos, sombreros y plumas, a juzgar por todas estas valijas innecesarias.

La joven se mordió el interior de las mejillas e inhaló con ansiedad, como si el oxígeno de aquella estancia escaseara o lo estuviese consumiendo por completo aquella desagradable mujer.

—Usted no me conoce en absoluto, señora Webber; no le consiento que me juzgue como una persona frívola y vanidosa, porque no lo soy.

La doncella farfulló algo ininteligible antes de encajar a la fuerza un par de botinas en el estante inferior del guardarropa.

—Solo le aconsejo que no se haga ilusiones respecto a este trabajo. Cuatro institutrices, todas ellas más experimentadas que usted, han pasado por aquí en los últimos meses, y ninguna se quedó el tiempo suficiente para que llegáramos siquiera a aprendernos su nombre. —Miró a Rebecca achicando los ojos—. Pero olvide mis palabras, no es mi intención desanimarla antes de tiempo.

Estaba claro que desanimarla era precisamente lo que la doncella más deseaba.

—¿Por qué debería desanimarme antes de haber conocido a mis pupilas? ¿Acaso esas niñas son pequeños monstruitos dotados de tentáculos, lengua bífida y ojos saltones? —afianzó los brazos sobre el pecho. No iba a consentir que aquellas agoreras la amilanaran el primer día—. ¿O acaso se trata de algo más? —La doncella la miraba ahora con gesto desconfiado—. ¡No me diga que la mansión está encantada! Me fascinan las viejas leyendas de fantasmas, señora Webber, de hecho he leído un par de veces *Los misterios de Udolfo* con gran placer.

—¿Los misterios de quién? ¿Se puede saber de qué diablos está hablando?

Rebecca sonrió con condescendencia al percatarse de que aquella mujerona no tenía ni la menor idea de qué era el castillo Udolfo, quién era Emily, el *signore* Montoni y, ni siquiera, la propia señora Radcliffe. Ante la sonrisa burlona de la muchacha, la señora Webber adelantó los labios y bufó como un toro airado.

—¡Búrlese si quiere, de ese modo, al final, nos resultará más satisfactorio ver cómo se traga su orgullo y su altivez! Estirada inglesita del demonio... —Se dispuso a recoger del suelo varios paquetes más—. Parece demasiado resuelta para su edad; bien, es un punto a su favor. —La miró de hito en hito con evidente desprecio—. Quizás, al fin y al cabo, sí aguante un par de días en Old Oak.

Desafiante, alzó la barbilla, sonrió con virulencia y dejó caer las cajas sobre una de las baldas del guardarropa, lo que provocó que la madera cediera y las cajas cayeran al suelo con gran estruendo.

—Cree que no seré capaz de hacerme cargo de esas niñas, ¿verdad? —preguntó. Se había empezado a sentir realmente indignada.

La doncella la miró, y una sonrisa perversa asomó a su rostro.



—No me cabe ni la menor duda de ello. —Se sacudió las manos y se dirigió a la puerta, pero se detuvo un instante bajo el umbral—. Esto no es su amada Inglaterra, querida niña, todo elegancia y florituras. Aquí la vida es dura. La muerte y el dolor están vivos, reptan, avanzan y te atrapan a cada paso, vigilan cada movimiento, cada paso en falso, para devorarte y acabar contigo del modo más brutal que puedas imaginar. Uno debe envolverse con una coraza para soportar las brutalidades del día a día y, por lo que veo —dijo y sus labios se retorcieron en una mueca de desprecio—, usted no se ha traído ninguna coraza, solo muselinas, puntillas y popelinas floreadas.

Rebecca no pudo evitar estremecerse ante el registro bajo y sombrío que la mujer le había conferido a su tono.

—Yo que usted me aseguraría bien de cerrar la puerta por las noches, jovencita. —Le guiñó un ojo—. Ya sabe, por los fantasmas.

Y la sonrisa maligna con que acompañó sus palabras persistió en la memoria de la muchacha durante el resto del día.

Aquella tarde, una vez instalada en sus aposentos, el ama de llaves le comunicó a la señorita Hale que no sería presentada a sus pupilas, ni al señor Masen hasta el día siguiente, por lo que la recién llegada se tomó su tiempo para asearse, comer una cena tranquila en la habitación y acostarse con las postreras luces del día. Esa noche, una precaución desconocida la llevó a cerrar la puerta de la alcoba con llave, y, aunque íntimamente no podía dejar de repetirse que todo había sido una burda artimaña por parte de la doncella para tratar de asustarla, lo cierto resultó que no fue capaz de conciliar el sueño durante las primeras horas de la noche. Tumbada boca arriba en el lecho, con la mirada perdida en los elevados artesones y los rayos de la luna que caían de forma oblicua sobre las paredes, no pudo dejar de fustigarse a sí misma por dar cabida a las patrañas de aquella mujer. Estaba claro que no había sido bien recibida en Old Oak, y que, por alguna extraña razón, aquellas rancias comadres la miraban con evidente desagrado, como si de algún modo presintieran en ella a una intrusa, a una enemiga a la que destruir, y no a la institutriz cuyo único fin era educar a las inocentes hijas de su señor. Estaba claro que las palabras del señor Miles, al menos en lo que a aquellas dos mujeres se refería, distaban mucho de resultar verídicas. Podía ser que los señores buscaran institutrices inglesas en un intento por aportar un punto de distinción y refinamiento a la educación de sus hijas, pero estaba claro que las demás doncellas las veían como burda competencia. Confiaba, al menos, en que el resto del servicio, al que presumiblemente conocería durante los próximos días, le ofreciera un recibimiento menos defensivo y más conciliador.

Acababan de sonar once campanadas en el reloj del pasillo cuando un estrepitoso alboroto la obligó a incorporarse en el lecho. Si hubiese permanecido sumida en un engañoso estado de duermevela, habría podido suponer que acababa de soñarlo, que su ánimo fantasioso alimentado por las patrañas de la señora Webber quería jugarle una mala pasada, pero su cabeza se encontraba, en esos momentos, tan lúcida y despierta como si en ese reloj acabaran de sonar las once del mediodía en lugar de

una hora tan intempestiva. No, decididamente no lo había soñado. El estruendo procedía, sin el menor lugar a dudas, de algún lugar en la planta baja y había sonado a algo semejante a vidrios o porcelanas hechas añicos. Alguien o algo parecía haber perdido todo atisbo de cordura en el piso inferior y destrozado, a su paso, todo el mobiliario. Como siguiera haciéndolo con tal ímpetu y semejante entrega, muy pronto iba a acabar por despertar a toda la casa.

Saltó de la cama procurando no hacer ruido, caminó descalza sobre los pulidos suelos de alabastro ataviada tan solo con una ligera camisa de dormir y una vieja pelliza sobre los hombros. Salió al pasillo, se concedió unos segundos para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, avanzó ceñida a la pared mientras evitaba respirar para permanecer atenta a cualquier nuevo sonido que la alertase de algún peligro potencial. En esos momentos, el único ruido existente procedía de su propio corazón, que zumbaba y se agitaba como un loco, le brincaba en las sienes y le galopaba por el pecho. Descendió la escalinata principal, sorprendida de que ninguno de los sirvientes hubiese escuchado aquel bullicio en mitad de la noche. Realmente, y al pensarlo bien, no resultaba tan descabellado. Normalmente, el servicio tenía sus dependencias en la buhardilla, y ella, en su privilegiada condición de institutriz, era la única que dormía en esa planta, cerca de las habitaciones de sus pupilas. Al pensar en las chiquillas, se alegró de que tampoco ellas hubieran sido conscientes de aquel sobresalto.

Había dejado atrás el último escalón cuando lo descubrió en mitad del vestíbulo iluminado por un oportuno rayo de luna. Se llevó la mano al pecho y contuvo un grito. Aquel individuo permanecía tumbado cuan largo era sobre el lustrado suelo de mármol, murmuraba a saber qué inaudibles blasfemias y luchaba en vano por incorporarse. Su enojoso esfuerzo por conseguir la deseada verticalidad resultaba lamentable dado su estado de embriaguez.

Rebecca se acercó a él con cierto recelo, inducida, tal vez, por su espíritu caritativo y su curiosidad, más que por la confianza que pudiera inspirar aquel individuo que reptaba por el suelo a cuatro patas como una alimaña grotesca. Sin duda, se trataba de un sirviente insensato que se había excedido durante la tarde libre y gastado hasta la última moneda del salario; ahora regresaba, finalmente, a sus aposentos, completamente perjudicado. ¡Ay, cuán peligroso puede resultar un exceso de libertad para aquellas almas poco o nada acostumbradas a disponer de ella! Sin duda, el señor acabaría por echar a patadas a aquel infeliz si lo descubría en semejante estado.

Compadecida, se acuclilló a su lado y lo sujetó por los codos para ayudarlo a levantarse, pero tal asunto resultaba una tarea hercúlea. Aquel hombre, pese a su apariencia desgarbada y a su evidente delgadez, pesaba demasiado. O, quizás, era el exceso de alcohol el que había vuelto su cuerpo plomizo e inamovible. Ingerido a través de la boca, era obvio que, en esos momentos, todo el líquido había ido a parar al fondo de sus botas y actuaba como un perfecto lastre. Al percatarse de la presencia de la joven, el hombre retrocedió asustado, apoyado sobre codos, manos, nalgas y

talones, se arrastró como un reptil mal herido que busca en vano un lugar donde ocultarse.

—¿Quién... quién diablos es usted? —preguntó mientras la observaba con ojos desenfocados y mostraba una clara dificultad en la pronunciación.

Gruesos mechones oscuros le caían completamente al descuido sobre el rostro. Un rostro delgado, de facciones muy marcadas y profundamente angulosas.

—Creo que eso es lo de menos en estos momentos, señor. Procure levantarse y regresar a su habitación haciendo el mínimo ruido posible, yo lo ayudaré —murmuró Rebecca, que procuraba no alzar la voz.

Ella insistía en ayudar al hombre a incorporarse, pero, a duras penas, había conseguido que se apoyara tambaleante sobre las rodillas. De ahí no pasaba. Pedir más era pedir demasiado.

—¡Ja! ¿Volver a mi habitación? —chasqueó la lengua, hizo aspavientos en el aire y dibujó en su rostro una expresión de fastidio—. Creo que, no tengo ni la menor idea de donde está mi habitación, señorita.

—¡Shh, va a despertar a las niñas! —amonestó la joven y lo ayudó a ponerse, finalmente, en pie. Pero nada más enderezarse, un brusco trastaballo del caballero los precipitó a ambos al suelo. El hombre, tumbado de espaldas con los brazos en cruz, no podía dejar de carcajearse, mientras, a su lado y tras recibir un doloroso impacto en la parte baja de la espalda, la muchacha lo observaba estupefacta y visiblemente furiosa.

—¡Tiene gracia, maldita sea! Me temo... Me temo que esta noche no voy a ser capaz de dar... un solo paso más. ¡Estoy borracho como una cuba! —Al intentar apoyarse en una mesita auxiliar cercana, y como si de ese modo quisiera corroborar sus palabras, derribó completamente el contenido de la misma, lo que causó un nuevo estrépito de vidrios rotos. Una risotada gutural huyó de su garganta—. Tendré que quedarme en el vestíbulo a pasar la noche.

Se aovilló sobre un costado para llamar al sueño.

—¿De veras le hace gracia? —Suspiró de hartazgo y resignación, cansada de pelear con una mole de carne inanimada—. ¡Hace demasiado ruido y está causando un gran estropicio! Cielo Santo, señor, después de esto creo que puede usted hacer sus maletas y marcharse de aquí cuanto antes.

Él la miró perplejo durante un largo minuto, unos ojos como platos asomaban bajo los lacios mechones despeinados, como si aquella desconocida acabara de confesar el punto exacto en el cual descansaba el tesoro de los Nibelungos y, ahora, tan solo restara tomar el pico y la pala antes de ir en su búsqueda. Pese a todo, lo que menos le quería era tener que empuñar un pico y una pala. Solo dormir y olvidarse de todo.

—¿Hacer mis maletas y marcharme? De veras que es usted terriblemente graciosa...

—Puede dar gracias al Cielo si el señor no lo obliga a pagar todo lo que ha roto

esta noche.

El hombre jadeó al contener la risa, antes de espurrrear una nueva y ordinaria carcajada.

—¡Creo que es ya lo único que me faltaba! ¡Pagarle al viejo tirano la más mísera moneda! Como si no sacara ya bastante de mí, ese maldito perro... —Se inclinó con escasa estabilidad hacia la joven y se expresó en tono de confidencia—. ¿Usted cree que... serán muy caras estas ridículas figuritas de mármol? Ese elefante africano... parece, sin duda, de gran valía. —Luego, abandonó su moderación y exclamó en alta voz—: ¡Maldita sea, todo lo que hay en esta casa vale más para ese cretino que la mitad de las almas de Old Oak!

Sin esperar respuesta, empezó a revolverse en busca de la inalcanzable verticalidad, pero tuvo que desistir al enredarse en los faldares de su raída chaqueta de sarga y con sus propias extremidades inferiores, que en esos momentos suponían un importante obstáculo. Semejante contorsión provocó que una pequeña pistola plateada resbalara de la cinturilla de su pantalón y cayera al suelo con un sonido seco. La estupefacción de Rebecca duró apenas una fracción de segundo. Aunque visiblemente horrorizada, en un marcado instinto de supervivencia, se abalanzó sobre el arma y cayó sobre ella como un gato que echara sus zarpas sobre un pajarillo arrojado del nido.

—¿Qué diablos hace? ¡Devuélvamela! —bramó el hombre mientras alargaba hacia ella unos brazos largos, torpes y, por fortuna, demasiado lentos.

—¡Oh, no, no, no! No está en condiciones de usarla, señor. —Sus manos revolotearon tras la espalda para ocultar el arma—. Está usted demasiado ebrio —repuso sin la menor intención de seguir el juego a aquel insensato.

Principió a levantarse cuando el hombre la asió con rudeza por los bajos de la camisa de dormir, la detuvo y la obligó a permanecer de cuclillas.

—Devuélvamela ahora mismo le digo —rugió; bizqueaba por momentos—. Usted no sabría qué hacer con ella.

La joven se zafó de ese agarre sin demasiada dificultad. Tal como se encontraba, aquel individuo no suponía un peligro excesivo.

—Creo que mejor la guardaré en un sitio seguro hasta que usted esté en condiciones de reclamarla.

El hombre frunció el ceño, se sentía como un niño al que arrebatan su juguete. Finalmente, adelantó el labio inferior y lanzó un soplido, lo que agitó sus despeinados mechones negros.

—Está bien, quédesela —concedió—. Quizá le venga bien después de todo. Si no la usa contra nadie, acabará por emplearla para volarse a usted misma la tapa de los sesos. Esta es una tierra de locos. —Sus ojos enrojecidos permanecieron fijos en ella—. Aquí todo es tan venenoso como la cicuta. Hasta la más bella flor puede resultar mortal.

Rebecca meneó la cabeza tratando de darle algún sentido a las palabras de aquel

hombre. Y, sin querer, recordó que resultaban tan negras y agoreras como las de la señora Webber.

—No diga sandeces —siseó—. Old Oak es un lugar hermoso.

Por un momento, la miró fascinado, y sinceramente enternecido, ante la ingenuidad e inocencia que derramaba aquella mujer. ¿Old Oak hermoso? Old Oak era como una planta carnívora: sí, bella y hermosa a simple vista, ofreciendo incitante a los merodeadores su dulce néctar y su cómodo asilo. Pero una vez que se penetraba en su interior, jamás se podía salir de allí con vida. Acabaría por engullir y destruir el alma de quien se adentrara hasta aniquilarlo por completo. Ningún espíritu sensible, bondadoso e inocente sería capaz de sobrevivir en un lugar como Old Oak sin terminar por volverse tan negro y podrido como el de su propietario. ¿Qué diablos hacía entonces allí aquella insensata? ¿Nadie le había advertido lo dura que era la vida en la plantación y lo pérfido que era Jeremiah Masen? ¡Pobre, pobre criatura! Si, en verdad, nadie la había prevenido de lo que le esperaba en aquel lugar infernal, no tenía sentido seguir con aquella conversación. Sería como tratar de debatir sobre sexo con una virgen. De hecho, lo mejor sería abrirle los ojos cuanto antes y de una maldita vez para que se marchara por donde había llegado sin perder ni un miserable segundo. Nadie en su sano juicio permanecería en aquel lugar por propia voluntad.

—¿Quién diablos es usted y de dónde ha salido? ¡Jamás la había visto en esta casa! —Lo mejor sería mostrarse desagradable hasta el extremo y proporcionarle el empujoncito necesario para que la bella golondrina levantara vuelo lejos de allí—. ¿Y qué hace medio desnuda en el vestíbulo? ¿Acaso es la nueva puta de Masen?

Rebecca se encendió completamente y todas sus pecas desaparecieron bajo la ardiente rubicundez de su rostro. No fue capaz de hablar porque el calor en sus mejillas y la indignación bullendo en su pecho se lo impedían. ¿Por qué aquel necio la atacaba cuando ella tan solo había pretendido ayudarlo?

—Tampoco me extrañaría tanto. —Tambaleante, el individuo consiguió finalmente ponerse él solo en pie oscilando sobre sus talones como esos muñecos provistos de un resorte que surgen del interior de una caja y se bambolean sin ton ni son—. Ese zorro siempre ha tenido buen gusto para las mujeres y suficiente dinero para tentarlas.

—¡Está usted ebrio, señor! ¡Y no pienso escuchar la palabras de alguien en su estado!

La muchacha retrocedió varios pasos. Por supuesto, ella no podía saber que aquel tipo sería incapaz de hacerle daño; de hecho, bastante trabajo le estaba costando mantenerse en pie, hilar frases coherentes y no orinarse encima. Sin embargo, era muy consciente de que los borrachos resultan peligrosos precisamente por su volubilidad.

—¿Ebrio, dice? —sonrió de forma ladina—. Del todo, no se lo voy a negar. Pero por muy borracho que esté tendría que ser rematadamente ciego para no apreciar lo que tengo delante de mis narices. Si yo fuera el amo, le aseguro que no la dejaría

abandonar mi lecho durante un solo segundo para perder el tiempo en parlotear con un miserable borracho en el vestíbulo.

—¡Por supuesto! ¡No pienso escucharlo! —lo cortó demasiado turbada como para continuar con aquella ridícula charla—. ¡Será mejor que se retire a su habitación y duerma su borrachera en paz, idiota! ¡Buenas noches!

Completamente encendida se dio vuelta con intención de regresar a su cuarto hasta que un nuevo alboroto provocado por mobiliario derribado la obligó a detenerse. Se volvió a tiempo para descubrir que el individuo acababa de dar con sus huesos en el suelo de un modo muy poco digno. Sofocó una sonrisa y se detuvo tan solo el tiempo necesario para comprobar cómo el hombre se retorció en el suelo mientras masajeaba entre protestas aquella zona donde la espalda pierde su casto nombre.

—¿Es que no piensa ayudarme a levantarme? —protestó cuando la joven puso pie en el primer escalón—. Le recuerdo que estoy completamente ebrio, señorita.

—Me temo que deberá arreglárselas solo esta vez, señor. Buenas noches.

Estaba claro que no sería capaz de arreglárselas solo de ninguna manera. Todavía le faltaba un buen trecho hasta la buhardilla, y como continuara moviéndose de un modo tan aparatoso y torpe no quedaría ni un solo mueble, ni un solo adorno cerámico sano y salvo a su paso.

—Está bien, señorita egoísta y relamida. ¿Puede saberse qué diablos piensa hacer con la pistola?

Rebecca volvió la cabeza hacia la mano que sostenía aquella arma. Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal y la obligó a sostenerla con la yema de los dedos. Sin embargo, no podía devolvérsela a aquel hombre en ese estado.

—¿Y si ahora apareciera el señor Masen y me encontrara en tan lamentable posición? —continuó provocándola—. ¿No tendría usted remordimientos de conciencia por haberme dejado solo y desamparado a merced de ese tirano?

La joven volvió el rostro hacia él con lentitud. La indignación brillaba en sus mejillas.

—¡Permítame decirle que le estaría a usted bien empleado por su imprudencia! Es más —agregó y una sonrisa maligna adornó su semblante—, puede que sea yo misma la que informe al caballero de la actitud tan irresponsable que acabo de presenciar esta noche bajo su techo.

—No se atrevería.

—¡Puede apostar a que sí!

—¿En serio sería usted tan malvada?

Rebecca jadeó estupefacta. Lo agasajó con una última mirada cargada de desaprobación, meneó la cabeza, se dio por vencida y zanjó aquella estúpida conversación. Sin duda, tan estúpida e inverosímil como la situación en sí.

—Buenas noches de una vez por todas, señor.

Se perdió con paso precipitado en la inmensidad de aquella escalinata. El

desconocido se dejó caer de nuevo cuan largo era, mantuvo los brazos en cruz y las piernas abiertas formando un elevado montículo. En su semblante perduraban los resquicios de una sonrisa complacida y el brillo inquietante de unas pupilas obsidiana.

Rebecca se metió en la cama con un movimiento rápido y preciso. ¿Qué diablos acababa de pasar allí abajo? Tiró de la manta con fuerza hasta rozar con el borde la barbilla. ¿Acaso en aquel lugar estaban todos locos? La altiva ama de llaves y la primera doncella de la casa se habían presentado ante ella como los más perfectos cancerberos para mantener a buen recaudo aquel lugar. Con la salvedad de que no había necesidad de mantener nada a buen recaudo frente a ella. Además, aquel irresponsable sirviente se paseaba por la mansión en plena noche, completamente ebrio, sin el menor recato, de modo que se exponía a ser visto y despedido de inmediato. Eso, sin contar con la paliza que el señor le propinaría por deshonorar el buen nombre de su casa con semejante comportamiento. ¿En qué estaba pensando? Además, ella solo se había acercado a él con el propósito de ayudarlo. ¿Cómo se había atrevido a revolverse contra ella y faltarle al respeto tomándola por una... por una concubina del señor? Enrojeció hasta las orejas. ¡Maldita sea si no había ido a parar a un lugar de auténticos locos de atar! Resopló furiosa antes de tapar por completo la cabeza y obligarse a dormir cuando el contacto con un pequeño objeto frío y duro que le rozó un costado la hizo enfurecer todavía más. Gruñó bajo las sábanas.

—¡Ahora tendré que levantarme de nuevo para esconder la dichosa pistola en un lugar seguro!

## CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente, tal y como había sido dispuesto el día anterior, la señora Bradshaw presentó a Rebecca a las señoritas Masen, que contaban siete y nueve años de edad respectivamente. El señor Masen tenía, además, dos hijos varones, dos jóvenes de buen porte y aire varonil que se acercaban a la veintena y aspiraban a entrar en breve en una conocida academia militar. Dos días a la semana, un profesor de esgrima acudía a Old Oak para enseñarles a manejar la espada; un militar retirado entrado en años y punteado de metralla los instruía además en historia del ejército y leyes. Los muchachos apenas se dejaban ver por la mansión. Se pasaban el día en el pueblo entregados a sus pasatiempos masculinos o ayudaban a supervisar el trabajo de la plantación familiar.

Llegó enseguida a la conclusión de que no le resultaría difícil ganarse a las niñas. A pesar de la acusada timidez de ambas y del escaso ánimo de sociabilizar con el resto del mundo en general, la apacibilidad de sus miradas y la rubicundez que asomaba a menudo a sus mejillas, denotaban un corazón puro y afable. Las dos eran sumamente menudas y poseían un cabello claro, fino y abundante, del dorado más brillante que Rebecca había visto en su vida. Las dos miraban a la institutriz y a esa peculiar melena roja con un simpático embeleso que rayaba la fascinación. Tras una primera toma de contacto en la que las tres se presentaron, se sonrieron. Las niñas le obsequiaron sendas acuarelas, y ella les regaló dos ramilletes de clavelinas de papel para adornar el cabello. La recién estrenada institutriz decidió tomarse la licencia de conceder a las niñas el resto de la mañana libre, y les aseguró que, a partir de esa misma tarde, se acabarían los privilegios y empezarían con las lecciones de forma ardua e ininterrumpida. Semejante concesión no pudo menos que satisfacer notablemente a las pequeñas, que decidieron gastar su tiempo aislándose del mundo en su sala de juegos mientras canturreaban alguna conocida tonada infantil con sus muñecas preferidas como únicos espectadores. Murmuraban, entre risas tímidas, acerca de lo buena y bonita que era la nueva institutriz.

También Rebecca se dispuso a emplear su tiempo ocioso para salir a explorar los exteriores de la mansión. Aprovechó la apacibilidad de un día completamente despejado y con buena temperatura. Algo que parecía resultar habitual en aquella parte del mundo y que resultaba inusual y sorprendente para alguien habituado al sombrío clima británico. Sin embargo, la siniestra presencia de la señora Bradshaw frustró sus planes justo antes de que hubiera cruzado el umbral del pórtico principal.

—El señor Masen desea verla, señorita Hale —sentenció con la misma aspereza que si sostuviera una piedra pómez entre los dientes—. La espera a usted, sin demora,



en su despacho.

La muchacha se tensó de inmediato. Era muy consciente de que aquel momento iba a resultar crucial en su existencia, puesto que se trataba de la primera toma de contacto, la primera entrevista real entre el señor Masen y ella. Toda la negociación se había llevado a cabo de un modo meramente epistolar y de forma privada entre el señor Miles y el señor Masen. Ella tan solo tenía la certeza de que el señor Miles había sido generoso en cuanto a elogios y bondades, pero también era muy consciente de que la impresión que, en ese momento, le causara al señor Masen iba a resultar decisiva. El caballero tenía el destino de la joven en sus manos. Un gesto inapropiado o una respuesta desagradable, y con un solo chasquido de sus dedos Rebecca se vería obligada a subirse al primer barco que zarpara rumbo a Inglaterra con la humillación y la vergüenza como gala y ornato. ¡Por su vida que no deseaba regresar a Inglaterra! Al menos, no tan pronto. Estaba segura de que a esas alturas Martin ya habría regresado a Greenbough. Solo la Providencia sabía si lo había hecho acompañado o no. Definitivamente, no podía volver aún.

Cruzó los corredores en silencio, mantenía la cabeza inclinada, mientras perseguía la silueta oscura y erguida del ama de llaves. El corazón golpeaba su pecho con la misma violencia con la que un pajarillo, atrapado en una jaula de cristal, se estrellaría una y otra vez contra los vidrios en busca de su libertad. Al llegar al final del pasillo, la mujer se detuvo y golpeó con los huesudos nudillos un regio portón de roble con tal solemnidad que parecía que estuviera llamando a las mismas puertas del Cielo para solicitar audiencia. No fue, sin embargo, San Pedro el que respondió, aunque por la rotundidad del tono fácilmente podría haber pasado como tal ante cualquier sugestionable devoto. Una voz grave, ronca e incontestable dio su consentimiento del otro lado de la puerta con tal autoridad que a Rebecca le pareció que ningún alma en disposición de un mínimo de cordura sería capaz de rebatirle nada a su propietario. La mujer dirigió, entonces, a la joven una mirada de absoluta condescendencia, casi de conmiseración, antes de desaparecer por donde había venido.

—Buena suerte —siseó con maldad justo en el momento en que la muchacha cruzó el umbral.

Si todo en aquella casa destilaba poder y lujo, el despacho del señor Masen no podía ser menos. Ante sí se abrió una estancia amplia, elegante y discretamente iluminada, vestida desde el suelo al techo con gruesos listones de madera oscura y perfumada con el aroma amargo y picante del tabaco, la madera seca y el cuero. Una suntuosa colección de lienzos, que seguramente pretendían ensalzar la virilidad de su propietario a través de exageradas dimensiones o la rotundidad de los marcos, revestía las tres paredes principales de la estancia y atrapaba de inmediato el interés de cualquier afortunado visitante entre los trazos y las formas perfectas con que el pintor había pretendido dotar de vida su creación. Rebecca no pudo evitar pasear la vista por aquella galería pictórica, en la que se sucedían con brutal realismo

espeluznantes batallas navales en las que el furioso oleaje parecía a punto de inundar la estancia con sus oscuras lenguas de espuma o en las que egregios caballeros encabezaban los ejércitos a lomos de monstruosos corceles de guerra que se erguían sobre sus patas traseras y parecían amenazar al espectador con sus poderosas herraduras. En las abigarradas pecheras de aquellos jinetes, destacaban numerosas tachuelas y estrellas a modo de incuestionable distinción, pero, más allá de semejante mérito y semejante dignidad, destacaba todavía con mayor brutalidad el rictus severo, estricto y despiadado que asomaba a aquellos rostros de mandíbula cuadrada, densas patillas y pobladas cejas oscuras. Aquella abigarrada exposición de poder no consiguió, ni mucho menos, apaciguar los ánimos de una intimidada señorita Hale, que desvió la mirada de inmediato.

El señor Masen permanecía de pie frente a los despejados ventanales, le daba la espalda a su invitada mientras se entretenía en la contemplación de sus dominios. Vestía un elegante redingote color tierra que se amoldaba a la perfección a la cuadratura imponente de sus hombros. Su porte, sin duda, resultaba impresionante y derramaba la masculinidad y la seguridad características de los grandes hombres que nada tienen que temer y se saben respetados por el resto del mundo. En el preciso momento en que el caballero se volvió, descubrió en él el mismo rictus temible que acababa de ver en los rostros de aquellos despiadados jinetes de óleo.

—Así que usted es la nueva institutriz, la inglesa... —observó con absoluta indolencia. A continuación, se acercó a la mesita auxiliar y se sirvió un generoso vaso de brandy—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

Rebecca negó con la cabeza mientras se mantenía erguida y con las manos enlazadas frente al talle.

—¡Oh, ya veo! —sonrió él. Y su sonrisa era tan solo un rictus sarcástico—. Olvidaba que las mujeres inglesas han sido muy bien instruidas en lo que a comer y beber en público se refiere por temor a crear una pobre impresión en los demás. Consienten pasar hambre y sed con tal de no dejar entrever ningún símbolo de debilidad o carencia, ¿me equivoco?

La joven se ruborizó hasta el nacimiento del cabello.

—Permítame recordarle, señorita, que ya no se encuentra usted en su abigarrada Inglaterra y que, por tanto, nadie la juzgará por beber una copa en compañía de su patrón. —Alzó hacia ella la licorera—. ¿Me permite?

Ella volvió a negar con la cabeza y, por un momento, sintió ganas de llorar.

—¡Está bien, siéntese entonces! —gruñó él—. No le robaré mucho tiempo.

La muchacha obedeció de inmediato, se sentó completamente envarada, en un amplio butacón de cuero. Amplio y seguramente carísimo. El caballero se tomó su tiempo para paladear a gusto el brebaje ambarino con el que, de un solo trago, endulzó el gáznate. Al cabo de unos segundos de abstracción gustativa, se volvió de nuevo hacia la joven y principió a hablar.

—Desconocía que fuera usted tan joven, señorita... ¿Hale?

Rebecca alzó una ceja. Y ella desconocía que debiera disculparse por su juventud cuando precisamente la ausencia de esta la había obligado a ejercer una profesión.

—Sin embargo, el señor Miles ha enviado muy buenas referencias sobre usted —continuó—. Ha elogiado sobradamente su carácter y sus talentos y bla, bla, bla... —Acompañó sus palabras con un hastiado movimiento de mano—. Por lo que, por una vez, tendré que confiar en que juventud e ineptitud no caminen de la mano.

La joven inhaló por la nariz. La estaba atacando, ¿por qué? ¿Acaso era una forma de ponerla a prueba? Recompuso mentalmente su cuerpo y su voluntad y se dispuso a defenderse.

—No siempre lo hacen, señor.

El caballero la observó con recelo, casi con irritación, como si de pronto una insolente garrapata hubiera tenido la osadía de molestarlo al aferrarse a sus excelentísimas carnes. Estaba claro que aquel gran hombre no estaba habituado a que interrumpieran su discursiva y, mucho menos, a que le replicaran, sobre todo si el replicante era un simple miembro del servicio y, para más inri, integrante del improductivo sexo femenino.

—¿Se considera suficientemente capacitada para instruir a mis hijas?

La fulminó con la mirada y, aunque aquellos ojos fríos, severos y duros como el ónice la sacudieron de arriba abajo, no consintió que su cuerpo revelara ningún indicio de intimidación.

—Lo estoy, señor.

—¿Domina las lenguas modernas? ¿Conoce la historia antigua y las lenguas romances? ¿Sabe algo de música, señorita Hale?

Ella tragó saliva. El caballero mantenía su displicente mirada cosida a los asustados ojos de la joven. Su cabello grisáceo y lacio, peinado rigurosamente hacia atrás, descansaba sobre los hombros, y su rostro grande, severo y de despejada frente reforzaba una apariencia atemorizante.

—Sí, señor.

—Me lo temía.

La muchacha lo miró con un enorme gesto de desconcierto dibujado en su semblante.

—¿Señor?

—Permítame decirle, querida señorita Hale, que todo eso me parece una absoluta pérdida de tiempo. —Rebecca dio un respingo, asombrada—. Las mujeres de su país son educadas para convertirse en bonitos e inútiles escaparates de sus padres, hermanos y esposos. No poseen ninguna valía real, ningún talento provechoso. Las mujeres aquí, señorita Hale, se educan para satisfacer a su esposo, para obedecerle de forma incondicional y engendrar hijos. Todo lo demás, créame, es secundario y me parece una absoluta pérdida de tiempo.

Ella frunció el ceño, contuvo la respiración y concentró la mirada en el rico trenzado de la alfombra. No acababa de entender lo que estaba sucediendo en aquel

despacho, por más que los engranajes de su cabeza trabajaran en esos momentos a un ritmo frenético. Si el señor Masen despreciaba tan profundamente el protocolo y las costumbres de su país, y todo hacía suponer que así era, ¿por qué la había hecho ir desde Inglaterra para educar a sus hijas bajo unas normas que tanto detestaba? ¿Por qué perder su tiempo y su dinero al actuar en contra de sus principios?

Una punzada de intuición aguijoneó su pecho. ¡Las apariencias! ¡Por supuesto! Tragó saliva y cerró los párpados durante un segundo para obligarse a no llorar. ¡Una institutriz inglesa! La última moda y la más flamante entre los prohombres del nuevo mundo. Suspiró dolida, consciente de ser tan solo un simple trofeo entre los muros de Old Oak. Cuánto tiempo tardaría el gran señor en ensartar su bermejona cabeza en una peana de madera para mostrarla orgulloso al vecindario era algo que aún desconocía.

—También sé hacer confituras e incluso tocar un poco el arpa.

—¡El arpa es un instrumento de idiotas! —replicó alzando la voz—. No consentiré que mis hijas formen parte de ese grupo de estúpidas que adornan los salones mientras acarician las cuerdas de un instrumento tan ridículo como malsonante. —Se sirvió otro trago de brandy, y su posterior y precipitada ingesta pareció suavizar un poco su tono—. En la sala de música del ala trasera de la mansión encontrará usted un magnífico pianoforte si es que desea perder el tiempo enseñándoles a tocar algún instrumento. En esa parte de la casa, podrán ustedes practicar sin molestar a nadie.

Rebecca lo observó ceñuda, intentaba interpretar qué clase de padre sería aquel al que sus propias hijas molestasen tanto como para relegarlas al ala más alejada de la mansión. El caballero, sin embargo, no fue capaz de apreciar la decepción en los ojos de la joven, pues en ese instante le ofrecía de nuevo la espalda para recrearse en la visión espléndida e infinita de sus dominios. Indignada, aprovechó aquella nueva muestra de descortesía por parte de su anfitrión para pasear la mirada por la estancia, y la detuvo, esa vez, en una amplia vitrina rectangular que se alzaba adosada a la pared. Se levantó de su asiento y avanzó un par de pasos para estudiar con atención el contenido: un amplio surtido armamentístico que reposaba sobre un cuidado lecho de terciopelo azulón.

Parecía que el señor Masen llevara años recopilando, con gran celo, aquel menaje destructivo, ya que amparados tras el grueso vidrio ribeteado en junquillo de oro podían apreciarse desde arcabuces a mosquetes, avisperos, garruchas y trabucos, e incluso revólveres de pequeño tamaño. Todos con sus baquetas, su munición, sus bolsas de pólvora y la apariencia de haber gozado de una existencia fructífera. Detrás de ese amplio despliegue de dudosa belleza, se alzaba una segunda repisa perfectamente dispuesta para ser adorada. El contenido le pareció a Rebecca, sin duda, mucho más macabro y horrible que el de la primera vitrina: gruesos y pesados grilletes, todavía con candado, parecían amenazarla tras el cristal. Sin poder evitarlo, se frotó las muñecas. Látigos, tenazas, uñas de gato metálicas, dagas, bisturís y otros

objetos de hierro de aspecto monstruoso que la muchacha, en su ignorante inocencia, fue incapaz de identificar.

Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral ante la simple suposición de lo que aquellos objetos de tortura podrían hacerle a un ser humano, a alguien tan indefenso y vulnerable como ella misma. Casi se desvaneció al imaginar la carne — ¡su pálida carne!— desgarrarse, despellejarse y sangrar bajo el tormento inhumano que infringirían aquellos utensilios. El pudín de arroz del desayuno empezó a estar de más en su cuerpo y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para conseguir retenerlo dentro. Miró a Jeremiah Masen, que, desde el otro lado de la estancia, la miraba con descortés fijación. Su rostro, esculpido en roca, no ofrecía ningún tipo de reacción; tan solo su sonrisa ladeada, siniestra y mordaz, demostraba un atisbo de vida en aquella rígida escultura.

—Veo que ha descubierto usted mis juguetes, señorita Hale.

La dentadura del caballero centelleó y ofreció una imagen siniestra. Sus dientes, grandes y de un notable color crema, parecían haber sido concebidos sin otro fin que el de morder, desgarrar y hacer daño.

—¿Juguetes, señor? —consiguió balbucear.

El corazón le zumbaba en el pecho como un batán que golpeaba contra un cepo de madera, y, en sus pálidas sienas, la sangre se agolpaba y bullía febrilmente. Lo vio acercarse con pasos firmes y tranquilos, sin dejar de sonreír, mientras clavaba en ella una mirada de innegable superioridad. Supo, en ese instante, lo que debía de sentir un indefenso cervatillo frente al despiadado lobo feroz. ¡En ese momento, daría su vida por no ser el indefenso cervatillo! El caballero levantó la tapa de la segunda repisa. Sin apartar la perversa mirada de las asustadas pupilas de la institutriz, alcanzó una de las uñas de gato, oxidadas por el paso del tiempo, y se acarició la palma de la mano con sus afiladas púas.

—Desde tiempos inmemoriales, el ser humano ha necesitado de ciertos métodos persuasivos, digámoslo así, para seguir un camino recto y alejado de malas tentaciones. —Rebecca tragó saliva; se sentía horrorizada. No podía apartar la mirada de aquella especie de rastrillo criminal con el que el caballero parecía encantado de jugar—. Hay hombres que nacen para gobernar, señorita Hale, y otros que solo sirven para ser gobernados. Estos últimos, acostumbran a resultar a menudo tan obstinados que solo son capaces de aprender si se emplean con ellos ciertos métodos.

La joven alzó la mirada y la cosió a la mirada dura y cruel del caballero. Sin duda, aquel hombre se estaba divirtiendo zambullido hasta el fondo en su propia y privada perversidad. Ella levantó la barbilla y trató de recomponer su presencia de ánimo.

—¿Disfruta usted coleccionando este tipo de artículos, señor Masen? —se atrevió a preguntar.

Esa sonrisa, llena de aquellos enormes dientes color crema, que más recordaban la dentición de un terrible caballo de batalla que la de un ser humano, se ensanchó.

—Mi disfrute se vería muy seriamente reducido si me limitara a coleccionarlos,

señorita Hale.

Rebecca abrió la boca y no pudo evitar exhalar un hondo jadeo.

—¿Quiere decir que... —jadeó de nuevo sintiéndose ahogar— que ha utilizado alguna vez alguno de estos horribles objetos contra otro ser humano?

Quizá fuera producto de su espantada imaginación, de su espíritu alterado o de la presencia siniestra y malévolamente de aquel caballero que parecía recrearse en la vileza, pero la señorita Hale apostaría a que un brillo funesto, mortífero, centelleó en esos momentos en las oscuras pupilas de Jeremiah Masen.

—Todavía sigo usándolos cuando la situación lo requiere.

Rebecca tuvo que apoyarse en la vitrina ante la falta de presencia de ánimo. Boqueó en un intento por respirar, pero el corsé la ahogaba en esos momentos más de lo que nunca lo había hecho antes. Tambaleándose, mareada y completamente vestida con piel de gallina, retrocedió con intención de abandonar la estancia sin dar la espalda al caballero. Notaba la garganta seca, el rostro helado y el corazón fuera de sí, que pugnaba por abrirse paso al exterior. Durante el retroceso, tuvo que apoyarse en cuantos muebles encontraba a su paso con tal de mantenerse en pie. Pero Jeremiah Masen no tenía intención de mostrarse indulgente ante la brutal impresión que acababa de llevarse aquella muchacha. De hecho, en ese argot particular, ni la indulgencia, ni la sensibilidad tenían cabida.

—¿Le he dado acaso permiso para retirarse? —tronó al tiempo que ladeaba la sonrisa.

Su ya de por sí generosa frente se amplió al fruncirse su ceño. La joven se detuvo en el acto. Era consciente de su papel en aquella casa y de que, por más que lo lamentara en esos momentos, sus pasos debían obedecer tan solo las decisiones de aquel monstruo que se erguía ante ella.

—¡Venga aquí!

Ella no se movió ni un ápice. De hecho, estaba convencida de que, aun si se lo proponía, sería incapaz de correr para salvar la propia vida.

—¿No me ha oído?

Continuó sin moverse, fijaba en él una mirada espantada. En realidad, toda ella temblaba como una vara verde.

—¡Le he dicho que se acerque, maldita sea! —rugió y, de forma inesperada, la sujetó por la muñeca, tiró de ella y la obligó a situarse a su altura. Asustada, temblando de pies a cabeza, se encogió sobre sí misma a la espera, incluso, de un golpe que por fortuna nunca llegó.

—¡Mire aquí! —La liberó de su agarre y la encaró a la vitrina; el tono pareció suavizarse ligeramente—. ¿Qué ve?

La joven, atacada por violentos temblores, se irguió y trató de observar lo que se le pedía.

—Sus armas, señor...

—No la he oído, señorita Hale —siseó con el mismo tono de una cobra.

—Sus... armas, señor —consiguió articular a duras penas.

Sonrió satisfecho ante la innegable supremacía.

—Habría comprobado usted, si es observadora, que falta una.

Rebecca, todavía asustada, se inclinó sobre el muestrario y, en efecto, descubrió que, en el ángulo inferior izquierdo, permanecía vacante el lecho sinuoso de uno de aquellos horribles artefactos.

—Se trata de una pistola española de 1733. Preciosa, ligera y elegante. —El caballero frunció el ceño, lo que provocó que sus pobladas cejas se fundieran en una sola—. Ayer por la mañana la eché en falta, y hoy, como puede usted comprobar, sigue sin ocupar el lugar que le corresponde. Quiero pensar que se trata de una chiquillada de alguno de mis hijos. Aunque, por supuesto, no hay nada de malo en que futuros oficiales practiquen puntería.

La muchacha inhaló hondo e intentó que la sensatez venciera al temor para hacerse cargo de una situación insostenible.

—Pero podrían hacerse daño; ¿no ha pensado en eso? O hacérselo a sus hermanas.

El caballero la miró como si quisiera estrangularla con sus propias manos. Después de todo lo que acababa de descubrir, no le cabía la menor duda de que sería muy capaz de hacer eso y mucho más.

—Está más que claro que las niñas no deberían inmiscuirse jamás en los asuntos de sus hermanos. —Achicó los ojos hasta concederles la dimensión de los ojillos perversos de una alimaña—. Y para eso está usted aquí. Tan solo quiero que las eduque para ser buenas esposas, sumisas y obedientes. No quiero que, llegado el momento, tenga que avergonzarme de ellas.

Ella abrió y cerró la boca como un pez arrojado fuera del agua sin alcanzar a que sus labios emitieran algo más que mudos balbuceos.

—Les enseñaré lo mejor que sé...

Fue todo lo que pudo decir sin que se le quebrara la voz de la indignación.

—No creo que le resulte un trabajo demasiado complicado, señorita Hale, puesto que tampoco se le exige tanto. Al fin y al cabo, esas niñas acabarán convertidas en simples mujeres. Y nadie espera o necesita que una mujer piense por sí misma y pregone sus opiniones. En realidad, ni siquiera deberían poseer una opinión. —Ladeó la sonrisa—. Su educación, por lo tanto, no debería resultarle una tarea hercúlea.

Rebecca levantó el mentón para poder sostenerle la mirada. Aquel monstruo era tan grande como ingente su arrogancia y su perfidia.

—¿Qué pretende que haga con respecto a la pistola, señor?

—Tan solo que esté atenta. Y que, si por algún casual es capaz de dar con ella, la devuelva de inmediato a su lugar de origen. No me gustaría que llegara a manos inapropiadas. En Old Oak, hay demasiados carroñeros a la espera de una oportunidad. ¿Lo ha entendido?

Ella asintió. Masen agitó la mano en el aire para darle a entender que su presencia

estaba de más. Se dio vuelta y se dispuso a abandonar la estancia a buen paso.

—¡Señorita Hale!

Se detuvo con la mano apoyada en el picaporte de la puerta. Incapaz de tragar saliva e incluso de respirar, esperó. La voz del hombre sonó en un susurro amenazante sobre su nuca, le erizó el vello y le estremeció hasta el alma. ¿En qué momento había sido tan rápido y sigiloso como para situarse detrás de ella sin ser presentado?

—No olvide que aquí soy el dueño y señor. Su señor. Y, como tal, me gusta que se me obedezca de inmediato. —El aliento, demasiado cercano, agitaba los mechones rojos de Rebecca—. Estoy acostumbrado a que mis deseos sean órdenes ejecutadas con rapidez. Si le digo que venga, usted dejará de hacer lo que sea que esté haciendo y vendrá de inmediato. ¿Lo ha entendido?

La joven asintió con rapidez.

—Jamás vacile ante una orden o lo lamentará. —Ella tragó saliva. Estaba convencida de que aquel hombre sabría cómo hacerle lamentar incluso hasta haber nacido—. Y ahora retírese. ¡Ya!

Se retiró de inmediato, absolutamente complacida de poder respirar otra atmósfera, diferente por completo a la que respiraba aquel monstruo que miraba a los demás como si se trataran de cucarachas a las que aplastar. Una vez en el pasillo, comenzó a andar en dirección a su alcoba, con paso más inestable que decidido; más nervioso que seguro. La respiración fatigada y el ánimo aterrorizado la obligaban a conducirse a trompicones, se apoyaba en las paredes y se sentía, en todo momento, a punto de desfallecer.

—Santo Dios, ¿a dónde he venido a parar?

Se había ido de Inglaterra para escapar de lo que creyó acabaría por convertirse en su propio infierno, sin darse cuenta de que nadie es capaz de reconocer el verdadero infierno hasta que se encuentra en él. Las lágrimas descendieron de forma torrencial por sus mejillas. Aunque le horrorizaba el carácter frío e implacable de aquel hombre, Rebecca no estaba preocupada en absoluto por la seguridad de los hijos de Jeremiah Masen: sabía perfectamente que los chicos no tenían la pistola en su poder. Desde la noche anterior, dormía plácidamente en un lugar del todo diferente a lo que su condición criminal exigía: entre plumas y muselinas, en el fondo de su sombrerera. Cerró la tapa y ató el conjunto con la gran lazada rosa que adornaba la caja; a continuación, se puso de puntillas para empujarla hacia el fondo del estante más alto de su guardarropa. Tenía que devolverla a la vitrina cuanto antes para reparar la falta de aquel estúpido e irresponsable sirviente.



## CAPÍTULO 6

Apenas el alba había empezado a levantar las primeras ronchas de luz en un cielo anaranjado cuando la señorita Hale abandonó su alcoba para encaminarse al refectorio de los sirvientes, situado en la planta baja de la mansión, al lado de la cocina. El insólito bullicio que reinaba en aquella estancia a primeras horas de la mañana se vio interrumpido con brusquedad ante su callada aparición bajo el umbral. Todos la miraban expectantes, como si, en vez de una muchacha menuda de rostro pecoso y cabello color azafrán, se hubiera presentado ante ellos la tenebrosa imagen de una *banshee* irlandesa dispuesta a regalar sus agoreros gemidos de un momento a otro.

—Buenos días, señores.

Nadie respondió al saludo.

—Mi nombre es Rebecca Hale y soy la nueva institutriz de las señoritas Masen —anunció con espíritu conciliador y rasgó, con la suavidad de su tono, el denso silencio que imperaba en la estancia.

Los rostros inexpresivos y adustos que flanqueaban la mesa no variaron ni un ápice la expresión. Era evidente que las conversaciones habían quedado interrumpidas, la espontaneidad truncada y el libre albedrío coartado; muestra de ello era la estática suspensión de los cubiertos en el aire a medio camino entre los servicios de desayuno y las bocas de los comensales.

—¿Y espera que la felicitemos por ello? —preguntó alguien en un claro tono despectivo.

La señora Webber, que en un extremo de la mesa daba buena cuenta de un trozo de panceta, se carcajeó ante la feliz ocurrencia, sin dejar de resoplar ruidosamente por la nariz. Los demás continuaban observando petrificados a la recién llegada, la estudiaban descaradamente a través de sus miradas inquisidoras y su ceño fruncido.

—¿Acaso ha bajado a espiarnos, señorita Hale? —preguntó una mujer de enjutas carnes y moño apretado que apuraba un cigarro apoyada en el quicio de la puerta; recalcó con evidente desprecio el tratamiento de cortesía a la recién llegada.

—No, por el amor de Dios, yo tan solo...

—¿Pretendía ganarse los favores del señor poniéndole al corriente de las murmuraciones del servicio? No nos diga más.

La mujer exhaló una densa vaharada grisácea y, a continuación, dejó el cigarrillo colgado, arrugado, en la comisura de sus labios, la observó con los mismos ojos achicados con los que un felino acecharía a su presa. Rebecca tragó saliva sin saber bien cómo continuar. El nerviosismo que le hacía revolotear los dedos era más que

evidente, aunque permanecieran a salvo gracias a su ocultación tras la falda. Debía mantenerse firme, a pesar de que la voluntad estuviera a punto de quebrarse, puesto que un fracaso, una pequeña muestra de debilidad durante ese primer intento de acercamiento, cerraría definitivamente las puertas a cualquier tanteo posterior.

—Simplemente he bajado a desayunar con ustedes, si les parece bien.

Todos se miraron contrariados.

—Las institutrices no comen con el resto del servicio, jovencita —habló uno de los lacayos más ancianos—. Para eso tienen sus dependencias en la planta alta, fuera de la buhardilla de la servidumbre. Normalmente, se espera que coman con sus pupilos o en su alcoba.

—Pues yo deseo, de ahora en adelante, hacerlo con ustedes, si no les supone ningún inconveniente; al fin y al cabo, todos somos empleados del señor Masen, ¿verdad? —Sonrió con efectismo, aunque el temblor de sus comisuras evidenciaba un pánico innegable.

Ante la ausencia de respuesta, se encaminó decidida hacia la mesa, apartó la silla más cercana a la cabecera y la ocupó acto seguido sin el menor titubeo, al menos, en apariencia. Por dentro, en realidad, estaba a punto de quebrarse. La estupefacción de aquellos rostros, que la observaban sin saber bien cómo actuar, era más que evidente. Un silencio sepulcral, tan solo perturbado por el masticar gomoso de la señora Webber y algún que otro carraspeo ocasional, amenazó con perpetuarse en el tiempo y aplastar como una losa a los allí presentes. Rebecca empezó entonces a dudar seriamente de lo acertada que había sido su ocurrencia de intentar relacionarse con los demás miembros del servicio y, cuando se encontraba decidida a levantarse con toda la dignidad posible para abandonar el comedor, el anciano lacayo, el mismo que se había dirigido a ella hacía escasos minutos, reanudó su entretenida charla con el joven que se sentaba a su lado, lo que le otorgó a aquella tensa sesión matinal la misma cotidianidad que normalmente reinaba en la sala a esas horas. Poco a poco, cada miembro del servicio siguió con sus cosas; unos fumando, otros comiendo y la mayoría intercambiando comentarios malintencionados acerca de terceras personas. La señorita Hale suspiró, consintiendo que el desahogo que le ofrecía ese gesto aflojara el nudo que desde hacía unos minutos le oprimía la garganta.

—Las otras nunca bajaban a comer con nosotros —murmuró a modo de confidencia la muchacha que se sentaba a su lado, cuyo rostro y vestiduras aparecían tiznados de hollín—. Aunque lo cierto es que tampoco ninguna permaneció en la mansión mucho más de quince días.

Acto seguido, dio un gran bocado a su mollete de pan de centeno. Rebecca la observó un segundo. Era una muchacha menuda, de ojos claros, cabello color miel y un simpático hoyuelo en la barbilla, que permanecía sentada ocupando el mínimo espacio, recogida sobre sí misma y aferrándose a su comida con ambas manos. Al igual que haría un pobre ratoncillo con un mendrugo de pan.

—Yo no soy como las otras —respondió en idéntico tono.

La muchacha la miró con una expresión confundida, casi compasiva. Al cabo de pocos segundos, se concentró nuevamente en el desayuno sin volver a articular palabra. Tan solo el tono autoritario de la señora Bradshaw, que acababa de hacer acto de presencia en el comedor con el poderío de un gallo al entrar en el gallinero, fue capaz de apartarla con brusquedad del enfrascamiento.

—¿Todavía estás aquí, Siggy? —La muchacha dio un brinco en su asiento—. ¿Por qué no has subido a vaciar los orinales?

—Todavía duermen, señora Bradshaw —se excusó con acritud y se limpió los labios en su lienzo—; ya sabe usted que no desean que los molesten cuando están descansando.

—¿Incluso el señor Daniel? —bramó el agrio cuervo en tono amenazante—. No creo que semejante pájaro permanezca todavía en el nido. ¡No seas haragana, yanqui del demonio, y sube a vaciar el orinal y limpiar la habitación!

Siggy levantó la barbilla. A juzgar por las miradas y por el tono agrio de voz, quedaba claro que la relación con el ama de llaves dejaba mucho que desear. En realidad, y según pudo observar Rebecca, ninguno de los miembros del servicio parecía mirar a la joven Siggy con demasiado afecto.

—Le he dicho que está durmiendo, señora Bradshaw. Si no me cree, puede subir usted misma a comprobarlo —desafió con altivez.

La aludida soportó el desafío con estoicismo y se limitó a tragar el desaire de su subordinada con toda la dignidad de que fue capaz. Aquella mocosa nortea sin duda merecía que la arrastrase del pelo por toda la casa, ¡y por su vida que, en algún momento, llegaría la ocasión de resarcirse! Pero ni aquel era aún el momento, ni aquel el lugar.

—Seguramente habrá vuelto a emborracharse con sus amigos negros —bufó la señora Webber con los carrillos rebosantes de comida—; estará tan borracho que dudo mucho de que se levante antes del crepúsculo.

La joven Hale alzó una ceja. Ella todavía no había visto a ningún negro. Salvo a...

—¡Señora Webber, modere su lengua! —reprendió el ama de llaves y alzó las cejas hacia la institutriz.

Estaba claro que no deseaban compartir las infidencias con la recién llegada.

—¿Por qué? —La mujer farfullaba, y, al hacerlo, gruesos proyectiles de carne salían disparados de su boca—. ¡No se trata de ningún secreto! ¡Tarde o temprano acabará por descubrirlo por sí misma! —La señora Webber se dirigió ahora a Rebecca con fingida mansedumbre y en un tono de confidencia—. El señor Daniel es un maldito borracho amigo de los negros.

Bajó el tono, paladeaba y se regocijaba en el agravio que suponían sus palabras. Rebecca elevó las cejas hasta el nacimiento de sus rojos cabellos, mientras un corrillo de risitas ahogadas respaldaba las punzantes acusaciones de la señora Webber.

—¡No me extraña que su hermano se avergüence de él! Yo también lo haría —

remachó un sirviente.

Ante semejante afrenta, la señorita Hale inclinó la mirada, encogió la barbilla y la enterró en los altos botones del cuello del vestido.

—Están hablando del señor Daniel, el hermano de Jeremiah Masen —le apuntó en un susurro Siggy, al compadecerse, sin duda, de la sombra de confusión que asomaba al semblante de la joven. Acto seguido le ofreció un trozo de pan que partió con las manos—. No haga caso de lo que digan estas viejas cotorras; el señor Daniel es un buen hombre.

Rebecca sonrió y dio un mordisco a aquel pan recién horneado y todavía caliente.

—¿A que no saben la última? —anunció la señora Webber en alta voz—. La pasada noche me lo encontré tumbado cuan largo era en el vestíbulo, completamente borracho y con un aspecto que desmerecía su condición. De no llevar el apellido que lleva, lo habría dejado allí tirado como el infeliz que realmente es.

Rebecca se atragantó con su bocado y empezó a toser con violencia. Siggy le propinó un par de fuertes palmadas entre los omóplatos para intentar ayudarla. La señora Webber miró a la institutriz, que abría y cerraba la boca como un pez arrojado de una patada fuera del agua, y sonrió ante su percance.

—¿Pero se sonroja usted? ¿Hemos topado acaso con una puritana? —apostilló mientras se asomaba esa sonrisa de comadreja—. ¡Pero, por supuesto! Todas las inglesas lo son, aunque después aparezcan preñadas lo mismo que las demás. ¡Mojigatas del demonio!

—¡Señora Webber!

El ama de llaves volvió a reprender a la deslenguada mujer, pero la distensión de las aletillas de su nariz evidenciaba que se esforzaba por contener la carcajada.

—No intente detener mi lengua, señora Bradshaw, porque esta mañana la tengo completamente desatada.

Las carcajadas se volvieron más altisonantes y grotescas; ante cada carcajada, con mayor fervor se coloreaban de indignación las mejillas de Rebecca.

—No la detenga, señora Webber, se lo ruego —jaleó la incansable fumadora desde su rincón—, amenícenos el día contándonos las catastróficas desdichas del joven Masen.

La oronda doncella, al saberse respaldada por tantos oyentes curiosos, inflamó de oxígeno los pulmones a modo de introducción y, al hacerlo, la carne flácida que conformaba sus pechos vibró con energía.

—Hace un par de semanas que, como saben, nuestro bohemio caballero decidió obsequiarnos con su presencia en Old Oak, y, desde entonces, hemos sido testigos en varias ocasiones de su comportamiento indisciplinado.

—¡Qué estúpido! —exclamó alguien—. ¿No se da cuenta de que aquí no es bienvenido? ¡Su sola presencia infunde el mismo respeto que una raspa de sardina!

—Su hermano lo detesta, si por él fuera lo despellejaría vivo.

—Se lo merece, por abolicionista, por judas. Yo lo mandaría azotar en el mismo

cepo que a sus amigos negros. A ver si entonces sigue defendiéndolos con el mismo fervor.

Nuevas risas llenaron la cocina.

—¿Qué será lo próximo? —continuó la señora Webber—. ¿Enseñar a leer a la luz de la luna a esa manada de monos disfrazados? ¿O pasearse en calzones por la mansión?

El corrillo de simpatizantes de la señora Webber, que parecía no estar allí con otra finalidad más que la presenciar aquel espectáculo y aplaudir cualquier ocurrencia de su líder, retomó las risas y los cuchicheos con mayor vehemencia.

—Confieso que no me importaría que lo hiciera —exclamó la doncella de moño apretado y una sonrisa lasciva asomó a su boca carriada—. A pasearse en calzones, me refiero. Sería un gran aliciente contemplar esas pantorrillas en mitad de la noche. Mucho más que conformarnos con ver las canillas huesudas de Mortimer...

El anciano lacayo escupió una maldición ante la ocurrencia de la doncella y la falta de respeto al incluirlo en sus pullas. Rebecca tragó saliva, se sentía terriblemente incómoda, tanto por el sorprendente descubrimiento que acababa de hacer, como por el cariz que estaba tomando aquella conversación. Siggy puso los ojos en blanco y le propinó un codazo para instarla a hacer caso omiso a tales comentarios y continuar con su comida.

—Olvídalo, Meredith, todos sabemos que ese pájaro pinto está fuera de tu alcance —bramó la Webber sin dejar de reír de un modo grotesco.

—¡No me rindo, señora Webber! —voceó la aludida—. Si se junta con los esclavos, no será demasiado escrupuloso, digo yo.

La joven Hale alzó una ceja y miró a su compañera con el ceño fruncido. ¿Esclavos? Sus labios compusieron la palabra sin llegar a pronunciarla. ¿Negros? ¿Esclavos? Hizo un rápido cálculo mental computando los años que hacía desde que en su país los terratenientes habían dejado de poseer esclavos. ¿Diez, veinte? Pero, entonces, ¿era posible que...? Siggy, cabizbaja y ceñuda, meneaba la cabeza en un claro gesto de disconformidad.

—¡Eso querrías tú, Meredith! Daniel Masen jamás dormirá entre tus piernas. Tal vez, si no fueran tan blancas tendrías alguna oportunidad —cortó tajante el ama de llaves.

Las aludidas sonrieron de un modo tan vulgar que más que mujeres parecían carreteros sin vergüenza ni respeto.

—No entiendo qué beneficio puede obtener al provocar de un modo tan descarado al señor Masen —sentenció una tercera doncella, que permanecía arrellanada en su asiento mientras zurcía el volante de su cofia—. ¿A qué diablos habrá venido a Old Oak?

—Lo cierto es que, desde que abandonó el ejército y se trasladó a vivir al Norte, no se le veía el pelo.

—¡Claro! —bramó la señora Webber y espurreó la comida por todas partes—.

Está demasiado ocupado confabulando con esos malditos cuáqueros.

—Seguramente trae consigo una cuenta tan extensa que viene a suplicarle a su hermano que la zanje o de lo contrario sus acreedores acabarán por colgar su cuello burgués de un pino.

—Le estaría bien empleado que, esta vez, el patrón decidiera no hacerse cargo de sus facturas —bufó alguien—. Al fin y al cabo, ¿en qué gasta su dinero si no es en ayudar a costear las insurrecciones de esos extremistas?

—Pero lo hará, pagará sus facturas y, además, le permitirá quedarse aquí. Es la mejor forma de tenerlo en deuda con él.

Rebecca permanecía muy quieta en su asiento, paseaba con nerviosismo la mirada de una tertuliana a otra, mientras intentaba asimilar toda la información que llegaba de forma involuntaria hasta sus oídos. «Daniel Masen, hermano del señor Jeremiah, tumbado cuan largo era en el vestíbulo, completamente borracho —¡Cielo santo! ¡Entonces, se trataba del hermano del patrón y no de un simple sirviente!—; su hermano lo detesta; abolicionista y judas; costea las insurrecciones de esos malditos cuáqueros», se repetía azorada.

—Siempre ha sido la oveja negra de la familia —continuó la señora Webber con fingida displicencia—. Si hubiera acatado los deseos de su padre y de su hermano, a esta altura, comandaría su propio ejército y se vestiría de gloria. Y, en lugar de eso, se pasea de un lado a otro defendiendo los derechos de esas ratas, confabula con los yanquis contra su propia gente. ¡Maldito traidor!

Al decir eso no pudo evitar mirar de soslayo a Siggie y esbozar una sonrisa de pura náusea. Rebecca, consciente de la tensión que se fraguaba en el ambiente y compadecida, sin duda, del mal trago que estaba pasando su compañera de mesa, sin duda la única persona que valía la pena en aquel nido de sierpes, decidió que no podía permanecer en silencio ni un minuto más. Desde que irrumpió en aquel comedor había comprendido que estaba condenada a la exclusión de todos modos.

—No debería opinar tan frívolamente de los señores, señora Webber. Al fin y al cabo, su modo de vida queda muy lejos de nuestra competencia.

La fumadora de moño apretado avanzó entonces hacia ella, amenazante.

—¿Y quién diablos le ha dado vela en este entierro a la dichosa institutriz? —exclamó al tiempo que alzaba los brazos—. Apenas lleva unos días aquí y ya se cree con derecho a manifestar sus estúpidas opiniones. Opiniones que a nadie le interesan, por cierto —escupió el cigarrillo y lo remató aplastándolo con el calzado—. ¿Por qué no levanta sus remilgadas posaderas y las conduce de una maldita vez hasta la primera planta? Aquí no es usted bienvenida.

Los murmullos alentadores y los abucheos que secundaron las palabras de la mujer acabaron por irritar todavía más a Rebecca.

—¡Con gusto me retiraré con tal de no escuchar durante más tiempo sus despropósitos! ¡Son ustedes un atajo de maleducadas y desagradecidas!

La otra se burló de ella poniendo brazos en jarras y haciendo pucheros.

—¡Oh, la lady remilgada! ¡La dichosa snob de la tan puritana Inglaterra! — chasqueó los dedos ante sus narices—. Veamos si es verdad que nos va a dar esa satisfacción y se esfuma de una maldita vez.

Rebecca oprimió los puños a los costados, alzó la barbilla y, tras pasear una mirada olímpica por la estancia, se levantó de su asiento y abandonó el lugar con paso firme y las rosas de la indignación coronando sus mejillas. Tras de sí, los aullidos escandalosos de unas risas totalmente fuera de lugar, seguidas de las bufonadas de la señora Webber, la obligaron a exhalar un desesperado resoplido de indignación.

—Un nido de arpías, ¿verdad?

Siggy apareció poco después en la leñera, justo detrás del enorme hueco de la chimenea, lugar elegido por la señorita Hale para calmar su indignación.

—¿Siempre es así?

—No siempre. —Torció la boca en una sonrisa mordaz—. A veces, pueden ser mucho peor, créame.

Siggy se sentó sobre un cepo y se alisó el sucio delantal sobre la rodillas.

—Son realmente crueles. Y maleducadas. Me temo que jamás nos caeremos bien.

—A mí me cae bien, Hale. —Del bolsillo interior de su falda sacó un caramelo para ofrecérselo a la joven—. Tome, se lo he robado a la cocinera del tarro de golosinas.

Rebecca lo aceptó de buen grado, feliz de contar con una aliada. Siggy sacó otro caramelo y se lo metió en la boca.

—Usted tampoco les cae bien, ¿verdad? —consiguió decir, a pesar del obstáculo azucarado que entorpecía su pronunciación.

—¿Se nota mucho? —Sonrió. Y acto seguido asintió con extraño orgullo—. Me detestan porque soy del Norte. De Pensilvania. Una maldita yanqui. —Compuso una expresión de disgusto—. Los sureños nos menosprecian porque creen que no servimos más que para hacer navajas y cacerolas. —Sus ojos se achicaron en un gesto malicioso—. Pero ¿sabe algo? Yo creo que ellos no son otra cosa más que sucios campesinos embrutecidos, aficionados al alcohol y al látigo.

Rio complacida. Rebecca sumó una sonrisa cómplice a la de su reciente amiga.

—¿Por qué hablan de ese modo del hermano del señor Masen? Muestran tan poco respeto hacia él... Resulta incomprensible, ya que se trata del hermano del patrón.

No pudo evitar ruborizarse al recordar el poco respeto que le había inspirado a ella misma la noche que lo descubrió en el vestíbulo, revolviéndose como una alimaña. En ese caso, contaba, al menos, con la exculpación de desconocer la verdadera identidad del hombre: lo había confundido con un simple sirviente pasado de tragos.

—El señor Daniel es un abolicionista activo, Hale. —Tomó aire antes de

continuar—. La mayoría de los hombres del Norte piensan que deberían promulgarse leyes que favorezcan la liberación indemnizada y gradual de los esclavos. Los abolicionistas, en cambio, son más radicales, y consideran que la esclavitud debe desaparecer de una vez por todas, sin condiciones. Y eso, a su hermano, plantador dueño de esclavos, lo corroe vivo, como comprenderá usted.

—¿Jeremiah Masen sabe que su hermano es un abolicionista?

—Todo el mundo lo sabe, Hale. ¿Acaso no ha escuchado ahí dentro las burradas de ese corrillo de comadres? —Apretó la mandíbula, asqueada—. ¡El Señor los guarde a todos de morderse la lengua o de lo contrario acabarán emponzoñados con su propio veneno!

Rebecca se volvió hacia la muchacha.

—Si en verdad lo sabe, y con el carácter intransigente del señor Masen, ¿por qué le permite hospedarse en la plantación?

Siggy se encogió de hombros.

—No lo sé. Ni siquiera sé por qué se molesta en venir si sabe lo que aquí piensan de él —se rascó el cogote, pensativa—. Supongo que el patrón tolerará su presencia porque no lo considera lo suficientemente peligroso y, en el fondo, habrá de confiar en que conseguirá obligarlo a cambiar de parecer. La falta de recursos económicos del señor Daniel es legendaria; la capacidad de Jeremiah para manipular a todo el mundo a través del dinero, también. Esa será su mejor baza para conseguir llevar a su hermano a su terreno. Daniel apenas posee una miserable renta para subsistir.

Rebecca inclinó la mirada y suspiró de hartazgo.

—Desconocía que hubiera esclavos en Old Oak, se lo aseguro.

—¡Oh, vamos! —Siggy le propinó un violento codazo, que Rebecca tomó como un inaudito gesto de complicidad. Un gesto que, sin el menor lugar a dudas, le provocaría un moratón—. ¿Pretende hacerme creer que no lo sabía?

—Así es. Con gran pesar, debo reconocer mi ignorancia en este aspecto. Creí que la esclavitud ya había sido abolida en todo el mundo de forma definitiva, al igual que sucedió en Inglaterra. Hace muchos años que todos los esclavos de las colonias británicas quedaron libres.

—Ya ve que no. —Miró a la joven inglesa con el semblante demudado en un gesto mezcla de incredulidad y fascinación—. Es cierto que en el Norte ya no tenemos esclavos. Los hombres negros que trabajan para los blancos lo hacen de forma libre y a cambio de un sueldo. Tan solo estos estúpidos sureños luchan como posesos por mantener su supremacía ante los negros.

—Resulta tan horrible y primitivo.

Siggy sonrió. «Primitivo» no era la palabra más adecuada, sin duda. A decir verdad, empezaba a sentir una sincera compasión por la impresión que aquella ingenua inglesita, sin duda acostumbrada a una existencia más plácida y florida en su almidonado país, acababa de llevarse por toda la información recibida de aquellas cotorras deslenguadas. Las almas puras e inocentes no estaban preparadas para



asimilar la crudeza del mundo real.

—En Charleston hay esclavos desde hace más de cien años, Hale. Los sureños siempre han pretendido competir con el Norte empleando esclavos como mano de obra barata, de ese modo, se permiten bajar los precios y acabar con cualquier tipo de competencia. Los plantadores del Norte, que disponen de asalariados en sus tierras, no pueden permitirse rivalizar con los precios del Sur. Es imposible.

La joven sirvienta suspiró largamente antes de guardar silencio. Rebecca recordó el niño de piel oscura que vio en el patio el día de su llegada a la plantación. Aquel niño era un esclavo. Ahora lo entendía todo. Entendía la tristeza de esa mirada, ese aire atemorizado, ese afán por ocultarse y moverse con el sigilo de una sombra. Porque, al fin y al cabo, ¿qué era él para su amo más que una insignificante y reemplazable sombra?

—¿Trabajan para el señor Masen muchos esclavos?

Siggy esbozó una sonrisa amarga y se encogió de hombros.

—Cien, ciento cincuenta, quizá más. —Rebecca se llevó la mano a los labios y ahogó un jadeo—. Hombres, mujeres, ancianos, niños: todos pertenecen a Jeremiah Masen, y él actúa ante ellos como un dios implacable. Y no se imagina, Hale, lo cruel que puede llegar a resultar ese dios.

Rebecca tragó saliva al recordar los instrumentos de tortura que el caballero almacenaba en su despacho. Objetos que el señor no se contentaba con utilizar de un modo meramente decorativo. ¡Oh, claro que sí se lo podía imaginar!

—No tenía ni idea de nada de esto —repitió al borde del llanto—. De lo contrario...

La sirvienta la miró con curiosidad. Su compasión estaba a punto de derivar a una peligrosa indignación.

—De lo contrario, ¿qué? —arremetió decepcionada—. ¿Se habría quedado en Inglaterra? Resulta tan sencillo cerrar los ojos y vivir feliz en la ignorancia, ¿verdad? ¡Como si nada sucediera! ¡Como si nada de todo esto nos incumbiera!

Cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto tan defensivo como ofendido. Rebecca la miró fijamente; de golpe se sintió una miserable cobarde. Un picor delator comenzó a fraguarse en el interior de sus párpados, y en el flanco izquierdo de su pecho empezó a crecer un enorme hueco que amenazaba con hacerse más y más grande a cada instante. Porque Siggy, de algún modo —o de todos ellos en realidad—, tenía razón. Ella jamás había llegado a intuir una realidad así. En su defensa, solo se le ocurría alegar que, más allá de los mares, en su lejana Inglaterra, a salvo de los males del mundo en la quietud de su hogar y ensimismada en sus inofensivos quehaceres domésticos, jamás había supuesto que pudiera existir todavía semejante represión, que la esclavitud continuara vigente como había sucedido en su propio país tanto tiempo atrás. Simplemente porque jamás había sentido la necesidad de pararse a pensar en algo así. Durante la última década, su única razón de vivir había sido Martin Keats. Martin Keats y su eterna complacencia.

—No lo sé, Siggy. —Una lágrima solitaria descendió por su mejilla pecosa—. Ni siquiera sé si estoy preparada para afrontar la realidad de un lugar como este o de un patrón como Jeremiah Masen.

—Nadie está preparado para esto, créame. Y mucho menos para aceptar la existencia de un ser despiadado como Jeremiah Masen. No solo maltrata a los esclavos sin piedad, sino que se jacta de hacerlo, se comporta como un cretino que se considera intocable. —Torció el gesto—. Y lo peor de todo es que, en realidad, sí es intocable. —La doncella la miró largamente, conmovida de nuevo ante la lividez que adornaba el semblante de la inglesa—. De todas formas, debo reconocer que no todos los plantadores dueños de esclavos son como él, Hale. Algunos, incluso, tratan bien a sus esclavos.

—Pero siguen sin ser hombres libres.

—Esa es una gran verdad. —Soltó aire por la nariz al esbozar una sonrisa sarcástica—. La esclavitud escandaliza al Norte, al resto del mundo en realidad, pero por desgracia la esclavitud es la que hace vivir al Sur.

Sin dudarlo, rodeó con su brazo los hombros de la institutriz, aliviada de que al menos hubiera alguien más en aquella maldita casa que compartiera su punto de vista. Alguien más aparte de Daniel Masen, por supuesto.

—Y sin embargo, entre el servicio no hay una sola doncella o lacayo de raza negra, ¿por qué? —continuó la señorita Hale.

Siggy contuvo una carcajada.

—¿Acaso cree que permitiría que esa pobre gente tocara su comida o su ropa? —Rebecca inclinó la mirada, se sentía sinceramente entristecida. Siggy se dio cuenta y eso pareció animarla—. Llegará un día en que acabemos con esta lacra, se lo aseguro, y nadie dispondrá ya de la vida de nadie jugando a ser Dios —continuó y le otorgó un nuevo aliento a sus palabras—. Estos sureños lo saben. Saben que ya no serán durante mucho más tiempo los dueños de sus esclavos. Y por ello quieren separarse del Norte. Por todas partes, los hombres hablan de secesión, Hale. Habrá guerra, estoy convencida de ello.

El miedo a la devastación la invadió como una virulenta enfermedad que se filtra impasible y sin demora por cada poro de su nivea piel. Una guerra. Una guerra que sin duda acabaría con todo. Una guerra que la atraparía para siempre en aquel lugar. ¡Y por su vida que no quería quedarse en un lugar como aquel! Tragó saliva con dificultad y se obligó a obviar el escalofrío que le recorrió la columna vertebral y que la sacudió por completo. De pronto, un doloroso sentimiento de añoranza hacia su casa y hacia los suyos ascendió desde lo más profundo de sus entrañas para instalarse en el pecho, y experimentó una angustia vital tan grande que la obligó a cerrar los ojos y apretarlos durante un eterno segundo.

—¡Pero eso sería horrible, Siggy! Una guerra lo asolaría todo.

—Las guerras siempre lo son, Hale, pero el ser humano es tan estúpido que parece que no disfruta si no se conduce a sí mismo y a los demás hacia el abismo.

—Una guerra no será la solución. Morirá mucha gente inocente.

—Y también muchos de los culpables.

La mirada de la doncella se ensombreció. Rebecca constató al instante que los pensamientos de su nueva amiga eran sin duda mucho más radicales y menos inofensivos de lo que ella había llegado a imaginar.

—¿Por qué está aquí, Siggy, si tanto le disgusta el modo de vivir de Carolina del Sur?

La aludida inclinó la cabeza y la volvió a un lado. Rebecca no fue consciente de que varias lágrimas asomaron a sus ojos y oscilaron en sus pestañas. Lo que sí percibió fue el temblor de su voz.

—Vine detrás de un hombre. Un maldito sureño hijo de perra que me dejó preñada y se largó.

—¡Oh, Siggy, lo siento!

La joven doncella se sorbió la nariz.

—No lo sienta, Hale, ese cobarde me dio una niña preciosa. —Su sonrisa se ensanchó durante un segundo—. Una niña grande, sonrosada y sana, que crece bajo el cuidado de una pareja de ancianos, en una casita a unas millas de Charleston. Todos los meses les envío dinero para que la cuiden y la alimenten bien. —Se limpió las lágrimas incipientes con el dorso de la mano—. Yo no puedo marcharme de aquí, hay un lazo más fuerte que la vida misma que me mantiene ligada a este horrible lugar. —Ahora miró a la joven a través de sus pupilas veladas por el llanto—. ¡Pero usted está a tiempo! ¡Váyase de este maldito lugar! Si se queda acabará por pudrirse por dentro, como todos los que vivimos aquí.

Acto seguido se levantó con vehemencia, se alisó la falda y se metió de nuevo en la cocina.

Dos largas horas de lección de francés con las señoritas Masen no ayudaron a Rebecca a calmar unos ánimos inevitablemente crispados. Sarah, la mayor, se había mostrado tan distraída durante la última media hora, que todo intento de hacer de la lectura de la obras de Molière una experiencia entretenida resultó poco menos que una utopía. En esos momentos, la niña permanecía embobada mirando por la ventana, estiraba el cuello como una garza y alejaba del pupitre tanto la dorada cabeza como su concentración, para observar el exterior con gran detenimiento. Rebecca suspiró agotada.

—*Concentration, mademoiselle* Masen.

La niña se volvió hacia ella el tiempo necesario para mostrar un ceño severamente fruncido. Sus labios aparecían apretados en una fina y rosada línea transversal. Sus ojos brillaban adornados por el velo acuoso que generan las lágrimas no derramadas.

—Me temo que no voy a poder, señorita Hale, lo siento —se lamentó.

—¿Tanto te aburre Molière?

—¡Oh, no, no se trata de eso! Es que...

Un repentino sollozo la silenció de golpe. Grace, la pequeña, levantó la vista del libro para observar a su hermana con curiosidad, intercambiaron entre las dos una rápida mirada cargada de complicidad.

—¿Qué sucede, Sarah, te encuentras indispuesta?

La niña replegó los labios hacia el interior de la boca y negó con la cabeza. Grace, ceñuda y, de repente, blanca como la tiza, abandonó su pupitre para abrazarse a su hermana mayor, ocultando la cabeza bajo su ala. Sin duda, aquella situación ya la habían vivido antes.

—¿Qué sucede? ¿Sarah? ¿Grace? —inquirió mirándolas a ambas—. Señoritas, explíquenme de una vez qué sucede o de lo contrario me veré obligada a...

—¡Padre va a castigar a Solomon en el patio y...! —Contuvo un hipido—. Me temo que hoy no voy a ser capaz de leer más, señorita, discúlpeme usted.

Torció el rostro para ocultar el reguero de lágrimas que lo surcaba. Rebecca percibió cómo apretaba la mandíbula y se obligaba a tragar.

—¿Cómo que va a castigar a Solomon? ¿Quién es Solomon?

—¡El abuelo de Ptolemy! —gritó Grace y alzó hacia ella unos ojos vidriados por el llanto.

—¡Cállate, Grace! —amonestó su hermana entre sollozos.

—¡Pero Ptolemy es un niño bueno, y su pobre abuelo...!

—¡Cállate te he dicho!

Rebecca no pudo evitar que la curiosidad invadiera su ánimo y se acercó a la ventana; sumó, así, su mirada a la de la mayor de las pupilas. Lo que vio entonces heló la sangre en sus venas. En medio del patio, justo en un claro bajo los árboles y frente a las caballerizas, un anciano negro, esquelético y con el cabello completamente blanco, yacía de rodillas atado por las muñecas a dos postes situados a ambos lados de su cuerpo y a la distancia necesaria para que sus brazos permanecieran dispuestos en cruz, ligeramente elevados hacia atrás. Detrás de él, Jeremiah Masen, en mangas de camisa y con el chaleco desabrochado, se preparaba para descargar su látigo sobre la desnuda y enclenque espalda del anciano. La sonrisa maquiavélica del hacendado contrastaba con el plañidero grupo de mujeres y niños que, en derredor, observaban con impotencia la escena. El anciano inclinaba la cabeza para esconder el llanto. Los huesos de los omóplatos se destacaban en la espalda a causa de la tensión postural como dos descarnadas alas en la espalda de un ángel postrado.

—¡Santo Dios, no podemos permitirlo, se trata de un pobre anciano! —farfulló Rebecca completamente horrorizada.

Se dispuso a abandonar la sala de estudio para intentar evitar semejante brutalidad, cuando la voz temblorosa de Sarah la frenó.

—¡No vaya, señorita Hale, se lo ruego! Quédese donde está —lloriqueó la niña—. Si interfiere, mi padre castigará aún más a Solomon e incluso será capaz de tomar

represalias contra usted por haberlo puesto en evidencia ante los demás esclavos.

—Pero ese pobre hombre no soportará el castigo. —Las palabras se atropellaban en sus labios a causa de la agitación—. Es demasiado mayor. Está muy débil y seguramente enfermo.

—La anterior institutriz se marchó por eso —murmuró la más pequeña—. Padre le pegó en medio del patio. Por favor, señorita Hale...

Rebecca exhaló, experimentaba en su interior un torbellino de emociones que iban desde la náusea más extrema al más profundo terror. Empezó a sentir palpitaciones y una violenta opresión torácica que la ahogaba y le arrebatava el aliento. ¿Era posible que le estuvieran pidiendo que permaneciera inmóvil sin intervenir?

—Pero lo matará, ese pobre hombre no sobrevivirá.

Una lágrima descendió por sus mejillas justo cuando restalló el primer latigazo. Un grito desgarrador fruto del sufrimiento más intenso quebró el aire. El corazón de la muchacha se encogió como si alguien se lo hubiera arrancado del pecho para estrujarlo entre los dedos. Las piernas se le doblaron ligeramente, las rodillas se le entrechocaron, tuvo que apoyarse en la mesa de la ventana para mantener el equilibrio y no desmoronarse delante de sus alumnas.

—¡Santo Dios! —gimió y se llevó una mano a la boca para contener un sollozo.

El corazón le zumbaba en el pecho y amenazaba con partir en dos la caja ósea que lo resguardaba. Tanto golpeaba, con tal ímpetu batía, que cada contracción y cada posterior dilatación del músculo cardíaco resultaba terriblemente dolorosa. Sonó un segundo trallazo, un tercero, un cuarto. Y cada latigazo, cada grito desgarrador, obligaban a Rebecca a dar un respingo, cerrar los ojos y apretarlos hasta que en el interior de sus párpados brillaban chiribitas. Deseaba obligarse a creer que todo aquello no era otra cosa más que un mal sueño. Una pesadilla cuyo protagonista era el más terrible de los monstruos. Las niñas abandonaron los asientos para abrazarse a ella, ocultaron los rostros entre los pliegues de su falda, ahogaron el llanto contra la tela y asieron más fuerte su cintura cada vez que aquellos ecos terribles resonaban allí fuera. Ella se inclinó en ademán protector sobre las pequeñas y las rodeó en un abrazo tembloroso.

—El señor es mi pastor, nada me faltará... —Su voz apenas era un susurro espasmódico.

Diez latigazos, once, doce...

—En verdes pastos me hará descansar, me conducirá hasta aguas en reposo y allí me tranquilizará...

Las niñas elevaron sus vocecitas para enlazarlas con el salmo angustiado y trémulo de la institutriz.

—Confortará mi alma. Aunque camine por valles de sombras de muerte no temeré mal alguno...

Un gemido inhumano, agónico, traspasó los cristales de la sala de estudio para

incrustársele en las sienes y las silenció de inmediato. Las tres abrieron unos ojos como platos para mirarse completamente transidas de miedo. No existía distancia, plegaria o ánimo capaz de mostrarse indiferente ante semejante brutalidad.

—Niñas... —Apenas podía hablar. La garganta seca y el bombeo desmedido de su corazón la hacían sentir desbordada e incapaz. En esos duros instantes, se encontraba al borde del desmayo y, si en ningún momento sucumbió a él, fue sin duda por las pequeñas—. Niñas, creo que es mejor que nos retiremos. —Acunó esas cabecitas bajo la palma de sus manos las guio hacia la puerta con paso atropellado y vacilante—. Salgamos de aquí.

Después de dejarlas en los aposentos, Rebecca se sentó, escaso el aliento, trémulo el labio y acelerado el pulso, frente a la mesita de su alcoba. Se llevó una mano al pecho tratando de calmar su corazón y la otra a la helada frente. Con premura, con dedos torpes e incapaces, buscó sus útiles de escribanía para redactar con letra nerviosa y atropellada una breve carta a Violet. La tinta escapaba a churretones de su plumilla, y el secante que aplicaba sobre el papel parecía emborronar todavía más el exceso de tinta, en lugar de mejorarlo. Sus mejillas ardían, sus ojos no cesaban de derramar lágrimas.

«Mi querida niña, ¿te preguntas dónde está el infierno? No consultes la Biblia, no le preguntes al señor Miles, ¡porque yo lo he descubierto: está aquí, en Carolina del Sur, y me temo que el señor Masen, látigo en mano y sonrisa maléfica en ristre, es el mismísimo demonio!»

## CAPÍTULO 7

Aquella misma noche, Rebecca abandonó la alcoba y se condujo por los corredores con ayuda de la temblorosa llamita de una palmatoria. No tenía otra intención que deslizarse en el despacho del señor, para devolver al lugar de origen la pistola que, desde hacía demasiados días, permanecía en su poder. Desde luego, el fondo de una sombrerera no era, ni mucho menos, el lecho idóneo para tan letal instrumento, ni ella misma podía soportar seguir ocultando entre sus cosas por más tiempo aquella arma mortífera.

Desconocía el motivo por el que la habría hurtado Daniel Masen, aunque podía llegar a intuirlo. Quizás confiaba en que nadie la fuera a echar en falta en medio de aquel abultado arsenal mortífero y el hombre pretendía entregársela a los esclavos a modo de salvoconducto. Ahogó un jadeo. De ser así, se alegraba de haberse topado esa noche con un ebrio Daniel Masen y evitado lo que pudo llegar a convertirse en una auténtica tragedia. Un arma en manos de una turba enfurecida podía acarrear consecuencias catastróficas. ¿O acaso aquella pobre gente y acaso Daniel Masen consideraban que acabar con el dueño de la plantación supondría la solución a todos sus males? ¿No eran capaces de comprender lo que podría sucederles en cuanto la noticia trascendiera? ¿Qué futuro podría aguardarle a un negro que asesinara a su amo blanco? Meneó la cabeza intentando apartar de sí la locura que envolvía aquellas ideas.

Teniendo en cuenta que los pasillos permanecían solitarios a esas horas, y que ella se deslizaba con el sigilo de un ratoncillo de campo, la devolución de la pistola no la entretuvo más de diez minutos. Respiró tranquila cuando el arma descansó, al fin, en el lecho primigenio y no pudo evitar que una sonrisa amarga le asomara al rostro al imaginar la expresión orgullosa del patrón ante la certeza de que los vástagos varones habían desahogado su virilidad empuñando aquel precioso objeto de deseo. ¡Oh, cuán equivocado estaba aquel arrogante tirano! El arma había estado, en efecto, en manos de un Masen; pero sin duda en las del Masen equivocado. Un halo de privada satisfacción le adornó las pupilas. ¡Qué bien empleado le estaba a aquel que pretendía dominarlo todo bajo su tiránico cetro! ¡Qué bien merecido el hecho de que algo, cualquier cosa, por más insignificante que fuera, permaneciera más allá de su conocimiento!

De regreso a la alcoba, se distrajo al descubrir un plateado haz de luz filtrándose a través de las alargadas vidrieras del pasillo. Se acercó al cristal y paseó la mirada por el desierto patio trasero, por las caballerizas y el oscurecido terreno donde se alzaban las cabañas de los esclavos. Un hondo sentimiento de culpa la asoló y cayó sobre ella

como una cascada de agua helada. Ojalá hubiera hecho algo por aquel pobre y desvalido anciano. Ojalá el propio miedo o aquella innegable sensación de impotencia no la hubieran obligado a permanecer quieta y temblorosa como una chiquilla. Meneó la cabeza y limpió con la yema de los dedos una lágrima solitaria que se aventuró a descender por su mejilla. Era muy consciente de que poco podía haber hecho frente a la brutalidad de aquel látigo o de la mano furiosa e impasible que lo gobernaba. ¿Acaso no había sido testigo ella misma de la violencia y supremacía con que actuaba aquel tirano? ¿No se lo había demostrado cierta mañana en su despacho?

Alzó la barbilla con determinación cuando una ocurrencia inesperada cruzó por su mente. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, estaba convencida de que no iba a poder dormir. No, después de haber presenciado la atrocidad de aquella tarde. No, con los gritos agónicos de aquel hombre perforando todavía sus tímpanos y danzando en su cabeza. Se arrebujó con fuerza en la chaqueta de lana y se dispuso a abandonar la casa a través de la puerta destinada al servicio. En el exterior, la suave brisa nocturna de finales de marzo la recibió con un frío abrazo. No había vuelta atrás, ya no. Apuró el paso al notar la inutilidad de la palmatoria, cuya llama había expirado bajo el fresco beso de la noche. En el patio trasero, solitario y silencioso a esas horas, distinguió los dos postes de madera donde el señor Masen había golpeado al anciano. Las argollas colgaban inertes en cada poste con un aspecto bajo las luces y claros de la noche que resultaba tan imponente como siniestro. Inhaló en profundidad y prosiguió caminando.

El patio desembocó en un estrecho sendero sin luz, a causa de la larga hilera de robles centenarios que lo escoltaban e impedían que ni el más liviano rayo argentado traspasara el denso follaje para iluminar el camino. Rebecca lo cruzó abrazándose con fuerza y apuró el paso mientras miraba en todas direcciones, asustada, creyendo ver sombras inexistentes que la perseguían y que danzaban entre los claroscuros. Se encontraba ya a una distancia considerable de la casa principal cuando distinguió, a ambos lados del camino, las barracas de madera de una única altura y tejadillo a dos aguas. Cada cabaña se levantaba sobre una base de madera y disponía en la fachada de un pequeño porche, una estrecha portilla y dos ventanucos. Estaba claro que todas habían sido construidas siguiendo un único patrón y que ese emplazamiento propendía al hacinamiento.

Un gato huidizo cruzó como una exhalación para ocultarse bajo una cabaña y observarla a través del brillo amarillo que emitían sus ojos en la oscuridad. En alguna parte, un perro ladró a la noche delatando su desazón o su hambre. De entre las sombras, surgió una cabra esquelética que hacía como que pastaba una hierba inexistente en aquel terreno yermo, y unos cuantos pollos famélicos arañaban y picoteaban el suelo mientras corrían por todas partes. Innumerables hogueras solitarias ardían delante de las casetas e iluminaban los troncos enormes de los robles; mientras intentaban subsistir apenas con dos leños, vomitaban largas y delgadas



volutas de humo blanco que se alzaban lentamente hacia el cielo. De los huecos entre las cabañas, surgían improvisados tendederos donde la ropa de los esclavos —en realidad, trapos rotos de los que nadie diría que habían sido lavados previamente— trataban de secarse al rocío de la noche. Conforme iba cruzando por delante de ellas, Rebecca percibía sonidos de los más variopintos salir del interior de las barracas: llantos de niños pequeños, toses de algún enfermo, trajín de cacerolas...

Al cruzar por delante de una en particular, un extraño cántico llamó su atención. Se trataba de un salmo cadencioso y monocorde, lastimero y sombrío, procedente de la barraca más cercana a su derecha. Pese a ser entonado en una lengua desconocida, Rebecca quiso entender que se trataba de una dolorosa plegaria elevada al cielo. O quizás al inframundo. La curiosidad la llevó a acercarse a la cabaña y asomarse a través de la portilla entreabierta. Sentados alrededor de un fuego encendido en el suelo de tierra pisada, un pequeño grupo de personas murmuraba su extraña letanía invadido por un desconocido éxtasis. Con los ojos cerrados, recitaban su cántico sin apenas despegar los labios, llenaban el ambiente de un adormecedor runrún que se colaba por todas partes. Inciensos, aceites perfumados y plantas aromáticas a remojo en cacharros de barro arrojaban al aire un popurrí de olores almizclados y mareantes.

De pronto, una anciana mujer de lacios cabellos blancos que se sentaba muy cerca del fuego sacó, de tan solo Dios sabe dónde, una gallina parda y, con una agilidad tal que a Rebecca no le dio tiempo ni de apartar la vista, la degolló delante del corro. El éxtasis colectivo pareció entonces cobrar mayor brío; los murmullos crecieron, los ojos de algunos se volvieron hacia arriba tornándose blancos, otros reían y mostraban sus enormes y relucientes dentaduras, otros escupían al fuego. La mujer ejecutora estrujaba ensañada el cuello sin vida del animal para arrancarle hasta la última gota de su sangre. Sangre que recogió en un cacharro hondo de barro. Acto seguido, la visión de un muñeco de trapo volando de mano en mano captó su atención. El muñeco llegó a manos de la ejecutora para acabar siendo sumergido por completo en aquel baño sangriento, mientras el grupo seguía repitiendo hasta el delirio la inquietante cantinela. El muñeco ensangrentado fue depositado en el suelo, en el centro del grupo. Un hombre joven se inclinó hacia delante y, sin previo aviso, clavó un cuchillo enorme en el lugar donde debería estar el corazón de aquella figura de trapo. Se ensañó más de lo necesario en retorcer y ahondar la empuñadura en el cuerpecito de tela.

Asustada ante aquel extraño y siniestro ritual, Rebecca retrocedió un paso, sin darse cuenta de que al hacerlo acababa de volcar, con gran estruendo, un bidón colocado para recoger el agua de lluvia al lado de la puerta y en la bajante del canalón. Todas las miradas se volvieron hacia el lugar que ella ocupaba; cuando un primitivo instinto de supervivencia la impelió a salir corriendo para salvar su vida, un obstáculo imprevisto surgido a su espalda la frenó en seco. El golpe no fue ni de lejos tan fuerte como la impresión.

—¿Usted?

Fue lo único que pudo decir cuando se topó con aquellos ojos del color de la brea. Su corazón se mostró más elocuente y dispuesto, a juzgar por la violenta sacudida con que lo saludó.

—Usted no debería estar aquí. —Aquella voz, de nuevo.

—Yo... yo tan solo...

Varios hombres enormes salieron de la cabaña con paso apurado y el ceño fruncido. El caballero que la estorbó en el momento de huir se dirigió a ellos en tono conciliador.

—Todo está bien, tranquilos muchachos. Priam, Moses, la señorita no causará ningún problema. —Miró a la joven—. ¿Me equivoco?

Rebecca asintió, acto seguido, al darse cuenta de su error; y negó con nerviosismo. Había enrojecido hasta las orejas. Los hombres, negros como el tizón y altos como puntales, parecieron relajarse ante la presencia del recién llegado, pero no dejaron de mirar a la joven con desconfianza. El que parecía responder al nombre de Moses fruncía el ceño como un demonio, y Rebecca pudo comprobar con horror que lucía una fea y enorme cicatriz rosácea en el cuello, consecuencia de una antigua quemadura. Una cicatriz grande y abultada que mostraba con horrible nitidez una letra M.

«M de Masen», pensó estremecida. «Marcado a fuego como una res, de seguro con el mismo hierro caliente con el que marca las cabezas de ganado de su propiedad.»

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —insistió el caballero recién llegado bajando la voz. La sujetó ligeramente por el codo y la apartó de la puerta. No había enfado en su tono, sino preocupación—. No debería estar aquí.

Ella parpadeó con nerviosismo antes de responder.

—Yo... yo tan solo venía a interesarme por Solomon.

El caballero ladeó la cabeza para observarla con interés.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Boqueó como un pez arrojado fuera del agua y lo miró con extrañeza. ¿Por qué? ¿Cómo que por qué? ¿Acaso no resultaba obvio?

—He visto lo sucedido esta tarde. Yo lo vi desde la sala de estudio.

El caballero la miró con mayor detenimiento. Parecía que pretendía estudiarla, analizar cada pensamiento, cada gesto, profundizar en su alma y entender las verdaderas razones de aquella mujer para estar en un lugar como aquel, tan lejos y a la vez tan cerca, de las comodidades de la casa principal. Su pose era rígida y su cuerpo quería erigirse como un muro infranqueable. Aunque su porte distaba mucho de resultar infranqueable.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensa acerca de lo que vio?

La barbilla de la joven se arrugó y empezó a temblar debido a la inminente cercanía del llanto. Los ojos se le velaron ante el simple recordatorio de lo vivido hacía escasas horas.

—Ha sido lo más horrible que he visto en mi vida.

Un hondo sollozo huyó de sus labios. El hombre pareció satisfecho con la respuesta, ya que relajó sus hombros y la pose en general.

—Me temo que tendrá que acostumbrarse a esto si va a quedarse por aquí. Por desgracia, esta barbarie es el pan nuestro de cada día.

La guio, agarrada por el codo, hacia el interior de la cabaña, donde el grupo de paganos se había ya disuelto. Ni rastro de aquellos fervientes idólatras, ni sangre, ni plumas, ni muñecos de trapo: ¡nada! Tan solo una precaria mesa, tres o cuatro sillas, un arcón en una esquina y un anaquel para la vajilla, suspendido en la pared. Una mujer joven permanecía inclinada sobre el fuego sin chimenea alrededor del que se habían concentrado hacía escasos minutos aquellos extraños adictos, y sobre el que ahora pendía, suspendido desde el techo de la cabaña, un caldero humeante. El caballero se dirigió a la mujer en un tono familiar.

—¿Podemos pasar a verlo, Burdetta? —Con un gesto de cabeza señaló a Rebecca—. No te preocupes, viene conmigo.

La mujer asintió, después de mirar largamente y con desconfianza a la intrusa. El caballero, que sujetaba a Rebecca todavía por el codo, se adentró con ella en un cuartito contiguo que permanecía oculto detrás de una cortina de sarga que ejercía de puerta. Iluminado por el resplandor argentado de los rayos de luna que se filtraban por una diminuta claraboya —el único punto de luz y ventilación existente en la estancia—, el anciano de cabello blanco permanecía acostado boca abajo en un modesto catre apoyado contra la pared. Vestía únicamente un pantalón gastado, sujeto a la cintura con un cordón. Rebecca no pudo evitar estremecerse al mirarlo. Se abrazó a sí misma con fuerza y sintió cómo un picor conocido empezaba a fraguarse detrás de sus párpados. El agujero en su pecho se hizo más y más grande. Aquel anciano, delgado e insignificante en posición horizontal, permanecía inmóvil con la cara vuelta hacia ellos. Su espalda, completamente cosida de verdugones sangrientos, aparecía ensangrentada y rezumante de un suero amarillento que no cesaba de manar de las heridas en carne viva.

—¿Qué tal estás, Solomon?

Daniel Masen se adelantó para acuclillarse a su lado. Se dirigió a él con voz calmada, como un padre se dirigiría a su hijo enfermo. O en este caso, como un hijo conmovido se dirigiría a su anciano padre malherido. El hombre esbozó algo parecido a una sonrisa de gratitud.

—No ha sido nada que no haya tenido que soportar otras veces, señor Daniel —murmuró apenas en un hilo de voz.

Su voz sonaba ronca, rasposa. Rebecca observó la desgarrada espalda y pudo descubrir las marcas abultadas de antiguas cicatrices blancas deformando su fisonomía. Inclino la cabeza, se sentía avergonzada de sí misma, del señor Masen y de las injusticias que parecían imperar en aquel lugar horrible. Angustiada, insistió en su abrazo y tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para contener llanto y sollozos.

Aquel insignificante movimiento ayudó a Daniel Masen a recordar la presencia de la institutriz a su espalda.

—Creo que tienes visita, Solomon —anunció sin apartar la mirada de la compungida muchacha—. La señorita ha venido a verte.

El anciano clavó en ella unos ojos llenos de desconocimiento. Unos ojos enormes, color miel, que destilaban cansancio y rendición. Rebecca se sintió en la obligación de disculparse por su cobardía, por no haber tenido el valor suficiente para detener la aberración de aquella tarde. Dio un paso al frente y trató de tragar la enorme bola que obstruía su garganta.

—He visto lo que ha sucedido esta tarde, señor Solomon, lo he visto desde la ventana. —El temblor de su voz se hizo más evidente—. Por favor, permíname, permíname... —Un jadeo inesperado la sorprendió. Inhaló con fuerza—. Debería haber salido al patio, debería haber...

Se llevó el dorso de la mano a la nariz y se rindió al descenso imparable de las lágrimas.

—La señorita Hale, según tengo entendido, es la institutriz de mis sobrinas —intervino Daniel en su rescate y llenó de luz la oscuridad que velaba el entendimiento del anciano—. Es nueva en la plantación y desconoce las costumbres que imperan en Old Oak.

El anciano desciñó su frente fruncida.

—Sea usted bienvenida a mi humilde morada, señorita —dijo el esclavo, esbozó una dolorosa sonrisa y continuó—, es la primera vez que me llaman «señor Solomon».

Rebecca esbozó una sonrisa breve con la que evidenciaba su impotencia y su desazón. Retrocedió hasta que su espalda encontró una pared en la que apoyarse y, en esos momentos, agradeció de veras contar con un apoyo extra. Pegada a los sucios tablones de madera, se limitó simplemente a formar parte de la escena, como un mueble más. Daniel Masen, todavía acuclillado al lado del catre, sacó de los bolsillos de su chaqueta varios frascos de cristal sin etiquetar, para colocarlos en el suelo, en fila, al pie del lecho.

—Dile a Burdetta que te aplique esta medicina varias veces al día, te ayudará a soportar mejor el dolor y bajará la inflamación. —Acto seguido abrió uno de aquellos frascos y empapó su propio pañuelo con su contenido para aplicarlo con pequeños toques sobre la espalda del herido, que no pudo evitar dar un respingo y apretar los dientes sin dejar de sisear—. También te he traído bálsamo cordial de Gilead. Te sentará bien.

Rebecca esbozó una sonrisa condescendiente. Ese bálsamo no era otra cosa más que una mezcla de brandy y trementina aromatizada con diferentes hierbas; un tratamiento muy recurrido por los curanderos y charlatanes que pasaban esporádicamente por Cypress Lodge. De hecho, la propia Virgilia Hale no era capaz de soportar sus catastróficas desdichas sin unas cucharadas diarias de semejante

brebaje. Sin duda, el tónico en cuestión resultaba sumamente efectivo para los sanos preocupados, para los hipocondríacos o para los ignorantes que se dejaban guiar por los consejos de aquellos a los que consideraban superiores en entendimiento. El bálsamo de Gilead resultaría inútil para las heridas de Solomon, pero el alcohol que contenía le ayudaría a evadirse y a soportar su realidad al menos por unas horas. Daniel Masen, sin duda, era un buen hombre.

Amparada por las sombras se tomó su tiempo para observarlo con total libertad. Era la primera vez que lo veía desde la noche del vestíbulo, y, aunque no había sido capaz de apartar aquella primera imagen de su cabeza, la que se dibujaba ahora ante sí le parecía completamente diferente. Daniel Masen no era alto. En realidad juraría que debía de poseer la misma estatura que ella. Además, su porte no era especialmente atlético. Más bien se podría decir que se trataba de un caballero delgado, ligeramente desgarbado y con más nervio que músculo. Los puños de la chaqueta le quedaban demasiado cortos, y los de su camisa, demasiado grandes y ocultaban buena parte de sus manos. El corte en los hombros tampoco resultaba todo lo ajustado y favorecedor que su figura exigía. Lucía un cabello negro, excesivamente largo y abundante, que caía hacia delante y escondía por completo la frente, ocultaba las orejas y enmarcaba el rostro hasta rebelarse en gruesos y despuntados mechones a la altura del cuello. En su rostro excesivamente delgado y anguloso, destacaban de forma notable una mirada oscura de grandes ojos rasgados, profundos además de penetrantes, una nariz y una boca grandes y la sombra perpetua de barba incipiente rodeando la barbilla y el labio superior.

—¿Por qué ha sido esta vez?

La voz del caballero rasgó el silencio de modo que apartó a Rebecca de su ensimismamiento.

—Me temo que cada vez soy más lento, señor Daniel —se excusó el anciano con gran pesar—. El amo acostumbra a castigar con el látigo la lentitud de sus esclavos. Tendré que intentar hacerlo mejor la próxima vez. Deberé esforzarme más...

Daniel chasqueó la lengua. Rebecca observó al anciano con gran dolor. Las lágrimas resultaban demasiado ingentes para la cuna de sus ojos, empañando por completo su mirada hasta desbordarse. ¿Realmente el pobre Solomon excusaba el comportamiento de aquel bruto y lo justificaba a través de la propia ineficacia?

—Quizás debería realizar él mismo el trabajo si considera que los demás son incapaces de hacerlo tan rápido como desea —comentó enfadado—. ¿Cuántos años tienes, Solomon?

El anciano apretó la mandíbula ante el intenso dolor que aquel ungüento le causaba en las heridas.

—No lo sé, señor Daniel.

—No eres joven; ya no deberías realizar determinadas tareas.

El anciano abrió los ojos con una sombra de espanto reflejada en sus pupilas.

—Cuando el amo me considere demasiado mayor para trabajar me expulsará de

la cabaña y me enviará a los bosques a morir, señor Daniel. No puedo dejar a mi hija y a mi nieto solos, me necesitan. Debo esforzarme más.

Rebecca ahogó un jadeo, lo que llamó la atención de sus acompañantes muy a su pesar. No podía dejar de llorar; el cuerpo se le convulsionaba en hipidos mal contenidos. Daniel Masen fijó en ella la atención.

—¿Qué opina usted, señorita Hale? ¿Cree que es tolerable que los ancianos y los enfermos sean desterrados al bosque cuando ya no son aptos para trabajar? Nadie debería ser tratado así, ni siquiera los animales, ¡maldita sea! —rugió furioso y apretó los puños hasta hacer peligrar el bote de cristal entre sus manos.

Aovillada sobre sí misma, Rebecca se volvió de cara a la pared en un intento por ocultar las emociones y continuó llorando en silencio. No, sin duda, ni los animales merecían ser tratados así. Y, sin duda, ni los animales de los establos de Cypress Lodge habían sido tratados así jamás. Compadecido, Daniel dulcificó su tono de voz para dirigirse de nuevo a ella.

—Será mejor que me espere fuera, señorita Hale. Salga, enseguida estoy con usted.

Rebecca permaneció sentada en la base de la cabaña durante lo que le pareció una eternidad. Estaba helada, tiritaba, pero sentía que no podía marcharse de allí. De hecho, en varias ocasiones se levantó para entregarse a un paseo frenético en un intento de arredrar de sí el frío. Varias veces, también, se animó interiormente a marcharse de aquel lugar devorado por las sombras, para refugiarse en el calor de su cama. Pero la visión del anciano Solomon al sufrir, primero, una paliza injusta y al soportar, después, aquellas horribles heridas abiertas y sangrantes, la instaban una y otra vez a permanecer inamovible frente a la barraca. Cruzó con determinación la chaqueta sobre el pecho y alzó la barbilla. ¿Qué clase de alma egoísta era ella? ¿Acaso no era capaz de soportar un poco de frío cuando aquel pobre anciano había tenido que soportar una paliza brutal?

Cuando Daniel Masen salió de la cabaña sintió un extraño alivio invadir su ánimo. No salió solo. El mismo niño que había visto escondido en el patio el día de su llegada, detrás del gran roble, lo acompañaba sujetado a sus pantalones con pueril dependencia.

—Siento haberla hecho esperar, he sido muy desconsiderado, debe de estar usted helada —se disculpó él—. ¿Desea entrar y tomar un poco de leche caliente?

Rebecca negó con la cabeza, sin dejar de mirar al niño. Daniel siguió su mirada.

—Le presento al pequeño Ptolemy, el nieto de Solomon.

—Hola, pequeño —saludó.

Ptolemy clavó en ella sus ojos enormes e inmensamente blancos, pero no dijo nada. Por el contrario, se aferró todavía más a las perneras de Daniel. Estaba muy delgado y parecía muy pequeño. Su única ropa era una camisola que le llegaba a las

rodillas. Iba descalzo y bastante sucio. Daniel sacó un anís del bolsillo de su chaleco y se lo entregó al niño, que lo tomó esbozando una enorme y reluciente sonrisa mellada.

—Vuelve adentro —le dijo mientras le acariciaba los apretados rizos—, y cuida de tu madre y de tu abuelo.

El pequeño, sin duda acostumbrado a base de palos a obedecer, no se entretuvo ni un segundo. Sin embargo, se detuvo bajo el umbral para mirar a la muchacha.

—Adiós...

Se perdió en la oscuridad de la barraca. Rebecca sintió una extraña inquietud bullir en su pecho.

—Vamos, la acompañaré hasta la casa. Debería tomar algo caliente antes de acostarse o de lo contrario pillaré una pulmonía.

La sujetó por el codo e iniciaron un lento paseo hasta la mansión. Rebecca era consciente de la losa que le oprimía el corazón y el ánimo, y que le impedía casi respirar. Jamás se había sentido tan avergonzada, dolida y espantada, como lo había estado durante aquel día.

—¿Cómo pueden soportarlo? —preguntó casi sin ser consciente de ello.

Daniel pareció sopesar un segundo su respuesta.

—Porque no les queda más remedio. Son comprados como mercancía por sus propietarios, que no sienten el menor respeto por sus vidas y los tratan peor que animales. Trabajar hasta morir: ese es su sino. Cuando no sirven, los venden o los abandonan en el bosque para que mueran de hambre y frío o para que los devoren las alimañas.

Rebecca tragó saliva, se sentía horrorizada.

—Y ustedes, ¿cómo pueden soportarlo?

Daniel oprimió la mandíbula hasta que sus maxilares restallaron. Detuvo su paseo para encarar a su acompañante, fijó en ella sus pupilas obsidiana. Rebecca se detuvo a su vez y lo miró con fijeza.

—¿Por qué cree que yo lo soporto? ¡Jamás me resignaré a soportarlo, por el amor de Dios! —En sus pupilas cintilaba un extraño fulgor—. Por eso lucho encarecidamente para acabar con esta lacra. Por eso daría mi vida por acabar con ella.

Suspiró. Un suspiro largo y cansado, fruto de la impotencia más exacerbada. Durante medio minuto dedicó a la muchacha una mirada intensa, profunda, quizá para tantear lo que aquella joven debería o no debería saber o tal vez lo que sería capaz de escuchar sin desfallecer. A continuación se mesó el cabello y se dispuso a hablar:

—Aunque soy sureño vivo en el Norte, señorita Hale, en Pensilvania. Vengo a Old Oak en calidad de huésped pese a no ser bien recibido, con el único fin de visitar a mis sobrinos y tratar de ayudar de forma furtiva a esta pobre gente; aunque mis recursos, créame, sean muy limitados. Al venir aquí me arriesgo a ser descubierto y me enfrento a mi propio hermano, al que reconozco como uno de los plantadores más

cruels de la región. —Una sonrisa sarcástica se dibujó en su rostro—. Por suerte él no me toma demasiado en serio, lo que facilita mis movimientos. Jeremiah solo me ve como una maldita piedra en su zapato.

—Tenía entendido que su hermano era un plantador muy poderoso y respetado en Charleston. De saber que trataba así a sus trabajadores jamás habría aceptado trabajar para él —admitió Rebecca—. Jamás habría salido de Inglaterra.

—Ciertamente es uno de los terratenientes más poderosos y respetados de Carolina del Sur. —Daniel compuso una expresión de repugnancia—. Supongo que será usted consciente de que es el dinero el que trae consigo el respeto, señorita Hale; no creo que en su país varíe tanto el modus operandi. —La sujetó de nuevo por el codo para animarla a continuar caminando—. Mi hermano tiene fama de doblegar esclavos. A menudo le envían los esclavos más rebeldes de otras granjas para que los vuelva sumisos y obedientes por medio del látigo.

—¡Cielo santo!

—Así es, señorita Hale, no se imagina las prácticas tan horribles y sangrientas que han tenido lugar en esta plantación durante las últimas décadas.

Rebecca inhaló en profundidad y retuvo el aire en sus pulmones. Le parecía completamente inédito haber vivido toda su vida sumida en la ignorancia, ajena a todo lo que sucedía al otro lado del mundo. ¿Sabían los gobernantes, los prohombres, las almidonadas damiselas y toda la burguesía que se reunía en los grandes salones lo que sucedía en las plantaciones de ultramar?

—¿Conoce el libro de la señora Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom*? —preguntó de repente su acompañante.

Rebecca negó con la cabeza.

—Es el libro más vendido después de la Biblia. En él se narran los horrores de la esclavitud y la tiranía de los hacendados sin ningún tipo de adorno o tabú. Ese libro, señorita Hale, supone un agradecido impulso para la causa abolicionista. Aunque aquí, en el Sur, le hablarían horrores de él o de su autora, y la tacharían, cuando menos, de judas. Por lo visto, no les gusta que les retraten con tanta fidelidad.

Sonrió con acritud mientras miraba a la joven que caminaba a su lado y se recreaba en la belleza plácida de su perfil y en el novedoso color de su cabello.

—¿Conoce a Brown? —preguntó de nuevo.

Y, de nuevo, Rebecca negó con la cabeza. Daniel continuó hablando con un fervor renovado.

—John Brown es un líder abolicionista que combate a los esclavistas del Sur. Un ejemplo a seguir para todos los que compartimos sus ideales. Ha creado aldeas en las que los esclavos fugitivos pueden permanecer a salvo de sus antiguos amos y pretende llegar mucho más allá. Pretende promover una revuelta en el Sur.

Rebecca parpadeó con nerviosismo. Era la segunda vez en pocos días que auguraban una guerra.

—Las revoluciones nunca son la solución, señor.



Daniel torció la sonrisa. Parecía que estaba cansado de escuchar siempre aquel alegato en respuesta a sus ideales.

—Creo que a esta altura una gran revuelta es lo único que podrá poner las cosas en su sitio. ¿Ha visto a ese niño de allí? —preguntó refiriéndose a Ptolemy—. Apenas tiene cinco años. No sabe nada de la vida y, sin embargo, ha conocido el lado más inhumano de los hombres antes que la mayoría de los adultos. Mi deseo es que ese niño llegue a ser un hombre libre. Por ese ideal es por el que lucho, señorita Hale.

Se detuvieron frente a la puerta del servicio.

—No olvide tomar algo caliente antes de acostarse —le recordó.

Rebecca esbozó una breve sonrisa. Ningún brebaje conseguiría calentarla. Al menos, no a su alma.

—¿Cree que podré acostumbrarme a soportar todo esto? —preguntó con timidez. Daniel la miró sorprendido—. Quiero decir: no sé si seré capaz de hacerlo. —Una lágrima osciló en el arco rojizo de sus pestañas y se negó a descender—. Soy cobarde, lo reconozco, una grandísima cobarde. Y tengo miedo.

Daniel la miró compadecido y levantó la mano para apartar un mechón suelto que rozaba la mejilla de la joven, liberado de la horquilla.

—No creo que nadie en su sano juicio pueda acostumbrarse jamás a esto. No se sienta mal, señorita Hale, cualquiera con un mínimo de sensibilidad vería esto como la antesala del infierno.

«O como el infierno en sí», pensó Rebecca.

—Regrese a su hogar, váyase mientras todavía le sea posible.

Rebecca lo miró en silencio. No podía volver. Nadie parecía entenderlo. No podía regresar al pequeño Greenbough y enfrentarse a Martin. Además, estaba segura de que, aunque quisiera, no podría de ningún modo costearse el viaje de vuelta a Inglaterra. Era muy consciente de que su familia había gastado todos sus ahorros y que, incluso, el señor Miles había colaborado generosamente para que ella se encontrara hoy en el lugar en el que se hallaba. No, definitivamente no podía volver. Aún no. Sea como fuere estaba atrapada en aquel infierno. Y con una guerra amenazante. Consciente de su situación, inclinó la mirada, cerró la mano sobre la manilla de la puerta y le dio la espalda al caballero.

—Ya ve que soy algo más que un borracho irresponsable... —dijo él, de pronto, lo que la obligó a detenerse.

Rebecca se volvió y lo miró durante un largo segundo. Al hacerlo, no pudo evitar esbozar una breve sonrisa.

—Ya ve que no soy la amante del señor Masen.

Daniel sonrió al recordar el momento justo en el que pronunció aquellas palabras.

—Sería una verdadera lástima que lo fuera.

Con una breve reverencia se despidió.

## CAPÍTULO 8

Al día siguiente, después de dar por finalizada la lección de álgebra, Rebecca se deslizó hasta la cocina en busca de Siggy. Encontró a la muchacha en un rincón, echando como de costumbre pestes contra la señora Bradshaw mientras llenaba un enorme barreño con agua humeante y sosa.

—¡Hale, qué sorpresa! —saludó con la sorna habitual y el también habitual mal humor—. ¿Ha venido a darme una mano? En aquel rincón, encontrará usted un cepillo y una espátula para la roña, si gusta.

—Siggy, necesito un favor —cuchicheó y miró con recelo en todas direcciones.

—No tema, no hay nadie —tranquilizó la sirvienta percibiendo su inquietud—. Estoy yo sola. Siempre me dejan sola para estos menesteres. —Hundió con saña su mano agrietada en aquella marea de agua caliente y derramó, a causa de su ímpetu, parte del contenido—. ¡Maldita Bradshaw, ojalá la alcance una disentería que la postre en el evacuatorio durante una semana seguida!

Rebecca obvió sus palabras. Parecía inquieta, nerviosa e impaciente.

—Escúcheme, Siggy, necesito que me preste atención.

La doncella levantó la vista de la tina para fijar las propias pupilas en las brillantes pupilas de la inglesa.

—Hable de una vez, Hale; tengo mucho que hacer hoy y muy poco tiempo para entretenerme.

La pelirroja sonrió ante la impaciencia de su amiga.

—Necesito que me consiga un poco de pan, queso, o alguna sobra de ayer, si fuera posible.

Siggy se cuadró y la miró de hito en hito.

—¿Tanta hambre pasa nuestra lady?

—No es para mí.

Inclinó la mirada y, con la cabeza, señaló el lugar hacia donde se orientaban las barracas. La sirvienta la miró con unos ojos como platos al acabar de comprender. Se inclinó hacia delante para expresarse en un susurro.

—Espero que sepa lo que está haciendo o se meterá en un buen lío. ¡Y me meterá a mí también!

—No se preocupe por mí y ayúdeme, se lo ruego, estamos haciendo una buena obra. —Siggy asintió lentamente y la miró con un sincero halo de admiración—. Volveré en un rato a buscar todo lo que pueda reunir.

\* \* \*

Cuando traspasó el umbral de la cabaña de Solomon, Burdetta la recibió con una

sonrisa nerviosa. Se secó las manos humedecidas, callosas y agrietadas, en el sucio delantal para mirarla a través de unos ojos preñados de ignorancia. Parecía un cachorrillo a merced de su amo, que espera paciente a descubrir si ese día habría para él una caricia o un palo. Rebecca alargó hacia ella un pequeño bulto envuelto en lienzo. Burdetta miró primero la ofrenda, ceño fruncido y labios apretados, para mirar a continuación a la recién llegada con la sombra de la desconfianza reflejada en sus pupilas.

—Tómalo sin miedo, es solo comida.

Pero Burdetta negó con la cabeza y retrocedió, asustada.

—No tengas miedo, nadie más lo sabrá. He sido cuidadosa, nadie lo echará en falta en la cocina —insistió y le acercó aún más el bulto—. Solomon necesita alimentarse para recuperarse cuanto antes. También el pequeño Ptolemy. Y tú. ¡Tómalo!

Burdetta no se movió ni un ápice. Rebecca suspiró agotada.

—¿De qué tienes miedo?

La mujer apretó los puños a los costados. No podía dejar de mirar la ofrenda con un anhelo derivado de la más acuciante necesidad. Sin embargo, la voz de la razón le recordaba el castigo que sufrirían su familia y ella misma si alguien se enterara de aquello.

—Si el señor lo supiera o si el capataz se enterara... —murmuró con un hilo de voz.

Rebecca adivinó a través de su tono vacilante que sus barreras, junto con su reticencia y sus escrúpulos, estaban a punto de derrumbarse.

—No se enterarán, te lo prometo.

El hambre era una serpiente reptante, ponzoñosa e indoblegable, en aquellos tiempos en los que el patrón se había decidido a ahorrar al darle menos comida a sus esclavos; por esa razón, cualquier método de supervivencia sería bien recibido. Si aquella joven de piel pálida contaba además con la confianza y el beneplácito del señor Daniel, no había lugar para remilgos y estúpidos escrúpulos. Tomó entre las manos el bulto y lo llevó hasta la mesa para desenvolverlo con cuidado. Un trozo de pan de centeno, una cuña de queso de cabra, panceta y dos o tres remolachas quedaron a la vista, como un tesoro desenterrado digno de las mil alabanzas.

—Gracias, señorita —murmuró Burdetta inclinando la mirada.

La institutriz descubrió varios regueros húmedos que le surcaban las oscuras mejillas picadas de viruelas.

—¿Cómo está Solomon?

Burdetta escondió aquella maravillosa ofrenda en un arcón. Resultaba admirable que, a pesar del hambre que debía de tener, reservara la comida para su anciano padre y para su hijo sin probar ella misma ni un bocado.

—Está dormido. Las medicinas del señor Daniel lo ayudan a descansar. Las heridas han dejado de supurar.

—Me alegra oírlo. —Rebecca se acercó a ella y posó la mano en el hombro de la mujer. Un hombro anguloso y descarnado—. Me gustaría que supiera que, si hay algo más que pueda hacer por ustedes, no dude en pedirlo.

Burdetta clavó en ella sus enormes ojos.

—No debe hacerlo, señorita. O el amo la castigará.

—No se preocupe por mí, Burdetta, por el amor de Dios. Además, dudo mucho de que el señor Masen eche nada de esto en falta; aunque desvalijáramos la mitad de su despensa no se enteraría, mientras el brandy y la cerveza permanezcan a buen recaudo. —Apretó el hombro de la mujer en un intento de insuflarle ánimo—. Volveré en cuanto me sea posible con algo más de comida. Estoy segura de que sus vecinos también tienen hambre.

Una sonrisa nerviosa le tembló en los labios cuando hizo ademán de retirarse. Antes de que se alejara, Burdetta la agarró por el antebrazo para detenerla.

—¿Por qué lo hace, señorita?

Rebecca la miró durante un largo segundo. Las palabras no acudieron a sus labios, al contrario que las lágrimas, que no tardaron en asomar a sus ojos y bailar en el arco azafrañado de sus pestañas. ¿Por qué lo hacía? ¿Y cómo podría no hacerlo?

—Volveré pronto.

Con la certeza de que cumpliría lo prometido, abandonó la cabaña sin percatarse de que, a cierta distancia y oculto tras el tronco de un viejo roble, Murray, el capataz, la seguía con la mirada mientras escupía al suelo el sobrante oscuro y pegajoso de su tabaco de mascar.

Rozando los altos y blanquísimos techos de yeso, una densa humareda blanquecina y picante reptaba por toda la estancia a través de lento impulso invisible. Parecía que aquella legión aérea y etérea contaba con vida propia, con determinación propia y que, al hacer uso de ella, se movía por las alturas a su merced para abarcarlo todo. El suelo, de un brillante y pulido mármol color chocolate, reflejaba con pasmosa minuciosidad cada trabajado mueble, cada torneada pilastra de alabastro. También los suntuosos lienzos de guerra que en su día habían dejado boquiabierta a una impresionable señorita Hale. Detrás de un amplio escritorio de estilo colonial, Jeremiah Masen observaba con aire indolente a su interlocutor desde su espléndido butacón de piel. Repantigado y con la pierna derecha doblada a la altura de la rodilla, destilaba la misma calma que un rey todopoderoso ante la vasta extensión de sus dominios. O ante la visión de uno de sus súbditos menos relevantes. El habano que succionaba con ardor era uno de los causantes de semejante proliferación aérea. El otro culpable permanecía abandonado entre los dedos del ocupante del segundo butacón que franqueaba el hermoso escritorio.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

La voz grave y firme de Jeremiah no consiguió amedrentar a su hermano pequeño.

—¿Ni siquiera vas a considerar mi propuesta?

Jeremiah observaba a Daniel a través de sus ojillos de alimaña, más achicados que de costumbre a causa de la ingente humareda que parecía engullirlos. La arrogante sonrisa que dejó a la vista aquellos enormes dientes color crema asqueó al menor de los Masen. Como en definitiva asqueaba cualquier punto referente al dueño y señor de Old Oak.

—Me temo que no estás en condiciones de proponerme gran cosa, Daniel. —Torció la sonrisa hasta convertirla en un gesto de aversión—. No tengo nada que considerar si viene de ti.

Daniel estrelló su puro contra el cenicero, con la misma rabia que emplearía para estrellar la cabeza de su hermano contra la mesa. Hablar con él continuaba resultando la misma pérdida de tiempo que chocar una y otra vez contra un maldito muro de piedra. Se mesó el cabello con impaciencia justo antes de levantarse de su asiento y pasearse a lo ancho del lujoso despacho como un perro enjaulado.

—¡Maldita sea, creí que esta vez atenderías a razón, Jeremiah! —hablaba acompañado sus gestos con enérgicos movimientos de manos—. ¡Por el amor de Dios, abre los ojos de una maldita vez!

Jeremiah observaba aburrido ese ir y venir mientras continuaba embriagándose con la esencia amarga y picante del habano.

—Juraría que nunca los he tenido cerrados, hermano. Es más, yo diría que los tengo más abiertos que nunca. —Posicionó los labios formando una perfecta «o» y exhaló una sucesión de roscos de humo que se perdieron en la marea de niebla suspendida en el aire—. Gracias a eso soy consciente de todo lo que sucede en la plantación desde que tú has llegado. ¿O acaso crees que no me doy cuenta? —Su tono era bajo y sombrío. Su actitud, claramente amenazante—. ¿Qué pretendes? ¿Incitar a esos desgraciados a una rebelión? —Una sonrisa que, por amplia, resultaba insultante, adornó el enorme rostro cuadrado de Jeremiah—. ¡No seas estúpido! Acabaría con ellos —¡y contigo!— mucho antes de que pudieran alzar una miserable azada contra mí.

Daniel lo miró con gesto apático. Una vez más, su expresión habitualmente templada, se transformó en una máscara contenida de ira y frustración. Sin duda, le encantaría agarrar a aquel monstruo por la pechera de la camisa, arrancarlo de la covacha de oro y borrarle aquella eterna expresión de supremacía a puñetazos. En realidad, hacía mucho que debería haberlo hecho.

—Ves fantasmas donde no los hay, hermanito.

—¿Tú crees? Sin duda, ha sido entonces mi febril imaginación la que me mostró hace unos días a ese negro enorme, Moses creo que se llama, enfrentándose a Murray y encarándose con él. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Mis negros se han vuelto más rebeldes y alborotadores desde que tú estás aquí.

Daniel torció el gesto.

—Por supuesto que sus afrentas no van a ninguna parte. Murray se ha encargado de bajar los humos a los rebeldes con cincuenta latigazos a cada uno.

Daniel apretó la mandíbula a la par que sus puños para contener, a duras penas, la ira que borboteaba en su interior.

—Te sientes orgulloso de tu poder, ¿verdad? —escupió entre dientes—. ¡El gran Jeremiah Masen, dueño y señor de cerca de doscientas almas! —Su expresión se descompuso—. ¿Por qué diablos lo haces?

—Porque puedo. Porque quiero —dijo sonriente.

Daniel exhaló desinflando lentamente los pulmones. Su impotencia era tan grande como su indignación.

—¿Por qué eres tan obtuso, Jeremiah? —El aludido transformó el rostro granítico en una expresión de puro hartazgo—. ¿Por qué seguir empleando la mano de obra de esclavos para realizar un trabajo que puede llevarse a cabo fácilmente con máquinas? En el Norte hace tiempo que se han mecanizado, procesan ellos mismos su algodón y de ese modo el trabajo se realiza de una forma más rápida y cómoda. ¡Deja atrás este sistema tan arcaico como inhumano, ofrécele la libertad a esa pobre gente y súmate al progreso de una maldita vez! Podrías sentar precedente entre los plantadores sureños, ¡ser un ejemplo a seguir! Nadie dudaría en imitar cualquier hazaña que el gran Jeremiah Masen llevara a cabo.

El señor de la plantación le dirigió una mirada aviesa.

—Old Oak siempre ha tenido esclavos. —Golpeó la mesa con su enorme puño—. ¡Y seguirá teniéndolos mientras yo viva, maldita sea! Lárgate al Norte con tus amigos manufactureros y tus estúpidas ideas abolicionistas. No te metas en asuntos que no te conciernen. Nadie te ha llamado aquí, nadie te necesita aquí. ¡Y maldita la falta que hace que vengas a pasearte como un gallito desplumado por mi propiedad! —siseó.

—¿Tu propiedad? —Daniel compuso un gesto escéptico—. Old Oak también forma parte de mí. ¿Olvidas que también he nacido en estas tierras?

—Tú nunca has estado capacitado para dirigir la plantación. —Daniel se tensó y su rostro anguloso se tornó más profundo y sombrío que nunca—. Padre lo sabía y por eso me dejó a mí al mando. Tú siempre has sido un blando.

—Y tú una bestia sanguinaria.

Jeremiah se levantó con un rápido movimiento y, rodeando el escritorio, se acercó a su hermano con andares felinos. Su cuerpo era una auténtica mole andante.

—¿Crees que no sé a lo que te dedicas, maldito estúpido? —siseó intentando intimidar a su hermano, se inclinó sobre él y observó desde las dos cabezas que le sacaba de altura—. ¿Crees que no sé con qué personajes te codeas allá en el Norte? —Apuñaló su pecho con el índice—. Acabarán en la horca, tú y ese necio de Brown al que sigues como un borrego.

Daniel elevó el mentón para sostenerle la mirada. Ciertamente su hermano era un coloso de roca comparado con él mismo, mucho más delgado y de menor estatura,

pero la firmeza de sus ideales, la nobleza de su espíritu y toda la rabia contenida ante tanta brutalidad conseguían infundirle fuerza y valor.

—Terratenientes ignorantes como tú tendrían mucho que aprender de hombres como Brown —habló entre dientes y clavó en Jeremiah sus pupilas obsidianas.

El mayor de los hermanos esbozó primero una breve y torcida sonrisa cáustica para, a continuación y ante las airadas narices del más joven, derivarla lentamente en una grosera carcajada ascendente. La indignación de Daniel creció hasta convertirse en un racimo intolerable de cólera. Sabía que ese sentimiento podía bullir y salir al exterior en el momento menos pensado. Con gusto le rompería la nariz al estúpido de Jeremiah, con gusto le patearía el estómago o lo haría azotar con el mismo látigo con el que torturaba a los esclavos. Cuando Jeremiah consideró que ya lo había humillado lo suficiente, se tornó serio de golpe para acribillarlo con su mirada de hielo.

—Lárgate de Old Oak si no estás conforme con mi forma de dirigirla. Jamás has sido bien recibido aquí; en realidad, ni siquiera sé por qué te soporto. —Sus labios dibujaron una mueca de repulsión—. Padre murió con la vergüenza de contar con un hijo traidor, un mal patriota —arrastraba las palabras—, un hereje. Jamás te perdonó que te licenciaras del ejército cuando lo hiciste.

Daniel inclinó la mirada y la fijó en el intrincado trenzado de la alfombra. La vieja herida continuaba abierta. Y sangraba. Más que nada porque aquel maldito no se cansaba de meter los dedos y hurgar en ella. Pero no quería sentirse culpable, no a esa altura. Al fin y al cabo, entrar en West Point había sido tan solo el cumplimiento de una larga tradición familiar, jamás su propio sueño.

—No había nacido para ser militar.

—No, por supuesto que no —ironizó el mayor—. No alcanzo a imaginar para qué diablos ha nacido usted, señor Masen. —Golpeó de nuevo la mesa con el puño cerrado en un arranque de cólera incontenible—. Podías haberlo tenido todo: gloria, poder, respeto. ¡Un futuro brillante! Habías alcanzado el rango de capitán, maldita sea, y tiraste tu futuro por la borda. —Apretó los dientes para arrastrar su rabia entre las palabras que reptaban entre ellos—. Eres un maldito cobarde, un ingrato y un judas para toda la gente del Sur. ¡Maldita sea, ni siquiera deberías llevar el apellido de una familia como la nuestra!

Daniel apretó la mandíbula con tal fuerza que temió que se le saltara un empaste.

—En estos momentos, créeme que me avergüenzo de llevar el apellido de esta familia.

Jeremiah, furioso y completamente rojo de indignación, barrió el aire con un violento aspaviento que trató de alcanzar en su radio de acción a su hermano menor. Si hubiera permanecido tan solo un poco más cerca, lo habría derribado como a un insignificante muñeco de trapo.

—¡Apártate de mi vista antes de que te arranque la cabeza, maldito! —Le dio la espalda, rodeó el elegante escritorio colonial para sentarse de golpe en su butacón y, acatando un registro bajo y sombrío, dirigirse de nuevo a él—. Te estaré vigilando,

Daniel, durante todo el maldito tiempo que decidas vivir bajo mi techo no te quitaré los ojos de encima. Ni se te ocurra intentar poner a esos malditos negros contra mí o te juro que no quedará ni uno solo con pellejo en toda la hacienda.

Rebecca, sentada en el alféizar de la ventana mientras sostenía el grueso tomo de historia abierto sobre el regazo, detuvo un instante la lectura para observar el horizonte. En la verde lejanía, distinguió los inmensos y fértiles campos de algodón, que se extendían hasta más allá de donde alcanzaba la vista, salpicados de pequeños almiarés que destacaban sobre las oscuras copas de los árboles. Un paisaje calmo y próspero cuya belleza resultaría perfecta si se obviara la lastimera presencia de los esclavos, pequeños bultos en movimiento que, a modo de afanosas hormiguitas, se dejaban el sudor y la piel, día a día, en un trabajo tan duro como desagradecido. Pudo contar hasta cincuenta almas que trabajaban sin descanso y en silencio con las violáceas montañas como paisaje de fondo. Algunos cavaban zanjas; otros recogían la flor del algodón y la cargaban en enormes capazos a su espalda; otros pocos más allá arrancaban raíces y troncos de árboles con las propias manos para amontonarlos en una pira. Todos permanecían sometidos con la espalda dolorosamente encorvada y la cabeza gacha. Alzarla supondría a buen seguro un latigazo extra.

En medio de tanta penuria y tanto dolor, divisó la figura altiva y donairosa de Jeremiah Masen sentado a lomos de un caballo blanco mientras supervisaba personalmente la tarea de aquella pobre gente. Verlo y odiarlo resultaba para Rebecca la misma cosa. Parecía un dios malévolos erguido en su montura que vigila los devenires de su mundo con tal desprecio que parecía que, más que a seres humanos, estaba contemplando un atajo de cucarachas, mientras barajaba a cuál de ellas aplastar primero. Dicho y hecho: de la alforja que colgaba a un costado del animal sacó un látigo y lo descargó con saña sobre una criatura que cargaba al hombro un fardo que doblaba su propio tamaño y que, en un momento dado, sin duda, agotada y sobrepasada, había tenido que dejar caer. Aquel indeseable se ensañó con la chiquilla con tal violencia que, incluso una vez abatida en el suelo, siguió golpeándola una y otra vez sin descanso: alzaba el brazo para dejarlo caer con una rabia antinatural. Incluso su montura parecía imitar la ferocidad del amo al hacer aspavientos en el aire con las pezuñas de hierro y amenazar con dejarlas caer sobre la blanda piel negra en el momento menos pensado. Rebecca cerró los ojos y desvió la mirada al viejo tomo que temblaba entre sus manos.

—Señorita Hale, ¿se encuentra bien? —preguntó Sarah que permanecía, plumilla en mano, a la espera de que la institutriz continuara con el dictado.

La joven carraspeó un par de veces en un intento por recuperar la presencia de ánimo.

—Sí, sí, ¿por dónde íbamos?

—Decía usted que los colonos organizaron milicias civiles y nombraron a George



Washington como líder.

—¡Ah, sí! —paseó la mirada con ansiedad por la página e intentó encontrar el punto exacto donde terminaba aquella frase y comenzaba la siguiente, pero fue incapaz.

La imagen de aquel monstruo alzado sobre el caballo como un despiadado titán que empuñaba el látigo contra una criatura indefensa, nublaba por completo su vista y su razón. Con un movimiento seco, cerró el tomo ante la mirada perpleja de las pequeñas alumnas. Ya estaba bien de historia por ese día. Sobre todo, si esa historia derivaba en una lacra tan odiosa y lamentable como la esclavitud de los hombres.

—Bien, niñas, vamos a continuar con las lecciones al aire libre.

Las niñas se miraron entre sí, sin dar crédito; a continuación, miraron con ojos brillantes a la institutriz. La primera en levantarse del asiento fue la pequeña Grace. La amplia sonrisa mellada le ensanchaba el hermoso rostro.

—¡Sí, podemos ir el embarcadero! ¿Conoce el embarcadero, señorita Hale? —La institutriz negó con la cabeza—. ¡Nosotras se lo mostraremos! ¿Verdad que sí, Sarah? Oh, verá qué bonito que es. ¿Sabía que las golondrinas hacen sus nidos cada primavera entre los cañaverales? Nadie sabe a dónde vuelan, pero al final siempre acaban por volver.

Rebecca esbozó una sonrisa sincera, aunque demasiado breve. Sentía lástima de sí misma, y sobre todo, sentía lastima de aquellas jovencitas a las que, sin duda, les esperaba un futuro muy poco favorable a merced de un padre tan déspota y cruel como el mismísimo demonio.

Daniel Masen sacó del bolsillo de la chaqueta un pequeño saco de rafia y se lo entregó a Moses Brady, a continuación cerró las manos callosas del hombre sobre aquel preciado tesoro. El joven Brady observó al caballero en silencio mientras inhalaba profundamente por la nariz. Todo él temblaba como una hoja. Permanecía sudoroso e intranquilo y miraba con ojos veloces a todas partes. Vestía una sucia camisa que antaño presumió de haber sido blanca y una chaqueta marrón. En los pies calzaba unas botas al menos dos números por encima del que le correspondía.

—Toma el ferrocarril de carga y vete al Norte, no deberías de tener ningún problema. Pasa un día sí y otro no. Escóndete en el bosque mientras tanto y permanece atento.

Moses asentía mientras observaba al señor Masen con los ojos muy abiertos. Su labio inferior colgaba tembloroso.

—Ve a Filadelfia y pregunta por el señor Benson, es un amigo cuáquero; allí estarás a salvo, serás un hombre libre.

—¡Gracias señor Masen, gracias de todo corazón! —El muchacho cerró las manos sobre las de su benefactor. Las pupilas le brillaban a causa de las lágrimas no derramadas. Se sentía sinceramente agradecido ante la oportunidad que aquel buen

hombre le brindaba. ¡Una oportunidad! Un halo de esperanza al fin dentro de su hasta el momento aciaga existencia—. Es usted un hombre bueno. El Señor lo bendiga, señor Masen.

Daniel meneó la cabeza sin poder evitar una sonrisa de complacencia.

—Vete, no pierdas tiempo. Debes esconderte en el bosque y procurar que no te encuentren. No salgas por nada del mundo, veas lo que veas y escuches lo que escuches. Sabes lo que sucedería si te encontraran y te trajeran de vuelta.

Moses asintió con rapidez. Por supuesto que lo sabía. Tanto Murray como el propio Masen lo despellejarían vivo delante de todos, para que sirviera como escarmiento colectivo. Por suerte, él no contaba con nadie en el mundo; su madre había muerto al darle a luz, su padre había fallecido siendo él muy pequeño y sus hermanos habían sido vendidos a una granja de la cual no sabía ni el nombre, por lo que su huida no acarrearía ninguna consecuencia funesta para nadie que le resultara especialmente querido allí. De lo contrario, de contar con alguien en la plantación, jamás habría podido permitirse huir.

Tras agasajar al señor Masen con una afectuosa sonrisa y un fuerte apretón de manos, el joven Brady puso en marcha sus largas piernas para refugiarse en el bosque que cercaba el lugar. Daniel Masen inclinó la cabeza y sonrió. Acababa de desafiar de nuevo a su hermano al ayudar a uno de los esclavos más robustos y rentables a huir del estado. Jeremiah lo sentiría. Y no solo porque se tratara de un esclavo de su propiedad, sino porque Moses era joven, fuerte y un trabajador incansable. Sí, sin duda Jeremiah lo echaría en falta en un día o dos: se retorcería como un perro destripado cuando se diera cuenta de la huida.

Con semejante pensamiento por bandera, no pudo menos que sonreírse de nuevo. Lo único que le pesaba era no haber podido aportar más dinero para ayudar a Moses a iniciar una nueva vida en el Norte. Pero su economía era muy precaria y, por desgracia, su hermano mayor no le soltaba ni un mísero dólar extra. Con todo, Moses no tendría mayor problema. Si conseguía llegar a Filadelfia, su amigo cuáquero compraría la libertad del hombre y lo pondría a salvo de los cazadores de esclavos, esas malditas aves de rapiña que permanecían siempre al acecho a la espera de una oportunidad.

Inhaló en profundidad. Desde hacía varios años colaboraba con la asociación antiesclavista de Pensilvania aportando parte de su escasa renta, asistía a todas las convenciones abolicionistas de las que tenía conocimiento y seguía a sus líderes por todo el país. Sin duda, tanto Brown como Douglass, entre muchos otros camaradas sobresalientes, lo felicitarían por la tarea libertadora que pretendía llevar a cabo por su cuenta y riesgo en Old Oak. De hecho, con Moses sería ya el tercer esclavo fugado de Charleston al que ayudaba a cruzar al Norte. Tanto Benson como Smith, Potter y él mismo llevaban meses actuando en secreto. Comenzó a caminar con andar cansino por la pasarela del embarcadero, cuando un vago rumor a su izquierda lo frenó en seco. Algo se había movido entre los cañaverales. Algo o alguien demasiado cerca

como para no ser tenido en cuenta. Instintivamente se puso en guardia.

—¿Quién va?

Silencio. Desde luego, no lo había imaginado. Había oído con toda nitidez un crujido de cañas secas.

—¡Identifíquese, sea quien sea!

De nuevo, las cañaveras crujieron. El rostro se le tensó y, luego, se relajó en una amplia sonrisa en el mismo instante en que vio aparecer las capas de organdí rosado abrirse paso entre las cañas.

—¡Vaya, qué inesperada sorpresa! —exclamó visiblemente aliviado.

Rebecca lo observó de hito en hito. Permanecía muy seria y parecía incapaz de distraer la mirada en otra parte lejos de él. El rostro estaba lívido, los ojos no se permitían el lujo de parpadear.

—¿Está usted loco? —recriminó en un tono seco y sombrío como apuñalándolo con las palabras.

Daniel la miró durante un segundo y su sonrisa se truncó.

—¿Cuánto ha podido escuchar?

La pelirroja jadeó.

—¡Todo! ¿Está usted loco? —repitió. A continuación, susurró—: Su hermano lo matará. ¡Los matará a los dos!

Daniel la sujetó con delicadeza por el codo y la invitó a caminar a su lado a lo largo del embarcadero.

—Jeremiah no tiene pruebas contra mí. Soy cuidadoso, señorita Hale. Podrá albergar sospechas, pero no puede demostrar nada. Por lo tanto, no puede hacerme nada. Y en cuanto a Moses, estoy seguro de que nadie impedirá que ese hombre se suba a ese maldito tren. —Miró a la joven fijamente a través de las penetrantes pupilas del color de la brea—. ¿No se da cuenta? Acabo de concederle una oportunidad a ese pobre hombre. Después de haber visto lo que ha visto en la cabaña de Solomon, ¿todavía no es capaz de entenderlo?

—Entiendo sus razones, pero ¿y los demás? ¿Pagará acaso un pasaje a todos los esclavos de la plantación para ayudarles a huir al Norte?

—¡Ojalá pudiera hacerlo! Créame que con gusto liberaría cada una de las almas de Old Oak si estuviera en mi mano.

Rebecca no podía apartar los ojos de él. Aquel rostro le pareció más atractivo y atrayente de lo que había supuesto aquella noche en el vestíbulo. El cabello largo y abundante ocultaba las orejas y caía sobre la frente en un divertido flequillo lacio. Era un hombre peculiar. Un tipo bohemio de apariencia frágil y desgarrada; un vivo espíritu inconformista.

—Además, ¿qué hace tan lejos de la mansión la institutriz de las señoritas Masen? ¿No debería estar impartiendo clase a sus pupilas?

A modo de respuesta, las niñas surgieron desde algún lugar a su izquierda entre los cañaverales; reían divertidas y ocultaban la boca detrás de las manos enguantadas

mientras cuchicheaban y compartían confidencias para seguir a la pareja entre saltitos a una distancia prudencial. Daniel paseó una mirada interrogante de las pequeñas a la joven que lo acompañaba y que no dejaba de sonreír ante la perplejidad repentina.

—¿No habrán...?

—No han escuchado nada, señor Masen; no se preocupe. Se encontraban demasiado entretenidas en busca de nidos de golondrina en el cañaveral.

Daniel se llevó una mano al pecho y exageró un suspiro de alivio, lo que provocó la risa de su compañera. Y las de las niñas, que parecían sumamente divertidas con algo que escapaba al entendimiento de los adultos.

—¿Ahora se dispara su precaución? Imagínese que en mi lugar apareciera el capataz o su propio hermano entre los cañaverales. Habrían presenciado la transacción con todo lujo de detalles —meneó la cabeza para enfatizar el regaño—. No lo habría salvado ni la caridad.

Daniel se la quedó mirando durante un largo minuto.

—Ya sabía que no se trataba de mi hermano, ni del apestoso de Murray...

Rebecca arqueó una ceja y emitió un jadeo escéptico.

—¿Ah sí? ¿Lo sabía usted? ¿Y eso cómo?

Sin ocultar la sonrisa, el joven se metió las manos en los bolsillos del pantalón y continuó caminando perfectamente erguido, exagerando la postura. Parecía un niño grande orgulloso de haber desafiado con sus fechorías al adulto más temible.

—Ellos no huelen a madreselva y rosas.

La institutriz sonrió francamente divertida. Además de ruborizada hasta el nacimiento del cabello. Caminaba a su lado sin dejar de mirarlo, con un brillo en los ojos muy semejante al que otorga una secreta e inesperada admiración.

—¿Por qué me mira tan fijamente? —preguntó él de pronto, sin apartar la mirada del tablado de la pasarela—. ¿Ve algo en mí digno de censura?

La joven amplió su sonrisa. Sus ojos chispeaban.

—Al contrario —afirmó—, creo que hoy lo admiro más que nunca.

## CAPÍTULO 9

Dos días después, a la hora pensativa del atardecer, Rebecca cruzó el patio trasero con el sigilo de un ratoncito, miró en todas direcciones como el furtivo que reconoce que está rozando la ilegalidad y, a pesar de todo, se aventura a traspasarla. En el regazo, bajo un paño de lino, ocultaba su humilde botín. Aquella era la tercera vez que se disponía a visitar la barraca de Solomon para llevar alimento y medicinas a su familia. Cuál sería su sorpresa cuando, poco antes de divisar la cabaña, se vio forzada a presenciar cómo Jeremiah Masen descargaba un puñetazo sobre Burdetta con tal violencia que acabó por arrojarla al suelo.

—¡La próxima vez será con el látigo, maldita! —rugió, mientras se cernía sobre ella con las piernas separadas, como un gigante predador sobre su indefensa presa.

Burdetta se llevó el dorso de la mano a los labios. Sangraba profusamente por boca y nariz; temblaba como un junco. Rebecca se tensó; fue consciente del insondable hueco que se formaba en el centro mismo del pecho y crecía de forma repentina. Un agujero que en realidad no había dejado de crecer desde el instante en que presenció el brutal castigo a Solomon. Su cuerpo imitó al de la mujer y copió sus mismos temblores. Sin embargo, su indignación fue más fuerte que cualquier atisbo de miedo.

—¡Déjela, no la golpee más! —intercedió al tiempo que se acuclillaba al lado de Burdetta.

Jeremiah Masen recibió la interrupción con un júbilo desconocido brillándole en las pupilas. De algún modo, parecía que la estaba esperando, puesto que, lejos de sorprenderse, recibió la llegada con una sonrisa triunfal dibujada en ese severo rostro.

—¿Qué diablos hace aquí? —gritó el patrón—. Debería estar en la mansión instruyendo a sus pupilas. ¡Para eso le pago! ¡Para eso está aquí, maldita sea!

La joven no se movió ni un ápice. Por el contrario, continuó protegiendo con el cuerpo a la espantada Burdetta que, detrás de ella, sollozaba y gemía en un tono apenas audible. Se había aovillado de tal forma que en ese momento apenas era más que una pequeña masa de carne y ropa.

—¡Quítese de en medio si no quiere que la aparte de una patada, mujer! —bramó el villano y se cernió todavía más sobre las dos mujeres.

Las piernas separadas, la pose encorvada, la mirada torva y la rabia que destilaba ese rostro resultaban tan amenazantes como terribles.

—¡No lo haré! —gritó desafiante Rebecca, lo que dejó perplejo a su interlocutor ante semejante provocación. Al sentirse insultado delante del grupo de esclavos que se había congregado para presenciar la escena desde una distancia prudencial, cayó

sobre la institutriz, la sujetó por la muñeca y tiró de ella con brusquedad para obligarla a levantarse. Una vez en pie, no dejó de zarandearla mientras escupía su veneno a través de los dientes apretados.

—¡No se atreva a desafiarme, maldita mujer, o le arrancaré el vestido y la azotaré delante de todos estos negros!

Rebecca alzó el mentón para sostener su mirada. Mantenía los labios firmemente apretados mientras respiraba de forma entrecortada por la nariz: deseaba transmitir al señor de Old Oak, a través de las gélidas pupilas, todo el odio y la repugnancia que su persona le transmitía.

—¿Es eso lo que quiere? ¿Desea que la azote y le dé una lección, inglesita del demonio?

Rebecca obvió el tono lascivo de aquella amenaza.

—¡Hágalo si se atreve!

Masen, divertido ante el inesperado coraje que mostraba aquella estúpida, la liberó de su agarre y la arrojó encima de Burdetta. El lío de enaguas y calzones que quedaron a la vista provocó la carcajada del patrón. Carcajada que se truncó en el momento en el que también apareció en su campo de visión un pequeño bulto envuelto en lienzo.

—¿Qué diablos es esto? —Con la puntera de las botas deshizo el envoltorio para dejar a la vista un mollete de pan, medio queso y un pequeño trozo de mantequilla. Apretó con fuerza la mandíbula. Sus pupilas centelleaban—. ¿Cómo se atreve a robarme para dar de comer a estos infelices?

Rabioso, pisoteó aquellos alimentos hasta destrozarlos por completo. Rebecca trató de conservar intacta la presencia de ánimo mientras, todavía en el suelo, recomponía sus capas de ropa. No podía asegurar si en ese momento se encontraba más indignada que asustada o más humillada que avergonzada. Burdetta se olvidó por un instante del propio dolor y trató de ayudar a la institutriz a recomponer su vestimenta. Aquel inesperado instante de camaradería femenina consiguió sacar de quicio al monstruo que se alzaba ante ellas.

—¡Yo verán quién manda aquí, malditas perras!

Masen levantó la mano, pero, por alguna extraña razón, no se decidió a dejarla caer, sino que la sostuvo en el aire mientras rechinaban los dientes. Su contención resultaba tan inaudita para los presentes como para él mismo. Aprovechando aquel inesperado instante de vacilación por parte del villano, Rebecca se levantó con una tranquilidad pasmosa y se cuadró ante él mientras se alisaba la falda. El vestido estaba lleno de polvo, el cabello de fuego revuelto y desprendido de la sujeción de las horquillas, el rostro tan encendido como recubierto por un denso velo de tierra. Y, sin embargo, su silueta erguida recordaba a la de esas heroínas que, aún después de haber sido abatidas, continúan levantándose una y otra vez para enfrentar al enemigo.

—No soy una de sus esclavas, señor Masen, no lo olvide —siseó al tiempo que alzaba la manchada barbilla con toda la altivez de la que fue capaz.

Él dejó finalmente caer el brazo laxo a un costado para mirarla a los ojos desde la aventajada posición que la estatura le concedía. Semejante gesto no respondía a una rendición por su parte. Ni mucho menos porque a continuación respondió arrastrando las palabras y dibujó un nítido gesto de amenaza en sus ojillos de alimaña, en su tono y en la expresión de su duro rostro.

—Por supuesto que no lo es...

La agarró con fuerza por el brazo hasta clavarle los dedos y se inclinó sobre ella; ese aliento agrio a tabaco y alcohol acarició el lóbulo de su oreja.

—De lo contrario, yo mismo la habría doblegado con mis propias manos...

Sus palabras sonaron en un registro susurrante y tan condenadamente lascivo que Rebecca no pudo evitar que se le revolviere el estómago. La aferraba aún bajo la prensa de sus crueles manazas cuando la atrajo contra sí y la aplastó contra su pecho.

—Aún estoy a tiempo de hacerlo...

Mordisqueó su oreja y recorrió con su lengua la caracola de nácar que la conformaba. Rebecca sintió cómo una oleada de repulsión ascendía desde la boca de su estómago hasta la garganta. Ladeó el rostro y forcejeó para evitar cualquier contacto. No le cabía la menor duda de que, en efecto, Jeremiah Masen estaba deseando doblegarla y someterla, como a todos los que estaban a su servicio y que no respiraban salvo que él se lo hubiera permitido con antelación. Al tener en cuenta la perfidia y la perversión que destilaba aquel monstruo, su interés por someterla de todos los modos posibles y en todos los sentidos no iba a hacer más que crecer a partir de aquel día.

—No quiero volver a verla por aquí o le aseguro que no seré tan condescendiente —le susurró contra la oreja.

La institutriz continuaba empujando el cuerpo con fuerza en sentido contrario, trataba de alejarse todo lo posible de aquel hombre. Jeremiah, pese a su evidente enfado, parecía divertirse con el indómito carácter que mostraba de pronto aquella mosquita muerta. ¡Quién lo iba a decir: tan pálida, tan flacucha, tan sosa y timorata como todas las inglesas y, al final, la gatita mansa había acabado por sacar las uñas para defenderse como auténtica una leona! Le apretó el brazo una última vez con tanta fuerza que la mano de la joven se tornó morada y la zarandéó con violencia.

—¿Me ha oído, señorita Hale? —le susurró otra vez contra la oreja—. Jamás vuelva a ponerme en evidencia delante de mis esclavos o le aseguro que maldecirá su suerte. Usted no se imagina todo lo que podría hacerle...

Rebecca se revolvió con un violento tirón y se libró del acoso. Una vez frente a él y libre de las prensas de esas manos, intentó acompasar la respiración, que a esa altura le hacía subir y bajar el pecho con violencia. Si su corazón no se infartaba en ese preciso instante, no lo haría jamás, y podría considerarse imbatible. Pero la intensa oquedad que crecía bajo el esternón y que se volvía tan negra como insondable, no tendría cura. La mirada fulminante y cargada de odio que le lanzó al señor Masen fue respondida con una insultante sonrisa por parte de él. Indignada y

furiosa, se recogió la falda y salió corriendo del barracón mientras maldecía una y mil veces a aquel monstruo despiadado. Ojalá pudiera hacer algo para terminar con toda aquella injusticia y detener la perfidia de aquel tirano. Ojalá pudiera salvarse a sí misma de acabar por perder la razón. Ojalá la justicia divina se decidiera a actuar de una maldita vez, y un rayo vindicatorio atravesara a aquel cretino y le partiera el espinazo en dos. «Santo Cielo», pensó mientras subía la escalinata para buscar el refugio de su alcoba con la cara bañada en llanto. «Estoy atrapada dentro de una horrible pesadilla. ¡Quiero despertar; necesito despertar!»

Un par de horas más tarde, poco después de extinguirse las postreras luces del día, Daniel se presentó en la barraca de Solomon. Encontró la cabaña sumida en un silencio sepulcral, iluminada precariamente por la escasa luz de unas velas a punto de extinguirse que lloraban cera sobre la mesa. Las paredes y el suelo lucían un tono amarillo sucio más deprimente que de costumbre, y todo, en definitiva, parecía del color de la tierra. Burdetta servía a Ptolemy una pequeña porción de arroz en un cuenco de madera, y el anciano Solomon estaba sentado con su costado apoyado contra un lado de la chimenea, mientras tallaba en un oscuro trozo de madera lo que parecía ser un ciervo. De vez en cuando, se retorció dolorido ante los pinchazos que le producían las heridas a medio curar de la espalda. A Daniel no se le pasó por alto la expresión sombría de los tres, ni el labio superior de la mujer: hinchado y recubierto de pústula.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta: Jeremiah o Murray, su asqueroso perro fiel, se habían extralimitado una vez más en sus funciones.

Nadie contestó.

—¿Burdetta? ¿Solomon?

—El amo golpeó a Burdetta —murmuró Solomon, sin apartar la mirada del trozo de madera. El tono era tan calmoso como si estuviera comentando los devenires del clima. Y ese hecho resultaba terrible. Terrible que aquella pobre gente asumiera la violencia en propias carnes como algo normal y habitual.

—¿Por qué?

La mujer y su padre se miraron en silencio durante un largo minuto, mientras el pequeño masticaba muy lentamente; disfrutaba y agradecía cada bocado. Finalmente, Burdetta rompió el silencio en un tono trémulo.

—El amo apareció por las barracas esta tarde, mientras yo estaba delante de la cabaña desplumando un pollo. Trataba de hacer tiempo por si aparecía la señorita Hale.

Un brillo fugaz cintiló en las pupilas de Daniel.

—¿La señorita Hale? —preguntó intrigado.

—A veces, viene a visitarnos para traernos comida.

—¿De veras hace eso? —preguntó sorprendido.

—Lo hace, señor. Nos visitó una o dos veces antes del día de hoy —explicó



Solomon.

Daniel apartó una de las sillas y se sentó a la mesa, enfrente de Ptolemy. Del bolsillo de su chaqueta, sacó una pequeña botella de bálsamo de Gilead y se la entregó a Solomon. El anciano la tomó, la desenroscó con premura y envió un trago largo.

—El amo se presentó de forma inesperada —continuó Burdetta—. No suele pasearse por las barracas; no cuando el sol todavía está alto. Dice que a pleno sol apestanos y que no soporta tenernos cerca.

—¡Estúpido! —siseó el menor de los Masen y apretó los puños.

Burdetta ignoró el comentario y continuó hablando.

—Su presencia aquí no parecía fruto de la coincidencia. En realidad, parecía que estaba esperando algo o a alguien. Debieron de ponerlo sobre aviso de las visitas de la señorita, y, de seguro, vino para comprobarlo por sí mismo.

Daniel miró a Solomon, y ambos al unísono nombraron al culpable.

—¡Murray!

—El amo me preguntó por la señorita, yo guardé silencio; no quería comprometerla porque ha sido muy buena con nosotros. Pero él preguntó de nuevo, insistía, parecía rabioso y me golpeó.

—¡Malditos bastardos! ¡Esos dos perros son tal para cual! —Daniel golpeó con su puño la endeble mesa, que bailó con la fuerza del impacto—. Alguien debería encargarse de amarrarlos bajo el mismo yugo, ¡menudo par de bueyes estúpidos!

Burdetta suspiró y continuó con la febril narración.

—De pronto, apareció la señorita. —Las lágrimas le brillaban en los enormes ojos—. El amo se puso hecho una fiera con ella. Parecía que el demonio se hubiera metido en su cuerpo, señor Daniel.

El hombre la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué estás diciendo, Burdetta? —miró a Solomon, que se limitó a asentir—. ¿Ese malnacido se ha atrevido a maltratar también a la señorita Hale?

—¡Le gritó, la zarandé, la arrojó al suelo!

Burdetta hablaba con los ojos velados a causa de las lágrimas no derramadas. Su labio inferior temblaba. Daniel se levantó impulsado por un resorte invisible, incapaz de permanecer sentado al escuchar semejante despropósito. La sangre se había transformado en auténtico fuego líquido en el interior de sus venas y recorría, ahora, todo su cuerpo con la amenaza de fundirlo.

—¡Ella solo pretendía protegerme, tan solo le pidió al amo que no me golpeará más! ¡Solo quería protegerme! —Un ahogado sollozo escapó de los labios de Burdetta. Miró al joven Masen con la cara desencajada—. ¿Es que nunca va acabarse este infierno? ¿Es que ni siquiera la muerte llegará para traernos un poco de paz? —sollozó hundida—. ¡Santo Dios, es preferible morir mil veces antes que vivir así!

—¡No llores, mamá!

Ptolemy se levantó lloroso y rodeó con sus esqueléticos brazos las piernas de su

madre, que corrió a refugiarse en la estancia oculta tras la cortina de rafia y arrastró al niño, que permanecía colgado todavía de sus faldas. Una vez se quedaron solos, Daniel y Solomon se miraron largo rato en silencio.

—¿Es eso cierto?

Solomon asintió de nuevo. El joven profirió una blasfemia y se paseó por la estancia como un animal acorralado, para descargar finalmente el puño contra una de las paredes.

—¿Qué clase de emboscada es esta? ¿Qué pretende ese desgraciado?

—Es el amo, señor Daniel, puede hacer lo que le plazca.

Solomon hablaba con una tranquilidad pasmosa, fruto sin duda de una arraigada resignación.

—¡No, por supuesto que no! ¡No puede hacer lo que se le antoje con la vida de los demás! ¡Ningún ser humano debería poseer potestad sobre un igual!

—Pero no somos sus iguales, señor.

Daniel meneó la cabeza y una sonrisa desquiciada se adueñó de su rostro. La voz le temblaba, los ojos permanecían inyectados en sangre.

—¡Oh! ¿Quién lo dice? ¿Ricachones como él? ¿Dueños de esclavos? —jadeó y ahogó su sonrisa—. ¡Yo hace tiempo que te considero mi igual, Solomon! ¡Tan igual como si hubiéramos nacido con ayuda de la misma partera! —Sus ojos enrojecidos evidenciaban su inmenso dolor—. ¡Me avergüenzo de poseer una sola gota de la misma sangre de ese monstruo! ¡Me avergüenzo de ser su hermano!

Solomon se pasó su mano callosa y agrietada por la cara para tratar con ese gesto, de borrar sus preocupaciones. Estaba demasiado cansado física y anímicamente. Además, estaba convencido de que aquella lucha entre hermanos no traería nada bueno para nadie. Porque estaba claro quién llevaría las de perder y quién se erigiría como seguro vencedor. Daniel inhaló un par de veces con dolorosa intensidad para tratar de serenarse. Con las manos en las caderas, la pierna derecha flexionada y el pecho que ascendía y descendía con violencia, era evidente que no le iba a resultar nada fácil conseguirlo. Sobre todo, porque en ese instante se moría de ganas de irrumpir en la alcoba de Jeremiah, arrancarlo del lecho y adornarle la cara con su puño.

—¿Has podido hablar con la señorita Hale después de lo ocurrido?

—La señorita se encuentra bien, tan solo un poco asustada. No tema, señor Daniel; el señor no le pegaría a una mujer blanca.

El joven Masen elevó las cejas y se atrevió a ponerlo en duda. Un salvaje seguirá comportándose como tal sea quien sea el que se encuentre ante él.

—Su perfidia no entiende de raza o color de piel, Solomon. Mi hermano vendería a sus propias hijas al mejor postor si el precio fuese el adecuado —sonrió con sarcasmo—. De hecho, estoy convencido de que ya tiene la mano y la virtud de mis sobrinas comprometidas y perfectamente negociadas con alguno de sus estúpidos amigos.

—No se preocupe por la señorita, señor Daniel, al contrario, debe sentirse orgulloso de ella. Es una muchacha muy noble, con un gran corazón; y muy valiente. Aunque ella no lo sepa.

El joven lo miró con el gesto descompuesto. Sentía en las costillas el agudo dolor que provoca un puñal al traspasar la carne, atravesar el músculo y tocar hueso. ¡Santo Dios, aquella pesadilla debía acabar de una vez por todas! Ningún hombre con un mínimo de cordura y sensatez podía tolerar semejante infamia ni un día más.

—Sí, desde luego que lo es. La mujer más valiente que he conocido.

Aquella misma noche, con el rostro hinchado, enrojecido, bañado por las lágrimas y demudado por un profundo dolor, Rebecca se sentó temblando frente a su mesita para escribir con mano trémula y aliento convulso.

    Mi querida Violet:

    Creo que estoy a punto de rebasar el límite exacto que separa la cordura de la demencia, la bondad de la crueldad humana. Llegué a esta tierra con la esperanza encontrarme un mundo de posibilidades y lamento admitir que no encuentro más que sufrimiento y dolor. Mi pobre experiencia con respecto a la vida y mi falta de mundo han hecho un flaco favor a mi existencia. No puedo soportarlo más. Me supera la crueldad de los hombres, me supera convivir en este infierno en presencia del mismísimo demonio. Este es el lugar más horrible de la Tierra, aquí no existe otra ley más que la que produce la demencial sesera del señor Masen.

    Te lo ruego, hermana, necesito volver. Te ruego que me envíes dinero para un pasaje de vuelta a Inglaterra. Ayúdame a salir de aquí, ayúdame a escapar de este averno, ayúdame.

Detuvo el discurrir de su pluma para leer con atención las últimas palabras, antes de arrugar entre los dedos la octavilla. ¿Cómo podía ser tan cobarde? ¿Cómo podía exigir a su familia una suma de la que carecían cuando era consciente de que ya habían gastado todos sus ahorros para enviarla al Nuevo Mundo? ¿Acaso después de haber conocido el sufrimiento de aquella pobre gente iba a ser capaz de hacer borrón y cuenta nueva, iba a seguir con su vida sin más, lejos de todo? ¿Acaso iba a permitir que aquel demonio se saliera con la suya? Alguien tendría que darle una lección; Nuestro Señor no podría permanecer ajeno a tanta maldad, tarde o temprano abandonaría su trono celestial para presentarse en Old Oak, centella en mano, y ensartar a aquel tirano como a un salmón. No podía huir. Ya había huido una vez al escapar de Martin Keats, a quien, en su infinita ignorancia, había considerado un hombre malo. ¡Qué necia había sido! ¡Por aquel entonces desconocía el verdadero sentido de la auténtica maldad humana!

No podía huir. No podía huir toda la vida. No podía cerrar los ojos a la realidad.

Ella no era así. No le resultaría tan sencillo comportarse como una hipócrita y actuar como si en realidad nada hubiera sucedido. Tampoco podía permanecer oculta tras los muros de la mansión y obviar con descaro lo que ocurría en el exterior. Daniel Masen desafiaba cada día a su hermano por aquellas buenas personas, defendía sus ideales. Siggy aborrecía la esclavitud junto con el propio Jeremiah con toda su alma y también se mantenía firme. No estaba sola para enfrentarse al diablo. Debía ser fuerte y conservar la calma.

Un murmullo del otro lado de la puerta la sobresaltó. Permaneció quieta un segundo, aguzó los sentidos y trató de escuchar más allá. Nada. Silencio. Quizá se tratara de un ratón, del viento, o de su agitada imaginación. O quizás aquel monstruo estuviera allí para cumplir sus amenazas. Se levantó con cautela; empuñando un afilado abrecartas, se acercó a la puerta con la determinación pintada en el rostro. Si se trataba de él, lo haría arrepentirse de haber tomado semejante decisión. En el suelo, bajo la ranura por la que circulaba una suave corriente de aire, descubrió un pequeño recorte de papel con unas letras garabateadas. Se inclinó a recogerlo y una amplia sonrisa se dibujó en su semblante enrojecido e hinchado a causa del llanto reciente. Cerró los ojos y apretó el papel contra su pecho para inhalar esperanza.

«Hoy soy yo el que la admira a usted, *milady*. A sus pies, siempre».

## CAPÍTULO 10

Cuando, a la mañana siguiente, la señorita Hale bajó a la cocina a desayunar, toda la servidumbre allí congregada, e incluso un desgreñado buhonero que pasaba por el lugar y que la cocinera, mostrando una generosidad inusual, había invitado a un trozo de carne de cerdo y una jarra de cerveza, enmudeció en el mismo instante en el que ella ocupó el umbral, lo traspasó y, en silencio, fue a sentarse al mismo sitio de siempre, al lado de la querida Siggy. «Vaya, otra vez no», pensó con fastidio, mientras aceptaba con una breve sonrisa el té que su compañera le servía en una taza descascarillada. «¡Que el diablo se los lleve a todos, me importa bien poco si hoy han amanecido con ganas de ignorarme de nuevo!» Los demás integrantes del servicio la miraban de soslayo, intercambiaban codazos y cuchicheos. Algunos, incluso, parecían escrutarla con cierto descaro en busca de quién sabe qué cosa reflejada en su rostro. ¿Quizás cardenales? ¿Algún arañazo? ¿Una herida abierta? ¿O una calva delatora en su ígneo recogido?

La señora Webber estaba demasiado ocupada embuchando en la espuerta que formaba su boca, tal que si echara paladas de carbón en un horno, como para molestarse en importunarla. Lo primero era siempre lo primero. Ya habría tiempo después para descargar su rabia contra la inglesita, pensó. La señora Bradshaw, sentada en la cabeza de mesa en fiel representación a su papel como voz cantante en aquella desafinada orquestina, fue la primera en romper aquel silencio glacial con un tono igual de gélido.

—Sigue usted en Old Oak por lo que veo.

Rebecca la miró con fijeza durante un largo segundo: comprendía la situación. Las noticias de su altercado con el señor Masen habían cruzado el patio posterior, se habían colado por la puerta del servicio o por alguna de las ventanas abiertas de la planta baja y se habían instalado en la cocina con la misma determinación con la que se instalaría cualquier noticia capaz de romper la paz y la monotonía habituales de la servidumbre. Sin duda, una noticia de semejante calibre era capaz de eso y mucho más.

—¿Esperaban acaso que me hubiera ido? ¿Sin despedirme? No conocen ustedes la educación británica, por lo que veo.

Siggy inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa. El ama de llaves, consciente de la burla de aquella odiosa yanqui a la que detestaba hasta lo indecible, se envaró y clavó en ella sus ojillos de urraca.

—¿No tienes tareas que hacer, Siggy? ¿Limpiar las chimeneas, pulir la hornilla, por ejemplo?

—¿Limpiar los orinales? —apuntó burlona la señora Webber, que hablaba con la boca llena.

—¡Váyase al demonio, Webber! —farfulló Siggy sin inmutarse mientras se metía un trozo de queso en la boca.

La aludida se quedó petrificada con la boca abierta y un trozo de carne que se asomaba, a medio masticar.

—Modera tu lengua, muchachita, o tendré que dar cuentas sobre ti al señor —amenazó el ama de llaves.

Siggy chasqueó la lengua y siguió comiendo como si el tema no fuera con ella. Augusta Bradshaw fijó entonces la mirada achicada en la institutriz, dispuesta a liberar su veneno a pequeñas dosis.

—A decir verdad, no esperábamos que continuara usted con nosotros después del altercado de ayer. —Sonrió efectista.

Todas las miradas se cernieron sobre la joven. Estaba claro que todos pensaban de igual modo que el ama de llaves. Ninguno de los integrantes del servicio esperaba ver allí a la institutriz esa mañana. Ninguno, salvo Siggy.

—Ya ve que se equivocan ustedes —habló con serenidad, paseando la mirada por los rostros de todas y cada una de las almas sentadas alrededor de la mesa.

La respuesta de la mayoría de esas almas fue inclinar la mirada.

—Está claro que el señor Masen es un hombre sumamente generoso y condescendiente —determinó la señora Bradshaw. Siggy contuvo una risotada al tiempo que trataba también de retener la comida en el interior de la boca. De buena gana la espurrearía sobre la mayoría de los presentes—. Otro en su lugar la habría despedido en el acto.

—No ha estado muy atinada, no, *milady* —aseveró Webber, que había vaciado el contenido de su boca y ahora se despachaba en el plato un buen trozo de panceta para seguir engullendo—. Enfrentarse al señor por defender a una miserable esclava. ¡Hay que ver qué ocurrencias tienen estos ingleses!

«Si no la despidió en ese mismo instante es porque tiene pensado un destino mejor para usted, muchacha estúpida. No crea que se trata de condescendencia o piedad. Seguramente desea probar el género inglés», pensó Webber, y se metió un trozo de carne en la boca demasiado grande para masticarlo con dignidad. «Mejor habría sido que la despidiera. Mil veces mejor, pobre incauta. Pregúntele si no a cualquiera de las doncellas recién llegadas cómo el amo les da la bienvenida a la plantación y suplicará encontrarse muy lejos de aquí una vez que él haya decidido cómo castigar su insolencia.»

Un mozo abrió de golpe la puerta de la cocina y ocupó el umbral. Con la aparición llenó la cocina de hojas secas y pequeñas partículas de polvo flotantes, mientras regalaba a los presentes una imagen desaliñada y visiblemente alterada. El ama de llaves se levantó como impulsada por un resorte invisible, dispuesta a llevar a cabo lo que mejor se le daba: regañar e increpar.

—¿Qué forma es esta de entrar en la cocina, Justin? ¿Nadie te ha enseñado modales?

El joven se llevó la mano al pecho para intentar recuperar el aliento perdido.

—¡Se ha fugado un esclavo! —jadeó.

Todas las miradas se centraron en el recién llegado que, pagado de sí mismo y de la atención que su insignificante persona estaba acaparando por vez primera en toda su existencia, infló el pecho orgulloso antes de continuar. Siggy miró a Rebecca. Rebecca, ruborizada a causa de la anticipación, clavó la mirada en el tablero de la mesa y empezó a arañar las vetas con la uña del pulgar en un gesto que denotaba nerviosismo.

—¡Lo han echado en falta esta mañana! El señor Masen está organizando una expedición para ir en su busca.

—¡Qué estúpido! —exclamó la Webber—. Mejor habría sido colgarse de un pino o arrojarse al río. El señor Masen le arrancará la piel a tiras cuando lo encuentre.

—Desde luego deseará estar muerto cuando den con él. —El ama de llaves se sentó de nuevo y cruzó las manos sobre la mesa. Luego, miró a la institutriz—. ¿Lo ve, jovencita? No sirve de nada dar la cara por esos desagradecidos. Deberían besar el suelo que pisa Jeremiah Masen y, sin embargo, ¿cómo cree que pagan la inmensa gracia de un techo y alimento que el amo les concede de forma gratuita? —Muchos asintieron en silencio—. ¡Huyendo! ¡Escapando de sus obligaciones! ¡Malditos haraganes del demonio!

Rebecca no pudo soportar por más tiempo semejantes disparates y se levantó indignada de su asiento. ¡Por el amor de Dios! ¡Aquellos ineptos no tenían idea de nada! Y, si la tenían, por su vida que resultaban tan pérfidos como su propio amo por condescender y hacer la vista gorda a sus brutalidades. Con semejante mentalidad, el mundo jamás podría cambiar para mejor.

—No estoy de acuerdo con su punto de vista, señora Bradshaw.

—Créame que lo siento mucho, señorita Hale.

—Créame usted que yo no lo siento nada. —Alzó la barbilla—. Son ustedes unos retrógrados sin alma ni conciencia. Estoy convencida de que, en lugar de un corazón, poseen ustedes una patata podrida.

Acto seguido abandonó la estancia dotando sus pasos de toda la flema y la dignidad que su carácter puramente británico albergaba. Detrás de ella, Siggy agarró un cubo vacío con todo el donaire del que fue capaz su indoblegable espíritu yanqui para salir al patio a buscar agua y empezar la jornada.

En el patio trasero, frente a las caballerizas, un grupo de hombres a caballo rompía con sus gritos e imprecaciones la quietud habitual de la mañana. Liderando el grupo, Jeremiah Masen trataba de controlar a su caballo, aunque realmente y, al tener en cuenta su apariencia y su estado de ánimo, él mismo se encontraba más fuera de

control que la inquieta montura. Daniel Masen engrosaba el grupo de rescate montado en su propio ejemplar. En contraposición con el resto de caballeros, cuyos ánimos se encontraban vivamente exaltados debido, sin duda, a las ingentes cantidades de alcohol con que el señor de la plantación los habría incentivado de buena mañana, parecía mucho más tranquilo y entero. Vestía una chaqueta de color azulón y un desproporcionado *cravat* en tonos salmón. Desde luego, su figura bohemia y ligera destacaba de forma notable entre las siluetas orondas y airadas de aquellos terratenientes cargados de años y sebo.

—¡Debemos partir de inmediato! —espoleó el mayor de los Masen airado—. ¡Quiero encontrar de una vez a mi maldito negro!

Hincó los talones en el costado del animal y abandonó el lugar dejando tras de sí una densa nube de polvo. De inmediato, lo siguieron los dueños de las granjas linderas que, con premura, se habían solidarizado ante la adversidad sufrida por el vecino. Al fin y al cabo, nadie estaba salvo de la calamidad de perder a uno de sus esclavos. Rebecca cruzó el patio, esquivó a los jinetes que, de forma bastante atropellada, pretendían imitar a su líder y corrió para situarse al lado de la tranquila montura de Daniel. El caballero parecía no tener prisa por seguir aquella descontrolada comitiva.

—El niño grande se ha quedado sin uno de sus juguetes más útiles. Ha tardado más de lo que esperaba en echarlo de menos, ¡pobrecito! —murmuró con una sonrisa.

—¿Qué va a pasar ahora?

Daniel se inclinó para no emplear un tono demasiado alto.

—Que no lo encontrarán. El tren de carga ha pasado ayer, y Moses estará a estas horas muy lejos de Charleston. —Le guiñó un ojo a la joven, que inclinó la mirada y se ruborizó hasta las orejas—. No me ha quedado más remedio que participar en esta charada para que Jeremiah no sospeche. Aunque, al tener en cuenta mis ideales, me temo que sus amigos no se fían demasiado de mí. Un esclavo huido y un abolicionista que ronda en las intermediaciones no forman una buena combinación.

Rebecca alzó el rostro hacia él con un viso de angustia brillando en sus pupilas.

—¿Lo culparán a usted?

Daniel dibujó una cómica sonrisa ladeada.

—No lo creo, sinceramente espero que no. —Se encogió de hombros—. Por fortuna, todo el mundo conoce la ferocidad con la que mi hermano dirige la plantación. Cualquier esclavo con dos dedos de frente trataría de huir tarde o temprano del yugo que lo oprime. Era solo cuestión de tiempo.

Rebecca acarició el terso cuarto trasero del animal sin desceñir ni un ápice la arruguita de su entrecejo. Por desgracia, ella no era capaz de mostrarse tan serena y positiva como el caballero. Daniel, ladeó el rostro para observarla atentamente a través de un largo flequillo y sonrió con evidente ternura.

—Buscaremos en los bosques colindantes, agotaremos a los caballos y estaremos de vuelta antes del anochecer; se lo aseguro. La virilidad de todos estos hombres,



incluida la mía, quedará altamente demostrada, y todos se darán por satisfechos.

Ella ignoró la broma y alzó hacia él una mirada rebotante de inquietud.

—¿Y si no se rinden?

—Lo harán.

—¿Por qué está tan seguro? Su hermano parecía tan empecinado...

—Cuando descubran que no hay ni rastro de Moses, no les quedará más remedio que rendirse, créame.

—¿Y si es una trampa?

Daniel arqueó una ceja.

—¿Y si tan solo pretenden tenderle una emboscada a usted y entregarlo a la justicia por ayudar a Moses a huir? No podrá escapar de ellos.

—Eso resulta bastante improbable. No tienen pruebas contra mí, señorita Hale. Estoy seguro de que todos esos hombres desearían verme entre rejas, pero hoy no será el día en que les conceda semejante satisfacción.

Rebecca sentía que el agujero de su pecho se engrosaba hasta doler. Sus dedos se retorcián de forma frenética.

—Hoy lamento haberle quitado aquella pistola. Estaría usted más seguro al tenerla en su poder.

—Me alegra que lo haya hecho. De lo contrario, ya la habría usado contra Jeremiah. —Su mirada se ensombreció—. Nada me habría impedido coserlo a balazos por haberla tratado del modo en el que lo hizo hace unos días.

Rebecca inclinó el rostro e inhaló torpemente para tratar de contener las lágrimas. Su corazón parecía haberse vuelto loco y zumbaba dentro del pecho como una maza que bate contra un cepo de madera.

—Jamás me lo habría perdonado —murmuró.

Daniel abandonó las riendas para acunar con su palma la ardiente y aterciopelada mejilla de la joven; se permitió acomodarse la mano y abandonarla sobre aquella redondeada parcela durante un par de segundos. Los dedos de él se movían en dulce movimiento acariciante sobre la tersa mejilla; una ternura infinita y desconocida invadió, de pronto, todo su ser.

—Nadie se había preocupado por mí jamás.

Rebecca cerró los ojos y ladeó el rostro para encajar el pómulo en aquella afectuosa oquedad. El corazón le brincaba en el pecho; en el estómago danzaban decenas de mariposas.

—Ya ve que ahora hay alguien que sí se preocupa por usted.

Abrió los ojos y alzó hacia él una mirada brillante. Daniel sostuvo aquella mirada del mismo modo que trataba de contener el salvaje impulso de bajar de su montura y besarla hasta perder la razón. Pero aquel no era el momento y mucho menos el lugar. Además, Rebecca Hale era una señorita de buena educación; y él, un caballero de principios.

—Lo tendré muy presente, mi hermosa damisela. —Apartó la mano para asir de

nuevo con determinación las riendas—. Si me disculpa, debo jugar mi papel en esta charada. O de lo contrario sí sospecharán de mí.

Rebecca lo observó con preocupación. Su mejilla cosquilleaba aún y recordaba el dulce contacto de hacía escasos segundos.

—Pero ¿y si...?

—Señorita Hale.

—¿Qué?

Se humedeció la sonrisa antes de responder.

—Vuelva dentro y quédese tranquila, hágalo por mí. —Espoleó la montura con intención de seguir al resto de caballeros que, sin duda, le llevaban ya una buena ventaja. Antes de cruzar los setos que delimitaban el jardín, tiró de las riendas del animal para obligarlo a detenerse y situarse de costado—. Ha de saber que no olvidaré jamás esta conversación. ¡Jamás! —Una sonrisa descarada asomó a sus generosos labios—. ¡Tampoco el suave tacto de su piel!

Rebecca lo vio desaparecer tras la nube de polvo y tierra. Una amplia sonrisa, plácida y cálida, ensanchó su rostro y desciñó por fin la arruga que empañaba su mirada.

## CAPÍTULO 11

Daniel Masen estaba en lo cierto. Poco después del crepúsculo, los hombres regresaron a Old Oak tras haber recorrido, obviamente sin resultado, los bosques circundantes, así como el río, la vía pecuaria y las granjas vecinas. Rebecca los vio llegar desde la ventana de su alcoba. Sin duda, su preocupación se mitigó un ápice cuando comprobó que, en apariencia, todos trataban a Daniel con la deferencia que merecía el hermano del patrón más pudiente de Charleston. Parecía que, en el caso de que albergaran alguna sospecha acerca de su colaboración en ese particular, se guardaban mucho de manifestarla. Siggy le había comentado, esa misma tarde, que cualquiera que hubiera ayudado a Moses a escapar sufriría un castigo importante, ya que ayudar a un esclavo a huir se consideraba algo así como robarle a otro hombre.

Por ello, un suspiro de alivio huyó de los labios de Rebecca cuando vio a Daniel Masen cruzar el patio. Su cabello parecía más revuelto que de costumbre, su aspecto general denotaba cansancio, su pose continuaba igual de desgarbada, pero ahora se acercaba más a la laxitud que produce un agotamiento extremo que a la indolencia habitual de su propietario; por último, su ropa estaba sucia y llena de polvo. Pero estaba bien y, al menos, no había sufrido ningún percance por parte de aquella cuadrilla de brutos. Alentados por el anfitrión, la mayoría de aquellos hombres decidieron aniquilar la frustración que ponía en serio criterio su virilidad al ahogarla durante horas en ingentes dosis de alcohol y al ahumarla bajo los vapores de los mejores habanos de la región. Sus risas grotescas, estúpidas y altisonantes se escuchaban por toda la casa. Rebecca rezó para que el comportamiento desaforado y libertino de aquellos cretinos no despertara a las niñas. O al menos, si acaso las obligaba a guardar una indeseable vigilia, que no las asustara más que a ella misma.

Habían dado más de las once cuando el último hombre abandonó, ayudado por un lacayo, la mansión de Jeremiah Masen. Rebecca lo vio dar tumbos por el patio e intentar subir con evidente dificultad a su caballo, que soportó con encomiable paciencia los trastabillos del jinete, así como la incapacidad completa para subirse a la silla. El infeliz lacayo, imposibilitado de ofrecer otro tipo de ayuda más eficiente y, sin duda, agotado de pelear con una mole inanimada sin obtener resultado alguno, optó por atravesar el hombre doblado sobre mí mismo a lomos del animal y palmearle las nalgas para que regresara a casa siguiendo su fiel instinto.

Ya se disponía, agotada, a correr los visillos y retirarse cuando un fugaz movimiento en lo alto de la escalinata principal llamó su atención. Apartó las cortinas para que nada estorbara su escrutinio. En efecto, un hombre descendía las escaleras con evidente dificultad. Un hombre con la movilidad visiblemente mermada y el

demonio de la ebriedad a su favor. Jeremiah Masen apenas se tenía en pie. Iba en mangas de camisa, los tirantes caían laxos sobre el pantalón, el pelo completamente revuelto y desmadejado, y la cara vestida con la flacidez que otorga un alto grado de ebriedad. Caminaba a trompicones, como una alimaña coja, hacia más allá del patio trasero, hacia más allá de lugar destinado a los burgueses y a la gente que se consideraba claramente superior. Se dirigía a las barracas de los esclavos.

Alertada por una oscura intuición, corrió los visillos con violencia, se puso la pelliza y abandonó la casa a grandes zancadas. Siguió el rastro nauseabundo que dejaba tras de sí aquel monstruo. ¿Qué maldades germinarían en su emponzoñada sesera? Las cabañas se perfilaban incómodamente hacinadas, sucias y oscuras a ambos lados del estrecho sendero flanqueado de árboles. De las estrechas y torcidas chimeneas, salía un asqueroso y maloliente humo gris que se desplazaba a media altura por lento impulso invisible. Todo permanecía en silencio. El lugar, engullido por un desagradable cúmulo de claroscuros y olores imposibles. Vio a Masen con sus andares dementes agarrarse a la oronda cintura de los robles y bordearlos con dificultad para continuar su camino. ¿Qué camino?

Observó al hombre perderse detrás de un destartalado chamizo y ser engullido por la oscuridad. Escuchó un grito y sintió miedo. Un miedo que pese a todo no le impidió continuar. Se encontró con un estrecho y maloliente callejón que se abría ante sí como una boca al inframundo. Un callejón que apestaba a orines y humedad. Se pegó a la pared y se ocultó detrás de una pequeña pila de leña para poder observar los avances de aquella alma oscura sin ser observada. Un gato huyó espantado de la negrura del callejón y se coló entre sus piernas para perderse en la noche. Al fondo del pasadizo, percibió un forcejeo, un breve movimiento entre las sombras.

Vio a Masen alzar una chiquilla muy delgada, casi esquelética, y encajarla a la fuerza contra la pared, mientras se desabrochaba con torpeza los calzones. La niña pateaba el aire y trataba de defenderse de su agresor, que apenas conseguía sostenerse en pie. Desazonada, quiso gritar, cuando una mano desde atrás se cerró sobre ella, sin violencia ni brusquedad, le cubrió por completo la boca. Una mano de largos dedos suaves. Volvió el rostro lo suficiente para encontrar a escasa distancia y entre las sombras el rostro impasible de Daniel Masen, que componía, con los labios, una expresión que solicitaba silencio. El corazón galopaba en su pecho como una manada de corceles salvajes, su ceño fruncido evidenciaba su turbación. ¿Qué estaba haciendo allí Daniel? ¿Acaso habría seguido a su hermano, tal y como había hecho ella, alertado por un sexto sentido de lo más acertado?

—Shh, mi dulce damisela... —murmuró y despegó suavemente los dedos que cubrían sus labios.

Al hacerlo, sus ojos no pudieron evitar detenerse durante un eterno segundo sobre aquellas dos jugosas fresas partidas por gala en dos.

—¿Qué hace usted aquí? —susurró ella en un jadeo entrecortado.

Siguió un movimiento de cabeza del caballero y volvió a mirar hacia el fondo del

callejón. La niña había conseguido huir de su atacante y se alejaba corriendo entre las sombras sin dejar de sollozar. A juzgar por la tranquilidad de Daniel y, al tener en cuenta el espantoso estado de ebriedad del patrón, se daba por supuesto que aquel monstruo no había llevado a cabo sus mezquinos propósitos. Jeremiah apoyaba un hombro contra la pared, agotado tras el forcejeo, y descansaba todo el peso de su cuerpo en esa posición. Tenía los ojos cerrados y a sus pies un charco maloliente con el contenido recién expulsado de su estómago. Llevaba la pretina desabrochada y la camisa había perdido todos los botones. El Señor se había compadecido sin duda de aquella pobre criatura y le había otorgado a su atacante una dosis de ebriedad tan alta que apenas era capaz de hilar fino y sostenerse en pie.

De pronto, un par de colosos de piel de ébano surgieron de entre las sombras, desde algún lugar al fondo del callejón. Avanzaban lentamente, como dos espectros de la noche surgidos directamente del inframundo para reclamar el alma mortal de aquel hombre perverso. Su porte descomunal y claramente amenazante consiguió amedrentar a Rebecca, que se sacudió de arriba abajo como un junco a merced del viento.

—No tengas miedo... —susurró Daniel, que pegó su torso a la delicada curvatura de la espalda de ella.

Los hombres, con unas mortíferas sonrisas brillantes, crujió los nudillos, se acercaron a Masen y lo acorralaron contra la pared. El señor de la plantación alzó la vista hacia los recién llegados, pero era obvio que el nivel de alcohol en su sangre y en su consciencia era tan elevado que no fue capaz de ubicarlos. Seguramente a esa altura no sabía si ante él se encontraban dos seres humanos de carne y hueso —y piel negra— o dos ángeles del infierno que iban a ofrecerle una última copa esa noche.

Finalmente, aquellas moles humanas se cernieron sobre él y lo obligaron a desaparecer detrás de sus impresionantes siluetas.

—Debemos irnos... —susurró Daniel y sujetó a Rebecca por el codo.

La joven lo miró interrogante y asustada. Quiso hablar, pero su alma había enmudecido.

—Ahora ya no es nuestra guerra —insistió él.

Tiró de ella fuera del callejón, que no opuso resistencia. Era muy consciente de lo que iba a suceder en aquel lugar y, a pesar de que aquel hombre malvado tenía bien merecido todo lo que le pudiera pasar a partir de entonces, no deseaba de ningún modo ser testigo de ello. Mientras se alejaban de las barracas, Rebecca escuchó con nitidez el sonido producido por golpes secos de puños y botas al encontrar carne blanda y hueso. También algún gemido, gruñidos roncós, resoplidos, maldiciones y quejidos silenciados a la fuerza.

Jeremiah Masen jamás mencionaría aquel incidente. Entre otras cosas, porque jamás fue capaz de averiguar cuál había sido la causa real de su nariz rota, su cuerpo molido y lleno de hematomas y su boca partida. En su delirio, juró haber visto dos demonios de ojos rojos y enormes colmillos que lo habían sacado a la fuerza del

lecho y arrastrado por la mansión, mientras lo golpeaban y lo mortificaban con sus tridentes. Cuando, al día siguiente, un lacayo lo encontró tumbado en contorsiones imposibles, como un muñeco roto, sobre la escalinata principal, no dejaba de repetir que los demonios lo habían torturado con saña durante toda la noche. Sus camaradas de expedición, tan ebrios como él mismo aún a la mañana siguiente, solo se aventuraban a referir, con cierta seguridad, lo que se había hecho durante la búsqueda del esclavo y hasta el momento que regresaron de vuelta a la plantación, pasada la hora crepuscular. A partir de ahí, todo eran lagunas de memoria, brumas, claroscuros y una niebla reptante, la niebla reptante y pegajosa que produce el alcohol, que les traspasaba los sentidos y anulaba toda capacidad cognitiva.

Sin demasiada seguridad por parte de ninguno de ellos —Jeremiah Masen incluido, ya que, una vez sobrio, la teoría de los demonios de la noche se tambaleaba en su raciocinio—, se llegó a la conclusión de que el plantador más próspero de la región se había caído del caballo durante la búsqueda infructuosa e insatisfactoria de su esclavo fugado. Y esa fue la teoría que finalmente se propagó por todo Charleston. Nadie habló públicamente nunca más acerca de ese particular. Al menos durante tres o cuatro días —el tiempo en que, por encontrarse especialmente adolorido, Jeremiah se mantuvo en cama—, tanto Daniel como Rebecca pudieron acudir a las barracas con cierta libertad. Por supuesto, continuaron vigilando sus pasos por precaución y desconfianza, y, aunque la sombra maléfica del patrón todavía sobrevolaba la plantación perfectamente encarnada en la piel de Murray, el capataz, alumno aplicado y aventajado de Masen, durante la convalecencia del señor se respiró una cierta calma y un cierto alivio en Old Oak.

Jeremiah Masen decidió suplir la vacante del joven Moses una semana después. Para ello no dudó en ponerse en contacto con Benjamin Russell, propietario de un vasto mercado de esclavos en Carolina del Sur, que ante la golosa persuasión que le producía el soniquete de monedas procedentes de las arcas Masen, se apersonó en el patio trasero de Old Oak con gran premura y diligencia, acompañado de todo su hato. El comerciante pateó a algunos de los esclavos más viejos y golpeó con el látigo a los más jóvenes detrás de las rodillas para espabilarlos.

El viaje hasta la plantación, a pie y con los tobillos encadenados con pesadas argollas, atados entre sí a través de una gruesa cuerda que les inmovilizaba las muñecas, había sido agotador, y muchos habían recibido además latigazos extra para castigar su cansancio y, por ende, su lentitud. Con el chasquido del látigo como aliciente, a su llegada a Old Oak todos estuvieron perfectamente despiertos, erguidos y en ordenada hilera para ser examinados. Jeremiah, secundado por Murray, observaba la mercancía con el mismo celo de un ganadero antes de comprar una nueva res para su redil. Palpó brazos, ladeó cabezas, abrió bocas para observar dentaduras e incluso se atrevió a humillar a una muchacha delante de su padre,

también esclavo, al magrearle los pechos y, luego, burlarse del escaso tamaño de sus mamas con una grotesca risotada.

—¡Si la quieres para calentarte la cama durante un tiempo es toda tuya, Murray, algún provecho podrás sacarle a esta infeliz!

Murray ladeó la cabeza para observarla con una sonrisa lasciva dibujada en los labios. Mientras la miraba y se recreaba en el escote rasgado de su vestido, en sus nalgas redondas y respingonas, en la delgada forma de sus caderas o en la redondez de sus muslos, no dejaba de limpiarse los dientes con la lengua.

—Gracias por el ofrecimiento, patrón, pero me gusta que tengan algo más de carne donde echar mano en cada embestida.

Ambos adornaron un comentario tan brillante con carcajadas obscenas, mientras la joven, avergonzada y evidentemente incómoda, trataba de arreglar la abertura de su escote y pasar desapercibida. Continuaron examinando la mercancía humana de Russell con aire censor y gesto de desagrado.

—¡Qué mal huelen tus negros, Russell! —voceó en un momento dado.

—Sin embargo, los he obligado a lavarse en el río y cambiarse de ropa, señor.

—De poco o nada sirven semejantes cuidados. En tiempo de calor, su transpiración apesta.

Russell y Murray se rieron de la observación del patrón, adulaban como borregos cada palabra. No se le pasaron por alto las cicatrices que surcaban la espalda de un hombre adulto, grande y fuerte, y lo rechazaron de inmediato al intuir en él un carácter rebelde. No podía arriesgarse a perder a otro hombre. Al final, se decidió por un mozalbete que rondaría los catorce años y que permanecía en la hilera agarrado a la mano callosa y artrítica de su madre. La mujer, al ser consciente de la elección del amo, se tiró de rodillas y le rogó que no los separara, que ella misma estaría dispuesta a trabajar hasta exhalar el último suspiro con tal de pasar los años que le quedaban de vida al lado de su único hijo. Suplicó, gimió y lloró, besó las botas del patrón y las abrigó con sus lágrimas, todo ello sin soltar a aquel niño esquelético que se dejaba zarandear por su madre mientras clavaba en el patrón una mirada gélida.

Jeremiah ladeó su sonrisa en una mueca despectiva. Le propinó a la mujer un puntapié en la boca, lo que le provocó un derrame espeso de sangre y dientes rotos. Le ordenó callar o de lo contrario la llevaría al patio y él mismo le daría cincuenta latigazos. Por supuesto, no dudó en amonestar a Russell por el carácter blando y sentimentalista de sus esclavos, a lo que el vendedor respondió fulminando a la mujer con la mirada. A nadie le cabía la menor duda de que él mismo remataría el trabajo de Masen en cuanto regresaran al viejo almacén. Con violencia y látigo en mano, Jeremiah arrancó al muchacho del amparo de su madre para conducirlo a empujones hacia las barracas. El niño, antes de desaparecer de la vista de sus antiguos compañeros, se volvió hacia su madre con ojos llorosos para mirarla por última vez. Era muy consciente, los dos lo eran, de que jamás volverían a saber nada el uno del otro.

El sol brillaba en lo más alto de la bóveda celestial como una esfera de fuego que amenazaba con desprenderse de un momento a otro, pese a haber sido lanzada al firmamento por el mismísimo Dios, para caer sobre los incautos mortales que se solazaban bajo sus amorosos rayos y el agradable calor que derramaba. Rebecca, tumbada cuan larga era sobre un campo salpicado de manzanilla bastarda, cerraba los ojos y recibía con gozo aquel agradable calor sobre su rostro y sobre todo su cuerpo mientras, a escasa distancia, sus alumnas se entretenían con una improvisada recolecta de tréboles e intentaban encontrar uno que contara con cuatro hojas.

Escuchó sus risas, que llegaban a sus oídos amortiguadas por los dulces sonidos de la naturaleza, sonrió y, por un momento, se olvidó de donde estaba y del grandísimo dolor humano que pululaba en el aire. Por un momento, creyó que el tiempo había volado hacia atrás y que, por alguna extraña clase de suerte, se encontraba todavía en su adorado Greenbough. En realidad, jamás había salido de él. Los mugidos de las vacas y el ronco balar de las ovejas llegarían a sus oídos de un momento a otro. También el traqueteo de algún carro al cruzar a gran velocidad la vía pecuaria que serpenteaba por detrás de Cypress Lodge. Era posible que la chirriante voz de Virgilia la sacara de su ensimismamiento precisamente en el momento más inoportuno, aquel de mayor goce y abstracción mental, porque requería de su presencia para cualquier nadería.

Una sombra alargada se proyectó de pronto sobre ella y la privó de la tibieza del abrazo solar. Frunció el ceño ante semejante fastidio. Una vez más, Virgilia había sido tan oportuna como siempre. Usó la mano abierta a modo de visera, se cubrió los ojos y trató de enfocar la silueta de su madre a través de aquella cegadora claridad. Pero no era Virgilia Hale la que se encontraba erguida ante ella en esos momentos. Todavía ceñuda a causa de la infinita luminosidad, le sonrió. Su chaqueta azulona de ante y su cabello demasiado largo y despeinado, le proporcionaban el aspecto de un pequeño y travieso duendecillo del bosque. Nunca una sombra que tapara la hermosa y placentera luz del sol había sido tan bien recibida.

Sin mediar palabra, la sombra le tendió una mano. Rebecca la aceptó sin parpadear con la mirada firmemente cosida a los ojos color brea de Daniel. Tiró de ella con suavidad hasta situarla frente a él. A escasa distancia el uno del otro, se miraron en silencio durante un largo minuto, hasta que él torció la boca en una sonrisa. Rebecca inclinó la cabeza y se alisó la falda con demasiada fruición. Se sintió rara. No podía decir qué era lo que acontecía en el interior de su cuerpo, pero desde luego era obvio que algo se ponía en marcha en su estómago y debajo de las costillas en cuanto Daniel Masen aparecía en su plano visual. Una sensación desconocida, por inusual, la devoraba y elevaba sus emociones a flor de piel. Cada roce fortuito, cada palabra que escapaba de aquellos labios llenos y generosos, cada mirada de soslayo, cada informal movimiento por parte de aquel hombre provocaba que todo su cuerpo se acelerara y se pusiera en guardia; vellos en punta, corazón



desbocado y aliento escaso. Hacía más de diez años que no experimentaba nada igual.

Daniel extendió el brazo para invitarla a caminar con él. Su sonrisa, eterna gala y ornato de ese rostro delgado y anguloso, resultaba de lo más incitante. Rebecca miró por encima del hombro y vio a sus pupilas muy cerca la una de la otra, los miraban y cuchicheaban entre pícaras risas encubiertas con manos temblorosas. Ella misma les sonrió, se sonrió a sí misma, le sonrió a él e inició un tranquilo paseo al lado del señor Masen. Las niñas los imitaban divertidas, los seguían a escasa distancia y se entretenían en recoger flores o inclinarse sobre alguna hoja en la que distinguieran oscilando la colorida figura de una mariquita. El joven Masen caminaba perfectamente erguido, con las manos cruzadas a la espalda. Ella retorció con nerviosismo las suyas y dirigía frecuentes miradas de soslayo al acompañante. Él, al percatarse tanto de la turbación de la joven, como de su mal disimulado escrutinio, caminaba con la sonrisa dibujada de forma perpetua sobre el rostro.

—He recibido carta de mi amigo de Filadelfia —comentó de pronto—. Moses está a salvo.

Rebecca jadeó sorprendida.

—No sabe cuánto me alegra oír eso.

Fue lo único que atinó a decir. Daniel inhaló en profundidad.

—Y a mí.

Durante un eterno minuto, imperó el silencio entre los dos, solo enturbiado, de un modo placentero, por los agradables sonidos de la naturaleza o los juegos y risitas de las pequeñas, que tras ellos formaban una jovial comitiva.

—¡Un dólar por sus pensamientos! —exclamó Daniel y volvió la cabeza hacia su acompañante mientras la obsequiaba con una amplia sonrisa.

Rebecca paseó la mirada con avidez por aquel rostro, tan expresivo y delgado, tan atrayente y delicado, y se sorprendió al descubrir un pequeño lunar en la mejilla. No pudo evitar fruncir levemente el ceño, disgustada consigo misma, ¿en qué momento le había pasado desapercibido aquel lunar?

—¿No desea compartírselos o es que acaso debo subir el precio? —insistió.

La joven desvió la mirada ya que se sabía encarnada hasta el nacimiento del cabello.

—Pensaba en que me gustaría saber más sobre usted.

De alguna forma, era cierto. Quería saberlo todo; sus gustos, sus aficiones, su color favorito, sus lecturas predilectas, todo lo que le disgustaba, sus costumbres, sus manías. Quería saber si le gustaba un nudo o dos en el lazo de su *cravat*, si agradecía que le almidonaran mucho el cuello de sus camisas o si con un poco le bastaba, si era exigente con la raya de los pantalones o si el estofado de carne debía estar muy hecho o en su punto.

—No sé qué podría decirle a esta altura para mejorar la pobre opinión que habrá escuchado bajo los techos de esa casa —comenzó—. Estoy seguro de que no habrá oído ni una sola cosa buena sobre mi persona.

—Se equivoca usted, alguna opinión amable sí he oído —comentó al recordar las palabras de Siggy.

—¿Ah, sí? ¡Dígame quién ha sido el bobo para poder costearle un buen matasanos! —bromeó—. No trate de adular mis oídos, señorita Hale. Soy consciente de que en la balanza de mis cualidades, el platillo que se inclinaría sería el de las descalificaciones. ¿O acaso me equivoco?

Si era posible, Rebecca se encendió todavía más. Por fortuna aquel hombre parecía incapaz de leerle la mente. Si lo hiciera, se habría chocado de frente con las mordaces palabras del servicio, barruntando necias opiniones con total descaro en la cocina.

—No se turbe, estoy acostumbrado a escuchar improperios sobre mí en este lado del mapa. Me temo que en el Sur no soy demasiado querido. —Sonrió e inclinó la cabeza—. Creo que me consideran un sureño proscrito y desleal —susurró a modo de confidencia—. Aunque, si le digo la verdad, hace tiempo que dejé de pensar como ellos y me siento un hombre del Norte. «Un maldito yanqui», como acostumbran a decir.

Rebecca lo observaba con secreta fascinación. ¿Acaso aquel que caminaba a su lado no era un hombre valiente y digno de admiración? ¿Acaso no era un hombre que sabía mantenerse fiel a sus ideales pese a saberse continuamente caminando de puntillas por un nido de sierpes dispuestas a inyectarle su veneno?

—Mis antepasados se encontraban entre los primeros colonizadores de Carolina del Sur, por lo tanto, las raíces de mi familia están profundamente ligadas a esta tierra. Nuestro árbol genealógico está, además, honorablemente engalanado de medallas y blasones. —Suspiró de hartazgo—. En nuestra estirpe, señorita Hale, encontrará usted una larga tradición de militares.

Daniel hablaba con voz cansina, como si le aburriera compartir aquella aburrida letanía con otra alma.

—Pero usted decidió no seguir esa estela.

—¡Exacto! Se trataba de una tradición inquebrantable hasta que llegó el turno de Daniel Masen. —Rebecca se envaró al percatarse de que la miraba con intensidad—. Rechacé ese modo de vida para convertirme de inmediato en la oveja negra de la familia, en el miembro insensato y disoluto del perfecto clan de los Masen. Me temo que soy esa pieza que no encaja, un latón inservible y vergonzante en la vitrina de trofeos de la familia.

—Usted es un hombre íntegro, fiel a sus principios. Su decisión es digna de alabanza, nadie debería censurarlo por eso. —El ardor de sus mejillas no le restó fervor a su defensa, al contrario—. Pero ¿por qué se permitió rechazar el camino que le habían marcado si tanta gloria le había reportado a los suyos?

Él sonrió a desgana.

—En realidad, también fui militar durante un tiempo, aunque resulte difícil de creer. Ya ve, finalmente no soy tan íntegro como usted piensa. —Rebecca alzó las

cejas. Jamás habría imaginado a aquel hombre, bohemio y de porte frágil, zambullido de pleno en la dura disciplina militar—. Ingresé en la academia militar de West Point con diecisiete años, como la mayoría de los varones de la familia, y llegué a ascender hasta alcanzar el rango de capitán. Incluso tuve el honor de participar en una revuelta. —Su sonrisa irónica y el movimiento de negación efectuado con la cabeza llamaron la atención de su acompañante—. La guerra contra México en 1847. Fue una batalla terrible; el ejército mexicano no era grande, apenas tenían dinero y armas. Al menos, eso fue lo que nos dijeron para alentarnos a continuar. Pero finalmente nos emboscaron en un maizal. —Su voz tembló—. Muchos cayeron a mis pies, amigos, compañeros. Aquello fue la viva imagen del horror. Intenté darle una mano a los caídos, arrastrarlos a un lugar seguro lejos del campo de batalla, pero el horror provenía de todas partes. Dondequiera que mirara, había sangre, vísceras, miembros separados del cuerpo, que se convulsionaban en los estertores de la muerte. Vi a muchos suplicar una mano clemente que acabara con su vida para liberarlos del sufrimiento de la agonía.

Rebecca fijó su mirada en la silueta delgada de aquel hombre, en el cabello revuelto y en el desgarrado corte de la chaqueta, que resultaba demasiado amplia a todas luces. Una desconocida compasión descendió sobre ella. Por un instante, deseó rodearlo con los brazos y acariciar con los dedos aquel cabello oscuro y abundante. Besar, tal vez, la piel oculta de la frente, los suaves párpados rasgados, la rotunda nariz o la sombra áspera que la barba dibujaba sobre su labio superior y su afilado mentón.

—¿La estoy aburriendo?

La voz suave del caballero la sobresaltó.

—¡Oh, no! —Se ruborizó intensamente—. Prosiga usted, se lo ruego.

—¿Desea que siga narrándole los horrores de la guerra? —preguntó sorprendido. Rebecca parpadeó con nerviosismo.

—Ha sido una parte importante de su vida, tan solo al conocerla podré conocerlo realmente a usted.

Daniel sonrió.

—¡*Touché, milady!* —Inhaló en profundidad antes de continuar—. Regresé ileso de la batalla, al menos, en lo que a forma física se refiere. Por dentro, sin embargo, nunca volví a ser el mismo. Durante mucho tiempo, cerraba los ojos y tan solo conseguía ver el resplandor de los proyectiles rasgar la negrura de la noche. Cubría los oídos con ambas manos, pero los gritos de los heridos traspasaban cualquier coraza. Miraba al suelo, a las paredes, al techo. Incluso, en las pecheras de aquellos que se cruzaban conmigo por la calle, en todas partes veía charcos de sangre salpicarlo todo. Rostros deformes, mandíbulas desencajadas, ojos fuera de sus cuencas.

La joven Hale apretó los ojos transida de horror. Se rodeó el talle con un brazo en un intento por mantener su presencia de ánimo, mientras continuaba caminando, con

paso esta vez más lento y vacilante, al lado de Daniel.

—Poco después solicité la licencia. El ejército no era para mí, y no estaba dispuesto a continuar en él tan solo para perpetuar una ridícula tradición familiar. Regresé a Old Oak en busca de paz de espíritu, un lugar donde sanar mi alma de los horrores vividos; pero lo que me encontré aquí tampoco resultó agradable. Todo había cambiado. La gente, su forma de pensar. En Charleston, se estaba librando una batalla igual de cruda que en territorio mexicano. Jeremiah había tomado las riendas de la plantación y trataba a los esclavos como si fueran escoria. —Hablaba con la mirada perdida en algún punto invisible, como si mientras relatava aquellos hechos, las escenas de su pasado danzaran ante sus ojos con brutal claridad—. Siempre ha habido esclavos en estas tierras, pero, al menos, bajo el mandato de mi padre, esa pobre gente mantenía un ápice de dignidad. Jeremiah, por el contrario, convirtió Old Oak en un auténtico infierno y a sí mismo en un amo autócrata y destructivo, temido por unos, odiado por otros y respetado por los de su misma condición. Con mi padre enfermo, impedido y postrado en el lecho, Jeremiah acabó por convencerlo para hacer y deshacer a su antojo. Le llenó la cabeza de cuervos, le hizo ver a un anciano agónico que su hijo menor era un desertor y un cobarde que abandonaba el ejército a causa de su falta de patriotismo. Le dio a entender que me había solidarizado con la causa mexicana y que actuaba con deslealtad hacia el pueblo de los Estados Unidos. Mi padre murió negándome la palabra. No pude ni despedirme de él.

—Eso es horrible.

—Después de eso, decidí marcharme al Norte, donde conocí gente que me abrió los ojos a nuevas formas de pensar y entender la condición humana. Pensamientos que conciben el derecho a la libertad de todo ser humano, independientemente del color de su piel o de su condición. —La miró largamente y sonrió—. El resto ya lo sabe.

Rebecca continuó un trecho en silencio, trataba asimilar toda la información recibida. Su cabeza trabajaba a toda marcha, porque intentaba, sin conseguirlo, encontrar la falta que pudo haber cometido aquel hombre para haber sido tenido por un judas por sus compatriotas. Incapaz de comprender la estupidez humana, fijó la mirada en Daniel, que finalmente había optado por respetar el mutismo de su acompañante, inclinar la cabeza y caminar en completo silencio. Parecía un niño grande que analizaba las consecuencias de sus fechorías pasadas.

—Ahora soy yo la que pagaría por leer sus pensamientos.

Él la miró y torció los labios en una sonrisa pícaro. Parecía divertirse con la naturaleza de tales pensamientos. Sobre todo, parecía recrearse en la idea de que ella fuera capaz siquiera de intuirlos.

—Pensaba que me habría gustado haberla conocido en otras circunstancias.

—¿En otras circunstancias?

—En un baile, por ejemplo.

—¿En un baile? —repitió entre sorprendida y divertida.

—Sí, ¿por qué no? La habría invitado a bailar.

Ella le regaló una sonrisa radiante.

—Y yo habría aceptado encantada.

Las rosas de sus mejillas brillaron, y todas sus pecas desaparecieron de inmediato.

—¿De veras?

Se detuvo de golpe y se situó delante de ella, brazos en jarra, lo que la obligó, a su vez, a detenerse. Rebecca lo miró con un brillo de sorpresa e incertidumbre que cintilaba en sus pupilas. Asintió con rapidez.

—Claro que sí. Me gustan los bailes; me gusta bailar. Creo que es un momento mágico entre dos personas.

—Entonces, mi querida señorita Hale —dijo y se inclinó ante ella en una inesperada reverencia—, hagamos magia. —Desde su posición inclinada alzó la mirada hacia ella—. Confieso no tener mucha práctica, pero creo que lo estoy haciendo bien.

Ella inclinó la cabeza, avergonzada y muerta de risa. Sus ojos brillaban con un innovador júbilo, las comisuras de sus labios se elevaron temblorosas como festejando aquel inesperado juego.

Daniel se enderezó e infló el pecho.

—Señorita Rebecca Hale, de la muy lejana Inglaterra. —Rebecca intentó frenar la risa al replegar los labios al interior de la boca—. ¿Me concederá el honor de este baile?

Turbada, miró en derredor. A escasa distancia, las niñas permanecían muy quietas y expectantes, seguramente trataban de entender por qué se habían detenido y de qué hablaban aquellos dos adultos. Daniel acercó el rostro al de la joven y alzó las cejas en espera de una respuesta. Llegó en forma de una tímida sonrisa de labios apretados y mirada brillante. La tomó de una mano, se apropió de ella y la elevó a la altura del hombro; a la otra la dejó caer con suavidad sobre el fino talle de la joven. Ambos se enderezaron. Él tomó las riendas de la situación y empezó a girar y a girar en medio del campo mientras llevaba consigo a aquella belleza de pelo rojo. Aquello era una soberana locura, y, aunque en un principio se notó envarada y muerta de vergüenza, aunque sus pies tropezaron una y otra vez en los terrones del suelo, aunque la falda se le enredó entre las piernas, terminó por sucumbir a semejante travesura. Inclinó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar. Hacía tanto tiempo que no bailaba, hacía tanto tiempo que no se permitía soñar. Todo a su alrededor aparecía desdibujado a causa de la velocidad concedida a los virajes como una acuarela de mil colores desleída.

Cerró los ojos un segundo y se sintió flotar, mientras aquel loco la sostenía con firmeza y la hacía girar una y otra vez entre sus brazos. No podía dejar de reír, no podía dejar de sentir y ser consciente, por primera vez en mucho tiempo, de la grandeza y la belleza del mundo, de la inmensidad de los sentimientos humanos, de la calidez que borboteaba en su pecho, de la inesperada y brutal simbiosis existente entre su alma y la de Daniel Masen. Abrió los ojos de golpe, asombrada y casi

asustada ante la colosal conmoción que le provocaba semejante certeza. Él la miraba arrobado, su sonrisa constante había desaparecido para ser sustituida por una seria expresión de concentración.

A cierta distancia, las pequeñas Sarah y Grace imitaban a los adultos, bailaban tomadas de la mano sin dejar de reír y daban cómicos traspies mientras giraban sobre la pequeña punta de sus botinas. Las inocentes carcajadas de las niñas y las miradas arrobadas de dos bailarines que acababan de despertar a la realidad de sus propios sentimientos llenaron el aire de finales de abril.

## CAPÍTULO 12

Los primeros días del mes de mayo se sucedían con asombrosa fluidez en la vieja plantación cuando los señoritos Masen fueron citados para alistarse en la renombrada academia militar de West Point. Perfectamente escoltado por su fiel capataz, Jeremiah Masen recorría sus dominios a lomos de caballo, látigo y crueldad en ristre, y el pecho tan inflado como el de un pavo real. Según sus propias palabras, «resulta una gran cosa contar con dos hijos en West Point que se encarguen de continuar la larga y honorable tradición familiar», y, para corroborarlo, no economizó ni escatimó gastos a la hora de celebrar una fastuosa cena a modo de despedida, cena a la que invitó a todos los terratenientes de la región para asegurarse de ese modo un número adecuado de testigos ante tan glorioso acontecimiento. Glorioso, en efecto, aunque sin duda arduo, largo y solitario para aquellos jóvenes aspirantes a aristócratas que no volverían a pisar Old Oak hasta dos años después de su ingreso, puesto que a los cadetes solo se les concedía un permiso entre el segundo y el tercer año de estancia en la academia.

Daniel, como solía hacer durante este tipo de eventos, rechazó la compañía de aquellos peces gordos cuyos principios tanto detestaba —y que de igual modo lo repudiaban a él por su ideología antiesclavista— para buscar refugio en una compañía cien mil veces mejor: en las barracas ocultas entre las sombras del patio trasero, con aquellas almas que de buen grado le hacían un sitio en su humilde morada y compartían con él una taza de café y una larga sobremesa jugando a las cartas mientras intercambiaban en alta voz las respectivas y particulares desdichas, aun siendo estas de naturalezas tan diferentes. Rebecca era muy consciente de todas y cada una de esas reuniones clandestinas puesto que, aparte de conocer perfectamente los intereses de Daniel Masen en ese particular, todas las noches seguía los pasos que él daba desde detrás de los visillos de su habitación, pues deseaba, y a cada instante sentía incrementar ese deseo, poder acompañarlo y formar parte de su vida. Daría lo que fuera por gastar las horas de asueto, ¡todas sus horas en realidad!, en compañía de Daniel, intercambiar desvelos, compartir ideales y, en definitiva, dar pie a crear vivencias comunes. ¡Anhelaba tanto tener un pasado y un presente en común con Daniel Masen! Un pasado en común con alguien que en realidad estuviera dispuesto a permitirle formar parte de ese pasado, alguien que agradeciese tenerla en su presente y que le ofreciera además esperanzas de un futuro. Algo que Martin jamás le había hecho sentir en diez años. Esa relación, más que la relación entre un hombre y una mujer prometidos, enamorados, se había semejado más a una relación amistosa, casi fraternal; una relación plagada de monotonía en la que resultaba difícil adivinar cuál

de los dos integrantes se sentía más aburrido y deseoso de salir huyendo. El primero en dar la espantada había sido él, pero ¿acaso la propia Rebecca no habría estado dispuesta a huir si su noviazgo con Martin hubiera continuado en ese punto sin retorno?

Suspiró al ver al caballero perderse entre las sombras del patio trasero; mientras sentía el peso de una pequeña losa oprimir su corazón, corrió los visillos antes de meterse en la cama. Con gusto lo habría acompañado hasta las barracas y más allá, pero, por el momento, debía conformarse con observarlo desde lejos y disfrutar de los pocos, aunque felices, momentos que compartían juntos y que, luego, ella se encargaba de rememorar en sueños, no una, sino hasta mil veces.

La tarde había adquirido matices plomizos. El cielo, por vez primera encapotado y bajo desde la llegada de Rebecca a Charleston, amenazaba con llover. Una lluvia que, a juzgar por la densidad, la textura palpable y el color violáceo de los nubarrones que colgaban de la alta bóveda, poco iba a tener que envidiarle a la llovizna tan habitual y característica del otro lado del Atlántico. Engullido por el silencio y la penumbra de su habitación, como si de una sombra más de aquella triste estancia se tratara, Daniel observaba a través de la ventana cómo su adorada institutriz cruzaba los jardines con paso grácil y diligente, silueta etérea y pie ligero, en dirección al bosquecillo cercano. Aquella dulce mujer que desde hacía semanas le había robado el sueño para convertirse en la única protagonista de sus fantasías, llevaba un guardapolvo color frambuesa de tela brillante y su maravilloso pelo de fuego recogido en un moño alto. Y en esos momentos, deambulaba con andares livianos entre las camelias enanas, acariciaba con la punta de los dedos cada cerrada yema y cada abierta flor, parecía una ninfa de los bosques adornando con su presencia aquellos jardines terrenales.

En un momento dado, la joven volvió la cabeza y miró fijamente hacia la ventana donde intuyó que podría encontrar al caballero. Se volvió completamente hacia él, levantó una mano y saludó. Acto seguido se sujetó la falda, abrió la tela hacia los lados y realizó una rápida flexión de rodillas mientras inclinaba la cabeza. Le envió una última mirada cargada de intención y se dio vuelta para retomar su camino.

Daniel sonrió a su vez, divertido ante el descaro de aquella hermosa tunante. En un acto reflejo, el corazón le brincó de júbilo en el pecho, y, por un instante, se preguntó si le estaría permitido sentir, soñar, amar en medio de la inevitable revolución que se estaba fraguando en el país. Si acaso era posible amar en medio del infierno o, si a alguien como él, le estaba permitido amar a una criatura dulce e inocente como Rebecca Hale. «Es lo mejor que te ha pasado en tu maldita vida, Daniel Masen, ¿por qué dejarla escapar?», pensó.

De un brinco se levantó del alféizar y abandonó la habitación a grandes zancadas. No iba a resistirse cuando toda su alma, su cuerpo y su espíritu le pedían a gritos que cediera a la tentación. La alcanzó enseguida. En realidad, casi se atrevía a jurar que



Rebecca caminaba excesivamente despacio a posta, como si deseara ser alcanzada. La joven recibió su compañía con una leve inclinación de mirada, un evidente rubor que ocultó sus pecas y una sonrisa tímida.

—Manifiesta usted una osadía insólita, señorita Hale, al salir a caminar con este tiempo —comentó distraídamente, sin apartar la mirada del sendero. Avanzaba erguido, con las manos cruzadas a la espalda, e imitaba el paso lánguido de su compañera—. Va a llover de un momento a otro.

Rebecca replegó los labios para contener la risa. Parecía que aquel caballero ignoraba que estaba hablando con una joven inglesa; es decir, habituada al clima húmedo y lluvioso de su país.

—No importa, señor Masen, me gusta la lluvia.

—Y a mí.

Continuaron en silencio durante un buen tramo, hasta que el espectro omnipresente de Old Oak desapareció de sus retinas. Rebecca dejó entrever, a través de la lentitud dispensada a sus pasos, que pretendía descansar sobre un pequeño altozano del camino, bajo la sombra de los árboles. Daniel, solícito, se despojó rápidamente de su chaqueta para estirla sobre el suelo y ofrecer a la joven un confortable asiento. La intimidad del lugar y la comodidad que ambos experimentaban en mutua compañía, ayudó a que se relajaran y se recostaran de costado, uno frente a otro. Así permanecieron un buen rato: se miraban en silencio, se recorrían el rostro con ojos ávidos sin detenerse en un punto concreto, para desviar a continuación la mirada mientras se sucedían las sonrisas cohibidas y los rubores.

Rebecca, apoyada sobre un codo, observaba de forma furtiva a Masen. Despeinado, en mangas de camisa, lucía un bonito chaleco que resultaba ineficaz a la hora de ajustarse a su delgada constitución. Él no dejaba de mirarla fijamente. De hecho, tan fijamente que ella no podía soportar el escrutinio de esa mirada y se veía obligada a inclinar los ojos o a distraerlos en el paisaje. Era incapaz de sostener la mirada de Daniel durante más de dos segundos consecutivos. Estaba convencida de estar tan roja como una amapola a juzgar por la ardentía de sus mejillas. Tal certeza le provocaba una odiosa incomodidad.

—¿Puedo preguntarle qué mira? —La voz le temblaba, el corazón le galopaba desbocado dentro del pecho, la mirada oscilaba de un lado a otro sin encontrar descanso.

—Sus labios.

Jadeó sorprendida y clavó con desesperación la mirada en la chaqueta que ejercía de improvisado lecho.

—¿Mis labios? —preguntó. A esos labios observados asomó, entonces, una sonrisa temblorosa—. ¿Qué sucede con ellos?

Silencio. Levantó la mirada para fijarla en él durante apenas un segundo. Daniel continuaba mirándola sin parpadear. El corazón de Rebecca se detuvo.

—Que me gustaría besarlos.

El corazón resucitó en una sístole feroz. Su pecho ascendió y descendió en agitado vaivén; el esternón estuvo a punto de quebrarse a la mitad para dejar paso a la atropellada víscera que detrás de él pugnaba por salir. Cómo consiguió permanecer de una pieza resultaba algo difícil de entender, dadas las circunstancias. Temblaba cuando cerró los ojos e inclinó el rostro hacia él. Su boca permanecía entreabierta, su respiración entrecortada. Daniel se incorporó levemente y se apoyó en los antebrazos para acercarse a ella, ladear el rostro y beber de sus labios con una suavidad tal que parecía que bebiera ambrosía de una fontana divina. Rebecca aceptó la suave y breve caricia de esos labios amplios y generosos. Sedosos, agradables, blandos, deliciosos; con sabor al más dulce néctar.

Tras aquel primer beso casto y fugaz, se separaron, se miraron, se sonrieron y se acercaron de nuevo para volverse a besar. Una sucesión de besos lentos, suaves, breves, que inflamaban sus almas, henchían sus corazones y generaban una cálida intimidad entre los dos. ¿Acaso no habían sido como dos náufragos perdidos entre el oleaje que por vez primera encontraban un sorbo de agua dulce para sanar sus labios agrietados por la sal? Siguiendo un impulso involuntario enlazaron sus manos. Los dedos de ambos, largos y delgados, se buscaron para acoplarse, acariciarse; encajaron las palmas y se ajustaron hasta cerrarse la una sobre la otra.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró ella mientras apoyaba su frente en la frente de Daniel.

Tragó saliva. La sangre se agolpaba en sus sienes y coloreaba sus mejillas, su cuello, su escote. Él esbozó una sonrisa y jadeó. Con las manos acunó el rostro perfecto y delicado de la joven.

—No sé usted, mi querida Rebecca, pero yo estoy experimentando algo hasta el momento desconocido para mí, algo que los románticos llaman «felicidad».

Rebecca sonrió a su vez ante la gran verdad que encerraban aquellas palabras. En aquel momento, no existía otra realidad que la de Daniel que le acariciaba los labios con los suyos. Que la de Daniel al adentrarse en su interior a través de sus ojos arrobados y por completo entregados. Que la de Daniel junto a ella, en silencio, al pasearse en completa libertad por su alma.

—Felicidad.

—Cuidaremos el uno del otro en medio de este caos —dijo Daniel, que alargó el cuello, elevó el mentón y depositó un beso suave en la frente de Rebecca.

—¿Lo promete? —casi sollozó.

En sus ojos, brillaba un tenue velo acuoso. En su pecho, golpeaba una extraña ansiedad.

—Lo juro. —Cerró los ojos de la joven al besarle con ternura los párpados, las mejillas y la punta de la nariz, para acabar en los labios sonrosados y temblorosos—. Mi dulce Rebecca. Lo juro por mi vida.

—Señor Masen...

Él descansó un dedo en los labios de Rebecca y negó con la cabeza. Ella entendió

de inmediato: la estaba regañando dulcemente.

—Daniel...

Animado por el tono con el que Rebecca susurró su nombre, acarició la redondez de sus hombros con delicadeza, como quien modela una hermosa pieza de mármol y, a continuación, deslizó las manos por los delgados brazos de la joven. Tras ese suave y dulce recorrido, las colocó sobre el fino talle de la mujer y la ciñó con fuerza contra sí. Sin más diálogo entre los dos, ladeó el rostro y la besó, esa vez, sin preámbulos y con ardor, casi con urgencia, como si a través de aquellos besos, al beber del cálido aliento de ella, deseara apagar algún fuego desconocido que lo consumía por dentro. Rebecca respondió a esa urgencia: elevó un brazo y lo ciñó alrededor del cuello de él mientras Daniel aferraba la nuca de la joven y la acariciaba para amoldarla mejor a la intimidad de su beso. Las manos de ella se enredaron en el pelo de él; el abrazo se volvió más intenso. Ambos compartían la necesidad de sentirse más íntimamente, de tenerse el uno al otro, de fundirse en una sola piel.

Aquella noche, después de que la lluvia los había sorprendido cuando estaban regresando, cuando Rebecca abrió la cama con intención de acostarse después de un día de intensas emociones, encontró sobre la almohada un pequeño ramillete de rosas silvestres, pequeñas y perfectamente redondas, atadas con un rústico cordón de empacar. La bonita y humilde ofrenda contenía además una breve nota: «Siempre estaré a tu lado, Rebecca Hale, siempre cuidaré de ti. Juntos llenaremos de luz este ocaso infinito».

\* \* \*

Rebecca despertó a la mañana siguiente envuelta en la mágica bruma de la fascinación. Le pareció que, ahora, sus ojos eran otros ojos y que, a través de ellos, miraba el mundo de un modo mucho más brillante y luminoso de lo que lo había hecho hasta el momento o de lo que era el mundo en realidad. Todo su cuerpo vibraba con una nueva energía, presa de un nuevo vigor. ¿Qué era aquello? ¿Qué significaba? ¿Qué nuevas y desconocidas emociones se habían adueñado de todo su ser y le concedían sentimientos que jamás había experimentado antes, pese a haber estado prometida durante una década? Pensaba en Daniel, y una sonrisa ensanchaba de inmediato sus labios. Soñaba con Daniel, y todo su cuerpo se vestía de piel de gallina, su corazón trotaba desbocado. Ansiaba encontrarlo en cada rincón de la plantación, lo buscaba a cada instante a través de la ventana, más allá de los cañaverales o en el bosquecillo circundante. Lo amaba. Tenía profunda constancia de ello. Dolorosa constancia de ello. En aquel lugar horrible, bajo los dominios de un ser impío y malvado como el mismísimo demonio, había brotado el amor. Como la más bella rosa que, de un modo inédito, nace y crece entre las rocas, se fortalece y mira el mundo con altivez desde su reciente amanecer.

Se asomó a la ventana para contemplar la resplandeciente acuarela de un nuevo día. Con el aspecto característico de un duendecillo de los bosques, Daniel Masen permanecía en pie bajo su ventana, porque esperaba paciente a que Rebecca asomara

tras los visillos. La sonrisa se le ensanchó en el mismo instante en el que la vio reflejada en el rostro de la joven. Abrió los brazos en cruz para exponerse completamente ante ella; acto seguido, hizo ademán de arrancarse el corazón con una mano para lanzarlo hasta la elevada atalaya desde donde lo miraba arrobada. Ella le sonrió y le hizo un gesto con la mano para que esperara. Él respondió con una exagerada reverencia. Rebecca sonrió ante los torpes movimientos del caballero y repitió el gesto de su mano para urgirlo a que no se moviera de allí. Bajó corriendo los escalones y abandonó la casa para reunirse con él en el patio. Cuando llegó a su lado, el caballero le sonrió y la convirtió de inmediato en la cómplice perfecta de su travesura. No hizo falta más: una simple mirada, una desenfadada sonrisa, y ambos empezaron a correr en dirección al bosque.

Una vez fuera del alcance de los intimidatorios tentáculos de Old Oak, abrigados por la dulce intimidad que les concedía la naturaleza y las alas que apuraban sus pies, se tomaron de la mano y continuaron sin detenerse hasta alcanzar el mismo lugar en el que se habían dado el primer beso. Allí, Daniel dio un tirón a la mano de Rebecca, todavía atrapada entre las suyas, lo que la obligó a chocar contra él. Rodeó su cintura con el mismo brazo con el que todavía la sujetaba y la besó en profundidad. La saboreó y disfrutó de aquel dulce néctar que ofrecían esos labios con la misma apetencia que el sediento perdido en el desierto al encontrar un primer oasis en muchos días. Sin duda, ella era un trago de agua fresca después de un largo período de sequía en el que solo se había llevado a la boca arena, pedrisca y decepciones.

—Te adoro, mi dulce institutriz inglesa —susurró en su oído en un amoroso *in crescendo*—. ¡Te adoro, te adoro, te adoro!

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Tú crees que me burlo? —la retó y le mordió con suavidad el labio inferior—. ¡Has entrado en mi vida como un vendaval! ¡Un vendaval que nadie espera y que, precisamente por irrumpir sin ser anunciado, ocasiona un formidable caos a su paso!

Rebecca inclinó la cabeza e hizo un mohín.

—¿Eso soy para ti? ¿Un vendaval que a su paso solo deja caos y destrucción?

Daniel sonrió. La señorita Hale estaba haciendo pucheros delante de él; se comportaba como una niña malcriada deseosa de atención y mimos. ¡Por su vida que él estaba deseando mimarla! La rodeó con ambos brazos, más abajo del lugar donde la espalda pierde su casto nombre, la aupó precisamente como si se tratara de una niña pequeña y giró con ella mientras el mundo entero se diluía alrededor.

—¡Eres como una fuerza de la naturaleza, Rebecca Hale! ¡Imparable, imbatible, ingobernable! Me has atrapado de pleno y sin defensas. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Lo sabes? —Se puso serio de pronto y cesó de dar vueltas para dejarla caer suavemente contra él y permitir, así, que aquella bella silueta enfundada en muselinas se deslizara por su cuerpo hasta tocar suelo. Su voz, al hablar de nuevo, sonó en un registro ronco y bajo—: Que soy tuyo, completamente tuyo, tuyo en cuerpo y alma.

Ella enredó los dedos de nieve entre los lacios mechones de Daniel para peinarlo

con delicadeza. Incluyó la cabeza y besó sus pómulos, su nariz, para rematar bebiendo de sus labios amplios y generosos. Separó los propios para darle la bienvenida al interior de su boca, que él exploró con sensualidad y apremio. Lo amaba con toda el alma.

—Te quiero, Daniel.

Rebecca permanecía sentada al borde del embarcadero con la cabeza y parte de la espalda recostadas contra el torso de Daniel. Los pies de ambos colgaban descalzos, acariciando con la punta de los dedos la brillante superficie del agua. Jamás hasta ese instante, había gozado de una almohada tan amorosa, blanda y bamboleante que la meciera al son de las pulsaciones cardíacas con la misma dulzura del suave oleaje del río al ser peinado por una leve brisa. Jamás hasta el momento, había gozado de instantes como los vividos en las últimas semanas; instantes de feliz intimidad, de paz, de jovial camaradería. Instantes impensables al lado de Martin, de aquel hombre de aspecto almidonado que tan solo se ocupaba de atusarse las patillas y lucir el lazo de su *cravat* perfectamente derecho.

¡Con Daniel todo era tan fácil! ¡Él solo le concedía importancia a las cosas que realmente parecían tenerlas! No se agobiaba cada vez que Rebecca buscaba su compañía, y eso que cada vez la buscaba con mayor empeño, ni se enfadaba cuando compartía con él sus propios pensamientos, por más frívolos que resultaran para el entendimiento masculino. De hecho, Martin jamás se había interesado por nada de lo que pensara Rebecca, como si por alguna extraña razón diera por supuesto que ella no gozaba del privilegio de pensar en nada ni sentir nada. Durante diez años, se había limitado a hacer acto de presencia en bailes y reuniones familiares como si de un mero objeto decorativo se tratara. Jamás había hecho amago de intentar conocerla, de interesarse por sus pensamientos o de provocar algún tipo de acercamiento íntimo.

Alguien, hacía mucho tiempo, había pensado que una unión entre ambos resultaría de lo más provechosa, y, de ese modo, sus caminos se unieron de un forma casi sorprendente. Mientras ella había ido aprendiendo a enamorarse de él poco a poco —al fin y al cabo debían acabar casados algún día—, él había continuado en su línea inmutable del primer día: hacía simple acto de presencia y ofrecía conversación a la familia mientras intentaba eludir a toda costa un matrimonio que se le antojaba poco menos que una prisión.

El alegre canto de una alondra la hizo volver a una realidad mucho más deseable. Alzó ante los ojos las manos de ambos, que habían permanecido enlazadas formando una sola sobre su regazo, para mirarlas detenidamente mientras una sonrisa les adornaba los labios. Continuaban enlazadas con tal fuerza que las palmas parecían haberse fundido; los dedos, diez dedos cosidos piel contra piel, formaban un grupo homogéneo. Desenredó los suyos para acariciar con sus cinco yemas la mano de Daniel, siguió cada pliegue, el hueco de la palma y la base carnosa del pulgar.

—Un dólar por tus pensamientos —susurró él contra su pelo.

Rebecca amplió la sonrisa.

—No pensaba en nada. Tan solo en lo feliz que me siento.

Con el brazo libre la rodeó y la apretó contra sí. Le besó el pelo, inhaló y atesoró en su memoria aquel dulce aroma.

—¿En serio eres feliz?

—Sí, ¿cómo podría no serlo? —Se volvió ceñuda—. ¿Acaso tú no lo eres?

Sonrió mientras besaba la punta pecosa de aquella naricita que lo miraba con altivez.

—Jamás lo había sido tanto. Jamás imaginé que podría serlo de nuevo en este lugar.

La pelirroja se enderezó y volvió la cabeza para mirarlo.

—Entonces, ¿por qué me parece que tu mirada se ha ensombrecido de pronto?

Daniel se revolvió con cierta incomodidad. En efecto, su mirada se había vuelto más profunda y oscura de que costumbre.

—A veces, y por más feliz que me sienta, no puedo dejar de pensar en nosotros y en mi situación.

—¿En tu situación? No comprendo.

—Rebecca, no tengo dinero para desposarte. Si mi fortuna no cambia para mejor, me temo que tendré que dejar el camino libre a otros para que te cortejen.

Ella sintió que una puñalada le atravesaba el pecho, le rompía el esternón y le partía en dos el corazón. ¿En qué momento había regresado aquel horrible agujero que ya creía curado y perfectamente cicatrizado? ¿En qué momento Daniel había empuñado contra ella aquella daga mortal con la que quebrarle las costillas y atravesarle el corazón? Retrocedió reptando sobre el entablillado del suelo para mirarlo espantada. Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos enrojecidos.

—¡No quiero a ningún otro! ¡Te quiero a ti! —Le golpeó el pecho con el puño—. ¿Por qué dices esas cosas?

Daniel inclinó la cabeza. En esos momentos, se sentía como un estúpido cobarde. Un cobarde que había conseguido hacer llorar a la mujer que amaba.

—No tengo dinero, Rebecca, y mi forma de pensar hace que mucha gente albergue graves prejuicios contra mí.

Ella se llevó las manos a los oídos y apretó con fuerza. Su rostro bañado en llanto se contorsionó en una mueca desolada.

—¡No quiero oírte! ¡No quiero escuchar cómo me rompes el corazón!

Él la tomó de las manos y las apartó dulcemente. Pero ella lo rechazó con brusquedad.

—¡No me toques si tu deseo es rompérmelo! ¿Para qué tanto cuidado, si vas a arrancármelo del pecho y arrojarlo lejos?

Daniel, que todavía sostenía sus manos entre las suyas, inclinó el rostro para obligarla a mirarlo.

—No quiero romperte el corazón; antes, me arrancaría yo mismo el alma. Pero tampoco quiero que los demás te hagan daño por mi culpa.

Alzó hacia él una mirada llorosa y sorbió por la nariz antes de hablar con voz trémula.

—¿Los demás? ¿Te refieres a mi familia? No creo que a mi madre le importe mucho el bando en el que milites; en realidad, creo que todo eso le dará bastante igual. —Ahora, fue ella la que atrapó sus manos para besar con ternura los nudillos, uno a uno—. Al fin y al cabo, ¿qué soy yo salvo una sencilla institutriz? Tú eres un caballero, Daniel...

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Un caballero sin espada ni armadura —bromeó—. ¡Valiente trofeo!

—¡No digas eso! —Lo miró con pupilas anhelantes—. ¡Eres mi trofeo! Lo mejor que me ha pasado jamás y, sin duda, lo más bonito.

Daniel correspondió a su halago al besarle el dorso de la mano.

—Y tú eres una pobre insensata que no sabe lo que dice.

Ella meneó la cabeza sin hacerle caso.

—Podemos irnos a Inglaterra y empezar una nueva vida allí.

Daniel le liberó las manos para mirarla fijamente. Esos ojos de obsidiana cortaban de pronto como el ónice.

—No puedo irme ahora; la lucha no ha hecho más que comenzar. Me necesitan aquí, Rebecca, ¿no lo comprendes?

Ante la tristeza repentina que se apoderó de los ojos de la joven, Daniel optó por recuperar una de sus manos de nieve y llevársela a los labios para besar con ternura el suave dorso, dentro de cada uno de los dedos, el hueco de la palma y hasta el interior perfumado de la muñeca.

—No sé lo que nos deparará el futuro, mi dulce dama, pero jamás dejaré de amarte —murmuró sin apartar sus ojos de ella.

Rebecca inclinó la mirada. En el arco rojizo de sus pestañas brillaron de nuevo las lágrimas.

—Entonces, no vuelvas a decir nunca que dejarás el camino libre a otros. Mi corazón no entiende otro camino que aquel que tú mismo has iniciado. —Cobijó entre las manos el rostro delgado de Daniel y reclamó su mirada—. ¿Me oyes? ¡Jamás vuelvas a decirlo!

Daniel forzó una sonrisa. Ojalá pudiera sentirse libre para hacer lo que en realidad más deseaba: desposarla, hacerla suya y llevársela lejos. Pero, al tener en cuenta su precaria situación económica y el hecho de que Jeremiah jamás lo ayudaría, salvo que decidiera renunciar a sus principios y acatar sus deseos, ¿no era él un esclavo de las circunstancias y de la mala fortuna, tal y como lo eran de su hermano las casi doscientas almas de la plantación?

—¡Prométemelo! —urgió.

—Lo prometo.

Se inclinó sobre el rostro de la muchacha para besar con dolorosa necesidad aquellos suaves labios de fresa.



## CAPÍTULO 13

Plantación Old Oak, Charleston, Carolina del Sur, octubre de 1859.

**H**anna tamborileaba los dedos en el volante, mientras en la radio sonaba una canción de Maroon 5. Hacía ya varios minutos que había estacionado el auto frente a la casa de sus padres, pero no se animaba a bajarse. Iba dispuesta, o al menos eso creía, a hablar con ellos para contarles que, en pocos meses, se convertirían en abuelos. No dudaba de que su madre se pondría feliz con la noticia, aunque su mayor temor era no saber cómo reaccionaría su padre cuando se lo dijera. Desde un principio, no había visto con buenos ojos la relación con Lasse. Hylvid Windfel todavía tenía la convicción de que conseguiría casar a su única hija con un hombre que cumpliera con todas sus expectativas. Muchas veces, se cuestionaba si involucrarse con el primo de Greta no había sido otra manera más de rebelarse contra las pretensiones paternas.

Hacía ya varias semanas que Daniel se había ausentado de la plantación, dado que había alegado que tenía asuntos urgentes que atender en el Norte. Jeremiah no opuso ninguna objeción a la marcha del menor de los Masen, ya que hacía ya mucho tiempo que su presencia estaba, bajo su punto de vista, de más en Charleston. Estaba cansado de litigar con aquel cretino e intentar hacerlo entrar en razón para que olvidara los estúpidos ideales extremistas, estaba harto de ser consciente del tipo de gente con la que aquel cretino se codeaba en el Norte: aquellos malditos abolicionistas radicales liderados por Brown, que no dudaban en aplicar la violencia para imponer su criterio y alcanzar sus fines. Fines que, a buen seguro, jamás alcanzarían. No, al menos, mientras hubiera gente sensata que les plantara cara.

Tampoco le agradaba, es más, le repugnaba enormemente, saber que su hermano menor, sangre de su propia y orgullosa sangre, asistía como un borrego a los discursos que aquel desgraciado de Frederick Douglass ofrecía por todo el país en los que narraba con pelos y señales los maltratos que había sufrido por parte de sus antiguos amos. ¿Cómo se atrevía un hombre blanco a escuchar embelesado a aquel mono disfrazado que, alzado en un púlpito como un semidiós, se atrevía a condenar la conducta de sus superiores, los hombres blancos? ¿Acaso, a pesar de ir bien vestido y aseado, había dejado de ser un maldito esclavo? ¿En qué momento se había tomado la licencia de considerarse un igual para condenar a los hombres y las costumbres del Sur?

Daniel Masen era una vergüenza para la familia. Durante todo ese tiempo, había

ejercido una influencia negativa en los esclavos, les había llenado la cabeza de fábulas y promesas de libertad, de un mundo mejor, sin barreras ni prejuicios. ¡Estúpido idealista! Saberse, al fin, libre de su presencia, después de tantos meses de soportar las arengas y las continuas intromisiones a la hora de disciplinar a los esclavos, resultaba un bálsamo de aceite para él. En lo que a él concernía, ojalá no volviera a pisar Old Oak mientras continuara albergando sus estúpidas ideas en su no menos estúpida sesera.

Rebecca, sin embargo, no encontraba en su ánimo la misma liberación y, por consiguiente, tranquilidad, que parecía distinguir al señor de la plantación. Ella sabía a ciencia cierta la naturaleza de esos asuntos que habían apartado, temporalmente, a Daniel de su lado. Semejante conocimiento, lejos de tranquilizarla, la mantenía a todas horas con el alma en vilo. Daniel había recibido una carta del propio John Brown en la cual le comentaba la intención de tomar el arsenal federal de Harpers Ferry, en Virginia, para hacerse desde allí con el control de la ciudad. En la carta, lo animaba a que se uniera a su grupo para ayudarlo a llevar a cabo la misión libertadora. La institutriz sabía que aquello era una locura y que un hombre solo, por más seguidores entusiastas que tuviera de su lado, jamás podría imponerse a la superioridad de un ejército. Al fin y al cabo, las revoluciones no se ganaban tan solo con fervor, del que sin duda aquel grupo iría sobrado, sino con armas, dinero, hombres y un fuerte respaldo gubernamental detrás. Al tomar el arsenal de Harpers, Brown conseguiría, sin duda, lo primero: él y sus hombres se armarían hasta los dientes, tomarían rehenes locales y levantarían a los esclavos para llevarlos al Norte. Su propósito resultaba generoso: pretendía hacer de ellos hombres libres. Pero la generosidad del plan competía en proporciones con la utopía de su realización. Entregarse a ese asalto era poco menos que lanzarse de cabeza a una emboscada. Y así se lo hizo saber a Daniel.

Por una vez, el caballero pareció no estar de acuerdo con los planes de su admirado Brown. Sin duda, estaba de acuerdo con sus primeras ideas, pero estaba convencido de que un ataque a instalaciones militares federales pondría a todos los estadounidenses en contra del movimiento. Sin duda, resultaba imperativo hacer entrar en razón a aquel insensato y hacerle ver lo desproporcionado del plan. No se podían matar moscas a cañonazos y, al asaltar una instalación militar, no estaban haciendo otra cosa. Poco después de aquella carta, recibió otra del propio Frederick Douglass en la que lo ponía al tanto de su negativa a la hora de unirse al plan de Brown. Tampoco él veía como algo beneficioso para el movimiento levantarse a las bravas contra el gobierno. Con el firme propósito en mente de abortar el asalto, Daniel Masen abandonó Old Oak días después de haber recibido la segunda misiva. Su intención era la de dirigirse a la granja que Brown había rentado cerca de Harpers Ferry; si conseguiría su propósito de hacer entrar en razón a aquel grupo y abortar el plan suicida tan solo Dios lo sabía.

Se despidieron de forma furtiva una noche de lluvia torrencial bajo las encinas del

jardín, como furtivos habían sido sus encuentros durante todo el verano. Erguidos uno frente al otro mientras la lluvia se derramaba sobre ellos con violencia, permanecieron un buen rato, en silencio, mirándose sin atreverse a tocarse, mientras sus ojos se decían todo aquello que sus labios eran incapaces de decir.

—¡Volveré a por ti! —dijo a voz en grito para hacerse oír sobre el estruendo provocado por el aguacero—. ¡Te doy mi palabra!

Rebecca lo había escuchado con el ánimo desolado y el corazón a punto de resquebrajarse. Sus labios entreabiertos dejaban escapar una respiración agitada, su lividez anticipaba la esfinge de hielo y cera en la que iba a convertirse una vez que Daniel abandonara la plantación. Él atrapó ese empapado rostro entre las manos y reclamó que lo mirara. Ninguno de los dos era capaz de moverse a pesar de la ferocidad con la que la lluvia los golpeaba.

—¡Trata de mantenerte lejos de Jeremiah! ¿Me oyes? No lo provoques, aléjate de él y no hagas nada que te ponga en peligro. —Daniel se expresaba en un tono suplicante y cargado de angustia. Sus ojos permanecían empañados por el llanto y la desolación. Sabía quién era Rebecca y sabía quién era Jeremiah; tal conocimiento no le reportaba ninguna tranquilidad para su marcha—. Volveré y te llevaré conmigo. Te lo prometo, nos iremos de aquí juntos.

Rebecca asintió en silencio.

—Te lo prometo, mi dulce dama.

Lo vio partir esa misma madrugada a lomos de su caballo hacia un destino incierto. Con la promesa del regreso anclada en la mente, y el dulzor de esos besos que le quemaban los labios, se entregó a una espera tan lenta como desesperante.

Cierta mañana se encontró con Siggys en medio de la oscuridad del pasillo. La doncella parecía sumamente consternada. Asió con fuerza a Rebecca de una mano y tiró de ella para conducirse ambas al exterior y ocultarse en la leñera. Durante todos esos meses, Siggys se había comportado como una buena amiga. La amiga más leal, de hecho. Había sido cómplice de la relación que acababa de nacer y que crecía a pasos agigantados entre la institutriz inglesa y el señor Masen; no solo había dado a su reciente amiga su más sincera aprobación, sino que, además, sentía que no podría existir bajo las estrellas un pareja mejor ni más complementaria. Algunas veces, había incluso propiciado encuentros entre los enamorados y los encubrió cuando habían estado a punto de ser descubiertos por la señora Bradshaw o por la odiosa señora Webber. Había solapado a Rebecca, justificado sus ausencias cuando el ama de llaves la reclamaba para algún estúpido asunto y ocultado, por supuesto, la verdadera naturaleza de aquella ausencia. Había entregado en mano a Daniel notas perfumadas y perfectamente atadas con hilo y le había devuelto a la joven la respuesta acompañada por un profundo abrazo o la promesa de un beso lanzado a través de las estrellas. Aunque a menudo todo aquello le parecía una ñoñería a la

pragmática Siggy, no podía dejar de sentirse feliz por aquellas dos almas que de forma sorprendente habían descubierto el amor en medio de aquel infierno. Y con el mismísimo demonio y sus secuaces amenazando constantemente.

También había estado ayudando en secreto a la institutriz a llevar comida a los esclavos una noche de cada tres. Se ocultaban las dos entre las sombras de Old Oak mientras avanzaban a través del sendero escoltado por los robles con el sigilo de dos ratoncitos para visitar la cabaña de Solomon con su preciosa y preciada colecta. Allí, al amor de la lumbre y bajo la precaria luz de las velas, Rebecca había compartido charlas y confidencias, había sido testigo del dolor y el sometimiento que padecía aquella pobre gente de mano de un patrón pérfido y despiadado; había asistido con ellos, frente a una taza caliente de café, a la exposición de millones de sueños, ilusiones y esperanzas de un futuro mejor. Aunque en su fuero interno mantenía la esperanza de que el rumbo de todo aquello sufriera un giro radical en todo el país, la dificultad de ver ese giro realizado mientras Jeremiah Masen siguiera con vida suponía una realidad insalvable.

—¿Qué sucede, Siggy? Me estás asustando.

La doncella parpadeó muy seria. Su tono era susurrante, apenas perceptible.

—Debes estar asustada, Hale. No es para menos.

Rebecca tragó saliva. De inmediato, pensó en Daniel.

—¡Habla, por el amor de Dios! ¿Le ha sucedido algo a Daniel?

A pesar de la preocupación de su tono, no dejaban de cuchichear para evitar ser oídas.

—El grupo de Brown ha sido rodeado por una compañía del ejército, diez de sus hombres murieron en la refriega. —Las rodillas de Rebecca se doblaron y tuvo que sujetarse a Siggy para no caer al suelo—. Esperaban una rebelión de esclavos que nunca se produjo. El propio Brown fue herido y obligado a rendirse.

—¿Y Daniel? ¿Qué ha pasado con Daniel?

Siggy negó con la cabeza.

—Pero, ¿formaba parte de ese grupo? ¿Ha sido capturado? ¿Está...?

No pudo terminar la frase. ¡Por supuesto que no podía estar muerto! Algo en su interior le decía que seguía con vida, que dondequiera que estuviese, su corazón seguía latiendo. De lo contrario, el corazón de Rebecca se habría detenido junto con el de él.

—No sé nada más. —Sujetó a Rebecca con fuerza ciñéndola por los antebrazos y la ayudó a erguirse. La miró a los ojos; habló con determinación y voz ronca—. Brown ha sido acusado de sublevación, traición y asesinato. Va a ser ejecutado, ¿sabes lo que eso significa, Hale? ¡Que los que hayan quedado con vida serán ejecutados con él!

—¡No!

Rebecca se llevó una mano a la boca y ahogó la propagación de aquel grito. Sentía que en el interior de su pecho algo se había quebrado como un fino cristal. Ese

agujero... ¡Ese maldito agujero crecía ahora invadiendo el espacio destinado a los pulmones y oprimiendo el estómago! Santo Dios, su estómago se revolvió como si una sierpe se contorsionara dentro de él. Sin poder evitarlo, cayó de rodillas y vomitó, mientras sufría los violentos espasmos que le provocaban las náuseas. Si Daniel estaba vivo y había sido capturado con aquel al que consideraba un líder, sería, sin duda, ejecutado junto a él. Nadie tendría clemencia con un traidor. Nadie podría ayudarlo. Ni siquiera su propio hermano quien, y estaba segura de ello, sería capaz de presenciar la ejecución con la misma pose hierática con la que Napoleón posaba en todos sus cuadros.

—Debemos mantenernos a la espera, Hale, y guardar silencio. —La ayudó a incorporarse y, una vez en pie, la zarandeó para acaparar su atención—. Si el señor Masen sigue con vida y ha sido capturado...

Rebecca la miró horrorizada ante la conclusión que, en su cabeza, le dio a aquella sentencia.

—Entonces, que el Señor tenga compasión de su pobre alma.

¿Compasión? ¡Nadie iba a tener compasión! Lo ahorcarían, sin el menor titubeo, en el mismo cadalso que a sus compañeros. Ni siquiera lo dejarían defenderse para aclarar que él no apoyaba en modo alguno aquella sublevación. Nadie creería que tan solo había ido allí para tratar de evitarla.

—Tenemos que hacer algo, Siggy. ¿No existe nadie a quien podamos recurrir? ¿No conoces a nadie en el Norte?

Cientos, miles de lágrimas oscilaban en el arco azafranado de sus pestañas, mientras hablaba con voz trémula, entrecortada, e intentaba que los engranajes de su cabeza trabajaran a toda marcha en busca de una solución. Siggy negó con la cabeza. Mantenía los labios severamente fruncidos; en sus ojos, inmóviles y abiertos, también brillaban lágrimas.

—Brown es considerado por los sureños como un extremista peligroso, Hale. Me temo que no tendrán piedad.

Rebecca se liberó del agarre de su amiga con violencia. Se llevó la mano a la frente y paseó su desesperación de un lado a otro, con la angustia de un animal acorralado.

—¡No, no, no! ¡Tiene que haber algo que podamos hacer por él!

—Sí lo hay... —Rebecca abandonó el delirio para dirigir a su amiga una mirada preñada de esperanza. Siggy avanzó hacia ella, la agarró con fuerza por los hombros y la obligó a encararla—. No sabemos si ha caído en la revuelta o si ha sido capturado; no hacemos otra cosa más que conjeturar, Hale. ¡Maldita sea, quizás haya huido o quizás ni siquiera se encontrara allí!

Los ojos anhelantes de la joven se prendieron en los de la doncella.

—¿De veras lo crees?

Siggy asintió enérgicamente.

—No podemos perder la esperanza. No querrás darle a esas brujas de ahí dentro

la satisfacción de ver cómo caes sin posibilidad de levantarte, ¿verdad?

Rebecca apartó la mirada y trató de ocultar el llanto, pero Sigggy la obligó a centrarse en ella, solo en ella y en sus palabras.

—No podemos hacer de esto una montaña. Debemos ser fuertes y resistir. No sabemos absolutamente nada de lo que está pasando ahí fuera, no podemos mostrar al mundo nuestras debilidades. No queremos que sospechen del señor Masen, ¿verdad? —Rebecca negó lentamente—. Ni queremos que sepan que tenemos algo que ver en todo esto.

La joven exhaló con mucha lentitud mientras se esforzaba por atender a las palabras de su amiga y vislumbrar un viso de esperanza en ellas.

—No podemos dejarnos vencer. Mantenernos a salvo nosotras mismas ayudará a mantenerlo a salvo a él. Tenlo en cuenta. Además —agregó y apoyó su frente en la frente de Rebecca antes de continuar—, estoy segura de que si está vivo, se pondrá en contacto contigo, Hale.

La institutriz esbozó una breve sonrisa, cuya finalidad era disfrazar tan siquiera un ápice su infinita tristeza.

—Prometió que volvería a por mí.

La doncella rodeó a su amiga por los hombros y la abrazó con fuerza.

—¿Lo ves? Daniel Masen es un hombre de palabra. Jamás faltaría a una promesa.

La estancia permanecía sumida en una oscuridad tan densa que ni la claridad que se intuía a través de los gruesos cortinajes corridos a propósito era capaz de traspasarla. Cualquiera curioso que escudriñara entre los claroscuros podría descubrir, no sin asombro y resignación, la precaria disposición del habitáculo: un cuadrado de escasas dimensiones, con paredes de piedra y suelo de tabla que parecía pretender soliviantar su escasez de diámetro con unos techos elevados hasta el infinito. A un costado de la estancia, en el pequeño hueco de la chimenea, un discreto fuego chisporroteaba y lanzaba al aire diminutas partículas, mientras lamía con dolorosa lentitud el tesoro ofrecido por unos leños secos. Al fondo, un modesto catre que aparecía completamente revuelto evidenciaba el precario descanso llevado a cabo por su propietario. Sobre el lecho, un cordón que cruzaba la estancia sostenía varias prendas de ropa puestas a secar. Un par de sillas y una masera, que ejercía como mesita auxiliar y que sostenía una cafetera de cerámica junto a varias tazas sucias, componían la totalidad del mobiliario disponible.

Se oyó cómo alguien llamaba a la puerta. De una de las sillas, se levantó una delgada sombra que hasta el momento había pasado fácilmente desapercibida. Una sombra que contuvo el aliento, se levantó con paso precipitado, espionó a través de la mirilla y, a continuación, descorrió con presteza los cerrojos que lo mantenían a salvo del resto del mundo. Las manos le temblaban y los dedos, torpes a pesar de la elegante fisonomía, retrasaron la operación durante más tiempo del requerido. Una

segunda sombra penetró en la estancia. Se trataba de Charles Benson, un leal amigo que en numerosas ocasiones le había ofrecido claras muestras de amistad al primero y que, en ese momento, hacía de nuevo gala de ella al ofrecerle asilo en su propia casa. Ambos hombres se abrazaron y se palmotearon la espalda prolongando el abrazo durante unos segundos. Acto seguido, agarraron los únicos asientos disponibles para sentarse sin dilación frente al fuego.

—¿Qué has podido averiguar?

El recién llegado miraba fijamente a su interlocutor.

—Me temo que no traigo buenas noticias, Daniel. Han leído sentencia. Brown va a ser ejecutado.

Daniel prorrumpió una blasfemia.

—Seis de sus hombres serán ejecutados con él. Los demás han caído todos.

—¡Maldita sea! —pateó el suelo—. ¡Maldita sea! ¿Cómo hemos llegado a esto?

Benson echó un vistazo a la cafetera, pero ante la visión de un interior completamente vacío torció el gesto.

—Todos sabemos cómo se ha llegado a esto —comentó—. Nunca debieron tomar un arsenal federal.

—Estoy de acuerdo.

—Todos sabíamos que aquello era conducirse a una muerte segura, era meterse a propósito en la boca del lobo.

—Les dije que era una locura... —murmuró Daniel, que rememoraba su fugaz e inservible entrevista con Brown—. Pero no atendieron a razón. Estaban completamente exaltados, enardecidos.

—Me temo que no hay quien contradiga a John Brown cuando se le mete algo en la cabeza.

—Desgraciadamente, así es.

Daniel se mesó el cabello con ansiedad.

—Abandoné la granja para viajar a Filadelfia en busca del apoyo de algunos amigos y aliados. Confiaba en que, entre todos, podríamos hacer entrar en razón a esos locos. —Se llevó el puño a la boca y mordió con impotencia los nudillos—. Nunca imaginé que no iban a ser capaces de esperar a mi regreso para atacar. ¡Malditos impacientes del demonio!

—Eso fue tu salvación. Si te hubieras encontrado entre ellos habrías muerto en la refriega o, a esta altura, estarías entre rejas a la espera de ser ejecutado.

Levantó una mirada vidriosa hacia su amigo.

—Quizás habría sido más leal de mi parte.

—¡No seas estúpido! No fuiste menos leal por tratar de frenar ese ataque sin sentido.

—¿No hay vuelta atrás?

—Me temo que no.

—¿Cuándo?

El cuáquero jadeó agotado.

—El 2 de diciembre.

Daniel se levantó de su asiento y se paseó por la estancia. El latir de la sangre en sus sienes era el único sonido que mecía sus pasos.

—Debo viajar a Charleston. Debo ir a la plantación.

Su interlocutor lo imitó; se levantó como una exhalación y copió esos andares furibundos.

—¿Estás loco? ¡No puedes viajar al Sur en este momento! Todo está demasiado revuelto como para asomar siquiera las narices por allí.

Daniel se paró en medio de la estancia y miró a su amigo de soslayo.

—Me esperan en Old Oak, Charles; he prometido regresar. Por mi vida que cumpliré mi promesa.

—Será a cambio de tu vida, ciertamente, si insistes en semejante porfía.

Daniel arqueó una ceja. Su mandíbula sufrió una opresión tan cruel que por un momento pareció que todas las piezas dentales fueran a estallar dentro de la boca.

—¿Qué estás diciendo?

El hombre acortó la distancia que lo separaba de Masen con una amplia zancada, para situarse ante él y agarrarlo con brusquedad por los hombros. Luego, lo zarandó como si de un muñeco de trapo se tratara.

—¡No puedes ir al Sur! ¿Es que no lo entiendes? —le gritó—. ¡Están esperando que te dejes caer por allí para apresarte y llevarte al cadalso con los demás!

—¿De qué diablos estás hablando? No he tenido nada que ver.

El hombre lo soltó con brusquedad y le dio la espalda. A continuación, apoyó un codo en la desconchabada repisa de la chimenea mientras golpeaba la pared con la mano abierta. Cabizbajo, destilaba impotencia; pateó el suelo antes de responder.

—Maldita sea, uno de los capturados ha mencionado tu presencia en la granja días antes del asalto. Estás en el punto de mira. Todos nosotros lo estamos, en realidad, pero tu nombre es el que más suena ahora.

Daniel se tensó. ¿Lo habían implicado en el ataque? Aquello cambiaba mucho las cosas. Aquello suponía una gravísima complicación.

—Si te capturan y te envían a Virginia, jamás tendrás un juicio justo: lo sabes. Debes marcharte. —Levantó la vista hacia él—. Cuanto antes.

—No puedo huir —insistió. En sus pupilas brillaban las lágrimas que su hombría le impedía derramar—. Debo regresar a la plantación. Me esperan allí.

—¡Parece que no lo entiendes, maldito empecinado! —Se volvió hacia él y lo apuntó con un dedo acusatorio—. Debes marcharte cuanto antes o de lo contrario...

—Suspiró de hartazgo y resignación—. De lo contrario, jamás podrás regresar en busca de lo que sea que dejaste en Charleston.



## CAPÍTULO 14

Los números del almanaque correspondientes al mes de noviembre se sucedían sin dilación, cuando Siggy ocultó en el hueco de la mano de Rebecca una carta cuyo franqueo procedía de algún lugar perdido de Canadá. Aquel detalle no dejó de extrañar a Rebecca, puesto que ella no conocía a ningún alma en Canadá. En realidad, no conocía a nadie en todo Estados Unidos más allá de los muros de la plantación. Abrió la carta en la intimidad de su alcoba en presencia de Siggy. Tuvo que obligarse a llevar a cabo una contención encomiable para no destrozar el papel a fin de conservar la dirección postal del remitente.

Dentro del sobre había dos octavillas; una en la que apenas habían garabateado unas breves líneas, y otra más extensa, escrita por las dos caras. Decidió leer primero la más breve. En ella, figuraba el mismo nombre del remite, Charles Benson, que le presentaba sus respetos y se descubría como amigo íntimo e incondicional de Daniel. Tuvo que sentarse en la cama antes de continuar. Su pulso permanecía al límite, su aliento escaseaba y sus mejillas y escote se habían coloreado fruto de la ansiedad que provoca la anticipación. Hacía ya tantas semanas que vivía sin tener la menor noticia de Daniel, para bien o para mal, que cualquier pequeño dato capaz de aportar luz a su negrura era recibido con el mayor de los clamores.

Desplegó la segunda hoja de papel que, por el temblor de la mano que la sostenía, se mecía ante sus ojos como un delicado pétalo a merced del viento. Antes siquiera de leerla, y a pesar de no haber sido firmada, supo que era de Daniel. Aquella era sin duda su letra. La misma letra que le había susurrado tantas promesas de amor en breves cartas románticas a lo largo de su romance furtivo. La misma letra que había hecho brincar su corazón y huir de sus labios cálidos suspiros durante días y noches, sin duda, más felices que los presentes. Se llevó la carta al pecho y lo apretó con tanta fuerza que parecía pretender que la tinta abandonara el lugar de origen, traspasara la muselina del vestido hasta la propia piel para mezclarse con la sangre que corría por sus venas. Así, de ese modo, le gustaría conservar para siempre el recuerdo de Daniel Masen.

—¡Léela de una vez, Hale, o me corroerá la impaciencia! —amonestó Siggy, cansada de los desvaríos románticos de su amiga.

Rebecca la fulminó con la mirada, pero obedeció de inmediato. Paseó con avidez los ojos por aquellas líneas caligrafiadas de hermosa manera y leyó para sí:

Mi dulce dama:

Mucho me temo que, por el momento, no podré cumplir mi promesa de ir a buscarte. Alguien en su desesperación me ha implicado en el traicionero asunto de Harpers, y es por ello que me he visto en la necesidad de ocultarme. Sí, mi preciosa criatura, se trata de una situación de lo más lamentable.

Se han escrito cartas en mi defensa que justificaban mi presencia en otra parte durante tan aciago día, pero, por el momento, mis amigos y yo mismo hemos llegado a la conclusión de que lo mejor será mantenerme al margen. Espero que lo entiendas, mi dulce niña, puesto que la postergación de la palabra dada no significa que la niegue. Sigo manteniéndola y seguiré haciéndolo hasta el final. Iré por ti, por mucho que me cueste, aunque tenga que traspasar escuadrones de caballería e hileras de soldados de a pie, iré por ti.

Espero que las aguas vuelvan pronto a su cauce y pueda pisar de nuevo el Sur con cierta seguridad. Te pido que esperes conmigo. Desde mi exilio en Canadá, te prometo que si esta situación persiste te iré a buscar con todas las consecuencias, sea como fuere y aunque me vaya la vida en ello.

Escríbeme, si deseas hacerlo, a esta dirección postal y al nombre que figura en el remite, por seguridad, vida mía. Cuando termines de leer, toma esta carta entre tus dulces manos y besa cada letra, porque en cada una, en cada pliegue de papel, te envió un pedacito de mi corazón impreso en tinta. Besa con cariño cada pequeño símbolo, y así yo, desde mi oscuro y frío retiro en el Norte, sentiré en mis labios helados la dulce calidez de los tuyos.

Rebecca obedeció y esparció decenas de besos sobre el papel; luego, continuó la lectura:

«No me sentiré tan solo, ni tan lejos de la única fuente de luz que me proporciona un aliento de calor y vida. Sin ti, mi niña, me muero de frío.»

—¿Qué dice? —preguntó Siggy con su aplastante practicidad desde el costado opuesto de la cama.

Rebecca la miró y sonrió. A veces, su amiga resultaba tan poco romántica.

—Que está bien. —Un hondo sollozo, que ella se encargó de silenciar con una mano, truncó la continuidad de la frase—. Se ha ido muy lejos; permanece escondido por su seguridad, pero está vivo.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos como de un surtidor, mientras los sollozos se sucedían de forma ininterrumpida.

—¡Está vivo, Siggy! —jadeó ya completamente envuelta en llanto.

La doncella alzó los ojos hacia arriba.

—Lo sabía —murmuró—. Bendito sea el Cielo, sabía que no faltaría a su palabra.

## CAPÍTULO 15

—¡Acabamos de sorprender a este maldito negro robando!

Murray pateó en mitad de la espalda al hombre joven que caminaba delante de él, a trompicones y maniatado. Al recibir aquel nuevo golpe, el esclavo no pudo evitar doblarse e hincar ambas rodillas en la tierra. En esa posición, permaneció un rato, hasta que un nuevo patadón, esta vez en la parte posterior de la cabeza, lo derribó y lo estrelló completamente contra el suelo. A escasa distancia, Jeremiah Masen contemplaba la escena con una frialdad tan solo atribuible a un alma despiadada, como la que él albergaba en su interior. Erguido como un junco, con los brazos cruzados con firmeza sobre el pecho y un habano descansando entre sus labios, el plantador no se movió ni un ápice ante la brutalidad que mostraba el capataz, salvo para esbozar una fría sonrisa ladeada. La amplia frente despejada, el cabello lacio y gris peinado rigurosamente hacia atrás, así como el gesto severo y malévolo le concedían la apariencia de un demonio recién salido del mismísimo averno.

—Así que tú eres el hijo de perra que lleva días saqueando mi granero —murmuró entre dientes y mostró una pericia asombrosa para hablar sin dejar caer el apestoso cigarro.

El hombre se revolvió en el suelo, se retorcía de dolor como una apocada sanguijuela. Todo él temblaba como una vara verde, y su piel oscura relucía al estar completamente bañada en sudor. Cuando alzó la mirada hacia el amo asomó a su semblante la trágica imagen de un ojo completamente deformado por una brutal hinchazón. De sus amplias fosas nasales resbalaba un oscuro hilillo de sangre que acababa por unirse a la abundancia roja que brotaba de esos labios partidos en dos. Tosió y, al hacerlo, no pudo evitar espurrar sangre y dientes rotos.

—¿No tienes nada que decir a tu amo, maldito negro? —rugió Murray y secundó las palabras con una nueva patada en la cabeza de aquel infeliz.

Esta vez, la bota alcanzó un lateral de la cabeza y provocó un inmediato hilillo de sangre en el interior de la oreja izquierda.

—Yo... yo solo pretendía alimentar a mi familia. Mi hijo tiene hambre, señor... —gimió el hombre, doblegado de dolor.

Sus dientes, que asomaban en cada mueca dolorida, aparecían por completo recubiertos de una película rojiza.

—¿Insinúas que no soy un buen amo? ¿Insinúas que no sé tratar a mis esclavos? —preguntó Jeremiah, con una tranquilidad pasmosa.

La siniestra tranquilidad que sin duda precede a la más horrible tempestad. El hombre tartamudeó sin ser capaz de articular palabra. Parecía un pez enorme que

boqueaba fuera del agua al sufrir una sobredosis de oxígeno. En realidad, tampoco había mucho que decir. Había sido pillando robando harina en un almiar de la plantación y sabía que su castigo sería ejemplar si se tenía en cuenta la brutalidad de la que hacía gala el señor de Old Oak.

—No; no, señor.

Inclinó la cabeza en un claro gesto de sometimiento.

—Por supuesto que no —siseó el patrón—. Todos los negros, malditos desagradecidos, deberían darme las gracias por ofrecerles comida y techo, simplemente por mantenerlos con vida. Deberían besar el suelo que piso, malditos hijos de perra. —Agarró al hombre por el rizado cabello y tiró con violencia de su cabeza para obligarlo a mirarlo—. Así me lo pagas: ¡robándome! ¡Robando a la mano que te da de comer! No eres más que una sucia alimaña rastrera, maldito. Tú, y todos los negros.

Lo último que vio aquel infeliz antes de hundirse en el pozo insondable de la inconsciencia fue la suela de la bota de Jeremiah Masen impactar de pleno contra su rostro.

Abrió los ojos muy lentamente, se sentía por completo desorientado. La noche más oscura y silenciosa cerraba sobre su cabeza y se derramaba sobre él como un pesado manto de terciopelo. Tan solo rasgaban aquella perfecta negrura las antorchas que ardían a su alrededor de forma salteada, enclavadas en el suelo de tal modo que formaban un amplio círculo. Poco a poco fue tomando conciencia de donde estaba; un profundo terror se apoderó de él. Forcejeó y trató de moverse, de escapar de su destino, pero con espanto comprobó que tenía las muñecas y los tobillos firmemente atados en una cruz en forma de aspa. Las dos puntas de la cruz permanecían apoyadas de forma transversa en el suelo.

Sollozó y gimió cuando vio a Jeremiah Masen parado ante él. El patrón permanecía en mangas de camisa, con el torso casi por completo al descubierto y las chorreras de los puños colgando airosas en ambas mangas. Detrás de él, Murray observaba la escena con una amplia sonrisa dibujada en su rostro de comadreja. Entre las sombras, y a cierta distancia, percibió el leve movimiento de decenas de almas que habían sido expulsadas a la fuerza de sus cabañas para obligarlas a presenciar el castigo al que iban a someter al ladrón. El patrón gustaba de realizar castigos ejemplarizantes a sus esclavos, como el granjero que mata un cuervo y lo empala en medio de la cosecha para que sirva de escarmiento a sus semejantes.

—Este hombre que está aquí ha osado robarme. No una vez, sino muchas —gritó para hacerse oír entre los presentes, que se revolvían asustados entre las sombras—. Ha abusado de la generosidad de su amo movido por la gula y la codicia. ¡Y yo, Jeremiah Masen, puedo asegurar al mundo entero que no asilo pecadores, avaros y codiciosos entre mis muros!

El hombre forcejeó de nuevo y se encorvó hasta separar la espalda por completo de su respaldo de madera. Todos los músculos permanecían en tensión; los ojos,

inyectados en sangre; el cuerpo de ébano, perlado de sudor. Una dolorosa anticipación lo obligaba además a temblar como un junco a merced del viento.

—Cualquier debilidad, cualquier falta o desorden de conducta ha de ser duramente castigada para persuadir a otros pecadores como él.

Dicho esto se dio media vuelta y se encaminó hacia un pequeño fuego que ardía a escasa distancia. Allí tomó un hierro marcador, cuya marca permanecía hundida entre las brasas.

—¡Patrón, patrón, le aseguro que no lo volveré a hacer! —lloriqueó mientras convulsionaba en su prisión.

Jeremiah alzó el hierro, miró la hermosa «M». Luego, miró al esclavo y sonrió. Se encaminó hacia él con el hierro en alto mientras disfrutaba de su propia perversidad. El infeliz lo miraba con ojos desorbitados. Jadeaba y espurreaba a cada paso del patrón. Su respiración obedecía a un ritmo desquiciado, elevaba y desinflaba el torso con un movimiento frenético. Murray se acercó por detrás, como la zarigüeya que realmente era. Asomó su fea cabezota entre las aspas de madera para inmovilizar del todo al esclavo y le clavó su tosco brazo contra el cuello. Su sonrisa carriada se ensanchó. El hombre apretó los dientes, cuya blancura destacaba sobre la negrura de su faz. Los ojos, desorbitados a causa del terror más absoluto, parecían a punto de salirse de su asiento óseo.

La marca se acercó muy lentamente al rostro del esclavo. Parecía que Jeremiah quería prolongarle la agonía al obligarlo a intuir el terrible dolor que le esperaba. El infeliz, transido de horror y presa de la impotencia más absoluta, empezó a gritar. Sus gritos despavoridos no hicieron más que incrementarse una vez que el hierro candente, de un tamaño formidable, se le incrustó con saña sobre la mejilla derecha y ocupó, también, buena parte del ojo y de la boca.

«El viernes 2 de diciembre de 1859 John Brown, caballero de triste memoria, viejo y noble héroe, fue ahorcado en Charleston, Virginia, acatando la sentencia pronunciada contra él. Su ejecución constituyó el prólogo de lo que en poco tiempo llegaría a convertirse en un auténtico infierno.»

# SEGUNDO VOLUMEN

## CAPÍTULO 16

Plantación Old Oak, Charleston, Carolina del Sur, finales de diciembre de 1860.

**E**l caballo relinchaba frenético, se encabritaba y pateaba como si su alma animal hubiera sido poseída por un espíritu demoníaco adicto a las cabriolas. Asustada o colérica, la hermosa bestia espurreaba, jadeaba, desorbitaba sus enormes ojos girándolos casi por completo; llenaba el aire de patadas y coces disparadas a diestra y siniestra. En esos momentos, muy lejos de la habitual apariencia de semental de majestuoso porte y envidiable prestancia, parecía uno de los caballos del apocalipsis devorado por un estado de histerismo nada deseable. Tres hombres trataban de inmovilizarlo, tiraban con toda su alma de las riendas y frenaban sus arranques al clavar sus enormes botas de trabajo en el suelo y tirar hacia atrás; pero todos los esfuerzos resultaban en vano. El animal se encontraba tan exaltado que poco o nada podía hacerse para tratar de calmarlo. De hecho, y por más fuerte que tiraran los hombres en sentido contrario, aquel demonio negro conseguía arrastrarlos con cada brusco cabeceo.

Desde luego, no ayudaba el hecho de que trataran de aplacarlo mediante gritos y varazos, método ruin que, desde hacía un buen rato, llevaban aplicando Murray y sus secuaces. En consecuencia, aquellos embrutecidos personajes, que superaban en irracionalidad al propio animal, habían ganado, con méritos propios, un par de heridas cortantes, procedentes de los agitados cascos delanteros, y alguna que otra mordedura. La visión de la sangre en propia carne había puesto al capataz frenético, por lo que, en esos momentos, tanto hombre como bestia se encontraban al borde del paroxismo del delirio en una contienda que ya rozaba lo personal. Uno se defendía con su propio cuerpo como única arma disponible; el otro empleaba con salvajismo la fusta de cuero y una vara rematada con un clavo.

Jeremiah cruzó el patio trasero como una exhalación. El rostro contraído y lívido junto con la expresión ceñuda evidenciaban su monumental enojo. También las amplias y enérgicas zancadas con que dotaba a sus pasos. De hecho, podía decirse con total seguridad que el amo de Old Oak estaba que se lo llevaban los demonios. Una vez a la altura del bullicioso grupo, se detuvo en seco. El animal transpiraba de un modo exagerado y, a consecuencia de ello, el pelaje negro brillaba a la luz del día; las largas y cuidadas crines caían hacia un lado en chorreantes mechones. Un observador minucioso, uno que se atreviera a observar al patrón con meticulosidad ante la certeza de no ser castigado ante semejante insolencia, podría asegurar que en

las crueles pupilas de Masen brilló en ese instante un fugaz destello de aflicción.

—¿Es este?

—Este es, señor —resopló Murray que jadeaba, sudaba, y permanecía al borde del colapso respiratorio, completamente encarnado.

En esos momentos, más parecía un cerdo a punto de infartarse que un humano con dos dedos de frente y un mínimo de raciocinio.

—Uno de los mejores ejemplares del establo.

—Lo es, señor: ningún otro se puede comparar con él en todo Charleston.

Jeremiah arrugó los labios en una mueca de repulsa, disgusto y muy posiblemente rabia. Inhaló por la nariz antes de patear el suelo varias veces.

—¡Diablos, diablos! —rugió entre dientes; arrastraba las palabras y lanzaba pequeñas gotas de saliva fruto de su mal gobernada contención—. ¿Quién es el responsable de este animal? —bramó. Nadie respondió a su pregunta—. ¿Quién? —repitió llevado por cien mil demonios.

Murray, que gastaba sus últimas energías al tratar de aplacar la furia de aquella bestia, respondió con voz entrecortada.

—Ese negro de Theophilus.

—¡Que lo traigan a mi presencia!

A un gesto de cabeza de Murray, los dos hombres salieron corriendo en dirección a las barracas. Jeremiah observó con disgusto una de las patas traseras del animal, que apenas podía apoyar en el suelo debido a la terrible herida sangrante e infecta que la aquejaba. Su aspecto era terrible y nada alentador. Sangre y pus se mezclaban con las oscuras costras fruto de la creciente gangrena que avanzaba por la pata a un ritmo endemoniado.

—¿No se puede hacer nada por él?

Murray se limpió el sudor de la frente con el antebrazo. Los lacios cabellos blancos que la adornaban permanecían pegados al descuido sobre la piel.

—El veterinario ha dicho que si se amputa por encima del menudillo, es posible que pueda mantener al caballo con vida. Pero hay que amputar o, de lo contrario, la putrefacción seguirá subiendo.

Jeremiah jadeó mientras observaba al animal con aire funesto. Su rostro era una terrible máscara de rabia y desolación.

—¿Y qué diablos voy a hacer con un caballo cojo?

El capataz se encogió de hombros, mientras el patrón continuaba observando la montura con la misma frialdad con la que un empleado de matadero estudia la res que va a sacrificar. Los hombres de Murray aparecieron. Conducían a empujones a un hombre joven. El muchacho, que apenas rondaría la veintena, era tan alto como flaco, caminaba descalzo y cubría su saco de huesos con una raída camisa beige y un pantalón que fruncía en torno a la cintura mediante un grueso cordón. Una vez en presencia del patrón, los hombres arrojaron de una patada el esclavo a sus pies.

Theophilus reaccionó de inmediato: reptó como una lagartija para alejarse de



aquel amo despiadado. Desde que aquellos dos gorilas habían entrado en su cabaña y lo sacaron por la fuerza de ella, tenía más que claro que no había sido requerido precisamente para concederle una gratificación. Todo el mundo sabía lo que podía sucederte cuando entraban a buscarte a tu cabaña y te sacaban de ella a rastras.

—¡Tú! —rugió Jeremiah mientras lo apuntaba con el dedo—. ¿Qué le has hecho a mi caballo?

Theophilus miró de forma alternativa al patrón y al animal. Aquel era el semental favorito del patrón y, además, sin duda, el mejor animal de los establos. Pronto reparó en la fea herida de su pata trasera, que sin duda había empeorado en las últimas horas, y comprendió que ese era el origen de todos sus problemas.

—¡Tiene una infección, patrón! —El muchacho hablaba de forma atropellada—. Se lo informé al señor Murray hace unos días.

—Mentira; a mí no me has dicho nada de esto, negro embustero —rugió Murray.

El muchacho lo miró con espanto. Estaba claro que el capataz no tenía intención de asumir su parte de culpa y que, a la vista de ello, sería su palabra contra la de él. Y su palabra, la palabra de un esclavo negro, no valdría nada para el amo.

—Algún clavo de la herradura ha debido causarle heridas en la uña; hace días que no pisa bien, señor.

—¿Me tomas por estúpido? —Jeremiah, acortó la distancia que los separaba con una amplia zancada; se cernió sobre él y descargó, con toda la fuerza de la que era capaz, su mano abierta sobre la cabeza del joven. El muchacho cayó de bruces: tragó tierra y piedras—. ¿Crees que no tengo ojos en la cara? ¿Crees que no soy capaz de distinguir que se trata de una negligencia en toda regla?

Una vez en el suelo, agarró al muchacho por su abundante cabello rizado, lo arrastró para obligarlo a mirar a la encabritada bestia; lo expuso, así, a la furia de sus pezuñas.

—¡No, no!

El muchacho era incapaz de hilar una simple frase coherente, tal era su terror en esos momentos.

—Pero, ¿y tú? ¿Sabes herrar caballos? ¿Puedo confiar en ti después de esto?

Theophilus lloriqueaba y gemía como un niño pequeño. La nariz no dejaba de gotearle ante la abundancia del llanto. Al golpearse contra el suelo, además, se había roto un diente.

—Señor, señor, la herradura le venía grande, yo intenté arreglarlo, yo se lo dije al señor Murray, pero él me dijo que aprovechara las de otro animal.

—No seas embustero, sucia alimaña: asume tu culpa —intervino el capataz haciendo leña del árbol caído. Algo que se le daba demasiado bien.

—¡Señor, se lo suplico! —El muchacho era incapaz de hablar si no era a través de prolongados hipidos—. Todavía puede arreglarse, señor, he visto cómo en otras granjas cortaban el pie al caballo y se recuperaba sin ningún problema. No podrá galopar, pero podrá trabajar como animal de carga.

Jeremiah, que aún lo aferraba por el pelo, levantó al joven. Mientras lo miraba de hito en hito se obligaba a apretar los dientes y reprimir su repulsa. Tal era el gesto que mostraba que cualquiera diría que bajo la prensa de su mano férrea sujetara una lagartija inquieta en lugar de a un ser humano.

—¿Quieres decir que si le amputamos el pie todavía puede serme útil? ¿Es eso lo que pretendes decirme?

Theophilus asintió con nerviosismo. Temblaba como una hoja y era incapaz de controlar sus violentas convulsiones.

—¡He visto hacerlo, señor! —hipó.

Quizás existiera un viso de esperanza después de todo.

—¿Y que renuncie a mi montura, a mi mejor semental, para convertirlo en un miserable mulo de carga?

Theophilus balbuceó confuso. ¿Qué se esperaba que dijera para librarse del castigo que sobrevolaba su cabeza como un pájaro de mal agüero?

—¡Bien! —Liberó al muchacho y, de un violento empujón, lo lanzó a los amorosos brazos de su capataz—. ¡Lleva a este esclavo a los establos y córtale el pie derecho por encima del tobillo!

Theophilus cayó de rodillas, casi inconsciente. Sus temblores se intensificaron, y su respiración se tornó tan violenta que se podía escuchar un siniestro pitido agudo salir de sus pulmones.

—¿Señor? —preguntó confundido uno de los hombres.

Pero no había existido confusión alguna. En aquella plantación, Jeremiah Masen era el rey; nadie podía cuestionar sus deseos, por más crueles y desmedidos que resultaran. Negarse a ejecutarlos suponía someterse uno mismo a sufrir en la propia carne el destino dispensado a aquellos esclavos.

—¡He dicho! —rugió fuera de sí.

—¡Amo, amo, mi buen amo! —jadeó Theophilus, y se tiró a sus pies para besarle las botas, las cuales bañó con el abundante llanto mientras trataba de abrazarse a sus piernas.

Jeremiah se zafó de él de una violenta patada en pleno rostro.

—Si como dices, este caballo todavía puede serme útil sin una pata, tú también podrás hacerlo —se limitó a decir. Volviéndose hacia sus hombres—: ¡Lo quiero fuera de mi vista! Ahora tendré que mandar a lustrar de nuevo las botas: están llenas de babas de negro.

—¡Amo, amo, por piedad! —aulló el muchacho mientras se lo llevaban a rastras hacia el interior de los establos.

Jeremiah le dio la espalda y se dispuso a regresar a la mansión. Lo que menos deseaba en aquel día funesto era tener que escuchar los lloriqueos de un estúpido esclavo.

—¡Señor! —Murray acaparó de nuevo su atención, lo que lo obligó a volverse—. Entonces, ¿llamamos al veterinario?

Jeremiah inhaló en profundidad. Aquel era su mejor semental, su montura más fuerte, rápida y capaz. Su orgullo, el anhelo de muchos de sus vecinos plantadores, que cada vez que pisaban Old Oak no dudaban en ofrecerle una jugosa suma por él. El caballo más hermoso de todo Charleston. Apretó los dientes con tanta fuerza que a punto estuvo de saltársele un empaste. Ante el asombro de su capataz, se llevó la mano al cinto y sacó de la funda su pistola. No vaciló ni un instante. Apuntó directamente a la frente del animal y apretó el gatillo. El caballo cayó fulminado en el acto. Enfundó el arma y reanudó su camino.

—¿Para qué diablos me sirve un caballo cojo?

## CAPÍTULO 17

**B**urdetta permanecía acucillada y sentada sobre sus pantorrillas frente al hogar, tan quieta como una figura de ébano, con los ojos clavados en las decadentes lenguas de fuego que trataba de alimentar con leños tan delgados como retorcidos. Llevaba puesto un sencillo vestido marrón abotonado hasta arriba. Sus manos agrietadas y enrojecidas, llenas de sabañones, se retorcían de forma convulsa sobre su regazo. Hacía frío; tanto, que era muy probable que, si el clima se decidía a seguir el mismo patrón del pasado invierno, pronto caerían las primeras nieves. De hecho, el frío de aquella hora vespertina deslizaba ya sus dedos lúbricos entre el precario tablazón del techo y acariciaba a cada uno de los presentes con su frío arrumaco antes de que el verdadero cierzo de la noche acabara por entumecerlos completamente. El pequeño Ptolemy dormía aovillado al lado del fuego, formaba un pequeño bulto debajo una raída manta y se revolvía en un sueño agitado. De vez en cuando, gemía y lanzaba manotazos al aire.

Solomon permanecía sentado en un rincón con la espalda reclinada contra la pared, leyendo para sí algún capítulo de su vieja Biblia bajo la danzarina luz de un quinqué. Era uno de los pocos esclavos de Old Oak que sabía leer. Cuando era joven, el antiguo patrón, el padre del señor Masen, le había enseñado a distinguir las letras. Y la santa esposa del señor Masen, que el Señor la tuviera en la gloria, le había enseñado a leer en el pequeño invernadero de hortensias, después de cada jornada de trabajo. Siempre lo habían tratado con dignidad los viejos amos, siempre habían sido incluso amables y amistosos. Hasta que el joven y arrogante Jeremiah se hizo con el mandato de la propiedad.

Rebecca se arrebujó en su gruesa chaqueta de lana. Realmente hacía un frío condenado en aquella barraca. Resultaba increíble que, al tratarse de un espacio tan reducido, aquel lugar fuera tan difícil de caldear. Por supuesto, no ayudaba el hecho de que las paredes fueran tan delgadas, o que las tablas que pisaban el techo estuvieran tan retorcidas que entre una y otra pudiera colarse fácilmente un gato. Y, cuando llovía fuerte, el lugar se llenaba de goteras que convertían aquel mínimo espacio en inhabitable, debido al número de cubos y palanganas con que había que cubrir el suelo.

Si, al menos, contaran con la suficiente cantidad de leña en buenas condiciones para alimentar la lumbre, podría llegar, incluso, a obtenerse una temperatura agradable. Pero los troncos con que contaban en la cabaña para tal efecto —y en todas las cabañas en realidad— no dejaban de ser más que delgadas ramas retorcidas, madera verde y recién cortada casi siempre, por lo que intentar conseguir algo

decente de ellas resultaba poco menos que un imposible. En consecuencia, en noches tan desapacibles como aquella, siempre acababa haciendo tanto frío dentro como fuera.

Aquella noche, además del frío acerado de finales de año, contaban además con el aliciente de un silencio sepulcral empañando el ambiente. Un silencio fruto de la desazón y de la rabia contenida a causa de la reciente muerte de Theophilus, primo hermano de Burdetta, fallecido pocos días atrás a causa de la infección producida por la amputación de un pie.

Rebecca no podía ya decir o pensar gran cosa al respecto. Se sentía tan asqueada y horrorizada con el comportamiento de Jeremiah Masen que una abominación más sumada a su larga lista de ellas no era ya capaz de impresionarla. Cada día que se despertaba en aquella plantación de los horrores pensaba cuál sería la próxima barbarie cometida por aquel monstruo, al que ni la justicia divina parecía poder tocar. Cada día, aquel ser sin alma era capaz de superarse con creces a sí mismo. Caprichos del destino, ahora que, por fin y después de todo el tiempo que llevaba en Charleston, podía costearse un billete a Inglaterra, había algo que la ataba a aquel lugar y que la obligaba a soportar, una tras otras, las barbaries de aquel cretino, como una más de sus esclavas.

No solo se trataba de su sincero afecto por aquellas adorables muñequitas a las que tenía el deber de instruir y a las que había llegado a querer como si de sus propias hijas se tratara. Ni siquiera de Siggy, a la que consideraba una verdadera amiga y durante aquel largo tiempo se había comportado como tal; tampoco de aquellas tres pobres almas a las que había tratado de confortar cada pocas noches con un humilde aporte de comida y mantas, almas inocentes con las que había compartido tantos momentos, tantas penurias, y que se habían convertido para ella en lo más parecido a una familia, al encontrarse tan lejos de casa. También estaba Daniel, sobre todo estaba Daniel; Daniel y la certeza de que, en aquellos momentos, aquel lugar era lo más cerca que podía sentirse de él. Y que, en aquel lugar, debía permanecer hasta que él pudiera volver por ella. Tal y como había prometido.

—Acabo de recordar que este era el pasaje favorito del señor Daniel. —Sonrió Solomon mientras señalaba un versículo determinado dentro de su libro sagrado. Levantó la mirada hacia la joven—. ¿Ha tenido noticias de él desde la última vez?

Casi se sobresaltó con la pregunta. Aterida, se arrebujo de nuevo en su chaqueta. Ella no debería quejarse: sus ropas eran sin duda mejores y más gruesas que las de cualquiera de ellos.

—Ayer se cumplieron tres semanas desde la última vez que le escribí. Todavía no me ha respondido.

—Es lo normal, señorita, seguramente no quiere levantar sospechas e implicarla a usted. Tenga en cuenta que las cosas están muy revueltas por aquí, según he oído.

Rebecca esbozó una breve sonrisa de aceptación. Afuera, un perro ladró furioso en la noche, pero ninguno de los presentes le prestó atención.

—Lo último que supe es que se encontraba a salvo en Canadá y que, aunque por el momento las cosas parecen haberse calmado un poco, tanto sus amigos como él consideran que lo mejor es que permanezca alejado del Sur. —Solomon asintió—. Ha conseguido, al fin, limpiar su nombre y mantenerse al margen del asunto de Harpers. Sus amigos y él mismo han escrito al presidente; han conseguido demostrar que no se encontraba en el arsenal en el momento del asalto.

—Es una buena cosa.

—Pero son muchos los enemigos que tratan de hacer leña del árbol caído. Ahora que han conseguido abatir a su líder, pretenden acabar con todos y cada uno de los que permanecen fieles a sus ideales.

Solomon cerró su Biblia con un movimiento seco. De nuevo, el perro ladró, y los ladridos se volvieron por momentos más insistentes y nerviosos. No callaba; ladraba furioso y trepanaba, con sus gruñidos, la esperada quietud nocturna.

—Su propio hermano sería el primero en entregarlo a la justicia si decidiera acercarse a la plantación.

Rebecca abrió la boca y la volvió a cerrar.

—¿Usted cree? ¿A su propio hermano?

—El patrón vendería a su propia madre si el diablo hubiera subido en persona a pedírsela.

Un hondo pesar se hizo eco en mitad del pecho de la joven. Ante semejante teoría, ¿cómo podía confiar en que Daniel regresara algún día por ella? ¿Y cómo permanecer tranquila al saber que al regresar se estaba condenando a sí mismo? Old Oak era una trampa para ratones en la que Daniel era el indefenso roedor; ella, el trozo de queso, y Jeremiah la mano deseosa de darle caza.

—Parece que tampoco la reciente elección del presidente Lincoln ha logrado caldear los ánimos —comentó—. Siggy me dijo que, apenas un mes después de la victoria de Lincoln y los republicanos, llegaron declaraciones de secesión de Carolina del Sur y otros estados.

Solomon levantó la vista hacia el precario fuego.

—Mi abuela advirtió que este día llegaría. El día en el que los hijos de la nación se levantarán los unos contra los otros, hermanos contra hermanos. Jamás creí que viviría lo suficiente para verlo.

Rebecca mordió el interior de la mejilla cuando sintió cómo los vellos se le erizaban ante semejante premonición.

—También usted acabará marchándose —dijo de pronto Burdetta que extendía las manos hinchadas y sangrantes sobre la anaranjada aureola que manaba de los leños.

Rebecca la miró confusa.

—¿Yo? ¿Adónde habría de marcharme?

Burdetta se encogió de hombros.

—¡Shh! ¡A cualquier parte muy lejos de aquí! —Entornó los ojos y compuso una

expresión soñadora—. Yo también me iría si pudiera. Muy lejos. Adonde vuelan las golondrinas, quizás. —Clavó en ella unos ojos bañados por el llanto—. Y no volvería jamás.

Rebecca se disponía a responder con una palabra de aliento cuando un alboroto procedente del exterior los puso a los tres en alerta. Ya no se escuchaba el ladrido de ningún perro, sino un lejano gemido perdido en mitad de la noche. Un gemido de agonía que hería y helaba el alma de quien lo escuchaba. Casi instintivamente, se levantaron de sus asientos; Solomon y su hija se acercaron a la puerta e hicieron a la joven un gesto para que se retirara a la parte posterior de la cabaña. A la joven ni siquiera le dio tiempo a alcanzar su objetivo, porque la puerta se abrió con un movimiento violento y peligró sobre sus precarias bisagras. La silueta enorme de un monstruo colérico se recortó bajo el umbral.

—¡Aquí estás!

Apenas en dos zancadas cruzó la cabaña, apartó de un manotazo a los dos seres insignificantes que estorbaban sus propósitos. Rebecca retrocedió asustada y se topó en su retirada con la pared. Quiso gritar a causa de la sorpresa y el horror que aquella inesperada aparición le había provocado, pero el miedo se había instalado en su pecho con tal contundencia que se encontró de pronto enmudecida. Aquel monstruo iba tras ella; estaba claro que de lo poco que había en el interior de aquella barraca lo único que parecía importarle era ella. Jeremiah la sujetó con brusquedad de un brazo y tiró de ella para obligarla a salir al exterior. De nada sirvió resistirse y tratar de frenar la avanzada al hincar los talones y tirar en sentido contrario, puesto que la fiera estaba, en esos momentos, completamente desbocada. Una vez fuera de la cabaña, y sin mediar palabra, le volvió la cara del revés de una fuerte bofetada. A causa del violento impacto, la joven cayó al suelo en un revuelo de faldas y enaguas.

—¿Qué diablos haces en las barracas de los esclavos? ¡Yo te enseñaré a obedecer, maldita inglesa del demonio! —Con la joven en el suelo, levantó la fusta y la descargó un par de veces sobre la muchacha que, abatida y jadeante, trataba de esquivar los golpes y protegerse el rostro con los brazos—. ¿Cómo te atreves a retarme? ¿Cómo te atreves a desobedecerme una y otra vez ayudando a estos mugrientos a mis espaldas?

La sujetó de un brazo sin ningún tipo de consideración y tiró de ella para obligarla a levantarse. Rebecca jadeaba, tan asustada como dolorida, mientras trataba, a duras penas, de contener las lágrimas. Su peinado se había arruinado por completo, porque se había soltado de la sujeción de las horquillas. Además, un hilillo de sangre brotaba de sus labios, consecuencia, sin duda, de la feroz bofetada inicial.

—¡Te dije en una ocasión que no me desafiaras, que no jugaras conmigo o, de lo contrario, lo lamentarías! —rugió y la zarandó bajo la prensa de sus manos como si no se tratara más que de una muñeca de trapo—. Estos negros son mis esclavos, son de mi propiedad. ¿Quién eres tú, condenada mujer, para atreverte a ponerlo en duda?

—Se equivoca —siseó entre dientes, reflejaba todo el desprecio que aquel

mezquino le hacía sentir—. ¡Nadie es propiedad de nadie!

Jeremiah levantó la mano y la dejó caer sobre aquel rostro en forma de puño. Lo último que escapó de sus labios antes de perderse en el pozo insondable de la inconsciencia fue un leve gemido de dolor. Después: nada. Cayó al suelo, desmadejada como una muñeca de porcelana rota en mil añicos. Semejante estampa no sirvió para persuadir al monstruo colérico que todavía se cernía sobre ella, porque, a pesar de haberla abatido y de haberla dejado inconsciente, levantó la fusta y la descargó sobre ella con una saña brutal, no una, sino hasta cinco y seis veces. Una vez que se sintió satisfecho, le propinó una patada despectiva a la masa informe de tela y encajes que se arremolinaban alrededor de aquel cuerpo inmóvil.

—¿No se habrá excedido, señor? —preguntó Murray, que se asomó, de pronto, entre las sombras.

—Por mí puede pudrirse en el infierno. ¡Muerto el perro, se acabó la rabia! —bramó malhumorado—. Que se la lleven de aquí y que esta misma noche abandone la plantación. No quiero verla ni un segundo más en Old Oak, ni siquiera en Charleston: que se vuelva a su maldita Inglaterra de una buena vez. Asegúrate de que se embarque y abandone el país.

Murray, el fiel y obediente perro de tan salvaje amo, se inclinó sobre ella con intención de cargarla sobre un hombro. Jeremiah se disponía a retirarse cuando un movimiento en el porche de la cabaña captó su atención. Solomon, viejo y lleno de achaques, avanzaba hacia él a trompicones, con el ceño fruncido, y empuñaba un garrote en la mano derecha. Jeremiah no pudo evitar carcajearse al verle.

—¡Vuelve a tu covacha, viejo! —ladró—. ¡Esta es una fiesta privada y tú no has sido invitado!

Solomon no se inmutó. Continuó caminando con una fijación casi demencial hasta descender uno a uno los peldaños de la escalera. Su mirada continuaba cosida en el amo con una feroz determinación. Su pose, rígida e imperturbable.

—¿A dónde crees que vas? —insistió Jeremiah sin dejar de sonreír—. ¿Te atreverás a levantar eso contra mí?

Ante la impasibilidad del anciano y ante su empecinamiento, la sonrisa del patrón se fue ensombreciendo poco a poco. Era obvio que no debía sentir miedo de aquel miserable, pero sí una cierta precaución ante el arma que empuñaba y la terquedad que velaba su mirada.

—¡Detente dónde estás o lo lamentarás, viejo! —bramó. Su frente se había perlado de sudor y su rostro se había demudado en una máscara de rabia y desazón—. ¡No se te ocurra dar ni un paso más!

—¿No escuchas a tu patrón, negro? —intervino Murray.

Pero Solomon continuaba avanzando. Parecía completamente alienado y fuera de sí.

—«Que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o malo» —recitó el versículo sin parpadear.



—¡Detén a este maldito negro! —rugió el amo, desaforado y visiblemente inquieto.

Murray y uno de sus secuaces se abalanzaron sobre el anciano con tal ahínco que el impacto casi lo derribó. Lo sujetaron por los brazos, y los mantuvieron atrapados y en tensión detrás de su espalda. La condena resultó exagerada, puesto que el anciano no opuso ninguna resistencia. De hecho, ante el brutal impacto de aquellos hombres, pareció despertar de golpe de su estado hipnótico.

—¿Tú también te levantas contra mí, perro? —Al sentirse más seguro, Jeremiah se acercó a él y le propinó un sonoro cachete. Solomon soportó la afrenta en silencio—. Ese es el ejemplo que te ha dado mi hermano, ¿verdad? Te ha animado a revelarte, a ti y a los otros, a levantar la nariz de tus cochiqueras. —Con un desprecio absoluto, Jeremiah volvió a abofetear al anciano, que, de nuevo, soportó los golpes casi sin parpadear—. ¡Los negros creen, ahora, que tienen el mundo a sus pies, que pueden hacer lo que les plazca! Por supuesto que lo creen, cuando una miserable mujer es capaz de cuestionar mis órdenes. Estoy harto de insurrectos. —Señaló a la inconsciente señorita Hale—. ¿Ves lo que sucede con los que se atreven a desafiarme? —Inclinó la mirada hacia el garrote que hasta hacía escasos segundos sostenía el anciano y que, ahora, yacía inservible a sus pies—. ¿Y acaso tú pretendías atacarme? ¿Pretendías morder la mano que te da de comer a ti y a los tuyos, miserable?

—Es una buena muchacha.

Fue lo único que dijo Solomon.

Jeremiah sonrió.

—¿Tú que sabrás, esclavo? —siseó y recalcó con desprecio la última palabra—. Ella ha recibido su castigo por desobedecer. ¿Cuál crees que debe ser el tuyo por intentar agredir a tu amo?

Solomon apartó la mirada para dejarla caer sobre el cuerpo inmóvil de la muchacha y tragó saliva. Desvió la vista hacia la cabaña; bajo el umbral Burdetta lo miraba con el rostro y las pupilas bañados en llanto. Se aferraba al dintel y temblaba como una vara verde. Solomon sintió el intenso picor de las propias lágrimas detrás de sus párpados. Y sintió también el contacto gélido de un objeto oprimiendo la carne entre sus ojos.

—¡Bang! —exclamó el amo.

Detrás de su voz, resonó el horrible estruendo de un disparo.

Rebecca fue obligada a abandonar Old Oak horas después, en plena noche y de forma solapada, como si de una criminal o de una criatura de vergonzante reputación se tratara. La señora Bradshaw y la señora Webber fueron las encargadas de realizar una cura superficial e innecesariamente brusca a sus heridas, una vez que la muchacha despertó de su inconsciencia, tan confusa y dolorida como asustada. Ambas mujeres

se encargaron también de transmitir los deseos del patrón con un evidente halo de satisfacción y triunfo reflejado en la voz y en las mal disimuladas sonrisas. Por supuesto, tanto el ama de llaves como la primera doncella supervisaron todos y cada uno de los movimientos de la joven desde ese preciso instante hasta el momento de su partida.

La institutriz deambulaba por la habitación más muerta que viva, hipaba y gemía; las mujeres no le apartaron de encima los pérfidos ojillos de alimaña mientras preparaba su equipaje y ocultaba, en el fondo de la maleta, los más privados y secretos recuerdos de su estancia en la plantación. Resollaba, jadeaba e intentaba, en todo momento, controlar la dolorosa y agitada respiración que le violentaba el pecho. Ambas mujeres permanecieron de pie y en perfecto silencio en un rincón de la alcoba, erguidas y tiasas como dos cuervos que disfrutaran del infortunio de una frágil golondrina; obviaron por completo tanto las lágrimas de la muchacha como sus angustiosos sollozos. En respuesta a ellos, por el contrario, alzaban la barbilla y replegaban los labios al interior de la boca en un intento, en absoluto eficaz y respetuoso, de contener su placer.

Tampoco movieron un solo dedo para ayudarla a cargar sus bultos, sino que permanecieron inmóviles, como dos inútiles y estúpidas centinelas, mientras observaban con un cierto regustillo a impertinencia y descortesía cómo la joven arrastraba a duras penas sus petates escalera abajo y los introducía, después, con esfuerzo en un coche rápidamente dispuesto para ella. No se le permitió despedirse de ningún miembro del servicio, y mucho menos escribir —tal y como era su intención— una nota de despedida para sus queridas pupilas. Todo se hizo a oscuras. Parecía más que evidente que Jeremiah Masen pretendía, a como diera lugar, borrar el recuerdo de aquella institutriz rebelde de Old Oak de un solo plumazo y de forma definitiva. Por fortuna, después del año que llevaba sirviendo en la plantación, disponía de ahorros suficientes para hospedarse en una casa de posta aceptable de Charleston, mientras esperaba la llegada del vapor que la llevaría a Inglaterra, diez días después.

## CAPÍTULO 18

Las transcurridas a continuación fueron las semanas más desoladoras y lamentables que Rebecca podía recordar desde el fallecimiento de su padre. De hecho, jamás había emprendido un viaje tan doloroso, ni con el alma tan lastimada, como aquel con el que iniciaba su regreso a Cypress Lodge. Ni siquiera cuando el abandono de su prometido, con la inevitable garantía de vergüenza y deshonor posteriores, la había motivado a abandonar el mundo que conocía para volar todo lo lejos que le fuera posible. Había estallado en un llanto desconsolado desde que la aguja de la torre más alta de Charleston se había perdido entre las brumas rastreras de aquel amanecer de mediados de enero; y aun entonces, tantos días después y con un paisaje de fondo completamente distinto, el mismo llanto continuaba descendiendo imparabile por sus mejillas. A esa altura, y a la vista de lo que sucedía, era muy probable que el descenso de las lágrimas no fuera ya a detenerse jamás.

Desconocía qué parte de todo aquel asunto era la que más la atormentaba, si realmente existía algún punto en concreto que pudiera resultar más especialmente lamentable que cualquier otro en medio de tan terrible infortunio. Quizá se tratara del hecho de tener que resignarse a regresar hundida y derrotada, lo que le concedería a su madre la satisfacción de comprobar por sí misma que los propósitos de autosuficiencia de su hija mayor habían fracasado estrepitosamente. Por fortuna, las secuelas físicas habían desaparecido por completo; las heridas sangrantes del rostro habían cerrado y cicatrizado; nadie podría adivinar que la nívea y delicada piel de la espalda había sido cosida a fustazos apenas unas semanas antes. Al menos, en ese aspecto podría mantener, a ojos de los demás, una cierta dignidad. Puede que, tal vez, se tratara del hecho de tener que concederles razón a todas aquellas comadres de Old Oak que desde el principio no habían apostado ni un penique por su permanencia en la plantación y que ahora llevarían semanas haciendo escarnio de sus desventuras bajo el ardor de las risas de la Webber que, con la boca rebosante de panceta, narraría en alta voz las desdichas de la joven inglesa jaleada por los ecos de aquella estúpida claque.

Quizás tampoco podía obviar la tristeza que le infundía abandonar a merced del tirano a aquellos dos angelitos que habían despertado en ella un dormido instinto de protección y que, a esa altura, no dejarían de preguntarse qué había sido de su institutriz. Peor aún: por qué las había abandonado de la noche a la mañana sin ofrecer mayor explicación. Le dolía el alma imaginar la estúpida excusa que su padre les habría ofrecido ante su repentina deserción. Tampoco podía dejar de pensar en Burdetta, Ptolemy y Solomon; y en todas las almas de la plantación que luchaban

desesperadamente por sobrevivir día a día, a pesar del tirano que las oprimía. Burdette y Solomon habrían sido conscientes de lo sucedido aquella noche fatídica, puesto que Jeremiah había seguido su rastro como un sabueso desquiciado hasta la cabaña de la familia. Precisamente ese hecho era lo que mantenía a Rebecca con el alma en vilo: sabía a ciencia cierta que el patrón los castigaría por relacionarse con ella y aceptar sus donativos. Tan solo esperaba que no hubiera sido excesivamente cruel esa vez y que a Solomon le restara fortaleza para soportar el castigo. ¡Y Siggy! ¡La pobre Siggy! ¿Qué pensaría ahora de ella? ¿La tacharía de cobarde? Sin duda, habría supuesto —¡todos en la plantación lo habrían hecho!— que la refinada institutriz inglesa se había hartado finalmente de tanto horror, ante tanta penuria y había decidido poner tierra de por medio marchándose a su país.

Pero, sobre todo, y por encima de cualquier otro argumento, lo que desgarraba su alma de un modo especialmente lacerante era abandonar aquel lejano territorio a sabiendas de que, al hacerlo, interponía un océano de distancia entre el gran amor de su vida y ella. Ocultó un sonoro sollozo bajo la temblorosa palma de su mano. ¡Santo Cielo! Jamás habría esperado abandonar Old Oak en semejantes circunstancias: en solitario y por la puerta de atrás, como una vulgar malhechora. Siempre había supuesto que, cuando abandonara la plantación, lo haría de un modo muy distinto: de la mano de Daniel y con la cabeza bien alta. ¡Daniel! ¡Oh, Daniel! En la intimidad de su camarote, enterró la cara en la almohada para ahogar un grito tras otro e invocar su nombre con desesperación. ¡Daniel era su vida! ¡Daniel era su todo! Pero la habían echado a patadas después de que aquel energúmeno la hubiera golpeado e insultado como a un perro.

Durante los diez días que había estado esperando la llegada del vapor había podido escribirle una extensa carta en la que relataba parte de lo ocurrido y se ocupó de guardar para sí los detalles más escabrosos de la narración a fin de evitar un seguro enfrentamiento entre los hermanos. Le ratificó mil veces su amor, le rogó que se reuniera con ella lo más pronto posible. Lo echaba tanto de menos que su ausencia le dolía física y espiritualmente; y más en esos momentos en los que había llegado a experimentar en la propia carne la verdadera soledad, el desprecio y la maldad del ser humano. Por supuesto, no había recibido respuesta alguna a su llamamiento. Diez días no era tiempo suficiente para que el servicio de correos le alegrara el corazón. Aunque tenía la esperanza de que le escribiera en breve o, mejor aún, de que él mismo, muy pronto, se personara en Inglaterra para reclamarla. Llevaba demasiado tiempo esperándolo. Demasiados meses, un año en realidad, llevaba confiando en la fuerza de una promesa y en la vigencia de un amor en el que había volcado todas sus esperanzas.

El mismo día que salía desde Charleston una extensa carta rumbo al Canadá, partió otra hacia Inglaterra, ni por asomo tan larga y sentida, en la que anunciaba a la familia la llegada de la hija pródiga. Por fortuna, Rebecca todavía contaba con bastantes días a su favor para recomponer mentalmente su cuerpo y su alma y

prepararse para la batalla. Con algo de suerte, la climatología adversa propia de pleno invierno estaría de su parte, y era de esperar que algún temporal o viento funesto retrasara el vapor y lo desviara de su rumbo el tiempo suficiente para poder prepararse para lo que se avecinaba.

Varios días después de su llegada a Cypress Lodge, la joven persistía en su enojoso empeño de mostrarse completamente encerrada y ensimismada en su pequeño universo privado. Universo que, por cierto, resultaba infranqueable para cualquier mortal que siquiera soñara con traspasarlo. Inesperadamente, ni la sobreprotectora señora Hale, ni la impetuosa Violet habían insistido en entrometerse y rasgar ese halo de ostracismo en el que Rebecca porfiaba por encerrarse. Habían consentido en observar y respetar su introversión desde la distancia. Cada cual alimentó las propias conjeturas acerca de lo que perturbaba en realidad el pensamiento de la joven para empujarla a un comportamiento tan antisocial como taciturno.

—La pobre ha sufrido una decepción terrible tras el desplante de nuestro Martin; es algo que resulta más que evidente. Ha pasado más de un año y todavía no ha sido capaz de superarlo, pobrecilla —había dicho en cierta ocasión Virgilia Hale, mientras holgazaneaba y veía las horas deslizarse desde su diván preferido.

Violet casi espurreó su té. Durante su ausencia, Rebecca la había mantenido convenientemente informada de los avances de su relación con Daniel Masen, por lo que era muy consciente de lo lejos que permanecía Martin Keats de la mente y del corazón de su hermana desde hacía mucho tiempo.

—No creo que Martin haya sido la causa de su regreso a Cypress Lodge, mamá.

La señora hizo oídos sordos a la observación de su hija.

—Seguramente no pudo afrontar la ruptura al encontrarse tan lejos de casa, completamente sola y sin columnas en las que apoyarse en los momentos de debilidad. Y se vio en la necesidad de volver. —Meneó la cabeza con reprobación—. En realidad, nunca debería haberse ido, siempre lo he dicho.

—¿Tú crees que la ruptura de ese compromiso resulta realmente un hecho tan lamentable? —Violet no podía ocultar su arraigado desprecio por aquel estúpido caballero. ¿Y por qué diablos todavía seguía presente en sus conversaciones tanto tiempo después?—. ¡Yo creo que ha sido toda una liberación!

—Un compromiso fallido siempre resulta lamentable para cualquier jovencita con un mínimo de sentido común, Violet; te ruego que no hables de asuntos que desconoces por completo.

Con semejante sentencia pretendía dar por zanjado cualquier posibilidad de discusión. Fuere cual fuere la causa que las dos mujeres atribuyeran a la insondable tristeza de Rebecca, acertadamente o no, el caso es que la joven continuó sin revelar el menor indicio de sus pensamientos más íntimos. Por las mañanas, y tras un frugal desayuno carente de discursiva o sonrisas que ofrecieran un mínimo de esperanza de

recuperación, la joven salía a caminar y se ensimismaba como nunca en la belleza natural del condado. Nadie era capaz de imaginar que, mientras perdía la mirada en la vasta campiña que extendía su verde manto hasta más allá de donde alcanzaba la vista, esperaba distinguir los coloridos bultos en movimiento que conformaban los esclavos al trabajar en silencio o bajo el arrullo de sus cánticos religiosos. Tampoco nadie sería capaz de intuir siquiera que, cada vez que distinguía a un jinete acercarse al galope, esperaba, aterrada, descubrir la silueta de aquel pérfido tirano y que empuñara su látigo contra ella o contra cualquiera que se cruzara en su camino.

Después de comer, sumida en un silencio idéntico al manifestado durante la mañana, abandonaba de nuevo la casa, como si el estar encerrada entre cuatro paredes supusiera para ella un castigo insoportable. Se sentaba durante horas bajo la sombra de los robles y contemplaba las nubes de algodón, densas y violáceas, que se formaban en lo alto de la bóveda celestial que amenazaba con llover. Y, en esos momentos, recordaba los cañaverales, la pasarela sobre el río, los nidos de las golondrinas y los ahora lejanos momentos de intimidad y sueños por cumplir compartidos con Daniel. Cuando el día recogía finalmente su manto, cuando la noche se cernía sobre Cypress Lodge, la joven se encerraba en la biblioteca para sentarse frente al fuego y jugar absorta con la ceniza; gastaba, así, las horas sin hacer otra cosa más que contemplar ensimismada, como una demente de mirada fija y aliento débil, las crepitantes lenguas de fuego que devoraban los leños de la chimenea. Recordaba entonces que, a esa misma hora, del otro lado del océano, una familia humilde compartía sus escasos víveres delante de un precario fuego sin chimenea. Víveres que ella, cada pocos días, había renovado con sus visitas furtivas al anochecer. Recordarlo no hacía otra cosa más que llenar de lágrimas sus ojos.

La vida parecía no albergar el menor aliciente para ella, salvo cuando el mozo del correo hacía sonar la campanilla del portón principal para anunciar su llegada. Entonces, un júbilo repentino, un correteo precipitado y un brillo de esperanza hacían resplandecer el rostro de la muchacha con el fulgor de la ilusión. Un resplandor que resultaba tan fugaz como doloroso, puesto que no tardaba en ser velado completamente por una sombra más funesta y devastadora que la que la había envuelto al principio. Porque, sin duda, la sombra de la decepción resulta más fulminante cuando previamente alguien ha tratado de aplacarla con falsas esperanzas.

Cientos de cartas, cuyo encabezamiento comenzaba con un doloroso «Te necesito»; «Necesito saber de ti, necesito saber que sigues ahí para mí»; y terminaban con un: «Me moriré sin ti»; «Mi corazón dejará de latir si tú no lo avivas con tu presencia», habían agonizado arrugadas bajo las lenguas de fuego de la chimenea sin haber visto jamás la luz del día. Pese a su desesperación, pese a su agonía diaria, la remitente de dichas cartas lejos estaba de desear convertirse en una carga para su amado; no deseaba transmitirle su pesar, agobiarlo con sus romanticismos en tiempos tan duros como los presentes y convertirse en una complicación más en la ya complicada existencia de aquel joven revolucionario.

De este modo, se sucedieron las semanas sin que Rebecca mostrara más entusiasmo y color en el rostro que el que mostraría un alma en pena recién despojada de su mortaja. Y aprendió, con paciencia y resignación, a tragarse el dolor como se traga un bocado de hiel amarga, sufría en silencio su mal de amores como una perfecta Eloísa o una valiente Julieta.

Cierta tarde en la que la joven había consentido que Violet la acompañara durante uno de sus paseos, sentadas ambas sobre un altozano, contemplaban en silencio el fértil esplendor de la campiña.

—No es justo que te castigues al tragarte tu dolor —empezó a hablar la menor de las hermanas.

—¿No es justo para quién? —preguntó Rebecca sin apartar la mirada de los prados que se extendían ante ellas.

—No es justo para ti; acabarás por ahogarte en tu amargura hasta convertirte en una persona resentida y sin vida. —Volvió el rostro hacia su hermana—. Y no es justo para nosotras porque te queremos y sufrimos con tu dolor.

—No deseo que nadie sufra por mi culpa. He visto ya demasiado sufrimiento como para desear infringírselo a los demás.

—¡Resulta inevitable viendo en lo que te has convertido desde tu regreso de Estados Unidos! —exclamó Violet y golpeó el suelo con el puño—. ¡Maldita sea, mírate: cualquier día caerás enferma! —Rebecca ladeó el rostro para observar a su hermana con un semblante carente de expresión—. Dime que todo esto es por culpa de Keats, y te diré que eres la mujer más absurda y estúpida del mundo. —Su hermana mayor mostró una débil sonrisa ladeada—. Dime que tu melancolía obedece a otras causas y trataré de entenderte.

Ante la velada alusión a Daniel, Rebecca replegó los labios al interior de la boca e inhaló profundamente e inflamó sus pulmones con el tibio aire del atardecer. En el interior de sus párpados, un intenso picor anunció la cercanía de las lágrimas.

—Por supuesto que no es por Martin.

Violet, por toda respuesta, atrapó la mano de su hermana y se la llevó a los labios para cubrirla de besos.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no podías dejarte morir a causa de ese estúpido!

—Hace demasiado tiempo que Martin ha dejado de importarme, Violet. En realidad, apenas he pensado un segundo en él durante mi estancia en Carolina del Sur.

—Entonces, se trata de él, ¿verdad? ¿Se trata de Daniel?

La mayor sintió cómo el agujero de su pecho palpitaba y se hacía más grande a cada instante. Tanto y tan grande era ya, que apenas dejaba espacio para el corazón y los pulmones. Y, sin corazón o pulmones, nadie es capaz de sobrevivir.

—¿Por qué has regresado? —Con un aire maternal que distaba mucho de su condición de hermana pequeña, tomó la barbilla de Rebecca y la obligó a encararla—. ¿Qué ha sucedido? Dime la verdad. ¿Tu corazón está roto?

Ella inclinó la mirada, avergonzada ante la debilidad, y se rindió a la brutal

acometida de las lágrimas. No podía hablar, en ese momento, un nudo se le atravesaba en la garganta como un maldito hueso de pollo. Rogó que su hermana, a través de esas incómodas preguntas, no la forzara a aflojarlo y escupirlo de un fuerte tosido.

—¿Por qué has regresado a Inglaterra, así de repente? —Rebecca inclinó el rostro con desesperación para ocultar su llanto. ¿Acaso Violet no era consciente de lo doloroso que resultaba para ella aquel inútil interrogatorio?—. Había pasado tanto tiempo desde tu partida que ya imaginábamos que no volveríamos a verte pronto. Me había resignado y todo a tener una hermana americana. —Sonrió de forma aviesa—. Y, de repente, un día, a principios de año, escribes para decir que estás hospedada en Charleston a la espera de la llegada de un barco y que vuelves a casa. —Violet esbozó esta vez una sonrisa cáustica—. A mí ya me olió mal que esta vez escribieras a mamá para avisar de tu llegada. Siempre me escribías a mí.

Rebecca sorbió por la nariz y trató de enderezar la postura. Sus hombros, doblegados hacia delante, formaban una expresiva evidencia del abatimiento que le dominaba el alma.

—¿Ha pasado algo malo?

La mayor de las Hale cerró los ojos y trató de frenar la aparición de las lágrimas, intentó forzarse a mantener un apremiante halo de dignidad; pero no importaba la fuerza con la que pretendiera retenerlas o la apariencia digna que quisiera ofrecer ante su hermana, puesto que cuanto más se obligaba a mantener los párpados cerrados, con mayor fuerza le surgían las lágrimas de los ojos enrojecidos y con mayor profundidad los sollozos de la garganta quebrada.

—No puedo decírtelo.

—¡Oh, vamos! ¿Por qué?

«Para mantener tu inocencia y tu cordura a salvo.»

—No quiero que te preocupes por mí.

—¿En serio? ¡Has llegado un poco tarde, maldita sea! —vociferó Violet; las mejillas se le mancharon de escarlata—. ¡Llevo preocupándome por ti desde aquella primera carta en la que decías que Old Oak era un infierno y Jeremiah Masen un auténtico demonio! —Su tono de voz se debilitó—. No pude quitarme jamás esas dichosas letras de la cabeza.

La mujer se estremeció de forma involuntaria al recordar a Jeremiah Masen, cuya imagen se perfilaba todavía en su memoria como la representación de un demonio reencarnado. Ni la distancia, ni el tiempo transcurrido habían sido capaces de desdibujar, apenas un ápice, el horrible recuerdo de un ser tan perverso como aquel.

—No serías capaz de imaginar toda la barbarie que he presenciado en sus dominios, hermana. —Rebecca hablaba con la mirada cosida al frente, mientras sus lágrimas no cesaban de manarle de los ojos como de un surtidor—. Ese hombre es la viva representación del mal. No se ajusta en absoluto a la idea del caballero sureño que todos tenemos en la cabeza.



—¿Acaso no existe ningún tipo de justicia? ¿Acaso se puede jugar de ese modo con las vidas de otros seres humanos y permanecer impune? No lo entiendo. ¿Nadie hace nada?

Rebecca sintió una punzada de ternura ante la ingenuidad que mostraba su hermana pequeña. La misma ingenuidad que ella había mostrado la primera vez que enfrentó a la cruda realidad y la recibió en pleno rostro como un balde de agua fría.

—Es una mentalidad diferente, Violet. Allí es habitual que un hombre poderoso posea esclavos. Son de su propiedad, como un perro o una gallina. Y, de hecho, hablan delante de ellos como si lo hicieran delante de una mesa o de una silla. Si nuestro vecino, el señor Harris, apaleara a su perro o rompiera las cuatro patas de su sillón orejero, el lord Chancellor no se molestaría en venir al pueblo y amonestarlos, ¿verdad?

Violet parpadeó en silencio.

—Resulta tan horrible, Rebecca, tanto...

La mayor la miró enternecida.

—Esto mismo lo vivimos aquí en su día, cariño. En Inglaterra también hubo esclavos; en las galeras y en las colonias británicas; pero por fortuna la esclavitud se abolió aquí hace mucho, mucho tiempo. Si te soy sincera, jamás creí que algo tan primitivo y cruel, se mantuviera vigente aún en un lugar como Estados Unidos, que consideraba tan desarrollado.

—Es realmente penoso. Lo que me contabas en tus cartas resulta... —Meneó la cabeza con disgusto—. Parecía sacado de una novela gótica.

—El tema de la esclavitud es uno de los eternos puntos de discordia que mantiene separado el Norte del Sur. La tensión entre ellos desde la ejecución de Brown es extrema y casi insostenible. Pero se trata solamente de una de las cuestiones que los mantiene enfrentados. Lo peor es que todos ellos consideran que, a esta altura, lo único que puede cambiarlo todo es una guerra.

Violet dejó escapar el aire en un silbido.

—¡Una guerra! ¿Acabarán por levantarse hermanos contra hermanos?

—Lo harán, no me cabe la menor duda de ello.

La menor de las Hale suspiró mientras Rebecca limpiaba la humedad de su rostro a pequeños golpecitos y con la yema de los dedos.

—¿Y qué pasará con Daniel?

La mayor la miró interrogante.

—¿Cuánto tiempo más continuará escondiéndose?

Rebecca enarcó las cejas para mostrar su incredulidad ante las palabras de su hermana. Del mismo modo, abrió la boca como un pez arrojado de un manotazo fuera del agua, pero volvió a cerrarla de inmediato sin haber emitido ningún sonido más allá de mudos balbuceos.

—¿No lo entiendes? —Sus mejillas se habían teñido de escarlata, tal era su indignación—. ¡Daniel tuvo que huir después del asunto de Harpers Ferry! Alguien lo

involucró en el asalto; uno de los apresados mencionó que Daniel Masen se había reunido con ellos en la granja días antes de la toma del arsenal. Si hubiera permanecido en el Sur, lo habrían juzgado sin posibilidad alguna de defensa. Habría sido ejecutado al lado del señor Brown y sus aliados, acusado de traición y asesinato. ¡Era huir o morir! Me habría encantado reunirme con él, pero eso habría sido delatarlo.

—Pero me contaste que todo eso había quedado aclarado y que su inocencia, en lo que respecta a su participación en el asalto, había sido demostrada.

—Así es. Sus amigos y él mismo escribieron a miembros importantes del gobierno, al presidente en persona incluso. —Inhaló en profundidad intentando serenarse—. Pero ha sido preferible permanecer exiliado durante un tiempo prudencial; los sureños se han mostrado muy exaltados en los últimos meses, se han levantado en diversas ciudades para reclamar su desvinculación definitiva del Norte. Daniel es un abolicionista reconocido, lo mejor era mantenerse alejado del tumulto.

—Perdóname, Rebecca, pero no lo entiendo.

La aludida la miró interrogante durante un largo segundo.

—Si se ha demostrado su inocencia, si te ama tanto como dice, ¿por qué ha permanecido lejos de ti durante todo este tiempo?

La mayor contuvo la respiración. Acto seguido abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato ante la ausencia de alegatos.

—En la plantación, y con los nervios a flor de piel debido a la inminente ejecución del líder de su causa, la correspondencia resultaba peligrosa. Los sirvientes podían sospechar de un caballero de Canadá que me escribiera de forma asidua. Al fin y al cabo, yo no conocía a nadie en Estados Unidos y nadie estaba al tanto de nuestra relación. Debíamos ser discretos.

—¿Y por qué no ha ido a buscarte, tal y como te prometió? Hace un año que no le ves, un año en el que apenas has sabido de él.

—Me escribe siempre que puede, Violet, siempre que esta maldita distancia lo permite y su condición de exiliado lo considera oportuno. ¡Ojalá las cartas tuvieran alas para poder cruzar el océano en un abrir y cerrar de ojos! —Suspiró en profundidad—. Pero, por desgracia, nuestros anhelos corren más veloces que el servicio postal.

Violet negó con la cabeza, y Rebecca sintió cómo sus mejillas ardían, de seguro, con la misma intensidad que sus entrañas.

—¡Y aunque jamás me hubiera escrito, hermana, te juro que yo permanecería fiel a nuestra promesa, fiel e imperturbable como el faro del poeta, fiel al recuerdo de nuestro amor! Porque lo amo más que a mi vida.

—¿No te estarás equivocando?

Rebecca la miró espantada. Sin pensarlo dos veces, y completamente ofendida, se levantó y se alisó la falda con toda la dignidad que su creciente disgusto le permitía.

—¡Tú no lo conoces! —jadeó—. ¡Y tampoco me conoces a mí si eres capaz de

dudar de la fuerza de mi lealtad!

Violet la imitó y se apresuró a sujetarla por el codo con suavidad, a modo de conciliación.

—¿No te estarás aferrando a un amor puramente platónico? No quiero que sufras otra vez.

Rebecca la fulminó con la mirada.

—¡Durante diez años he vivido un amor puramente platónico! ¡Créeme, Violet Hale, sé dónde radica la diferencia! Daniel no es Martin.

—Pero estás confiando a ciegas en la palabra de un hombre al que no ves y del que apenas tienes noticias. ¿Dónde ha estado el mes pasado, dónde se encuentra hoy? ¿Acaso lo sabes?

La mayor se liberó del agarre de su hermana con excesiva brusquedad.

—Tú no lo conoces —repitió—. Daniel es diferente. Tú no has visto el fervor con el que defiende a esa pobre gente. No has visto la necesidad de cambio que alberga en su interior, no has escuchado sus esperanzas en lo que respecta a un país mejor, grande y libre. —Sus mejillas se encendieron ante el ardor de su defensa—. Daría la vida por todas y cada una de las almas de Old Oak sin dudarlo, se enfrentaría a su propia sangre, se enfrentaría a todos los sureños empeñados en defender una causa que consideran justa sin serlo, de ser necesario. Daniel es una gran persona, Violet, un soñador, un bohemio, un idealista.

La menor de las hermanas chasqueó la lengua.

—Y esos ideales son los que han estado a punto de llevarlo a la horca. ¿Es ese el futuro que anhelas? ¿Vivir siempre de un sitio a otro, a salto de mata, al lado de un idealista perseguido por su propia gente?

Durante más tiempo del necesario, Rebecca miró a su hermana con aprensión. Estuvo tentada de cruzar los brazos sobre el pecho a modo de barrera defensiva, abandonar el lugar a buen paso y dejarla atrás, boquiabierta y atónita, sin necesidad de justificarse ante sus propios actos y ante su indómita conducta. Su enfado era tan grande que solo podía equipararse a la decepción que le oprimía el pecho.

Hasta que poco a poco la arruga de su entrecejo se difuminó, y la oscuridad fue despejándose en sus pupilas para dar paso a una mirada rebosante de condescendencia. Un largo suspiro corroboró la conclusión que habían alcanzado sus pensamientos. En silencio, enlazó su brazo con el de su hermana menor y tiró de ella suavemente en dirección a la rectoría.

—No eres capaz de entenderlo, Violet. —Acunó con la mano la mejilla de la muchacha—. Te comprendo. Tan solo quien ha descendido a los infiernos es capaz de entender el sufrimiento que encierran y el desesperado proceder de sus condenados con tal de salvar su alma. Por lo que a mí respecta, ojalá no te veas en la necesidad de comprenderlo nunca.

## CAPÍTULO 19

Cierto día, Violet irrumpió en la biblioteca, ocupada exclusivamente en esas horas por su hermana mayor, con un arrugado ejemplar de prensa en la mano. A pesar de los agitados aspavientos de la joven, Rebecca pudo observar de forma fugaz que se trataba de *The Times* londinense.

—¡No te imaginas lo que ha sucedido! —jadeó y se llevó una mano al pecho para intentar recuperar el oxígeno perdido.

Rebecca dejó sobre el regazo el libro que estaba leyendo y fijó en ella una mirada interrogante.

—¿Daniel no te ha escrito?

Negó con la cabeza, ceñuda.

—¡No te imaginas lo que ha sucedido! —repitió.

La mayor la agarró por uno de los pliegues de tela de la falda y tiró de ella.

—¡Habla de una vez o, de lo contrario, déjame proseguir con mi lectura! No estoy de humor para acertijos.

Violet se apresuró a arrodillarse frente a ella, se sentó sobre las pantorrillas y se inclinó hacia su hermana todo lo posible. Dobló el enorme ejemplar hasta convertirlo en un recuadro de tamaño mediano y se aclaró la voz antes de empezar a leer con voz trémula:

—«Un cañonazo ha dividido al pueblo americano. Ha sido disparado por los sureños sobre Fuerte Sumter, una islita fortificada de bandera estrellada situada frente a Charleston. Las tropas confederadas han obligado a los soldados a abandonar el fortín, encabezados por el mayor Anderson, que llevaron consigo la bandera de los Estados Unidos hecha jirones. Abandonaron el fuerte en un navío, ante los alaridos victoriosos de todos los presentes. Acto seguido, los confederados tomaron el fortín. El país está en pie de guerra.» —Rebecca jadeó. El libro se deslizó entre los pliegues de la falda para caer al suelo con un sonido seco—. «A pesar de todo, gracias a Dios, ni muertos, ni heridos. Las calles de Charleston recuerdan a las de París en tiempos de la Revolución. Hombres armados y uniformados patrullan las calles, cantan y proclaman una victoria obtenida sin derramamiento de sangre. En las tabernas, se aglutinan borrachos; todos parecen haberse vuelto locos ante esta primera acometida. Blasfemias e injurias contra los yanquis, ansias de triunfo y, sobre todo, la certeza de derrotar a sus vecinos del Norte con una victoria absoluta. Las banderas de la secesión ondean en todas las ventanas, en los campanarios, en las cimas de los mástiles y hasta en las astas de los barcos. Desde los balcones, las mujeres y los niños alientan a las tropas vestidas de gris. ¿Acaso la vieja Unión ha muerto al fin?»

El rostro de Rebecca se tornó lívido y sin vida, con la salvedad de la osada lágrima que le descendió en solitario por la mejilla a una velocidad vertiginosa.

—Ha sucedido al fin... —Fue lo único que pudo articular a duras penas—. Se ha desatado el infierno.

Violet se obligó a tragar saliva.

—¿Qué va a pasar ahora?

Rebecca continuaba inmóvil en el asiento, tan erguida e impasible como una muñeca de porcelana a la que han sentado sobre una silla a la espera de actividad.

—¿Qué va a pasar con Daniel? —insistió.

Ante la mención de aquel nombre que adoraba, parpadeó con nerviosismo y se obligó a volver a la vida para morir de nuevo. Fijó en su hermana menor una mirada desencajada y rebosante de terror.

—No lo sé.

Una lágrima, una sola, se deslizó por su rostro para dejarse morir en la temblorosa y blanca superficie de los labios.

Como si se tratara de una señal de la Divina Providencia, Daniel mostró signos de vida apenas unos días después, a través de una extensa carta en cuyo sobre enviaba, además, un mechón de cabello, un recorte de tela azul oscuro y un par de brillantes botones dorados. Rebecca corrió a refugiarse en la intimidad de su alcoba para devorar el contenido de aquel tesoro que sostenía entre sus manos y apretaba contra el pecho. Su aliento era tan escaso; su pulso, tan violento en el instante en el que se sentó en el borde de la cama para principiar la lectura que tuvo que obligarse a acompañar la respiración. Inhaló y exhaló en profundidad un par de veces, a riesgo de caer infartada o víctima de una arritmia mortal. Sus manos temblaban de tal forma que durante un buen rato fue incapaz de leer nada, tal era el modo en el que danzaban las líneas de tinta ante sus ojos.

Lamento haber demorado esta carta tanto tiempo, vida mía, y dejarte sola en la desdicha, pero las cosas están al límite por aquí. No sé si te habrán llegado noticias de lo que sucede, pero el país está en guerra; contra eso, nada se puede. Ahora ya es oficial. Y es ahora cuando me siento infinitamente más tranquilo al saberte a salvo en Inglaterra. De haber permanecido todavía aquí, yo mismo te habría enviado a tu país en el primer vapor, con tal de mantenerte lejos de lo que se ha convertido en el prólogo de una guerra anunciada.

Los rebeldes han iniciado este caos con el bombardeo al Fuerte Sumter, comandados por Beauregard. La secesión es un hecho. Nuestro recién elegido presidente los llamará a cuentas, de eso no te quepa la menor duda. Acaba de cerrar todos los puertos sureños, ya pueden

olvidarse de su querido Rey Algodón. Ese atajo de insensatos se arrepentirá de haber provocado al enemigo equivocado.

Jefferson Davis, el recién proclamado presidente de los Estados Confederados, ha reunido veintidós mil soldados para luchar por la independencia del Sur. Lincoln hizo un llamamiento a los estados del Norte solicitando setenta y cinco mil voluntarios para acabar con la insurrección y preservar la Unión. Muchos colonos alemanes y franceses han acudido al llamamiento, además de otros muchos nordistas patrióticos. Me temo que el Sur no tendrá mucho que hacer frente a las tropas federales.

Yo mismo acabo de alistarme con el ejército de la Unión, el único legítimo, y lucharé por defender los derechos de este país y los de sus ciudadanos, sea cual sea el color de su piel.

Rebecca cubrió la boca con una mano y contuvo un jadeo. El corazón estaba a punto de salirse por la boca.

En Virginia acaba de tener lugar una pequeña revuelta y los confederados han tomado ventaja, por lo que sus lazos con el Norte han quedado definitivamente rotos; acaban de erigirse como un estado soberano e independiente. A los siete estados confederados, después de la bravata de Virginia, se les han unido Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte. Se ve que no perdonan que nuestro ejército iniciara una represión legítima para recuperar Sumter.

Por fortuna, el Norte parece enteramente unificado y cuenta con una verdadera fuerza armada para detener a los rebeldes. Somos conscientes de que hay sureños que no desean esta guerra, pero también sabemos que son orgullosos, testarudos, y que lucharán por la confederación, por defender la legitimidad de un asunto en el que saben que no tienen la razón.

Me han dicho que Jeremiah ha sido requerido por el gobierno, en honor a su rango militar, para reclutar una milicia en su distrito y prepararlos para la guerra. No temas, mi ángel, estoy convencido de que será una batalla breve. No tienen nada que hacer contra nosotros. No poseen ni hombres ni armamento.

No tengo tiempo para decirte nada más; tenme presente en tus oraciones y que Dios te guarde y te proteja. No me olvides, preferiría morir mil veces en el campo de batalla a tener la certeza de que tu corazón está frío.

Tuyo tiernamente,  
D. M.



## CAPÍTULO 20

Un caballo forastero cabeceaba inquieto y arañaba el suelo en el patio, atado al descuido al tronco de uno de los frutales. El descubrimiento provocó que Rebecca detuviera sus pasos con brusquedad en medio del atrio, permaneciera durante un par de segundos quieta y observara al animal mientras la sombra del desconocimiento y la desconfianza le oscurecían la mirada. Acto seguido, desvió la vista hacia la fachada de la rectoría. Violet permanecía tras los cristales de la sala de té, tiesa como un palo, y miraba al exterior con ojos desenfocados. Parecía que buscaba algo o a alguien, con una desesperación tan solo digna del náufrago que necesita encontrar un tablón para salvarse de morir ahogado.

Cuando divisó a Rebecca acercarse a la casa después de uno de sus habituales paseos, compuso con los labios una y otra vez, con perfecta nitidez, aunque con un gesto sobradamente exagerado, un único y mudo vocablo: «¡No!» Ningún otro músculo se alteró en el rostro, más allá de los generosos labios que exageraron la vocalización o de sus ojos que abandonaron sus órbitas de puro espanto. La estupefacción de Rebecca, a la altura de su desconocimiento, duró apenas una fracción de segundo. El tiempo necesario para parpadear, recobrase del desconcierto inicial y desoír la silenciosa advertencia de Violet. Luego, salvó a buen paso la distancia que la separaba de la sala de té y del extraño comportamiento de su hermana. Fue al cruzar el umbral que lo entendió todo; también el preciso momento en el que su corazón, ya tocado y malherido, corrió serio peligro de hundirse para siempre.

Martin Keats, sombrero en mano y sonrisa temblorosa en ristre, conversaba con Virgilia Hale; sentados ambos ante la intimidad que les concedía un modesto servicio de té acompañado de sus respectivos emparedados de pepino. El caballero permanecía sentado en el borde de la silla, como si con ese gesto pretendiera demostrar lo incómodo de su posición o el temor que albergaba a ser recibido como realmente se merecía. Pero estaba claro que Virgilia Hale resultaba una anfitriona entusiasta y en absoluto rencorosa. La aparición de Rebecca bajo el umbral fue, sin duda, la causante del silencio sepulcral que invadió la estancia y que enmudeció la animada charla de los dos únicos conversadores.

Al encontrarse cara a cara con él, Rebecca no pudo menos que sentirse tan descontenta como contrariada y, desde luego, menos afectada sentimentalmente de lo que el caballero habría deseado. La lividez que acudió a su rostro obedecía, sin duda, al escaso entusiasmo que le provocaba la visión de aquel hombre con el que había estado prometida durante diez años, así como la inquietud acerca de lo que lo habría



llevado a involucrarse de nuevo en sus vidas después de tanto tiempo. Violet, en cambio, menos sutil y bastante más acostumbrada a no fingir sus emociones, recibió a su hermana con una mirada que gritaba a los cuatro vientos un «te lo estaba advirtiendo, boba», mientras se dejaba caer de golpe en la silla más distante a la de su invitado sin ofrecerle siquiera una mínima cortesía.

—Buenas tardes, señorita Hale.

El joven se levantó de su asiento y ofreció una vacilante reverencia a la recién llegada, que respondió con celeridad, aunque evidente indiferencia, a su gesto. No pudo, sin embargo, ofrecerle una respuesta verbal, porque su garganta se encontraba tan seca en ese momento como árido su corazón. ¿Qué diablos estaba haciendo él allí?

—El señor Keats acaba de regresar de su viaje y ha decidido amablemente hacernos una visita. ¿No resulta muy amable de su parte?

Rebecca miró a su madre y, acto seguido, se obligó a mirar a Martin. La mueca de desagrado que compuso no podría pasar desapercibida por más que se empeñaran en obviarla. Sin embargo, ni la señora Hale, ni el señor Keats parecían persuadidos a dejarse influir por la frialdad de la joven.

—Nuestro querido Martin me estaba contando que, pese a las novedades que ha podido descubrir allende los mares, de lo más variopintas, te lo aseguro, nada lo satisface más que estar de nuevo en el hogar.

—Solo le hizo falta un año para percatarse de la valía de lo que dejaba en Inglaterra, ¡qué admirable descubrimiento el suyo! —exclamó Violet desde su rincón sin siquiera dignarse a mirar al caballero.

La señora Hale se obligó a obviar el incisivo comentario de su hija menor al morderse con saña el interior de las mejillas; a continuación, se dirigió a Rebecca en un tono insoportablemente persuasivo.

—Acércate, querida, siéntate a mi lado —palmoteó el asiento vacío para recalcar la petición.

Rebecca obedeció en silencio, con paso vacilante y la mirada perdida. En ese momento, se encontraba tan atolondrada como si se hubiera bebido ella sola media botella de vino de naranja. Los hombros le pesaban como si sobre ellos soportara la carga del mundo; los oídos le zumbaban como si un enjambre de abejas hubiera anidado en su cabeza. Una vez en su sitio, permaneció erguida y con la mirada inclinada: lo más lejos posible de aquella desagradable esfinge de hielo que se sentaba demasiado cerca de ella. La señora Hale se dirigió, entonces, a su querido Martin.

—¿Decía usted que piensa quedarse definitivamente en el condado, señor Keats?

El aludido recuperó la posición en el asiento y principió a hablar con la voz trémula y aguda de siempre, sin dejar de dar vueltas entre las manos al ala de su sombrero. Su gesto medroso contrastaba vivamente con la exagerada sonrisa que adornaba el semblante de la señora Hale.

—Así es; mi padre se encuentra muy delicado del corazón y ha decidido retirarse a Bath a descansar. Por eso, yo tomaré de forma definitiva el relevo en el bufete.

Virgilia Hale abrió unos ojos como platos mientras se dirigía a todas luces a Rebecca, que continuaba perfectamente erguida en el sillón, sin levantar la vista del trenzado de la alfombra.

—¿No resulta maravilloso, querida? ¡El señor Keats va a ser el director de su propio bufete! —El rostro de la joven continuó inexpresivo—. ¡Lo felicito, señor Keats, por un logro tan merecido!

—Sí, después de tantos años resulta esperanzador ver cómo, al fin, acata algún tipo de compromiso —espetó Violet.

La mirada asesina que Virgilia lanzó a su hija menor pareció no surtir ningún efecto en ella.

—Todas nos alegramos mucho de sus logros, señor Keats —continuó con exagerada amabilidad—. Sabe que durante mucho tiempo ha sido usted una persona muy querida en esta casa.

—Me apena que tenga que hablar en pasado de la amistad que disfrutaba entre estos muros, señora Hale, cuando para mí ustedes siguen resultando igual de queridas. —Miró a Rebecca—. O incluso más que antes.

La señora sonrió con lisonja, mientras Violet bufaba como un caballo encerrado en su caballeriza, y Rebecca se obligaba a permanecer absorta en su contemplación del trenzado de la alfombra. Martin estaba demostrando tener muy poca o ninguna vergüenza al hablar de ese modo. Estaba claro que Virgilia Hale tenía todavía menos vergüenza y dignidad que su joven predilecto.

—Comprenderá usted que nos llevará un tiempo recuperarnos de cierto disgusto sufrido hace ya muchos meses —comentó con malicia.

Martin cerró los ojos, inhaló por la nariz y se llevó una mano al pecho para demostrar su sentir, inclinó la cabeza y entonó un silencioso y ridículo mea culpa. Rebecca tuvo que hacer un esfuerzo encomiable para mantener intacta su presencia de ánimo, tal era su indignación ante la interpretación de aquel embustero. Después de todos esos años, estaba segura de haberlo desenmascarado ya. ¿A quién pretendía engañar ahora?

—Aunque le aseguro que estaremos muy dispuestas a dejarnos persuadir por sus atenciones si usted se muestra lo suficientemente interesado.

Rebecca frunció el ceño y notó, con gran disgusto, cómo sus mejillas se manchaban de escarlata. ¿Qué? ¿Acaso su madre se había vuelto loca de remate? Su vergüenza tan solo podría ser comparable a su indignación.

—Haré todo lo necesario para recuperar el favor de esta familia, señora Hale, y para resarcirlas de los agravios pasados. Le aseguro que ahora soy un hombre nuevo, un hombre cabal, que sabe lo que quiere en esta vida. Antes era tan solo un chiquillo inexperto.

—Me complace mucho oír eso, querido señor Keats.

Para corroborar sus palabras, se inclinó sobre la mesa auxiliar y sirvió un poco de té en la taza vacía del caballero. Violet se levantó indignada y se acercó a la chimenea para fingir avivar el aletargado fuego. Necesitaba liberar su furia; en ese momento, nada mejor que un atizador y unos sufridos leños para desahogarse. Con gusto se daría la vuelta y estamparía el hierro en la cara de aquel lechuguino que ahora se deshacía en lisonjas hacia ellas. ¡Maldita sea! ¿Acaso su madre iba a resultar tan crédula como para comprar sus mentiras? Ciertamente que el cretino se había molestado en cocinarlas a conciencia y servir las en bandeja de plata, ¡pero por su vida que esperaba que las dos mujeres no cayeran en la trampa de comérselas de un solo bocado, acompañándolas, además, con gratitudes y amplias sonrisas!

—Para demostrarle que mis intenciones son serias me gustaría, si es posible... — En este punto, el caballero vaciló un instante, retocó cruelmente el ala del sombrero entre sus manos y ladeó su cuerpo en dirección al asiento que ocupaba la señorita Hale—. Me gustaría, invitar a la señorita Hale a disfrutar de un agradable paseo por los jardines, si todavía tiene a bien agasajarme con su compañía.

Rebecca alzó los ojos en el acto; sintió cómo el color congestionaba su rostro y el corazón se volvía loco en su pecho. Su primera reacción fue mirar a Violet con la desesperación pintada en las pupilas. La joven, parada frente a la chimenea, negaba con la cabeza con escaso disimulo; a continuación, miró a su madre, que seguía sonriendo con fastidiosa zalamería. Sin duda, la señora Hale se encontraba más inflada que un pavo real.

—¿Un paseo? —consiguió balbucear—. ¿Por qué? ¿Para qué?

La señora Hale le devolvió una expresión que recordaría a la de una oveja a la que hubieran despojado de su lana y fuera consciente de su desnudez.

—¿Cómo que «para qué»? —rumió entre dientes—. ¿Acaso vas a negar a nuestro Martin un simple paseo?

—No nos alejaremos, señorita Hale; tan solo caminaremos bajo el sendero de hayas si a usted le parece bien —insistió él.

Rebecca lo miró perpleja.

—Te hará bien un pequeño paseo, querida. —Virgilia Hale la sujetó por el antebrazo, que apretó demasiado, y le dio un empujoncito sin ningún disimulo—. El sol no está ya tan bajo y su calidez le sentará bien a tus huesos. —Luego, se dirigió al joven—: Rebecca también acaba de regresar de los Estados Unidos, ¿sabe usted? Me temo que su salud no es en estos momentos tan vigorosa como nos gustaría.

—Lamento oír eso. —Se levantó con inmoderada efusividad, se cuadró frente a la joven y le ofreció el brazo como apoyo—. ¿Qué me dice entonces? Un pequeño paseo no puede hacerle ningún mal.

No podía comprenderlo. Por más que tratara de encontrarle sentido en su cabeza y por más que se esforzara en comprender lo que discurría por la de aquel hombre, no

era capaz de entender lo que Martin Keats pretendía ahora con su visita. ¡Y sobre todo al solicitar un paseo completamente a solas! Había pasado mucho tiempo desde que la había abandonado de forma repentina a través de una humillante carta, una carta en la que le dejaba muy claro que sus intenciones de ver mundo y descubrir nuevas posibilidades se anteponían a cualquier atadura que limitara semejante libertad. No le había importado el dolor que sus letras pudieran causarle, ni la humillación pública a la que la exponía con la ruptura de su perpetuo compromiso. Ahora, sin embargo, pretendía regresar como si tal cosa, y manifestaba que sus afectos y sus inclinaciones continuaban intactos, cuando no superiores en consideración. ¡Intolerable!

—Lamento mucho oír que se encuentra usted mal de salud, señorita Hale.

Martin fue el primero en romper el silencio bajo el retirado sendero de hayas. Rebecca alzó la vista de la grava del camino para mirarlo de soslayo durante un breve segundo. El caballero que caminaba a su lado era un joven alto y delgado. Su cabello del color del sol, excesivamente corto, permanecía peinado hacia adelante de tal forma que cada mechón le enmarcaba cuidadosamente el rostro.

—No haga caso a mi madre, ya sabe que tiende a exagerar las cosas. Me encuentro perfectamente bien —respondió con sequedad—. Tan solo un poco cansada.

—No se imagina cuánto me alegra oír eso. El cansancio se alivia con buenas dosis de descanso y tranquilidad, lo que no ha de faltarle en un lugar como Cypress Lodge. —Inclinó la cabeza y la volvió hacia su interlocutora mientras sonreía con exagerada complacencia—. ¿Y qué ha ido a hacer a América, si puede saberse? Aún no atino a comprenderlo.

Ahí estaba de nuevo, el yugo que Martin Keats pretendía seguir ciñendo sobre ella, como siempre había hecho, aún ahora cuando no disponía de ninguna licencia para continuar haciéndolo. A solas, en la intimidad conferida por aquel paseo, su tono volvía a destilar la misma supremacía y arrogancia de siempre, el mismo deseo de controlar todo lo que le rodeaba, incluidas, por supuesto, las personas que permanecían en un radio cercano. Su mirada seguía siendo tan calculadora y fría como recordaba. Pero esta vez, ella ya no era la misma.

«¿Qué he ido a hacer? ¿Tú qué crees? ¡Escapar de la vergüenza en la que me habías hundido, cretino!»

—He estado trabajando como institutriz en una plantación de Carolina del Sur.

Una punzada de rebeldía acompañó sus palabras. «¿No lo esperabas? ¿Me habías imaginado llorándote en silencio en el mismo sitio en el que me habías dejado?»

—¿Trabajando? —Arrugó la nariz—. ¡Qué inconveniente resulta en una joven, si me permite decirlo!

Rebecca infló el pecho en un arrebato de orgullo y rebeldía.

—No existe deshonra alguna en el trabajo, si me permite decirlo —respondió burlona. Él respondió a su sarcasmo enrojando levemente—. ¿Y usted? ¿Por qué

ha decidido regresar justo ahora?

Martin inclinó la cabeza y fijó la mirada en la punta de sus lustradas botas, seguramente la última moda de ultramar.

—La situación allí se había vuelto insostenible. Ha estallado la guerra, ¿no lo sabía? Decidí venirme y dejar que se mataran entre ellos. —Sonrió con arrogancia—. Al fin y al cabo, para un inglés no importan los estrafalarios asuntos de los americanos.

Rebecca sintió los vapores de la indignación acalorarle el pecho. Sin duda, en esos momentos, y más que nunca, percibió las grandes diferencias existentes entre Daniel y Martin. Daniel era un caballero, un auténtico patriota dispuesto a luchar en el frente por defender sus ideales, aun cuando el ejército quedaba muy lejos de sus prioridades. Mientras que Martin era tan solo un cobarde acostumbrado a cobijarse bajo la sombra del árbol más conveniente.

—Eso he oído. También que ambos bandos vaticinan una guerra corta.

El caballero soltó una risotada.

—¿En serio lo cree? Permítame decirle que no tiene ni idea. —Rebecca, de forma disimulada, puso los ojos en blanco—. Durante mi estancia en ultramar, he podido comprobar que, si del cielo cayeran albardas, muy pocas llegarían al suelo, señorita Hale. —Aprovechó esa pausa para atusarse convenientemente las patillas—. Estoy convencido de que esos salvajes no pararán hasta que se maten los unos a los otros. ¡Y todo por unos miserables esclavos! ¿A quién diablos le importan?

Rebecca sintió una nueva oleada de indignación ascender desde lo más profundo de sus entrañas. Martin, que confundió, sin duda, el origen de los rubores que teñían las mejillas de su acompañante, se detuvo de pronto para sujetarla por el codo y obligarla a interrumpir el paseo.

—Dime la verdad, Rebecca. —La joven jadeó, sorprendida ante el repentino tono íntimo que empleó para dirigirse a ella—. ¿Por qué te has ido a Estados Unidos a servir a unos completos desconocidos?

Rebecca frunció el ceño, se sintió, de pronto, en la desagradable necesidad de justificarse, como una niña pequeña a la que un adulto regañara.

—Necesitaba salir de aquí.

—Desconocía que fueras tan orgullosa.

—¡No he actuado impulsada por el orgullo! —se defendió con ardor y, a continuación, bajó la voz—. Tan solo necesitaba despejarme y olvidarme de todo.

—¿Incluso de mí? ¿O *sobre todo* de mí?

Rebecca lo miró perpleja. Trató en vano de liberarse de la mano del joven, cerrada con excesiva fuerza sobre su codo. Aquel contacto resultaba tan inusual. Martin siempre había evitado todo contacto físico innecesario entre ellos. Jamás la había tocado más allá de lo exigido en un baile o durante un paseo, ¡y ni hablar de un beso fortuito, una caricia o un abrazo ofrecido de forma fugaz! Siempre los había evitado, como si cualquier contacto con ella le provocara náuseas.

—¿Acaso importa?

—A mí sí.

Dio un fuerte tirón, aunque no lo suficientemente contundente para liberarse. Frustrada, alzó la barbilla para encararlo.

—¿A dónde pretende llegar con esta conversación, señor Keats? —siseó, insistía en mantener el tratamiento de cortesía con la máxima frialdad.

—Necesito saber si ya te has olvidado de mí —dijo casi en un susurro.

Forcejeó de nuevo, pero, aunque Martin no era en absoluto fornido, su repentina insistencia y el tesón de su agarre resultaban sorprendentes.

—¿Qué importancia puede tener en este momento? —explotó, al borde de las lágrimas—. ¿No era eso lo que usted quería? En su carta me instaba a olvidarlo, me decía que sería conveniente que ambos olvidáramos los diez años de relación y pasáramos página en nuestras vidas.

—¡Y qué obediente has sido, Rebecca Hale! Te han bastado estos meses para borrarlo todo de un manotazo, ¿verdad? —Martin la soltó por fin con demasiada violencia, destilaba desprecio en cada una de sus palabras—. No puedo creer que tus sentimientos resultaran tan inconstantes.

Tras agasajarla con una furibunda mirada rebotante de desprecio, empezó a caminar a grandes zancadas y dejó atrás a la estupefacta joven. Rebecca lo observó alejarse sin ser capaz de parpadear o cerrar la boca, abierta de par en par ante el asombro y el pismo de su propietaria. ¿De qué diablos estaba hablando? ¿A cuento de qué se atrevía ahora a remover el pasado y eximirse a sí mismo de toda culpa? ¡Por su vida que de buena gana le daría de bofetadas hasta que le dolieran los pulsos! Enfurruñada y rabiosa, echó a andar hacia él hasta conseguir posicionarse a su lado.

—¿Cómo se atreve? ¡No puede acusarme de ser inconstante en mis sentimientos cuando ha sido usted el que ha tirado por tierra diez años de compromiso! ¡Yo me habría casado con usted si me lo hubiera pedido! —En sus pestañas azafranadas brillaron las lágrimas—. Y por Dios que viví mucho tiempo deseando que me lo pidiera.

—No te creo, Rebecca, no puedo creerte después de haberme demostrado que tan solo bastó este tiempo para borrar el afecto alimentado durante una década.

—¡Yo habría mantenido mi palabra sin dudarlo!

Llegados a ese punto Martin se detuvo. Su inesperada parada obligó a Rebecca a detenerse varios pasos por delante de él; de inmediato, en una amplia zancada, Martin la alcanzó y se posicionó cara a cara ante ella.

—¡Demuéstralo! —retó arrastrando las palabras.

Rebecca parpadeó con nerviosismo sin acabar de comprender.

—¿Qué quiere decir?

—Acéptame nuevamente, y te prometo que nos casaremos antes de un mes.

Jadeó para contener una risa nerviosa, parpadeó, meneó la cabeza con escepticismo, volvió a jadear y se llevó las manos a la helada frente para despejar

el batiburrillo de pensamientos que se agolpaban en su interior.

—Las cosas no suceden de ese modo, señor Keats.

—¿Por qué no? Tienes casi treinta años, ¿acaso esperas recibir una proposición mejor?

¿Ese era su modus operandi? ¿Pretendía ganarse su afecto al humillarla? Se mordió el interior de las mejillas, y el salado sabor de la sangre no se hizo esperar en su boca.

—Quizás no desee recibir una proposición suya en estos momentos, ¿no lo ha pensado?

Martin se carcajeó descaradamente y se dobló por la cintura hasta casi tocar el suelo ante las insultantes acometidas de sus risotadas.

—¡No seas ridícula! —consiguió decir entre jadeos al cabo de un rato—. ¿Pretendes acaso convertirte en una vieja solterona y morirte de asco en ese caserón? —Rebecca se abrazó a sí misma y se rindió al intenso picor que se fraguaba detrás de sus párpados. Una soledad inmensa, inquietante, se cernió de pronto sobre ella—. No voy a esperarte eternamente, Rebecca, así que olvídate de hacerte de rogar y medita bien la respuesta que vas a darme; quizá sea tu última oportunidad de hacer un buen matrimonio. —Se inclinó ante ella en una reverencia que poco tenía de amable—. ¡Buenas tardes, señorita Hale!

—¡Sucio bastardo! —rugió Violet y aporreó con furia el cojín, como si realmente se tratara del rostro lechoso y esmirriado de Martin Keats en lugar de una almohada de fieltro—. ¿Eso te ha dicho el muy miserable?

—Shh, baja la voz, no deseo que mamá se entere de esto.

—¡Oh, maldito sea!

Violet paseó la mirada por la habitación con el deseo de encontrar un nuevo objeto sobre el que descargar su ira.

—¡Nunca me ha gustado, nunca! Sabía que su aparente mansedumbre y su bondad no eran más que la máscara de su verdadero carácter. Señor, líbrame de las aguas mansas que de las bravas... —Aporreó el colchón a su lado—. De las bravas me cuido yo.

—Violet, no chilles, ¡por el amor de Dios!

—¡Señor, cómo detesto a estos personajes de doble cara! —Compuso un tono ridículo y chirriante—. Esa vocecita aguda y aduladora, esa sonrisa de mírame y no me toques, esas ansias de halagar a todo el mundo, ¡le destrozaría la cara ahora mismo de un puñetazo, estúpido monigote!

Rebecca sonrió con condescendencia.

—No vale la pena, Violet.

—Deja de defenderlo, y reconoce que tú misma desearías arreglarle la cara con tus propios puños.

La mayor arqueó una ceja. Sin duda, en esos momentos, se sentía incapaz de estar a la altura de la vehemencia de su hermana.

—Simplemente ahora me alegro de que haya roto el compromiso; creo que habría sido muy infeliz a su lado.

—La ruptura de ese compromiso ha sido lo mejor que te podía haber pasado. —Amoldó la mano con ternura a la mejilla de Rebecca y adaptó ese candor a su tono—. ¡Pero el muy maldito! —exclamó de nuevo y recuperó su ardor inicial—. Y encima se comporta como si estuviera haciéndote un grandísimo favor. ¡Miserable! ¿Qué se habrá creído? Deberíamos contárselo a mamá para que le prohibiera siquiera acercarse a Cypress Lodge o pagar a algún mozo del pueblo para que le rompiera las dos piernas, como mínimo.

Una expresión de terror invadió el rostro pecoso de Rebecca.

—¡No! Sabes que mamá ha sentido siempre una especial adoración por el señor Keats. Ella misma brincaría de alegría sobre un solo pie ante esta nueva propuesta. De saberlo, me obligaría a aceptarle sí o sí.

Violet bajó la vista, suspiró y se dejó caer sobre el lecho.

—¿Y cuándo se supone que debes darle una respuesta?

Rebecca la imitó y se dejó caer a su lado. Suspiró y cerró los ojos.

—No lo sé. Tampoco sé a qué se debe su repentina insistencia. —Abrió los ojos de par en par para fijar la mirada en el techo—. ¿Por qué de pronto quiere retomar la relación y me propone matrimonio cuando en una década jamás ha mostrado el menor deseo de llevarlo a cabo?

Violet se incorporó a medias y se apoyó sobre un codo.

—¿En menos de un mes ha dicho?

Rebecca asintió en silencio.

—En verdad, resulta bastante extraño. ¿Habrá sucedido algo en ultramar que motivara su regreso y sus ansias repentinas de retomar el compromiso? De ser así, ¿qué podría haber sido?

Ambas se miraron durante unos segundos e intentaron coordinar sus respectivos pensamientos, tan aturullados en las cabezas de ambas que resultaba imposible darles forma.

—Me temo que jamás lo sabremos —murmuró Rebecca, cerró de nuevo los ojos y confió en que el repentino ardor de su otrora prometido tuviera la misma consistencia que un fuego fatuo.

Violet se dejó caer de golpe sobre el colchón y elevó los brazos para doblarlos a modo de almohada bajo la cabeza.

—¿Y vas a aceptar su propuesta?

Rebecca ni siquiera abrió los ojos para contestar.

—¡Por mi vida que no! Si de mí dependiera, no volvería a ver ni a oír hablar de Martin jamás.



## CAPÍTULO 21

**D**urante las semanas siguientes, Rebecca se encontró en la enojosa incomodidad de coincidir casi cada día en los rincones más insospechados de la propiedad con Martin Keats. Si desde su regreso a Inglaterra le estaba costando asimilar que por fin se encontraba en casa y a un océano de distancia de aquella tierra convulsa en la que había vivido durante poco más de un año, el hecho de sentirse forzada a tolerar la presencia de Martin a diario suponía un molesto salto al pasado. A un pasado que no le agradaba en absoluto y que se había jurado mil veces dejar atrás.

Además, le hervía la sangre de indignación cada vez que el joven, en presencia de la señora Hale, se deshacía en atenciones con ella y le obsequiaba, por ejemplo, ridículos ramitos de flores silvestres que recogía durante su paseo hacia Cypress Lodge, algún lazo de terciopelo con que adornar sus sombreros o cualquier inútil bagatela adquirida en el bazar del pueblo y que él habría supuesto suficiente tributo para ablandar el corazón de la joven. Delante de la señora Hale todo eran rosas y primores. Pero una vez conseguía encontrarse a solas con ella, Martin dejaba atrás toda sutileza y cualquier atisbo de cortesía para instigar a Rebecca; le recordaba constantemente lo apropiado de su unión y las escasas posibilidades que una joven como ella, sin fortuna ni relaciones, podría tener para resolver de forma conveniente su futuro. En esos momentos, le importaba bien poco si sus palabras resultaban humillantes, bruscas o insultantes. Una extraña urgencia se apoderaba de él, respaldada por la arrogancia y la seguridad que su posición desahogada y el conocimiento de la precaria situación de Rebecca le concedía; entonces, pinchaba, atosigaba e importunaba, recalcaaba cien veces lo mismo, sin conceder tregua ni descanso, hasta que Rebecca, de puro fastidio, se excusaba con cualquier tontería para retirarse a su alcoba y perderlo de vista.

Cierta tarde, Rebecca consiguió abordar a su madre a solas, en la intimidad de su dormitorio, mientras la señora revisaba el guardarropa en busca de un modelo impecable para la cena. Ocasión para la que, por supuesto, como sucedía en el último tiempo, había invitado a su joven favorito.

—No entiendo por qué debemos invitar a Martin a pasar tanto tiempo con nosotras, mamá —protestó mientras fingía ayudarla a escoger un vestido—. No creo que resulte correcto acapararlo de ese modo al tener en cuenta que ahora tiene tantas cosas que hacer.

—Oh, estoy convencida de que Martin se siente muy feliz entre nosotras, cariño —comentó la señora sin prestar demasiada atención—. No olvides que sus padres se encuentran fuera y que debe de sentirse muy solo en esa mansión enorme.

Al mencionar las dimensiones de la mansión, no pudo evitar mirar a su hija con intención. Rebecca suspiró. Sabía que, con su madre, y en lo que se refería a Martin, había que ir con pies de plomo y tantear muy bien el terreno. La mujer siempre había mostrado una especial deferencia tanto hacia el joven letrado como a las arcas familiares.

—Pero la gente podría hablar... —insistió con fingida docilidad y disimuló la urgencia—. No creo que resulte prudente que nos visite a diario.

La señora abandonó la búsqueda para cruzar con firmeza los brazos sobre el pecho y mirar a su hija por debajo del ceño fruncido.

—¿Por qué no iba a ser prudente? Martin es de la familia.

Rebecca forzó una sonrisa mientras una repentina oleada de calor la hizo sudar bajo las capas de ropa.

—Ya no, mamá, ¿recuerdas? —espetó con fastidio—. Dejé de formar parte de nuestra familia por iniciativa propia cuando rompió nuestro compromiso.

La señora agitó la mano en el aire como si quisiera restarle importancia a aquel asunto.

—Bueno, no se trata de nada que no se pueda reparar, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

Virgilia compuso una enorme sonrisa y achicó los ojillos hasta convertirlos apenas en dos ranuras transversales.

—No seas vanidosa, muchachita, todos somos conscientes del punto en el que en estos momentos se encuentra tu relación con nuestro querido Martin, no hace falta que disimules conmigo. —Rebecca boqueó como un pez fuera del agua. Si la hubieran cortado en un brazo, estaba convencida de que en ese instante no sangraría—. No te imaginas lo feliz que me siento por los dos. Ayer mismo la señora Hareton me interceptó en el lavadero para preguntar si debía felicitarlos por la reanudación del compromiso. En el pueblo no se habla de otra cosa.

—¿No estarás hablando en serio, madre? —balbuceó—. ¿No le habrás contestado que...? —Se llevó las manos a las sienes y resopló mientras apretaba con fuerza—. ¡Oh, Cielo Santo, no!

—Tan solo le dije que las cosas finalmente estaban tomando el rumbo que debieron haber llevado desde un principio.

De pronto, había empezado a hacer demasiado calor en aquella habitación, ¿o se trataba de su propio cuerpo a punto de ignición?

—¡Oh, no, no, no! —lloriqueó—. ¿Por qué haces esto, madre?

—Lo sé, todavía no es oficial —concedió calmada—, pero estoy segura de que nuestro querido Martin no se demorará esta vez. Está deseando casarse, y se le nota.

Rebecca no conseguía articular palabra. Los jadeos se atropellaban en su garganta a causa de los espasmos que la falta —o la saturación— de oxígeno provocaba en sus pulmones. Virgilia la tomó del antebrazo y la acompañó hasta la puerta, mientras palmoteaba con condescendencia su espalda.

—No te preocupes, en mí tienes a una aliada, ya lo sabes. —Con un ligero empujoncito la animó a abandonar la estancia—. Ahora ve a arreglarte, debes estar preciosa para nuestro querido Martin. —Le guiñó un ojo con picardía—. ¿Quién sabe? Puede que esta noche sea la elegida.

Efectivamente, aquella noche fue la elegida; o al menos, decisiva en la vida de las moradoras de la destartalada rectoría. Martin se presentó en Cypress Lodge un poco antes de la hora prevista para la cena. Alegó su precipitación a la necesidad de entrevistarse en privado con la señora Hale para tratar un asunto de máxima importancia que no admitía demora. Virgilia lo recibió en la sala de té, completamente pagada de sí misma y más inflada que un pavo días antes de la cena de Nochebuena. Estaba convencida de que el querido Martin pretendía pedir la mano de su hija mayor, y ella, por supuesto, estaría decidida a concedérsela sin el menor preámbulo.

Aquel había sido un tiempo horrible, largo y penoso, pero provechoso, al fin y al cabo, si después de todo el muchacho había conseguido recapacitar y comprender la hermosa prenda que había dejado escapar. Porque, si bien era cierto que los Hale no tenían un mendrugo fresco que llevarse a la boca, nadie podía obviar que Rebecca, la mayor de las flores de aquel desafortunado invernadero, era tan bella o más que cualquiera de las adornadas señoritas de la capital. Su abundante y peculiar cabello rojo, su rostro color cereza y leche, además de sus ojos claros, la convertían en una verdadera muñequita de porcelana digna de adoración.

Recibió al joven con una sonrisa tan amplia que resultaba más que probable considerar que el rictus forzado y estúpido que había adquirido su rostro no fuera a restaurarse jamás. Con un gesto de la mano, lo invitó a sentarse, pero él rehusó en el acto la invitación. Permanecía perfectamente erguido, intercambiando el peso del cuerpo de un pie a otro mientras hacía girar el ala del sombrero entre sus manos.

—Señora Hale —comenzó en un tono rebosante de precipitación—, no voy a andarme por las ramas, porque estoy convencido de que a esta altura usted conocerá el motivo de mi presencia en esta casa y en esta sala.

Virgilia sonrió y asintió con la cabeza ladeada. Su pulso se había acelerado tanto que en esos momentos se encontraba a punto de infarto.

—Ha sido un tiempo complicado —suspiró él—. Demasiado complicado para mí...

—Para todos nosotros, en realidad —dijo la señora en un tono casi beatífico.

No podía dejar pasar la oportunidad de recalcar al interesado su fea falta, quizá con la esperanza de que la culpa y el sentido de la caballerosidad lo obligaran a una enmienda mayor. Martin asintió. El rostro permanecía congestionado e incluso varias gotas de sudor le perlaban la frente. Si se lo miraba bien, parecía un lechoncito al que apuraran al degolladero.

—Querría... Mi deseo...

Fijó los ojos en las anhelantes pupilas de la señora, que lo observaba como un beato observaría la representación incorpórea de una deidad. Abrumado por la expresión de la señora, inhaló profundamente por la nariz para intentar recomponerse para lo que se avecinaba y soltó de golpe, sin detenerse a respirar de nuevo:

—Soy consciente de la precaria situación económica por la que atraviesa su familia, señora Hale, todo el mundo lo sabe en realidad. —Virgilia se enderezó en ese mismo instante tal que si le hubieran cruzado la cara de un guantazo. No pudo evitar que un hipido fruto de la sorpresa escapara de sus labios al mismo tiempo que sus mejillas se teñían de escarlata y, a continuación, de un púrpura muy vivo—. Consciente de semejantes penalidades, yo me comprometo a solventar todas y cada una de sus deudas, a salvarla a usted y a sus hijos de la ruina, en este preciso instante. —Virgilia jadeó y se llevó una mano al pecho—. ¿No es cierto que estén a punto de perder su casa? ¿No es cierto que no posean ni un chelín con el que salir adelante y liquidar sus deudas?

Los ojos de la señora Hale se abrieron hasta casi salirse de sus órbitas. Le faltaba el aliento y le sobraba la sangre en el interior del cuerpo que parecía a punto de arder.

—¿Quién...? ¿Cómo se atreve a venir a mi propia casa a insultarme de este modo? —balbuceó de forma atropellada.

—¡Oh, no, yo no soy el enemigo, señora Hale! —Martin hablaba con tal ardor que el sombrero había acabado estrujado entre sus manos—. ¡Soy yo, Martin, su Martin! ¡Quiero ser de ayuda, quiero ser su mano benefactora!

Virgilia lo miró de forma sesgada, todavía sentía desconfianza a pesar de tan prometedoras palabras.

—¡Yo puedo ayudarlas, señora Hale, y me comprometo a hacerlo! —Suavizó el tono para acariciarla con sus palabras—. Permítame hacerlo.

La aludida inclinó la mirada, preparada para recibir un llanto que nunca llegó. Pese a todo, sorbió por la nariz, sollozó y gimió durante su irrisorio y dolorido llanto sin lágrimas. Martin dio un paso hacia ella y la rodeó cariñosamente por el hombro. Aquel momento de debilidad no debía ser desaprovechado de ningún modo. Era en ese momento o sería nunca.

—Incluso me ofrezco a pasarle una renta para garantizarle que jamás les faltará de nada, ni a usted, ni a sus hijos menores, mientras me permita velar por ustedes.

Virgilia se sujetó al borde de la mesita auxiliar al tiempo que fingía un vahído. Martin, solícito, la sujetó por los codos y la sostuvo durante el tiempo que la mujer precisó para recuperarse.

—¿Cómo podremos corresponder a tanta generosidad? —jadeó sin apartar la mirada del suelo—. ¿Qué quiere de nosotras?

Martin se enderezó, cuadrando los hombros. Tuvo que realizar un esfuerzo encomiable para disimular la enorme satisfacción que estaba experimentando.

—A Rebecca, tan solo a Rebecca.

Virgilia levantó la vista para mirarlo fijamente. ¿Solo eso? ¿Eso era todo? Respiró aliviada, y una agradable sensación de frescura acudió a calmarle el congestionado rostro. ¡Por el amor de Dios, si ella misma llevaba diez años a la espera de ese mismo desenlace, como agua de mayo, para tan inacabable compromiso! ¡Rebecca iba a volverse loca de contento! Con la celebración de esa dichosa boda todos quedarían más satisfechos que un cerdo al revolverse en el barro. ¡Y encima los problemas económicos de los Hale se verían solventados para siempre! Aquel inocente de Keats estaba dispuesto a desembuchar su buen dinerito por algo que a toda la familia le reportaría una felicidad superior: desposar a la primogénita y liberarla, así, del temible yugo de la soltería. ¡Albricias, aquel era un día bendito!

—Por Dios, hijo. —Sonrió la señora y le tocó con afecto el antebrazo en una caricia de los más conmovedora—. Tuya es. Tuya ha sido siempre.

Cuando el propio Martin en persona acudió a la biblioteca en busca de Rebecca para transmitir el expreso deseo de su madre de entrevistarse con ella sin dilaciones, la joven no pudo menos que sentir una punzada de desconfianza agujonear su pecho. ¿Qué hacía Martin en Cypress Lodge cuando todavía quedaba un buen rato para la cena? ¿Y qué podría querer de ella Virgilia para exigir hablarle sin demora? Impelida por la curiosidad, pero escoltada por una agorera nube de tormenta, traspasó el umbral de la sala de té y cerró la puerta tras de sí. No pudo menos que fruncir el ceño cuando observó que Martin permanecía en pie del otro lado de la puerta, en lugar de ir a entretenerse a otra parte, tal que si esperara la resolución de aquella charla o como si, por alguna extraña clase de suerte, él fuera parte interesada en ella. La visión de su madre, de pie frente a la desocupada chimenea, al retorcer cruelmente las manos y asomarse a su rostro una sonrisa escalofriante, no pudo menos que amedrentarla todavía más.

—¿Querías verme, madre? —preguntó con un hilillo de voz.

De improvisto, la señora correteó hacia ella, la tomó de las manos y las apretó con fuerza bajo la opresora prensa que formaban las suyas.

—¡Hoy es un día espléndido, hija mía, espléndido! —anunció, exultante de alegría. Rebecca arqueó una ceja—. Hoy, me siento la mujer más feliz del mundo y es mi deseo compartir esta felicidad contigo, puesto que en realidad te pertenece a ti mucho más que a mí.

A los labios de la joven asomó una sonrisa forzada, fruto del desconocimiento.

—¡Por fin lo hemos conseguido! —exclamó la señora mientras reía a carcajadas—. ¡Después de una década de espera, hoy ha llegado al fin el día!

—No entiendo, madre.

—¡Martin acaba de pedirme tu mano!

El impacto que recibió Rebecca en pleno rostro podía ser tan solo equiparable al resultado de un terrible puñetazo lanzado con un puño de acero.

—¡Y yo acabo de concedérsela!

El color abandonó su rostro; y su corazón, o al menos eso parecía, había dejado de latir. Toda la sangre del cuerpo, convertida en esos momentos en auténtico fuego líquido, se agolpaba y borboteaba en sus sienes; zumbaba y zumbaba; la volvía loca como en un caldero de lava hirviente.

—¿Cómo has podido? —murmuró.

Muy lentamente, con una calma pasmosa, se liberó del agarre de su madre para dirigirse a trompicones a la ventana y apoyarse en el alféizar. Estaba a punto de sufrir un desmayo. Todo daba vueltas, ¡todo!: incluso ella.

—¿Es todo lo que vas a decir? —increpó la señora Hale que bufaba como un toro al que recién le habían colocado un aro en el hocico y, a consecuencia de ello, se encontrara incómodo.

Un intenso picor empezó a fraguarse en el interior de sus párpados mientras el agujero de su pecho, ese maldito hueco que jamás desaparecía, se hacía más grande y doloroso. Volvió el rostro hacia su madre para mirarla con ojos inyectados en sangre.

—¿Por qué lo has hecho? —gimió.

—¿Cómo que por qué lo he hecho? ¿No era esto lo que queríamos? ¿No era esto lo que esperábamos?

Rebecca sollozó, y la rotundidad de su sollozo la sorprendió.

—¡Era lo que tú querías, madre! —exclamó—. ¿Acaso has pensado en lo que quería yo? —Un nuevo sollozo, acompañado de un jadeo, la enmudeció un instante—. ¡Ni siquiera me has consultado!

—¿Qué había que consultar? —La señora se revolvió como una arpía y se defendió con uñas y dientes—. ¡Llevabas más de diez años esperando a que se decidiera! ¡Por eso te marchaste, por eso decidiste esconderte al otro lado del mundo! —Se acercó a ella con voz mansa—. ¿No te das cuenta de que ya no existe vergüenza alguna? ¿No te das cuenta de que tu futuro ha quedado resuelto?

Rebecca rompió en un llanto desconsolado y en alta voz. Muy lentamente, se aferró con mano trémula a la descolorida cortina y dejó resbalar el cuerpo por la pared hasta caer arrodillada al suelo. No podía más. Algo acababa de romperse en su interior y sospechaba que no existiría forma humana de repararlo. Las lágrimas le surcaban el rostro y brotaban de sus ojos como de un surtidor; su llanto, persistente y agudo, se entremezclaba con hipidos entrecortados y obligaba a su cuerpo a convulsionarse una y otra vez.

—¿Cómo has podido? —gritó en un tono dolorosamente agudo.

Virgilia la miró sin acabar de comprender. ¿Qué diablos pasaba con su hija? ¿Acababa de perder la razón o qué? Había esperado de ella una reacción desmedida, fruto de una alegría desbordante, de un triunfo tantas veces ansiado; pero aquel llanto desgarrador, aquel morir en vida resultaba ridículo y fuera de lugar.

—Ha dicho que el casamiento será en menos de un mes. ¿Acaso no resulta alentador que esté decidido a corregirse, a enmendar sus errores pasados, y desee

desposarte con tanta premura?

Rebecca apretó los puños y se doblgó ante su propia desesperación.

—¡Pero yo no lo amo, madre!

«¡Amo a Daniel, amo a Daniel!», pensó.

Virgilia la miró largamente durante un eterno segundo y, a continuación, estalló en una grotesca carcajada.

—El amor es algo completamente opcional, cariño, mientras que el dinero es absolutamente necesario.

Rebecca se arrastró por el suelo hasta conseguir aferrar los bajos del vestido de su madre y se postró completamente a sus pies.

—¿Vas a venderme por dinero? ¿De eso se trata, madre?

La señora se recogió la falda con brusquedad, lo que obligó a Rebecca a desplomarse completamente y humillarse todavía más.

—Solo hago lo que considero lo mejor para ti; lo mejor para todos.

La joven alzó hacia ella unos ojos hinchados y enrojecidos.

—¿Me obligas a casarme? ¡Me mataré si me obligas!

Virgilia se acuclilló para aparecer a su altura, le sostuvo la barbilla y siseó sin conceder opción a réplica:

—Yo no te obligaré a nada. Tú misma, si acaso tienes conciencia, aceptarás este matrimonio por el bien de tu familia. ¿O acaso serás tan desconsiderada como para dejar a tu anciana madre y a tus hermanos menores en la calle? —Su voz había adquirido un tono condenatorio—. Te informo que estamos a punto de perder la casa a consecuencia de las numerosas deudas que tu padre nos dejó a su muerte. Los colonos no pagan las rentas, en el pueblo no nos conceden más crédito, ¡y yo ya no puedo hacer nada! —Zarandó la barbilla de su hija hasta que terminó por soltarla con brusquedad—. ¡Niña ingrata! ¿Así vas a pagarme todo lo que he hecho desde que tu padre nos dejó con una mano delante y otra detrás? ¿Serás capaz de negarnos a todos un futuro digno?

Se levantó renqueando, se separó unos pasos y le dio la espalda.

—¡Al fin y al cabo, fue tu prometido durante diez años! ¡No debería resultar un sacrificio tan desagradable para ti! —rezongó—. ¡No te comportes como una exquisita remilgada; si te lo hubiera pedido antes de que viajaras a Estados Unidos, habrías aceptado encantada!

—Pero todo ha cambiado desde entonces —dijo apenas en un susurro—. Todo ha cambiado.

—¡Bien, bien! —La señora se llevó una mano al doliente pecho—. Tendré que pensar cómo voy a decir a tus hermanos que deberemos abandonar Cypress Lodge para avocarnos a un futuro incierto —lloriqueó—. ¡Todo porque su hermana es una criatura egoísta y empecinada a la que no le importa dejarnos morir de hambre!

Rebecca se levantó muy despacio. Sus piernas permanecían tan flojas y debilitadas que apenas conseguían sostenerla en pie. Sin embargo, recompuso su

alma de una dignidad de la que carecía en ese momento y rebasó a su madre con el ímpetu necesario para desplazarla ligeramente y dirigirse a la puerta, aún a trompicones.

—Será como deseas, madre. Me casaré con tu querido señor Keats.

Sin mediar otra palabra giró el picaporte y se resignó a su destino. Al traspasar el umbral no pudo apreciar la sonrisa victoriosa que dejaba tras de sí. Una vez en el pasillo, encaró a Martin, que permanecía tieso apoyado en la pared de enfrente. Parecía un carnero a la espera de que le abrieran la puerta del redil para lanzarse a la embestida.

Se paró frente a él para mirarlo con todo el odio y el dolor que en esos momentos sentía en su interior.

—Enhorabuena, señor Keats, acaba de comprar una esposa.



## CAPÍTULO 22

U nos pasos por delante de ella, el pantano permanecía oculto del resto del mundo en su recogida cavidad de agua. No se trataba de agua cristalina y saludable, agua que invitara a un buen trago después de un largo paseo por la campiña; sino de un agua oscura, rezumante de putrefacción, sin vida ni esorrentía, donde los pueblerinos acudían a deshacerse de todo lo que les estorbaba en sus granjas. Un vertedero de desperdicios o, como decían algunos medrosos, las negras fauces del infierno. Aquel umbrío escenario alternaba una sucesión de verdes, castaños y negros tan vívidos que cada minúscula parte del decorado parecía recién bendecida por el rocío de la noche.

No podía tal paisaje, sin embargo, resultar bucólico ni hermoso, pues existía algo tétrico en aquella composición, algo procedente tal vez del silencio que la envolvía, de su negrura o de la quietud mortífera que pesaba en el aire cargado de especias. Helechos desgarrados y plantas sin nombre se elevaban por encima del agua, alargaban sus dedos vegetales desde una profundidad insondable para arañar la queda superficie y formar una escenografía muerta. Juncos y espadañas asomaban también sus tallos entre las oscuras aguas; y centenares, quizás miles, de hojas secas flotaban en la calmosa superficie y formaban un engañoso y pútrido lecho de hojarasca. Un ejército de mosquitos de zancas alargadas caminaba sobre las aguas del pantano, dotando sus pasos de gran ceremonia, mientras sus parientes voladores llenaban el aire denso y caliente con su incómoda presencia.

Rebecca dio un paso al frente hasta situarse sobre una resbaladiza lastra, en el borde mismo de aquel pozo sin fondo. Un intenso picor se fraguó en el interior de sus párpados, y las lágrimas asomaron. Se deslizaron cálidas y a borbotones por las mejillas, y nublaron completamente su visión. La barbilla temblaba y se arrugaba ante la imparable presencia del llanto, mientras en el interior de su cuerpo las entrañas se retorcían en mil dolorosas contorsiones. Sería tan fácil: tan solo tenía que dejarse caer y no mover ni los brazos, ni las piernas. El peso de las capas de ropa y la Divina Providencia harían todo lo demás. Sin duda, aquellas aguas serían lo suficientemente profundas; bajo aquella pátina oscura que las recubría, se ocultarían mil y un hierbajos y raíces que se encargarían de enredarse a su cuerpo para empujarlo hacia el fondo. No iba a luchar por su vida. Se quedaría muy quieta; se dejaría engullir. Tardarían todavía unos días en encontrarla en aquel pantano apartado; y, cuando lo hicieran, Martin se encontraría con la sorpresa de haber comprado una novia cadáver.

Un profundo sollozo la sorprendió. El corazón bombeaba desenfrenado en su pecho, consciente, tal vez, de que se trataban de las últimas pulsaciones. Las rodillas

se entrechocaban, las manos le sudaban y el cuerpo entero permanecía empapado a causa de los nervios, de la anticipación. Pero no había marcha atrás. Estaba más que decidida. Al fin y al cabo, no existiría mucha diferencia entre estar atada por lazo eterno a un hombre al que no amaba que estar muerta de verdad.

Cerró los ojos y se dejó caer hacia delante. Lo primero que sintió fue el gélido abrazo de aquellas aguas que jamás habían visto la luz del sol. Pese al violento impacto inicial, que recibió y apretó su cuerpo como los anillos de una serpiente de hielo, no movió un solo músculo por su vida. El peso de la enagua tiró de ella con fuerza y, en pocos segundos, todo a su alrededor se volvió turbio y abotagado. Abrió los ojos al vacío más infinito. Solo el zumbido de las aguas al abrirse para ella durante la caída, con sus cientos de burbujitas, y el desbocado latido del propio corazón llenaba el mundo alrededor. Por lo demás, silencio y oscuridad. Y frío, un frío aterrador. ¿Eso era la muerte?

Se sorprendió cuando se percató de que estaba conteniendo la respiración. Había sido un acto reflejo. Algo innecesario al tener en cuenta sus propósitos reales. Cerró de nuevo los ojos y separó los labios con suavidad para permitir que el agua le entrara en los pulmones. Una gran bocanada de líquido putrefacto abrasó su garganta y le provocó un inmenso dolor en el pecho. Su cuerpo reaccionó a la invasión defendiéndose, en contra de los deseos de su propietaria, y convulsionó en un espasmo involuntario. Al fin y al cabo, parecía que morir no iba a resultar tan fácil como había creído.

Entonces sintió cómo dentro de su cabeza aparecían una serie de imágenes que se iban sucediendo a una velocidad vertiginosa. Vio al esclavo al que dieron sepultura días antes de su partida, tumbado en su ataúd, a causa de la gangrena que la brutal amputación de un pie le había acarreado. Vio a Siggy, con su boca torcida, con su eterno mal genio, con el puño en alto encararse con Webber. Vio al pequeño Ptolemy barrer la hojarasca del patio y separar la flor del algodón de la hoja seca, acucillado sobre su labor mientras formaba con el cuerpo un diminuto saco de huesos y pellejo. Todos los nudos de su columna resultaban perfectamente visibles bajo la fina capa de piel que los recubría. Vio a Burdetta lavar la ropa en una vieja tabla con sus manos sangrantes y llenas de sabañones, y a Solomon, con su espalda surcada de verdugones, luchar cada día, en silencio y con resignación, por sobrevivir. Siquiera un día más. Aunque fuera en aquel infierno. Y se sintió la persona más egoísta del mundo.

Entonces, vio a Daniel, su Daniel, el gran amor de su vida, luchar en el frente por defender sus ideales y la libertad de los esclavos a los que plantadores como Jeremiah torturaban hasta el martirio. Daniel, con aquel rostro anguloso que tantas veces había besado y acariciado en silencio. Daniel, con su pelo rebelde y despeinado donde había enredado los dedos durante tantas tardes. Daniel, con los ojos grandes y rasgados, el aire desgarrado de bohemio incorregible y aquellos labios húmedos cargados de dulzura y pasión. Los mismos labios que, con un simple beso, habían

hecho vibrar todas las fibras de su cuerpo y la habían despertado al amor. Pese a estar bajo el agua fue consciente de las lágrimas que surcaban de nuevo su rostro y del terrible dolor que oprimía su pecho. Un dolor muy diferente al que provocaría una muerte por asfixia.

«Volveré a buscarte, mi vida.»

Abrió los ojos, y un violento espasmo la obligó a reaccionar. «¡Necesito aire!», pensó justo cuando un millón de agujas se clavaban en sus pulmones. Trató de impulsarse hacia arriba, pero su ropa encharcada pesaban demasiado y, en vez de subir, parecía que con cada pequeño movimiento descendía un poco más. La imagen de Daniel, empapado bajo la lluvia una noche de octubre algo más de un año antes, acudió de nuevo a su mente.

«Volveré y te llevaré conmigo. Te lo prometo, nos iremos de aquí juntos, mi dulce dama.»

Su corazón emitió una única sístole mortal. No podía destrozarlo de ese modo. No podía destruir su entereza y la capacidad de concentración que exige una guerra con la noticia de su suicidio. Daniel no se merecía algo así. No merecía llorarla. No merecía sufrir por ella. Sacó fuerzas de quién sabe dónde, pateó el agua una y mil veces, golpeó el vacío a su alrededor hasta que consiguió asomar la cabeza sobre la oscura línea de la superficie. Volver a inflamar de oxígeno los pulmones le provocó un dolor insoportable. Jadeó y sollozó, tosió, gimió y vomitó aquel líquido negruzco hasta que su cuerpo se habituó de nuevo al necesario ejercicio de la respiración.

Braceó sin orden ni concierto, jadeó, resopló, se impulsó muy lentamente y consiguió aferrarse a las raíces de un viejo árbol que arañaban la orilla. Agotada de la lucha, extenuada ante el esfuerzo titánico que acababa de realizar, se dejó caer sobre ellas y cerró los ojos. Tumbada de un modo desmañado, lloró durante tanto tiempo que acabó perdiendo la consciencia. Pese al desgraciado destino que la esperaba, no podía permitirse morir. Había prometido esperarlo, ¡y por su vida que lo esperaría! Aunque muy pronto en su dedo reluciera un anillo que la condenara a ser propiedad de otro hombre.

## CAPÍTULO 23

Martin y Rebecca se casaron apenas un mes más tarde; tan solo unas horas después de que *The Times* anunciara la victoria de los confederados en Bull Run mientras el Norte sufría la derrota. La prensa catalogaba aquel como el primer gran combate en tierra de la guerra civil estadounidense. La terrible angustia de una novia a punto de unir para siempre su destino al de un hombre que no amaba, se vio incrementada de un modo brutal ante la incertidumbre de no saber qué había sucedido con Daniel. El artículo de prensa mencionaba que el ejército de la Unión había sufrido numerosas bajas: más de cuatrocientos muertos, algo más de mil heridos y más de mil doscientos capturados o desaparecidos. Rebecca sentía un terrible nudo en la boca del estómago simplemente de pensar en cuál de esos tres bandos podría encontrarse su amor.

Tan solo una hora antes de oficiarse la ceremonia, supo que aquel era el momento. Sería entonces o nunca. Trató de olvidarse del elegante vestido bordado que permanecía extendido sobre la cama y que parecía esperarla como espera una mortaja a un muerto, esquivó los dedos de la doncella, atareados en esos momentos en arreglarle el cabello en un elaborado recogido, y la obligó a salir de la alcoba casi a empujones, argumentó que necesitaba un momento de intimidad para encomendarse al Señor y rezar sus oraciones. Una vez a solas, sacó pluma, tintero y papel; se sentó frente a su escritorio. No había demasiado tiempo hasta que la doncella alertara a su madre y entre las dos la obligaran a continuar acicalándose. Con pulso trémulo empezó a redactar una carta para Daniel, confiaba en que se encontrara todavía emplazado en el mismo destacamento desde donde le había escrito la última vez. Necesitaba saber de él, necesitaba tener la certeza de que existía una razón para que ella continuara todavía con vida, necesitaba saber que valdría la pena soportar su destino si existía la esperanza de algún día volverlo a ver. En caso contrario, nada de aquello tendría sentido; como tampoco lo tendría obligarse a seguir viviendo. Por supuesto, en su carta omitió la horrible realidad en la que estaba a punto de adentrarse. Daniel no necesitaba ser consciente de tal inconveniente en esos momentos. En realidad, saber algo así no podría hacerle ningún bien.

Una vez convertidos en marido y mujer, Rebecca se mostró silenciosa y taciturna durante lo que duró el banquete nupcial, que se alargó hasta bien entrada la tarde. Martin había invitado a todos los vecinos, a muchos amigos, que Rebecca ni siquiera conocía, a pintorescos personajes de la capital. Eufórico, saludaba a todo el mundo y presentaba orgulloso a su flamante esposa mientras se ajustaba el *cravat* una y otra vez y se atusaba las rizadas patillas. De hecho, parecía tener la necesidad de que toda Inglaterra fuera consciente de que Martin Keats, heredero del bufete Keats, acababa

de desposarse y abandonar la soltería. Seguramente, incluso la prensa habría reservado una columnita para anunciar un evento de tal importancia.

Rebecca, en cambio, no probó bocado ni abrió la boca una sola vez. Permaneció con la cabeza inclinada y escasa presencia de ánimo en todo momento al lado de su recién estrenado esposo, consciente de haber sido condenada a permanecer cosida por los siglos de los siglos a la sombra alargada y presuntuosa de Martin. Ya estaba hecho. No había escapatoria posible. Suspiró mientras observaba distraída aquella farsa montada a su alrededor. Todos bailaban, reían, festejaban el acontecimiento y alzaban cada dos por tres sus copas hacia ella.

En medio de tanta fiesta, ella parecía un alma en pena, etérea y fantasmal a causa de la blancura y sedosidad del vestido, que se deslizaba por los jardines y entre los invitados como un espectro que arrastra resignado las cadenas de su inmortalidad. Nadie que la observara de un modo objetivo podría hacerse a la idea de que aquella muchacha fuera una novia feliz; la imagen que ofrecía se asemejaba mucho más a la de un difunto perfectamente acicalado en su mortaja que a la de una reciente esposa. Silente y resignada, soportó las felicitaciones de los vecinos y asomó a sus labios una sonrisa forzada que poco tenía de dichosa. La mayoría de los convidados achacó su lividez a los nervios que la anticipación proporciona a una esposa a pocas horas de convertirse por fin en una mujer. Observaba fríamente todo aquel paripé en el que se veía obligada a participar, sonreía y asentía como una marioneta a la que otros le manejan los hilos; se dio cuenta de lo lejos que quedaban aquellos días en los que había deseado convertirse en la flamante esposa de Martin Keats y vivir eternamente bajo su ala. Ahora, todo aquello le repugnaba de un modo brutal. Observar a su acicalado esposo le revolvía el estómago, sobre todo, al tener en cuenta que el verdadero amor de su vida podría estar en ese momento tirado en un hoyo con los cuervos graznando alrededor.

Al llegar la noche, los recién casados se marcharon al que iba a convertirse en su nuevo hogar, al menos, de modo temporal. Como la boda había sido algo tan precipitado, Martin no había tenido tiempo de alquilar o comprar una vivienda para el matrimonio, por lo que se acordó que durante un tiempo vivirían en la casa solariega de los Keats. Al fin y al cabo, los padres de Martin permanecerían todavía un tiempo disfrutando de un merecido descanso en Bath, por lo que la vivienda quedaba por completo a disposición de los recién casados. Martin le presentó a los criados, aunque a la mayoría ya los conocía, y los puso enteramente a su disposición. Una vez se que retiraron los sirvientes, subieron las escaleras y se detuvieron en el primer piso. Rebecca caminaba detrás de él, cabizbaja y silenciosa, intentaba acoplar sus pasos a los andares briosos de su esposo que se detuvo frente a una puerta al final del pasillo para abrirla ante ella.

—Tu habitación —anunció sin demasiada ceremonia.

Pese a la repulsión que le provocaba tener que compartir esa primera noche con Martin de un modo íntimo, no pudo evitar adentrarse en la estancia y observar

admirada el mobiliario que la componía. Una cama enorme de rústico cabecero de madera tallada y colcha de un vivo burdeos le dio la bienvenida en el centro de la alcoba. Sintió un escalofrío; estaba deseando acostarse, pero no quería de ningún modo compartir la cama con Martin.

—¿Vas a continuar sin abrir la boca durante mucho más tiempo? —Espetó aburrido—. Porque debo decirte que te has mostrado muy descortés durante todo el día. Apenas has saludado a nuestros amigos y te has mostrado tan agria y sombría como una vieja amargada.

Rebecca apretó los labios y los puños casi al mismo tiempo.

—Lo lamento —secamente—. Soy una persona a la que le cuesta disfrazar sus emociones.

—Espero que aprendas a hacerlo a partir de ahora. Eres mi esposa, y no quiero a una criatura resentida y amargada que me represente.

Inhaló profundamente y levantó la barbilla para encararlo.

—Te odio, Martin Keats; te odiaré durante toda mi vida, que espero que, a tu lado, sea corta por haberme obligado a convertirme en tu esposa.

Martin esbozó una sonrisa ladeada.

—Creo recordar que nadie te puso una pistola en la sien, querida.

Las mejillas de la joven se encendieron de indignación.

—¿Cómo te atreves a decir eso? ¡Sabes que he tenido la obligación moral de hacerlo!

Martin alzó una mano para mirarse las uñas con indiferencia.

—Bueno, mira ese vestido, mira esta habitación. No creo que el sacrificio te haya resultado tan desagradable, ¿verdad? Al fin y al cabo, de no haber aceptado, tú y tu familia acabarían comiendo en el campo con los cerdos.

—¿Cómo te atreves?

Indignada, levantó una mano contra él, pero Martin la interceptó a tiempo. Con un tono bajo y sombrío se dirigió a ella.

—Eres mi mujer, no lo olvides. Jamás vuelvas a alzar una mano contra mí, o tú y tu familia lo lamentarán.

Le soltó la suya con brusquedad.

—¡Jamás seré tuya, jamás me tendrás ni en cuerpo ni en alma!

Lejos de sentirse ofendido, Martin estalló en una insultante carcajada.

—¡Me interesa muy poco tu alma, y mucho menos tu cuerpo! —La observó de arriba abajo antes de continuar con desprecio—. ¡No seas ridícula, Rebecca! Para mí no vales nada. Jamás has valido nada.

Rebecca parpadeó, estupefacta.

—Quería una esposa y tengo una esposa. —Le sujetó la barbilla con brusquedad—. Tan solo me interesas de cara a la galería, y ese será a partir de ahora tu deber: honrarme y adorarme delante de los demás. Por lo que a mí respecta, haz con tu vida lo que te plazca: mientras no me perjudique, nada de lo que hagas me interesa en

absoluto. —A continuación, siseó y derramó su aliento a tabaco y alcohol sobre la cara de la mujer—. Tú no me interesas en absoluto.

Rebecca no daba crédito a aquellas palabras. De hecho, no sabía si en esos momentos debería sentirse aliviada o si, por el contrario, lo más lógico era que la humillación hiciera mella en su espíritu. Por una razón u otra, las lágrimas no tardaron en hacer acto de presencia en su acicalado rostro.

—Jamás te he querido —escupió y la liberó de su agarre, como si su simple contacto le provocara urticaria—. Tan solo eras el objetivo más asequible para mis propósitos.

—¿Tus propósitos?

Martin esbozó de nuevo su pérfida sonrisa ladeada.

—Eres demasiado necia para comprenderlo. —De nuevo, la miró de arriba abajo con sumo desprecio—. Aunque te vistan de seda sigues siendo la misma simplona de siempre; espero, al menos, no haberme precipitado al elegirte, aunque las circunstancias así lo requirieran. Que descanse bien, señora Keats, y procure no llorar en voz alta, me gustaría dormir bien y sin interrupciones esta noche.

Tras una exagerada reverencia se dirigió a una estrecha puerta lateral que permanecía casi oculta por los cortinajes.

—¿A dónde vas? —preguntó con voz trémula.

Martin se detuvo con la mano sobre el picaporte.

—A mi habitación. No esperabas que durmiera contigo, ¿verdad? —De nuevo, estalló en una grotesca carcajada—. Ya sabes que las habitaciones de matrimonio permanecen separadas por una puerta; es una costumbre que aplaudo. —Divertido ante la estupefacción de su esposa, continuó—: Ya te dije que no me importan en absoluto tu alma, tu cabeza, tu corazón; mucho menos tu cuerpo, señora Keats. Nunca me han interesado en lo más mínimo, si alguna vez en todo este tiempo llegaste a suponer lo contrario, permíteme decirte que eres más absurda de lo que había pensado. —Pérfido, todavía se atrevió a arrojarle un beso—. Descansa, amor mío.

Abandonó la estancia cerrando con un portazo. Una vez a solas, Rebecca se dejó caer de rodillas completamente desfallecida. El lío de enaguas, crinolina, sedas y encajes actuó de amortiguación y formó una superficie mullida bajo el asiento de sus pantorrillas. Por supuesto que no había esperado ser adorada y venerada,alzada en un altar y tratada como una reina, sobre todo, cuando el hombre encargado de honrarla con su apellido había actuado como un auténtico canalla y se había confabulado con su madre a sus espaldas, negociando su futuro e invalidando sus propios deseos. Había sido tratada como simple mercancía, como uno más de los esclavos que engrosaban la plantación algodonera de Jeremiah Masen. ¿Qué diferencia existía entonces entre el plantador sureño y el almidonado abogado inglés? Solo el océano que los separaba.

Pero al menos, eso debía admitirlo, había esperado un poco de respeto por su parte. Jadeó sarcástica. ¿Por qué iba a respetarla cuando no había sido para él más

que una sencilla transacción hacia el culmen de sus propósitos? ¿Y cuáles podían ser esos propósitos? ¿Qué podría querer de ella un hombre respetado y acomodado económicamente como Martin Keats? Se mordió el labio inferior para acallar un sollozo. Saber que estaba condenada a permanecer unida de por vida a un hombre que no solo era incapaz de sentir nada por ella, sino que, además, después de más de diez años, finalmente había admitido lo mucho que la detestaba, era como recibir una patada en el estómago. Sin duda, era lo justo.

De haber sido tan solo un poco más amable y afectuoso con ella, le habría resultado más difícil detestarlo tanto. ¡Que la odiara, que se comportara como el villano que realmente era, que le hiciera la vida imposible y convirtiera sus días en una continua pesadilla! Le estaría bien empleado. Un hondo sollozo llenó la habitación. Lo aceptaría con total y absoluta sumisión porque no merecía otra cosa. ¿O acaso le estaba permitido un ápice de dicha cuando había aceptado desposarse con un hombre al que no amaba? ¿No había traicionado los votos matrimoniales y mentido ante Dios al aceptarlo?

«Ustedes han declarado su consentimiento ante la Iglesia. Que el Señor en su bondad fortalezca su consentimiento para llenarlos a ambos de bendiciones. Lo que Dios ha unido, el hombre no debe separarlo.»

Se dejó caer al suelo cuan larga era y acalló su llanto contra los voluminosos pliegues de seda y oropeles. Ningún hombre podría separarlos. Ni siquiera aquel al que ella amaba hasta el delirio y por el que daría la vida entera. Todo había terminado. Donde su nueva vida comenzaba, su corazón y su alma morían sepultados por la fuerza del destino.



## CAPÍTULO 24

Algunas semanas después, Violet acudió a la mansión de los Keats para visitar a su hermana. Resultaba algo sorprendente, sobre todo, al tener en cuenta que desde el anuncio del compromiso y durante todo ese tiempo, la menor de las Hale había retirado la palabra a su hermana mayor. Dado que ignoraba los motivos reales que habían llevado a Rebecca a actuar de tal forma, Violet no se sentía con ánimo de perdonar semejante debilidad —o demencia, o error, o fatalismo— y aceptar ese matrimonio. Era algo que no había podido comprender; sobre todo, al tener en cuenta los sentimientos reales de la joven y su profundo amor por cierto caballero sureño que batallaba en ultramar. Creía haber entendido que Rebecca ya no sentía nada por aquel patético abogado, creía que la idiota de Rebecca ya estaba definitivamente a salvo de semejante mequetrefe. ¡Ella misma había sentenciado que jamás se dejaría engatusar por él! De repente, de la noche a la mañana, un inesperado anuncio de compromiso y una boda precipitada se atravesaron en su gáznate como un hueso de pollo se atravesaría en la delicada garganta de un minino.

Por más que se devanara los sesos en tratar de comprenderlo, estaba convencida de que jamás llegaría a entender las razones que habían llevado a su hermana a aceptar aquel matrimonio; ni siquiera fue capaz de intuir que la ternera, que desde la boda se comía en Cypress Lodge cuatro veces por semana; la leche fresca, que el lechero dejaba cada mañana frente a la cancilla; y el generoso fuego, que ardía en todas las habitaciones de la casa, tuvieran algo que ver.

Aquella tarde, y tras asegurarse de ser recibida a solas por Rebecca, porque no quería en absoluto tener que rendir pleitesía a aquel idiota en su propia casa, se sentó frente a ella en silencio, perfectamente erguida y sin apartar las gélidas pupilas de la mirada perdida e indiferente de la reciente señora Keats. Luego de un eterno minuto de muda abstracción y mutua observación, la muchacha deslizó una mano bajo su capelina para alargar a su anfitriona una carta. Rebecca frunció el ceño sin apartar la mirada del rectángulo de papel.

—Acaba de llegar esta mañana. Es de Daniel —anunció secamente Violet.

Una nota de color adornó el lívido semblante de Rebecca que se apresuró a tomar la carta y rasgar el sobre con urgencia.

—¿Alguien...?

—Nadie me ha visto tomarla de la bandeja del correo, descuida —anunció y volvió el rostro a un lado.

—Gracias —consiguió musitar.

Violet hizo una mueca de desagrado. Antes de que Rebecca extrajera los pliegues

de papel y los alisara sobre el regazo, ya las lágrimas vidriaban la mirada de la mayor. Comenzó a leer para sí de forma tan apresurada que se vio obligada a reiniciar la lectura una y otra vez. Tenía tanta prisa por devorar el contenido de aquellas líneas garabateadas y llegar al final que no era capaz de hilar una frase completa dentro su cabeza, por lo que acababa por releer lo mismo varias veces seguidas.

La fatídica mañana del 21 de julio, dos brigadas de la Unión cruzamos Sudley Springs para golpear a la izquierda confederada. Éramos claramente superiores, tanto en hombres como en armas. La buena suerte parecía estar de nuestra parte, si es que existe alguna clase de buena suerte en todo lo concerniente a una guerra. Inexplicablemente los confederados recibieron refuerzos, brigadas dispersas se les unieron y refrescaron a los combatientes. Nosotros no podíamos saber que estaba a punto de desencadenarse el infierno. Tampoco, que su inferioridad iba a acabar por detener a nuestro ejército.

Avanzamos hasta el borde de Henry House Hill convencidos de ganar la batalla, pero nada más asomar por la colina recibimos una devastadora descarga de los rifles sudistas. A partir de allí, el caos, la desolación. Fuimos sobrepasados y derrotados completamente. Cientos de los nuestros cayeron prisioneros. Miles resultaron heridos. Muchos otros murieron lentamente o en el acto; la sangre manaba por doquier, los gemidos de los agónicos llenaban el aire. Todo era polvo, desorden y confusión. Soldados que huían a pie, jinetes con el sable desenvainado trataban de abrirse paso entre el tumulto, pañuelos ensangrentados anudados alrededor de cabezas y miembros.

Mirara hacia donde mirara, solo veía vagones volcados, ambulancias repletas hasta los topes, carromatos cargados de soldados y todos los caminos hacia el Norte invalidados a causa de semejante embotellamiento. No había forma humana de salir de allí, solo a campo traviesa, como los animales. La confusión llegó a ser tan grande que temí, por un momento, no lograr salir con vida de la colina.

Como la mayoría de mis compañeros, también yo caí herido. Pero no deseo que sufras por mí, tan solo llevo la fiera mordedura de la metralla en una pierna, lo que me obliga a caminar con muletas. Permanezco en un hospital de campaña, casi perfectamente inválido, mientras mis compañeros luchan en sus catres, a mi lado, por sobrevivir.

Llegados a este punto, Rebecca se aferró al brazo de su sillón en un intento por mantenerse erguida. Una feroz punzada en el corazón había estado a punto de obligarla a sucumbir.

—¿Qué dice? ¿Ha ocurrido algo?

A pesar de la sequedad inicial y de esforzarse por aparecer indiferente, Violet no podía dejar de preocuparse por la lividez que, de pronto, adornaba el rostro de su hermana.

—Daniel ha sido herido.

Violet se incorporó levemente hacia delante.

—¿Es grave?

Rebecca inhaló una gran bocanada antes de hablar.

—Creo que no, dice que no, lo han herido en una pierna.

E inclinó la mirada con ansiedad para continuar en la misma línea donde había dejado la lectura interrumpida. Necesitaba saber más.

No alcanzarías a imaginar quién se ha alistado en el ejército nordista como enfermera voluntaria. ¡Siggy, nuestra Siggy! Abandonó Old Oak hace meses para unirse a la causa. De hecho, ella ha sido la que me atendió cuando llegué a la tienda completamente desfallecido. Nuestra Siggy es una guerrera, no le impresiona la sangre. Está loca de contento al saber que sigo en contacto contigo, dentro de lo permitido en esta horrible situación. Dice que no supo nada de ti desde que abandonaste Old Oak. Lamenta no haberse podido despedir, lamenta no haber contado con una dirección a la que dirigir sus cartas. Mi hermano solo dejó dicho que te habías marchado de la plantación a causa de tu indisciplina y tu insubordinación, y que eras un pésimo ejemplo para las niñas. ¡Cretino! Cuando todo esto termine, si no lo ha matado la guerra, lo mataré yo mismo.

—Cielo santo; no, Daniel.

Y, a nuestra Siggy, la harías sumamente feliz si decidieras escribirle. Le alegrará saber de ti, siempre te ha apreciado mucho y, aunque se haga la dura, también necesita palabras de afecto en medio de este caos. Es una mujer valiente y muy fuerte, pero tiene su corazoncito y una hija en el Sur por la que luchar. En realidad, en medio de este infierno, todos tenemos algo por lo que seguir luchando cada día, desde soldados rasos a oficiales, desde enfermeras hasta el pequeño niño tambor. Todos miramos el horizonte en llamas y vemos el rostro de nuestros seres amados reflejarse a través del fuego. Mi motivación eres tú. Tú, el centro de mi universo, el centro de todo, desde el principio hasta el fin. Nada me importa más que tú, señorita Hale, de la muy lejana Inglaterra.

Rebecca se llevó la mano a la boca para intentar ahogar, en vano, un profundo

sollozo. Violet frunció el ceño, pero se mantuvo en sus trece, fiel a su terquedad, así que, retrepó en su asiento y se hizo la indiferente.

Yo también agradeceré tus letras, por más breves e insustanciales que resulten. Durante las largas noches en las que no sé si veré amanecer, durante las largas horas en las que los gemidos de mis compañeros me mantienen en vela, durante las duras jornadas en las que el beso frío de la muerte me roza la nuca y me siento verdaderamente solo en el fragor de la batalla, solo tu imagen logra mantenerme cuerdo y con vida.

Amor mío, resiste; desconozco cuánto durará esta guerra, desconozco los difíciles caminos que me apartan de ti, pero confío en la fuerza de este amor y en la esperanza de volver a besarte y tenerte entre mis brazos, al menos, una última vez antes de morir.

Una lágrima solitaria descendió por la mejilla de Rebecca, osciló en el contorno de la mandíbula y acabó por estrellarse contra el suelo.

Violet la miró interrogante, aunque no varió la acomodada posición.

—Soy una persona horrible, Violet —explicó entre sollozos—, la más horrible de todas.

—No, no lo eres. Simplemente te has casado con el más horrible de todos los hombres, pero estoy convencida de que, después de los primeros veinte años, acabarás por acostumbrarte.

Violet se levantó de su asiento dispuesta a dar por finalizada la conversación.

—¿Te vas ya? No te vayas —rogó Rebecca.

—No deseo encontrarme con tu esposo y verme en la obligación de desearle un buen día.

La mirada de Rebecca era tan suplicante que daba verdadera lástima.

—Martin nunca viene por aquí. Este es mi saloncito privado, el único lugar de la casa donde gozo de cierta intimidad. Además —agregó e inclinó la mirada—, Martin se pasa todo el día en el bufete con sus socios y clientes, lo que, en cierto modo, resulta de agradecer.

—Vaya, cualquiera diría que estoy hablando con una mujer recién casada —soltó con evidente mofa la menor—. Irradias tanta felicidad.

—No te burles, Violet, sabes que esta situación me desagrada más que nada en el mundo.

Violet apretó los dientes y se encaró con ella.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué demonios lo has aceptado?

Rebecca se llevó la mano a los ojos y durante un buen rato apretó los párpados en silencio. Desde el interior de esos párpados, las lágrimas hacían fuerza por salir; pero la realidad era que había llorado tanto en las últimas semanas que, en ese momento, cualquier propósito de llanto acabaría frustrado. Finalmente, suspiró y se rindió a la

realidad. A su realidad. A esa que solo ella, su madre y Martin eran capaces de entender.

—Violet, necesito que me ayudes —pidió. Sin esperar respuesta, se levantó y se acercó a su pequeño secreter, de donde extrajo abundante papel, pluma y tintero—. ¿Lo harás? ¿Puedo confiar en ti?

Durante los meses siguientes, las idas y venidas de Violet a la residencia de los Keats fue algo completamente habitual. Las cartas a ultramar volaban como golondrinas en busca de libertad y, del mismo modo, regresaban a Inglaterra con un viso de esperanza que cintilaba en cada churretón de tinta. Daniel juraba amor eterno a Rebecca, a pesar de la desesperación que cada día azotaba su alma; y Rebecca, que ocultaba en todo momento su situación real y la tristeza que la embargaba, le reiteraba idéntico amor, lo animaba a mostrarse fuerte y resistir las calamidades con el fin de superar la terrible situación que los separaba.

En Estados Unidos la guerra seguía su curso sin mostrar viso alguno de alcanzar un fin definitivo. Las revueltas eran constantes y, para gran dolor del corazón de Rebecca, los sureños salían victoriosos de la gran mayoría de ellas. Muchos de los soldados del Norte regresaban a sus casas, derrotados física y anímicamente, conscientes de haber tenido guerra suficiente para el resto de sus vidas. Desconocían, por cierto, lo larga y penosa que iba a llegar a ser esa vida y las calamidades que aún restaban por delante.

Los Keats acudían a menudo a fiestas, cenas y reuniones sociales a las que eran invitados por la flor y nata de la sociedad. El guardarropa de Rebecca se había visto engrosado de un modo asombroso con la última moda de Paris o St. James y, del mismo modo, las camisas de Martin habían adquirido más chorreras, su cabello se engominaba con mayor asiduidad y su comportamiento se había vuelto cada vez más extraño y amanerado. Menos disimulado, en realidad.

Ese mismo verano, habían asistido a un par de fiestas en Londres; sus anfitriones los habían presentado en sociedad con toda la pompa necesaria para complacer a un endiosado Martin que, cada día, y a la vista de la coba que recibía por parte de la gente bien, se volvía más y más presuntuoso e insoportable. Poco le importaba, más allá de atusarse las patillas o de la doble y elegante lazada de su *cravat*.

Sin duda, se habían convertido en la pareja de moda, y ningún gran evento podía jactarse de serlo si no contaba de antemano con su presencia. El joven letrado aspirante a la Corte Suprema y su esposa de cabello de fuego resultaban tan pintorescos que nadie quería perderse la oportunidad de descubrir qué nuevos modelos lucirían la próxima vez o qué peinado mostraría la señora Keats en su llamativa melena.

De cara a la galería, formaban la pareja perfecta. Jóvenes, acaudalados, atractivos y elegantes. Un nuevo Napoleón con su hermosa Josefina que marcaba precedente.

De puertas a dentro, su relación era casi inexistente. Podía decirse que Martin Keats era el único hombre del condado que parecía no estar enamorado de su esposa. De hecho, jamás habían tenido vida conyugal; entre otras cosas porque Martin se encontraba más a gusto con ciertos jóvenes paliduchos e imberbes que, cada dos por tres, acudían a cenar a casa y alargaban la sobremesa, en compañía de su anfitrión, hasta bien entrada la noche. A la mañana siguiente, ya casi rozando el ecuador del día, Rebecca los veía abandonar la mansión de forma solapada, con el traje de la noche anterior arrugado y el cabello pidiendo a gritos un buen cepillado.

Pese a que en su cabeza empezaba a hacerse perfecta cuenta de lo que sucedía en realidad —ahora, por fin, después de toda una década de indiferencia y frialdad, todas las piezas empezaban a encajar—, se guardó mucho de echar nada en cara a su esposo para continuar con la charada, al menos hasta que llegara un punto en el que la copa acabara por rebosar. Cosa que terminaría sucediendo tarde o temprano.

Al fin y al cabo, jamás habían sido un matrimonio convencional y, ni de lejos, podía llegar a sentir celos de esos muchachos inexpertos que, casi cada noche, ocupaban, en el lecho de Martin, el lugar destinado a la señora de la casa. ¡De buena gana les cedía su lugar durante esas noches y durante todas las de su miserable existencia! Lo único que envidiaba era la libertad de su esposo para ir y venir, para hacer y deshacer a su antojo. En definitiva, para seguir con su vida como seguramente había estado haciendo en los últimos años.

Lo odiaba por retenerla bajo su techo como una muñequita de su propiedad. Como un simple objeto de lujo que mostrar ante los invitados. Como una golondrina que, por vivir el resto de sus días en jaula de oro —y no por elección propia—, había tenido que sacrificar su libertad y su felicidad.

Cierta mañana, mientras la pareja compartía un gélido desayudo donde el único sonido imperante procedía de los cubiertos al entrechocarse con la vajilla, Martin alzó levemente la mirada de su plato para dirigirse a su esposa, sentada en el extremo opuesto de la mesa.

—No olvides que esta noche cenamos con el juez Holt. —Siguió masticando sus huevos mientras concentraba de nuevo la mirada en el contenido del plato—. Escoge uno de tus mejores vestidos y procura hacer algo con esas horribles ojeras, por el amor de Dios, cualquiera diría que hace siglos que no pegas ojo.

Rebecca se lamió los labios.

—En realidad, hace varias noches que no soy capaz de dormir más de una hora seguida.

Martin ahogó una risotada.

—¿Problemas con algún guisante bajo su colchón, princesita?

Ella bufó indignada.

—Quizás deberías advertir a tus amiguitos que sean un poco más discretos a la

hora de expresar sus emociones.

Martin depositó el tenedor sobre la mesa con más brusquedad de la necesaria, lo que obligó a Rebecca a dar un respingo en su asiento.

—¿Qué diablos estás queriendo decir?

Furiosa e indignada, arrojó su servilleta sobre la mesa.

—¡Ya lo sabes! Por el amor de Dios, ¿crees que no tengo ojos en la cara? — explotó.

—¿Y acaso te importa? ¿Acaso es de tu incumbencia? —Martin se levantó y rodeó la mesa para cernirse sobre su esposa—. ¡Mi vida es mía y nada en ella te incumbe, señora Keats! —Arrojó su aliento sobre el rostro contraído de su mujer—. Tú simplemente límitate a desempeñar tu papel y comportarte como una buena esposa. Lo que yo haga, es cosa mía.

—¿Hasta cuándo, Martin? —susurró sin mover ni un solo músculo, temerosa de la amenazante cercanía de su esposo—. ¿Hasta cuándo deberemos jugar a este juego?

—Hasta que la muerte nos separe, querida. —Sonrió con malicia—. ¿O acaso ya lo has olvidado?

Rebecca tragó saliva y se atrevió a girar los ojos, no así la cara, hacia él.

—¿Para eso querías una esposa? —Esbozó una sonrisa cáustica—. ¿Para ocultar tus desviaciones?

Martin levantó una mano, pero, casi en el acto, la dejó caer sin llevar a término su propósito. No podía ser tan imprudente como para mancillar el rostro de su esposa en vísperas de una cena importante con el juez más cotizado de Londres.

—Ten cuidado, querida, ten mucho cuidado.

Trató de serenarse, volvió sobre sus pasos y se sentó de nuevo en su asiento para descargar la furia contra los huevos revueltos del desayuno.

—No me importa lo que hagas, Martin —murmuró Rebecca, él levantó la mirada hacia ella con curiosidad—. En realidad, considero que podríamos llegar a un acuerdo y vivir en paz. Podríamos intentar hacer que esto resultara agradable para ambos.

Martin dejó el tenedor a un lado, enlazó las manos para formar un puentecillo sobre el plato y apoyó la barbilla en ellas. Miraba a su esposa con una sonrisa torcida, pérfida y engañosa dibujada en los labios.

—¿Un acuerdo? ¿Qué clase de acuerdo?

Rebecca se envalentonó ante lo que consideró una tregua. Acomodó las manos sobre el regazo y alzó la barbilla.

—Tú puedes seguir con tu vida, tal y como llevas haciéndolo hasta ahora. No me inmiscuiré en nada de lo que hagas ni censuraré tu conducta.

El hombre asintió sin dejar de sonreír.

—Yo procuraré ser la esposa perfecta ante los demás.

Martin se repantigó en su asiento sin dejar de mirarla.

—¿Y cuál es el acuerdo?

—Solo pido lo que tú posees. Te pido que me concedas libertad, de puertas a dentro, por supuesto, para hacer también mi vida.

Martin la miró largamente, en silencio, durante algo más de un minuto. Su sonrisa, fría e imperturbable, no era preludeo de nada bueno.

—¿Tienes un amante?

Rebecca enrojeció en el acto.

—¿Qué? ¡No!

—¿Quién es él? ¿Te estás acostando con un hombre en esta casa?

—¡No, no, no!

El hombre se retrepó en su asiento y le dirigió una mirada olímpica, déspota y cargada de arrogancia.

—¿Me estás pidiendo que consienta en ser un cornudo?

—Yo... ¡no! ¡No me estás entendiendo!

De forma inesperada, Martin descargó su puño sobre la mesa e hizo bailar la vajilla completa.

—¡Te entiendo perfectamente: quieres convertirme en el hazmerreír de Inglaterra! ¿Pretendes comportarte como una vulgar ramera en mi propia casa?

Rebecca, roja como una cereza, sintió el conocido picor detrás de sus párpados. Confundida, afligida y asustada trató de mantenerse firme pese a sentirse a punto de desfallecer.

—¡Solo quiero tener una vida! —lloriqueó.

Martin sujetó el mantel por los dos picos que colgaban de la cabecera y tiró de él para arrojar al suelo todo el servicio. Asustada, se arrebujó en su asiento. Las lágrimas brotaban de sus ojos como de un surtidor.

—¡Ya tienes una vida, maldita sea! ¡Eres la señora Keats, la esposa de un reputado abogado que quizás, muy pronto, obtenga un puesto en la Corte Suprema! ¡Yo te he dado todo lo que tienes! ¡A ti y a tu familia!

Se llevó la mano a la cabeza y la pasó una y otra vez por el cortísimo cabello.

—No es justo, tengo el mismo derecho que tú a ser feliz.

Martin levantó un dedo acusador hacia ella y escupió, literalmente, las siguientes palabras:

—¡Me lo debes, me lo debes! —Tras apartar de una patada un frutero derribado que giraba todavía a sus pies, se dio vuelta y se dirigió hacia la puerta. Antes de cruzarla se volvió hacia su esposa—. ¡Y olvídete de tu estúpido acuerdo! ¡Eres mi esposa, me debes fidelidad y respeto! ¡Dios te guarde de humillarme, Rebecca, o te juro que te encerraré en tu cuarto hasta el fin de tus días!

Una vez que se quedó a solas, ocultó el rostro detrás de las manos y rompió a llorar de forma desahogada, jadeó y gimió como si se le fuera la vida en ello. A decir verdad, cada día, y con cada pequeño desengaño, sentía que la vida se le escapaba como arena entre los dedos. ¿Cuánto más debería ser esclava de su propia vida?



## CAPÍTULO 25

Rebecca, de pie y rígida como una estatua de alabastro, miraba al exterior desde la ventana de su alcoba con la mirada brillante a causa de las lágrimas no derramadas. Lágrimas fruto de la impotencia y de la rabia contenida. Martin abandonaba, en ese momento, la mansión; alzaba el cuello de su chaqueta al tiempo que cruzaba la calle. La fresca brisa otoñal lamía los rostros descubiertos de los transeúntes con absoluta imparcialidad; tanto le daba un aristócrata que un burgués, que el pequeño repartidor de prensa que vociferaba en la esquina.

—No sé cómo lo soportas —susurró Violet, a su lado mientras seguía con la mirada los pasos de su cuñado.

—En realidad, no lo hago —murmuró Rebecca, tiesa y completamente ida.

—¿Por qué diablos te has casado con él?

Se dio vuelta con lentitud y arrastró su cuerpo hasta el diván más cercano. Suspiró y se dejó caer.

—¿Qué tal va todo en Cypress Lodge? —preguntó para cambiar de tema—. ¿Han arreglado ya la gotera del desván?

Violet observó cómo Martin subía a un carruaje, maletín de cuero en mano, y desaparecía entre el barullo de gente, caballerías y carros de posta.

—Sí, la semana pasada. A decir verdad, no sé de dónde ha sacado madre el dinero para saldar las deudas con los acreedores, arreglar las goteras, la valla del jardín y, además, darnos de comer carne a diario. Ahora, incluso comemos pescado fresco un par de veces a la semana. Antes comíamos guisantes y cerdo en salmuera toda la semana. —Inclinó la mirada y sonrió—. ¿Habrá encontrado un pote de oro y no nos ha dicho nada?

La sonrisa de Violet se fue truncando lentamente al percatarse de la tristeza que reflejaban los ojos de Rebecca y del modo en que inclinaba la mirada y apretaba los labios.

—Has sido tú, ¿verdad? —Ahora era en sus ojos donde brillaban las lágrimas—. Todo ese dinero ha salido de... —Alargó un brazo abarcando todo alrededor—. ¡De todo esto! ¡Te has sacrificado por nosotros!

Rebecca se llevó el dorso de la mano a la nariz y contuvo un sollozo.

—¡Tu vida por la nuestra! —Echó a correr hacia su hermana, se arrojó a sus pies, le abrazó las rodillas y rompió a llorar—. ¿Por qué lo has hecho?

La mayor acarició los mechones desarreglados de la joven.

—Tenía que hacerlo.

—¡Oh, Dios, te odié tanto por ser débil y aceptar a este miserable! —gimió—. No

entendía cómo podías ser tan hipócrita de aceptar a Martin al estar enamorada de Daniel. Creí que, al final, el anhelo de una vida acomodada y sencilla te había podido, creí que... ¡Perdóname, perdóname!

Rebecca negó con la cabeza mientras lloraba en silencio.

—¿Daniel sabe algo de todo esto? —preguntó y elevó sus ojos empañados en llanto.

La hermana mayor volvió a negar con evidente nerviosismo.

—No. No hay necesidad de provocarle un nuevo sufrimiento. Con que uno de los dos sufra por el otro ya es bastante.

—¿No le contaste que te has casado? ¿Y cuando termine la guerra?

—¿Tú crees que esa maldita guerra terminará alguna vez? Decían que sería corta, que el Norte acallaría la insurrección del Sur en menos de lo que canta un gallo. ¡Y ya han transcurrido ocho meses! —meneó la cabeza—. No creo que ese infierno termine jamás.

Violet se levantó despacio y la abrazó, la apretó muy fuerte y alargó el abrazo tanto como le fue posible.

—¡Hermana, qué ciega he estado!

A partir de aquel día, sus lazos fraternales se fortalecieron de un modo inimaginable. Para Violet, Rebecca ya no solo era la hermana mayor, sino, ahora más que nunca, su heroína personal. Para Rebecca, en cambio, Violet se convirtió, además, en su mejor amiga, en una cómplice, en una confidente, ya que necesitaba más que nunca esas tres cualidades en una misma persona.

—Debo marcharme, ¿no tienes nada para mí hoy?

La señora Keats rebuscó en los bolsillos internos de su falda y extrajo dos pequeños bultos de papel enlazados con un cordoncillo de rafia.

—Una para Siggy y otra para Daniel, como siempre —murmuró mientras sonreía como la chiquilla que planea una travesura.

Violet las tomó rauda y las guardó en el interior de sus manguitos. Acto seguido besó a su hermana en la mejilla y se dispuso a abandonar la estancia.

—Violet...

La muchacha se detuvo bajo el umbral.

—Gracias.

La joven inclinó una mirada llorosa.

—Soy yo la que deberé dártelas el resto de mi vida. De no ser por ti, quizá no tendría ni donde dormir esta noche.

Abandonó la alcoba con paso precipitado mientras trataba de ocultar una nueva acometida de lágrimas.

\* \* \*

Una noche, durante el transcurso de un baile, mientras Rebecca danzaba en el centro de la estancia cambiando de pareja, por petición masculina, una y otra vez, pudo comprobar que su esposo conversaba entre el grupo de espectadores, *sottovoce*

y de un modo excesivamente cariñoso, con un joven de tez pálida, lunar en la mejilla y cabello del color del trigo maduro, ondulado a la altura de las orejas. Mientras giraba sin parar al son de las contradanzas y las polcas, se las ingeniaba para no perder de vista la a la pareja de caballeros. El más joven escuchaba complacido y fascinado la conversación del mayor, mientras él mismo compartía sus propias fantasías con el abogado. Martin, cada vez más animado ante la complacencia y la experiencia de su interlocutor, le cuchicheaba en la oreja sin dejar de sonreír. Ambos parecían agitados y acalorados por el tono que de seguro había adquirido la charla, aunque eso último tan solo podía intuirlo la señora Keats.

Rebecca sintió náuseas. Su esposo le había exigido que jamás lo pusiera en evidencia ante la sociedad; sin embargo, él mismo se estaba comprometiendo al conversar de forma exclusiva y de un modo extrañamente íntimo con otro hombre. ¿Acaso no se daba cuenta de que todos los miraban y cuchicheaban al respecto?

—¿Quién es? —preguntó a su compañero de baile.

El caballero siguió la dirección que mantenían los ojos de su pareja.

—El vizconde de Wycombe. No resulta una compañía muy conveniente, señora Keats; espero que su esposo sea prudente y esté al tanto de las habladurías.

—¿Qué habladurías son esas?

—Se dice que el caballero es adicto al opio y a la absenta; además, es un sodomita confeso. Sus bacanales son conocidas en toda Inglaterra.

Rebecca boqueó sin ser capaz de articular palabra.

—Vaya uno a saber en qué nuevos líos andará metido. De seguro estará intentando convencer a su esposo para obtener sus servicios.

«Estoy segura de que los obtendrá, y de forma completamente gratuita», pensó ella.

Poco después, los caballeros se separaron cada uno por su lado e interactuaron con los invitados al festejo que resultaran más de su agrado. Rebecca se tranquilizó al comprobar que Martin conversaba, ahora, con un conocido miembro del Parlamento y se mantenía, esta vez, a salvo de las malas lenguas.

Cuando el baile concluyó, el matrimonio regresó a casa del mismo modo que lo hacía siempre: sumido en un silencio sepulcral —sin interrupciones, ni miradas afectuosas, ni de ningún tipo— que pesaba como una losa dentro del carruaje.

Aquella misma noche, tan solo unas horas después, Rebecca despertó sobresaltada por un pequeño alboroto procedente de la habitación contigua. Al principio, pensó que lo había soñado o que su imaginación, inflamada sin duda en esas horas nocturnas por la llama del miedo y la exageración, le jugaba una mala pasada. Por eso, permaneció aún un buen rato tumbada y en silencio, arropada hasta la barbilla, simplemente a la espera de escuchar algo. Al poco rato, ahí estaba de nuevo ese sonido infernal: jadeos, sábanas rasgadas, risas guturales y el repiqueteo furioso de un

cabecero al golpear contra la pared. Impelida por la curiosidad, abandonó el lecho y se acercó de puntillas a la puerta que comunicaba su alcoba con la de Martin. Tanta prudencia resultaba ridícula, pues con los fuertes estertores que se escuchaban del otro lado resultaba imposible que pudieran escuchar sus pasos sigilosos que, sin duda, imitaban los andares de un duendecillo. Miró a través del ojo de la cerradura y, con lo que vio, la boca se le entumeció en el ahogo de un grito.

Dos hombres permanecían completamente desnudos sobre la cama, sus cuerpos sudorosos y brillantes. Reconoció a Martin tumbado boca abajo, atado por las muñecas a los barrotes de la cama gracias a los *cravats* de ambos, que ejercían de improvisados grilletes. El letrado tenía la espalda cubierta de arañazos, pero no parecía a disgusto puesto que reía y lloraba de placer al mismo tiempo. Dorian Archer, vizconde de Wycombe, de rodillas sobre el colchón y con la cintura pegada al trasero de su esposo, ejercía un furioso movimiento de vaivén detrás de él mientras gruñía y lo golpeaba con una fusta parecida a la que emplean los mozos para arriar a los caballos.

Rebecca se apartó de la cerradura completamente espantada y traumatizada de por vida con lo que acababa de ver. Por supuesto, después de los meses transcurridos desde la boda, había llegado a intuir perfectamente las apetencias sexuales de Martin, así como los juegos en su alcoba con muchachos imberbes, casi niños. Pero jamás había podido recrear mentalmente las escenas acontecidas del otro lado de la pared de un modo tan gráfico.

Se metió en la cama llena de rabia. Apretando los puños, lloró. ¿Con qué autoridad su esposo le exigía determinado comportamiento cuando él mismo procedía como un auténtico degenerado? ¿Acaso ella no merecía un mínimo de respeto? ¿Acaso debía tolerar un comportamiento semejante bajo el mismo techo que compartían? ¿Acaso él podía campar a sus anchas y convertirla en el hazmerreír de la sociedad? ¡No, no era justo! Porque estaba claro que los deslices de su esposo, en especial si se empeñaba en frecuentar una compañía como la del archiconocido vizconde, pronto saldrían a la luz, danzarían de boca en boca y en muy poco tiempo todo el mundo estaría al tanto de sus perversas aventuras. ¡Por su vida que no estaba dispuesta a convertirse en la comidilla de toda Inglaterra! Durante el resto de la noche, no consiguió dormir. En parte, porque el alboroto en la habitación contigua no cesó casi hasta el alba; en parte, porque aquellas perturbadoras imágenes no se le borran de la cabeza.

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, se encontró con que Martin ya no estaba sentado a la mesa. No le extrañó, puesto que ella misma se había retrasado un poco debido a la mala noche que había pasado, y su esposo acostumbraba a marcharse al bufete muy temprano. Casi lo agradeció. No quería encontrarse cara a cara con él después de lo que había visto. Empezó a comer muy despacio. No tenía

demasiada hambre, y la cabeza le dolía muchísimo. Aún no había terminado los huevos revueltos cuando le sorprendió descubrir la presencia de otra persona, una sombra oscura, en realidad, que invadió el comedor. Perpleja, observó cómo el vizconde, tras ofrecerle una breve reverencia acompañada de una perversa sonrisa, rodeaba la mesa, acariciaba con la yema de los dedos el respaldo de las sillas dispuestas en fila, se sentaba en la cabecera y ocupaba, así, el sitio habitual de Martin. Acto seguido, y sin esperar a ser servido, surtió su plato de abundante jamón, huevos de codorniz y pan tostado.

—Buenos días, señora Keats, confío en que ha pasado una buena noche.

Rebecca tragó saliva. ¿Acaso se estaba burlando de ella? Lo miró de hito en hito y pudo advertir que llevaba puesta una de las chaquetas de terciopelo de Martin. ¡Qué desfachatez por su parte!

—No sabía que se encontraba usted en casa, señor Archer.

Ruborizada por completo, inclinó la mirada y se sintió furiosa consigo misma. ¿Por qué sentía tanta vergüenza? Eran ellos los que deberían sentirse mal por haberla ultrajado en su propia casa. Era aquel cretino el que debía avergonzarse por obligarla a soportar su presencia.

—El señor Keats me ha invitado a pasar la noche, y debo admitir que he disfrutado mucho la estancia.

Sonrió perverso. Había sido informado de que la alcoba de la mujer se encontraba pared con pared con el cuarto que ambos habían compartido. Por lo tanto, si se tenía en cuenta que no se habían reprimido ni los más mínimo a la hora de exteriorizar sus emociones, era obvio que aquella mujercita debía de haber escuchado todo. Rebecca tragó saliva, se encontraba al borde del colapso.

—Me complace escuchar que le gusta nuestra casa, señor, aunque entiendo que regresará usted a sus obligaciones de inmediato.

Dorian, vizconde de Wycombe, ni siquiera la miró cuando continuó hablando, sino que se limitó a hablar y masticar al mismo tiempo.

—Mi residencia se encuentra en el norte del país; a esta altura de la estación no me ofrece demasiadas distracciones, señora. Empieza a hacer frío, y los bailes allí escasean. He encontrado su pueblo sumamente pintoresco. Ya que el señor Keats me lo ha pedido específicamente, puede que me quede un tiempo por aquí.

Con mano trémula, Rebecca tomó un panecillo, lo partió en dos y empezó a untarle mantequilla con excesivo brío. No tenía hambre, pero se sentía frenética y tenía que ocuparse en algo o, de lo contrario, explotaría. O clavaría aquel untador en la yugular de aquel cretino.

—¿Pretende quedarse en nuestra casa? —Lo miró desafiante—. ¿De veras?

El caballero dejó los cubiertos sobre la mesa, se lamió los labios y la miró fijamente, sin dejar de sonreír.

—Martin me lo ha pedido.

Rebecca cesó en su briosos tarea. ¿Martin? Con qué desfachatez se dirigía a él por

su nombre de pila delante de su propia esposa. Con qué desfachatez vestía incluso su ropa. ¡Aquello resultaba intolerable! Alzó la barbilla dispuesta a encararlo.

—¿Piensa aceptar la invitación, señor?

Él la miró, esta vez, muy serio. Era consciente del desafío de la señora Keats y de la diversión que le reportaría aceptarlo. Nada iba a perder; lo que ganaría a cambio conllevaría una buena temporada de divertimento.

—Por supuesto.

—¿Aunque su esposa insista en que no lo haga?

—Aun así.

—¡Bien! —Depositó la servilleta sobre la mesa y se levantó, arrastrando la silla al hacerlo—. Puede que no tenga autoridad para echarlo de esta casa, señor Archer, pero sí para exigirle que tenga la decencia de no mostrarse en mi presencia. No tengo nada más que hablar con usted.

Llevada por cien mil demonios, roja de ira e indignación, abandonó el comedor mientras el vizconde continuaba sirviéndose y comiendo repantigado en la silla.

Martin permanecía encerrado en el despacho, pertrechado detrás de una inmensa pila de papeles, cuando alguien llamó a la puerta. Acto seguido, sin esperar respuesta, Rebecca asomó la cabeza con timidez. Él se sorprendió. Su esposa jamás le había interrumpido el trabajo, ni había osado entrar en el despacho. De hecho, la señora Keats se pasaba el día en encerrada en su saloncito privado o en el interior de su alcoba haciendo Dios sabe qué. En realidad, tampoco le importaba.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó sin demasiada sutileza.

—¿Podemos hablar?

Él se pasó la mano por la cabeza, impaciente, para acariciarse el cortísimo cabello.

—Tengo mucho trabajo. ¿Acaso no lo ves?

—Resulta imperativo que hablemos. —Martin puso los ojos en blanco—. Por favor.

Por toda respuesta, tras soltar un prolongado bufido, hizo un gesto con la mano para que se acercara. Ella caminó despacio con las manos enlazadas frente al talle y la espalda recta hasta situarse frente al escritorio.

—¿Bien?

—¿Cómo has podido, Martin?

El aludido la miró con extrañeza.

—¿De qué diablos estás hablando?

Rebecca pateó el suelo con impaciencia.

—¿Cómo te atreves a traer a tu amante a nuestra propia casa?

Martin la miró largamente sin inmutarse. Sin embargo, la plumilla que aún sostenía entre los dedos se partió en dos en ese instante.

—¡Aquí mando yo y no tengo por qué dar explicaciones a nadie! Mucho menos a ti, mujer.

Los ojos de su esposa se aguaron completamente. Sin pretenderlo, ya que se había propuesto firmemente mantenerse fuerte y no decaer. Su voz sonó a continuación como un débil lloriqueo.

—Durante meses he soportado tus deslices y aventuras en silencio y sin protestar; he hecho cada día la vista gorda a todas y cada una de tus afrentas; he mirado hacia otro lado cada vez que veía a esos muchachos abandonar la casa por la mañana con la deshonra pintada en el rostro. —La barbilla, envidiosa del tono de voz, le empezó a temblar—. Pero esto ya es demasiado, Martin.

El aludido esbozó una amplia sonrisa.

—¿Estabas al tanto? Creí que eras tan boba que ni siquiera te habías dado cuenta. Indignada, se mordió el labio hasta hacerse sangre.

—¡A este paso toda Inglaterra lo sabrá! —estalló furiosa—. ¿Con el vizconde de Wycombe, precisamente? Santo Cielo Martin, ¿no podías ser más prudente? ¿No conoces la espantosa reputación que precede a ese joven? La gente ya empieza a hablar.

—¡Que hablen! Me importa un bledo.

Completamente descompuesta, apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia Martin. Sus pupilas vibraban y aparecían brillantes a causa de las lágrimas.

—¿Por qué, Martin? ¿Qué tengo de malo para que me detestes tanto? —sollozó—. Durante años me has mantenido engañada. Has consentido que día a día fuera alimentando hacia ti un amor sin sentido, un amor que jamás podría llegar a ser correspondido. —Martin apartó la mirada; de seguro, motivado por la incomodidad más que por un sentimiento de culpa—. Sabías que no podrías amarme jamás, sabías que no podría hacerte feliz, que tú tampoco serías capaz de hacerme feliz a mí; te resultaba imposible; sin embargo, consentiste en que me hiciera ilusiones como una boba. Consentiste que fuera escribiendo en mi cabeza mi propio cuento de hadas.

—Jamás he alentado tus ñoñerías, y lo sabes —se disculpó con frialdad.

—¡Por supuesto! Siempre has sido un témpano de hielo, una esfinge de indiferencia. Aunque yo, estúpida de mí, achacaba tu frialdad a una acusada timidez. Jamás pude imaginar que se trataba de otra cosa —jadeó ella—. Porque en tu cabeza jamás ha habido sitio para mí, ni para ninguna otra, ¿verdad? Tu princesa de cuento no usaba vestido, ¡qué lástima no haberme dado cuenta! —Clavó en él una mirada condenatoria—. ¿Tus padres estaban al tanto de tus inclinaciones?

De haberlo sabido, Rebecca jamás les podría perdonar aquel doble engaño. Martin inclinó completamente la cabeza para fijar la mirada en el suelo de tablilla.

—No.

¡Por supuesto que no lo sabían! De lo contrario, su padre, un anciano tradicional y vetusto en sus convicciones morales, lo habría desheredado en el acto y apartado por completo del bufete. Hasta el momento, nadie había sospechado ni remotamente sus

inquietudes sexuales, salvo recientemente, durante la estadía en ultramar, cuando los deslices con ciertos jóvenes de buena familia estuvieron a punto de delatarlo. Por eso había regresado de forma precipitada a Inglaterra y se dispuso a cortejar con urgencia a Rebecca. Necesitaba casarse y acallar los rumores sobre su homosexualidad antes de que cruzaran el charco y hundieran definitivamente su reputación.

—¿Por qué me has elegido? —gimió, ya en llanto vivo, mientras aporreaba la mesa con sus puños—. ¿Por qué me escogiste precisamente a mí para destrozarme la vida? ¿Por qué a mí y no a otra?

Martin seguía sin contestar o alzar la mirada.

—¡Habría podido ser feliz sin ti! ¿Me oyes? ¡Habría tenido al menos la posibilidad de ser libre y elegir mi destino!

Ahora, Martin alzó la mirada para clavar sus ojos, curiosamente vidriosos y enrojecidos, en los de ella.

—¡Quién pudiera ser libre y elegir! —dijo apenas en un hilillo de voz.

Rebecca se irguió muy despacio sin apartar los ojos de los de él que, por el contrario, volvió a bajarlos de inmediato. Una extraña condolencia se apoderó de su alma mientras las lágrimas descendían en silenciosa y rauda comitiva por sus mejillas. Se sorprendió de encontrar un resquicio de debilidad en aquel témpano de hielo puro. Al menos un halo de humanidad, de vida, después del infierno. Tampoco Martin había sido libre jamás. Siempre se había visto obligado a vivir en las sombras, a moverse en la oscuridad, con su secreto como única compañía. Su condición, sus apetencias, sus inquietudes lo habían convertido en la persona fría, indiferente y arrogante que ahora era. En un hombre solo. Pero su desgraciada existencia no lo disculpaba por haber hecho completamente miserable la de Rebecca, que desde el primer día que lo vio merendar en su casa, más de diez años antes, le abrió el corazón y alimentó el anhelo, perfectamente espoleada por su madre, de convertirse algún día en su esposa.

—Si no se te ofrece nada más —carraspeó y continuó hablando, visiblemente incómodo—. Tengo mucho trabajo que terminar esta noche.

Aturdida, Rebecca sentía un torbellino de emociones y sentimientos contradictorios batallando en su interior. A continuación, se dio vuelta y se encaminó hacia la puerta sin apartar la mirada de aquel hombre delgado, altísimo, que, en esos momentos y por primera vez, se le antojó más vulnerable que nunca.



## CAPÍTULO 26

Los meses fueron pasando; y con los meses, los años. La presencia de Dorian Archer, vizconde de Wycombe, pasó a convertirse en algo habitual en la mansión de los Keats. De hecho, una vez que entró en ella, ya nunca más salió. La gente murmuraba cada vez que aquella pequeña multitud era anunciada en los bailes y cenas de sociedad; aunque los comentarios maliciosos —y acertados— no dejaban de correr de boca en boca y de despacho en despacho —ya los conocían como el trío chocante—, Martin se sentía incapaz de renunciar a quien ya consideraba la horma perfecta de su zapato. O, al menos, la única criatura en este caprichoso mundo capaz de saciar y dar forma a sus fantasías más descarriadas. Durante ese tiempo, el padre de Martin, enfermo del corazón desde hacía meses, falleció y dejó a su único hijo en disposición de una deseable fortuna y del prestigioso bufete en el que el anciano había depositado todos sus sueños. De más está recalcar que la mejorada solvencia de Martin no facilitó el hecho de que el vizconde —poseedor de un título nobiliario, pero no así de un miserable chelín con que adornarlo— deseara desatar el lazo que había echado al cuello de su pareja de juegos.

También, durante ese tiempo, la Guerra de Secesión estadounidense sufrió giros inesperados. La correspondencia con Daniel, que durante cuatro años no sufrió interrupción alguna, la mantuvo perfectamente informada de todas y cada una de las batallas y guerras de trincheras acontecidas en ultramar. Gracias a esas cartas, supo que la pierna de Daniel jamás se recuperaría totalmente, lo que le provocaba una leve cojera a causa de la metralla que todavía roía su rodilla; o que la batalla de Gettysburg fue la más sangrienta de todas, con muchísimos muertos y heridos, pero que, de algún modo, sirvió como punto de inflexión en la guerra, porque a partir de entonces cambiaron las tornas a favor de los estados de la Unión. Las incursiones al Sur durante los últimos meses resultaron más brutales que nunca. Con gran horror, Rebecca fue leyendo cómo se destruyeron casas, granjas y ferrocarriles; cómo el ejército azul acabó con la agricultura de valles enteros, incendió fábricas, asoló cosechas. Nada debía quedar en pie si querían destruir de un vez por todas la Confederación y ganar aquella guerra. Con la caída de Atlanta, un importante punto de abastecimiento confederado y la reelección de Lincoln en el 64, toda esperanza de victoria sureña decayó.

Aunque, por un lado, se sentía feliz de que el ejército en el que luchaba Daniel se alzara victorioso, no pudo evitar sentir un terrible dolor al pensar en las pequeñas Sarah y Grace, en la suerte que habrían corrido solas y a merced de su tiránico padre. También pensó en Solomon, en Burdetta y en Ptolemy, y en todos los esclavos de la

plantación. ¿Cómo habrían sobrellevado ellos las incursiones de un Norte deseoso de frenar la insurrección sureña? ¿Habrían permanecido en pie, habrían resistido? ¿O habrían caído como un símbolo más de la caída del Sur? Por desgracia, ni Daniel, ni Siggy habían podido traerle en sus cartas noticias sobre la plantación y sus moradores. Ellos tampoco sabían nada de los que allí habían quedado, por más dolor que le produjera a Daniel reconocerlo. Sus sobrinas, sus amigos: todos permanecían velados por la neblina del desconocimiento. Al tener en cuenta la feroz incursión final del Norte, era más que probable que Old Oak hubiera sucumbido también, como el resto de las plantaciones sureñas.

Durante los primeros meses de 1865, Martin cayó gravemente enfermo. A lo largo del crudo invierno, a Rebecca no le pasaron desapercibidos el aspecto desmejorado de su esposo, el cansancio que continuamente reflejaba en su rostro, los fuertes dolores de cabeza que padecía al llegar la noche, ni la falta de entusiasmo que, a consecuencia de todo ello, empezó a mostrar a la hora de sociabilizar con otra gente. Las salidas de aquel trío chocante empezaron a reducirse ante la falta de interés del abogado hasta el punto de llegar a desaparecer por completo. Con tan escasas perspectivas sociales y de divertirse, el vizconde decidió abandonar la mansión y a su propietario para nunca más volver. Su naturaleza inquieta y poco dada a comedimientos no entendía el placer que podía reportarle a su amante permanecer encerrado en casa, tumbado todo el santo día en su *chaise longue* en batín y zapatillas, pañuelo en mano, mientras moqueaba y gemía como un anciano achacoso ante los terribles dolores que padecía. A lo que menos estaba dispuesto era a compadecerse de él y ejercer de asistente. Era demasiado joven como para malgastar su precioso tiempo al lado de un hombre enfermo que no hacía otra cosa más que toser y aullar como un perro cada vez que orinaba.

Tampoco las pústulas y llagas que le habían salido a Martin resultaron de gran ayuda. Primero, cubrieron sus genitales, para convertir aquel órgano generador de placer de antaño en un auténtico espanto. Luego, se extendieron por sus manos, sus pies y el resto de todo el cuerpo. Dorian Archer acabó por tomar tal repulsión al aspecto de su amante y sentir tanto miedo de que le pudiera llegar a contagiar ese mal que terminó por recoger sus escasos bártulos, y algunos más que no eran de su propiedad, para largarse de aquel lugar atufado de enfermedad en el primer carruaje que lo llevara lo más lejos posible de allí.

Antes de que terminara el año, Martin ya apenas podía caminar, a menos que estuviera apoyado sobre dos muletas. Había perdido mucho peso, el cabello se le había caído en diversas zonas, lo que había provocado calvas horrendas que recordaban el aspecto de una criatura sarnosa; las llagas cubrían ya todo su cuerpo, se le paralizó una mano, se le entumecieron los labios y perdió la visión de su ojo izquierdo. Caminaba a trompicones, encorvado como un anciano artrítico, con tal

dificultad que nada más empezar el año decidió quedarse en cama definitivamente. El diagnóstico del doctor fue rotundo: sífilis en su fase terciaria. Rebecca lo miraba y sentía una inmensa compasión hacia él. No podía evitar recordar al joven atractivo, vano, presumido y presuntuoso que había sido y entristecerse al reconocer el pobre diablo en el que se había convertido. Su mala vida le estaba pasando factura; pese a todas sus riquezas materiales, aquella era una deuda que solo podría pagar con su propia vida.

—La guerra está a punto de llegar a su fin —le dijo una tarde Violet mientras tomaban el té—. ¿Por qué no lo abandonas y te marchas a América? ¡Huye con Daniel, fúgate con él! Es tu oportunidad para ser feliz; después de todo lo que ha sido para ti, no tienes por qué quedarte aquí, no tienes ninguna obligación con él.

—¿Cómo que no? Sigo siendo su esposa. No puedo abandonarlo —sentenció—. No ahora, cuando todos sus amigos lo han repudiado, nadie quiere relacionarse con él por miedo a ser contagiado. Está completamente solo. Me necesita.

—¿Después de todo lo que te ha hecho? ¿Después de haberte arruinado la vida todavía lo compadece?

—Está sufriendo. Es digno de toda mi compasión.

Toda su compasión iba, sin duda, dirigida a su esposo. Cada día, ayudaba en su aseo, soportaba los terribles alaridos de Martin ante su impotencia a la hora de orinar, hacía que le prepararan purés y papillas, lo único que conseguía comer debido a la atrofia de la boca; ella misma le daba de comer, le aplicaba el unguento gris de mercurio en las llagas y pasaba las tardes al lado de su cama; le leía, le hacía compañía, mientras él permanecía en silencio, con la mirada perdida al otro lado de la ventana.

Un día, a la hora pensativa del atardecer, cuando el cielo se desgajaba en ronchas de luz anaranjadas, Rebecca se había dormido en la silla en la que habitualmente velaba el descanso de Martin, por lo que permanecía con medio cuerpo tumbado al lado del de su esposo. Se despabiló de pronto cuando sintió cómo él, torpemente, atrapaba su mano bajo la suya. Sorprendida ante el inesperado gesto de afecto se incorporó y se apoyó sobre un codo para mirarlo en silencio. Martin la observaba a través de su único ojo bueno. Su rostro, la viva imagen de una calavera recubierta de pellejo purulento, aparecía contraído en lo que supuso una espeluznante sonrisa. De seguro, pretendía ser amable, pero su aspecto la convertía, de forma inevitable, en espeluznante. La voz salió de su garganta como el alarido de una bestia agonizante.

—Creo que, durante todos estos años, me he comportado contigo de un modo especialmente severo —comenzó a decir—; te he mantenido prisionera en esta casa durante cuatro años, prisionera al lado de un hombre al que no amas y que jamás supo o pudo amarte a ti.

—Shh, calla, todo eso ya lo hemos hablado.

Martin le apretó la mano, aunque realmente sus fuerzas habían flaqueado tanto que ella casi ni percibió el incremento de la presión.

—Déjame hablar, Rebecca, necesito liberar mi alma ahora que el fin se acerca.

La pelirroja le acarició el cortísimo cabello, ralo y horrible debido a la gran cantidad de calvas. Lo miró y esbozó una afable sonrisa.

—No digas eso.

Él tosió; le hizo un gesto para que se callara y lo dejara explicarse.

—Has soportado mis ofensas, mis burlas, mis agravios... y has sabido perdonarlos con una dignidad admirable. —Un nuevo tosido quejicoso le interrumpió—. Cuando todos se han apartado de mi lado, tú te has mantenido fiel, me has cuidado y has soportado mis quejas, a pesar de que a esta altura debo de resultarte repulsivo.

—Soy tu esposa.

—A pesar de que no deseabas serlo.

—Martin, no debes esforzarte más, tus pulmones necesitan calma.

En efecto, la voz salía cada vez más ronca e inaudible; los labios, partidos por gala en dos lorzas tumefactas, apenas podían moverse para dar forma a las palabras.

—Un día, me preguntaste por qué te había elegido a ti y a ninguna otra para convertirte en mi esposa. Por qué te había utilizado para encubrir mis perversiones.

Rebecca inclinó la mirada y exhaló en profundidad.

—Sabía que tú eras una mujer buena y compasiva. La vida sabrá darte lo que yo te he robado.

—Martin...

—Solo gracias por permanecer a mi lado. Gracias, Rebecca Hale.

Palmeó su mano con afecto antes de explotar en una nueva oleada de toses y gorgoritos. Rebecca lo ayudó a incorporarse para expectorar y tomar aire. Una vez que el ataque remitió, lo recostó de nuevo y le besó la frente con una ternura infinita.

—Descansa, estaré aquí, a tu lado, cuando despiertes.

Mulló los almohadones con suavidad y ciñó la colcha sobre su pecho. Al poco rato, Martin cerró los ojos y su respiración tornó más lenta y tranquila. La promesa de Rebecca jamás pudo verse realizada, puesto que él ya nunca más despertó de un letargo profundo.

Dos días después, falleció. Rebecca lloró con sinceridad su muerte. Ciertamente siempre se había comportado con ella como un ser déspota, frío e indiferente; pero en los últimos meses, sobre todo durante esa dolorosa agonía, había podido vislumbrar en los ojos de aquel hombre un halo de humanidad del que jamás había hecho gala durante toda su vida. Desde el primer día de la enfermedad, durante aquel frío y largo invierno que marcaría sus vidas para siempre y, sobre todo, desde que el vizconde de Wycombe lo abandonó, la máscara de arrogancia, altivez y frialdad tras la que se había ocultado durante toda la vida había caído para dejar a la vista a un hombre solo y triste que jamás había podido ser libre. La máscara cayó y quedó a la vista el simple mortal que, en efecto, a los pocos meses entregaría su mortandad.

Pocas personas acudieron a la mansión para velar al otrora prestigioso y

prometedor abogado Martin Keats, aspirante a la Corte Suprema. La mayoría de los satélites que durante años habían merodeado en torno a la brillante estela del letrado se habían ido esfumando poco a poco durante los últimos meses. No solo la perniciosa presencia del vizconde de Wycombe los había alejado, sino también la certeza de que la enfermedad de Keats no era otra cosa más que un castigo divino a su indecente conducta de los últimos tiempos. Tan solo su anciana madre, Rebecca y su familia asistieron al funeral aquella fresca tarde de la recién estrenada primavera. La esposa de Martin Keats, con los ojos empañados en llanto y el espíritu renovado, depositó un ramito de violetas sobre la lápida de su marido antes de suspirar y dedicar una última mirada al lugar donde reposaría por siempre aquel hombre. A partir de ese instante, todo iba a cambiar; estaba más que decidida a tomar las riendas de su propia vida.

## CAPÍTULO 27

—Entonces, ¿te vas?

Violet hablaba por encima del borde de su taza mientras observaba a su hermana sin parpadear. Rebecca, que todavía vestía el luto obligado en una viuda reciente, se acomodó en el asiento antes de mordisquear una sabrosa galleta de sésamo.

—Ya tengo mi billete. El barco zarpará en pocos días.

—Pero, ¿estás segura?

Rebecca miró a su hermana con un brillo distinto en la mirada. La guerra había finalizado oficialmente a principios del mes de abril y, aunque el presidente Lincoln había sido asesinado de un disparo apenas unos días después, todo hacía suponer que el infierno había terminado. Todavía quedaba por delante mucho trabajo: un país convulso y muchos estados a la espera de ser reconstruidos; pero lo peor había pasado, y las aguas prometían, poco a poco, ir volviendo a sus cauces.

—Nunca lo había estado tanto. —Una amplia sonrisa ensanchó su rostro—. ¡Debo ir en busca de Daniel! ¡Me muero por verlo!

Violet esbozó una silenciosa sonrisa. Era justo.

—Creo que te lo mereces. Los dos. Has sufrido mucho durante todo este tiempo, sin duda mereces toda la felicidad que te sea concedida.

La mayor de las Hale suspiró y terminó de un bocado su galletita. Si echaba la vista atrás podía recordar perfectamente todo el sufrimiento de los últimos años. Toda la angustia, todo el horror, toda la desesperación. Jamás creyó que algún día aquella horrible cortina de humo que empañaba sus vidas terminaría por descorrerse. ¡Pero lo había hecho! Y, ahora, una deliciosa claridad lo invadía todo.

—Estoy deseando verlo y entregarle todo el amor que he guardado para él durante todo este tiempo. —Las lágrimas empañaron sus ojos. Eran otras lágrimas, distintas a las vertidas durante tantos años de agonía. Eran lágrimas de felicidad—. Tengo muchas cosas que contarle y aclarar con él. Espero que sea capaz de comprender mis circunstancias.

Violet tomó las manos de su hermana entre las suyas y las apretó con afecto en busca de su mirada.

—Por supuesto que lo hará. Estoy segura de que lo hará. Tú has sido tan solo una víctima más. Dos personas que se quieren tanto no deben permanecer separadas.

Rebecca sonrió.

—Tú jamás lo has traicionado.

—Jamás.

Era cierto: su corazón no había dejado de pertenecerle en ningún momento.

—¿Me despedirás de mamá?

—¿Seguro de que no prefieres hacerlo tú?

Rebecca pensó en su madre y en la tensa relación que habían mantenido durante el tiempo que había durado su matrimonio con Martin. Habían hablado apenas en un par de ocasiones desde la boda; Virgilia parecía haberse dado por más que satisfecha con las ganancias obtenidas, lo que evidenciaba que ni la felicidad de su primogénita, ni la buena salud de la relación entre madre e hija le importaban realmente. Tan solo llenar el buche y mantenerse caliente en invierno, amén de disponer de un guardarropa decente con el que dejar boquiabiertas a las vecinas cada vez que asistía al servicio dominical.

—Me gustaría perdonarla, sé que debería hacerlo. Debería perdonarla, pero, por el momento, no puedo. Quizás algún día me sienta con fuerzas de acercarme a Cypress Lodge y fundirme en un abrazo con ella. O quizás nunca pueda hacerlo. ¿Quién sabe?

Violet, todavía con las manos de Rebecca entre las suyas, inclinó la mirada.

—¿Es este un adiós definitivo?

—El hogar de cada uno está donde está su propio corazón, nunca lo olvides, Violet. —Acunó el rostro de su hermana en la palma de su mano—. Yo solo sé que mi corazón lleva cuatro años perdido en Estados Unidos, y que ya es hora de ir a por él.

Antes de abandonar Inglaterra, decidió prescindir del luto, puesto que consideraba una hipocresía vestir de negro cuando había decidido romper con el pasado e iniciar una nueva vida. Una nueva vida que en realidad era la misma que había quedado suspendida, cuatro años antes, por causas ajenas a su voluntad. Mientras subía la escalerilla del barco de vapor que la llevaría al otro lado del océano, echó un último vistazo al hermoso puerto de Southampton y sonrió. No deseaba sentirse triste ante la perspectiva de la partida, a pesar de haber dejado a personas muy queridas en tierra, puesto que aquello no debía ser tomado como una despedida, sino como el inicio a una nueva vida. Apoyada sobre la barandilla de cubierta, cuando ya las almas que agitaban la mano en el puerto no eran más que puntos lejanos en la ya también lejana orilla, deslizó el anillo de boda del dedo anular para dejarlo caer al fondo del mar.

Rebecca pisó suelo americano varios días después. Lo primero que vio cuando llegó al antaño hermoso pueblecito de Charleston fue la ruina y la destrucción reflejadas en cada calle desierta, en cada edificio derruido y en cada carruaje destruido y abandonado en pleno descampado. La guerra había roto la prosperidad de Charleston y, sin duda, había convertido en una estampa gris y deslucida el que años atrás había sido el más pintoresco y colorido de los pueblos sureños. Caminó un buen trecho entre escombros, porque intentaba distinguir lo que conocía y que ahora parecía imposible reconocer en medio de tanta desolación.

Mills House había desaparecido casi por completo, así como la mayoría de los edificios cercanos, que mantenían en pie tan solo sus ennegrecidas paredes llenas de ventanas sin cristal y sin un tejado que ejerciera de sostén. La oficina de correos conservaba tan solo el cartel que la anunciaba suspendido apenas entre cuatro postes que en otro tiempo formaron un porche. De la iglesia circular tan solo quedaba en pie el campanario. Árboles descarnados, carbonizados, se alzaban erguidos en mitad de la nada como esqueletos desgarrados clamando al Cielo; parecía que alguien los hubiera dejado allí en representación de la olvidada belleza de otrora. En medio de un amplio solar abrasado y plagado de pilas de escombros, continuaba ridículamente en pie una enorme chimenea industrial cuya parte superior no había resistido la invasión unionista.

Todas aquellas calles, flanqueadas hace años por construcciones magníficas, elegantes y coloridas, permanecían ahora desiertas, escoltadas por edificios ruinosos y ennegrecidos por la acción del fuego. Pilas enormes de tabla, ladrillo y argamasa se encontraban por todas partes como muestra patente e ineludible de la tragedia. Algunos transeúntes caminaban a esas horas por la calle. Sus andares eran precipitados, medrosos, desconfiados, como si a cada paso intentaran huir de algo o de alguien invisible pero eternamente amenazante. Cada paso implicaba un giro de cabeza junto a un examen rápido y minucioso de todo lo que les rodeaba en un radio cercano.

Rebecca pudo distinguir que no quedaba en sus atuendos, ni en sus rostros enjutos y macilentos, nada de la gloria pasada. Un doloroso nudo le oprimió el estómago. Pensó en Old Oak y en sus moradores: no pudo evitar que la desolación hiciera mella en su ánimo. ¿Qué habría sido de aquel hermoso lugar? ¿También habría sucumbido y sido reducido a la nada, a las cenizas, a un simple recuerdo? Intentó alquilar una carreta que la llevara hasta la plantación, pero, después de la guerra, muy pocos carruajes habían quedado aprovechables. Varios hombres le explicaron de muy malos modos que los yanquis se habían encargado de acabar con todo, que ya no quedaba nada, pero, al final, consiguió que uno de aquellos hombres encolerizados le alquilara un caballo. Eso sí, el precio a pagar resultó exorbitante. Estaba claro que no iba a resultar nada fácil reconstruir aquel país; todos habían sufrido demasiado.

El caballo salvó al galope el camino de encinas que daba la bienvenida a la plantación Masen. Antes de atravesar la verja con las siglas de su propietario, Rebecca detuvo su montura para observar con detenimiento la armazón de tabla pulida, ladrillo y argamasa que formaba la otrora magnífica mansión de Old Oak. Erguida sobre el horizonte, aunque esta vez sin gallardía, ni nobleza, sino con los aires cansinos de un animal herido y agonizante, la casa se levantaba —o dicho de un modo más acertado: luchaba por mantenerse en pie— y mostraba al recién llegado la horrible huella de una guerra larga y cruel. La amplia fachada de tablillas blancas, con sus columnatas



de mármol y su enorme escalera frontal, aparecía tiznada de negro por la acción del fuego. La madera había desaparecido casi por completo, permanecía solamente en pie las zonas construidas con ladrillo. Muy pocas ventanas conservaban todavía sus cristales e incluso el tejado se había venido abajo en algunas zonas.

El gigantesco roble centenario que se alzaba a un costado de la casa como su más fiel guardián, aparecía abrasado por el flanco más próximo a la mansión. Sus ramas en esa parte estaban quemadas y sin vida: representaban perfectamente la caída de Old Oak. También los robles y frutales cercanos habían sucumbido entregando su vida y su follaje. Las camelias del jardín, las estatuas que adornaban cada rincón, las pérgolas y los surtidores de agua; todo aparecía mancillado por la devastadora huella del fuego, todo aparecía tan completamente destruido que tan solo las manchas negras y carbonizadas sobre el suelo señalaban su antigua ubicación.

—Santo Dios —murmuró con los ojos empañados en llanto.

Estaba claro que desde su lejano refugio británico no había sido ni remotamente consciente del infierno que se había vivido en aquel lugar. Espoleó el caballo para salvar la distancia que la separaba de la casa. Una vez en el patio, descendió de la montura y permaneció un minuto observando entristecida aquella estructura asolada. A su alrededor, se extendían los campos completamente arrasados; los cobertizos y las cabañas permanecían convertidos en montones de ceniza; y algunas partes de la mansión no eran ya otra cosa, sino pilas de vigas ennegrecidas. Estaba convencida de que a Daniel le dolería el alma ver la plantación, la insignia de su familia, reducida a eso. Caminó entre escombros con la cabeza llena de pensamientos desolados y empezó a ascender los sucios peldaños cuando el gañido del portón principal la sorprendió. Alzó la vista para descubrir bajo el umbral la silueta de una muchacha alta y esquelética que la apuntaba con una pistola que abultaba mucho más que ella.

—¡No dé un solo paso más, señora, dese la vuelta y salga ahora mismo de estas tierras! —rugió la chiquilla amartillando el arma.

Su desmadejada melena rubia, sus ojos claros y la belleza de sus facciones, a pesar de la delgadez que estropeaba su rostro, no le dejaron lugar a dudas.

—¿Sarah? ¿Sarah, eres tú?

La muchacha vaciló un instante mientras observaba a su interlocutora con desconfianza. Poco a poco el arma empezó a temblar en sus manos hasta descender por completo.

—¿Señorita Hale? —Sus ojos se anegaron en llanto—. ¿Señorita Hale, ha vuelto a por nosotras?

Rebecca subió corriendo los peldaños que restaban para fundirse en un abrazo con la chiquilla, que se aferró a ella con la fuerza que tan solo concede la desesperación. Apenas unos segundos después, una segunda silueta rubia, delgada y de aspecto asustadizo asomó bajo el umbral portando su propia pistola. Sarah la sujetó por un brazo y tiró de ella con fuerza para incluirla en el abrazo.

—¡La señorita Hale ha vuelto, Grace, está aquí, en Old Oak!

—¡Mis niñas, mis niñas queridas! —Todo eran lloros y gemidos y un sentimiento tan hondo y sincero que ninguna de las tres parecía dispuesta a romper el lazo que las unía—. ¡Las dos a salvo! ¡Las dos bien! —dijo y se separó ligeramente para observarlas de arriba abajo.

—Creímos que nos había abandonado —lloriqueó la pequeña Grace—. Nos dijeron que no le importábamos, que se había hartado de nosotras y que se había vuelto a Inglaterra para siempre.

En un impulso inevitable, Rebecca se cernió sobre ellas y las abrazó con fuerza. Las lágrimas danzaban todavía furiosas en sus pestañas.

—¡Eso no es cierto! ¡Jamás habría hecho algo así!

—Hemos pasado tanto miedo, señorita —gimió la niña.

Rebecca alzó la mirada hacia las ventanas, en busca de algo o a alguien, pero del otro lado todo era oscuridad y silencio.

—¿Dónde está el señor Masen?

Era una pregunta inevitable. Regresar al infierno suponía enfrentarse tarde o temprano al demonio. Grace inclinó la mirada. La mayor la miró un largo minuto en silencio. Su rostro se había contraído todavía más, señal inequívoca de que Sarah apretaba la mandíbula con fuerza. Finalmente tragó saliva, se ciñó la pistola a la cinturilla de su vestido y habló con la resolución de un adulto:

—Venga.

La sujetó de una mano y descendió con ella la escalera principal. Juntas, seguidas de cerca por Grace, cruzaron a buen paso el suelo de grava hasta llegar al patio trasero, a la zona despejada frente a las caballerizas. Rebecca pudo distinguir todavía los cepos con grilletes en los que Jeremiah solía castigar a sus esclavos y, de nuevo, el horror se apoderó de ella. Recuerdos de vivencias pasadas, del terror de otrora que se abría paso entre las brumas de su memoria para atormentar ese presente, el restallar del látigo al rasgar la carne, los gritos de hombres inocentes. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Un fuerte tirón de Sarah, que se detuvo de pronto para obligarla a prestar atención, la devolvió a la realidad. Al fondo, antes de alcanzar el callejón que conducía a las barracas y bajo un enorme roble, descubrió un montículo de piedras presidido por una cruz formada por dos ramas atadas ente sí.

—Ahí —dijo Sarah al tiempo que señalaba el montículo.

Su voz sonaba fría e indiferente. Sus ojos eran dos témpanos de hielo. A su otro costado, Grace deslizó con sigilo la mano en la de su antigua institutriz. Rebecca miró a las niñas y a la tumba de forma aleatoria. ¿Sería posible? Le costaba imaginar que aquel monstruo durmiera un sueño eterno, ya eternamente inofensivo, bajo unas pocas paladas de tierra. También era duro de asimilar que las niñas aceptasen aquel hecho con tanta naturalidad. ¡Cuánto no deberían haber visto aquellos inocentes ojillos durante cuatro años largos y terribles!

—¿Cómo? ¿Qué sucedió?

—Una brigada de la Unión llegó a la plantación una noche. —La joven narraba la

historia como un espectador que observara una obrilla de teatro cualquiera desde un palco privilegiado—. Portaban antorchas y venían armados. Nos dijeron que debíamos abandonar la casa porque se disponían a incendiarla, como habían hecho con todas las plantaciones del Sur. Padre se negó. Dijo que jamás abandonaría Old Oak por propia iniciativa.

Rebecca se llevó la mano a la boca para ahogar un gemido. Conocía el carácter de Jeremiah Masen y sabía que no iba a dar fácilmente su brazo a torcer frente al tan repudiado enemigo. Nunca frente al yanqui traidor.

—Abrió fuego contra ellos a pesar de que eran muchísimos y él estaba solo. Ellos también dispararon y lanzaron sus antorchas contra las ventanas. Todo empezó a arder enseguida. Las cortinas, los muebles, las alfombras: la casa entera se llenó de humo por todas partes. —La voz de la chiquilla se quebró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Tratamos de sofocar el fuego con cubos de agua, con mantas, pero resultaba imposible. Las doncellas iban y venían corriendo y chillando como locas, todo era miedo y confusión. El humo y las llamas crecían a cada instante.

Rebecca acarició el revuelto cabello de la muchacha, que soportó la caricia sin moverse ni un ápice. Sus ojos permanecían fijos en la retorcida cruz de madera. Su estado, casi completamente catatónico.

—Padre disparó entonces a los caballos de los soldados. Parecía haberse vuelto loco. Los animales relinchaban asustados. Yo me quería morir, y estaba claro que, en efecto, íbamos a morir esa noche.

Grace se llevó las manos a las orejas y apretó con fuerza al recordar, sin duda, aquellos terribles minutos. Lágrimas silenciosas recorrieron su rostro.

—El mayor Gordon dio la orden a sus hombres. Entraron por la fuerza en casa y sacaron a rastras a papá. Le pegaron en el patio hasta dejarlo inconsciente. Luego, lo ahorcaron ahí. —Sarah señaló el viejo roble sobre la tumba. Un hondo sollozo huyó de sus labios mientras apretaba los ojos tratando de no recordar—. Tardó mucho en morir. Sus piernas no dejaban de moverse.

Un chillido aterrador emitido por Grace captó la atención de ambas. Rebecca las atrapó en un único abrazo, las apretó con fuerza y se dejó caer con ellas de rodillas frente al montón de piedras.

—Ya ha pasado, mis niñas, estoy aquí, con las dos. Nunca más me iré.

No fue capaz de reprimir el llanto ni un segundo más. No lloraba por Jeremiah, cuya muerte en realidad era incapaz de provocarle dolor, sino por aquellas dos almas a las que la guerra le había arrebatado la inocencia.

—A la señora Bradshaw la alcanzó un disparo. —Ahora fue Grace la que habló mientras su hermana mayor ocultaba su rostro entre los pliegues de la falda de la señorita Hale—. Una bala perdida. Se encontraba con nosotras en el comedor mientras intentábamos apagar las llamas. Podría haber alcanzado a cualquiera, pero le dio a ella en el vientre. Cayó a nuestro lado en medio de un charco de sangre, sin que pudiéramos hacer nada.

—Murió mirándonos a los ojos —remató la mayor— y escupiendo sangre por la boca.

Rebecca apretó los párpados con fuerza para tratar de no imaginar las terribles escenas. Aquellos dos angelitos ya no eran ni la sombra de lo que ella recordaba. Su ingenuidad había sido mancillada; sus ojos recreaban ahora los más terribles horrores, en lugar de margaritas, golondrinas y arroyos cantarines.

—¿Y los demás?

—Ya no queda nadie, señorita Hale, poco a poco todos se han marchado de Old Oak. El último en permanecer en la plantación fue Marshall, el anciano lacayo, pero su hija vino por él el invierno pasado.

—¿Quién ha cuidado de ambas?

Las niñas se miraron. Era obvio que se habían visto obligadas a crecer y hacerse fuertes solas, habían dependido la una de la otra para su supervivencia física y espiritual; pero también era obvio que alguien había debido de estar a su lado desde que su padre desapareciera de entre los vivos.

—Burdetta ha estado a nuestro lado. Preparaba la comida cuando todavía quedaba algo que comer.

—Y, cuando hacía frío, encendía fuego para que no nos quedáramos heladas —apostilló Grace.

—Tuvimos que quemar muebles, puertas y paneles enteros de pared para no congelarnos en pleno invierno —aseguró Sarah—. Hemos vendido todo lo de valor: joyas, piezas de arte, la colección de armas de papá. Pero apenas hemos sacado nada por todo; no había nadie que las comprara en el pueblo porque nadie tenía dinero. Hemos sufrido asaltos de milicias desertoras que, no contentos con destruirlo todo, nos arrebataron las pocas provisiones que nos quedaban.

Rebecca se levantó y tiró de ellas para que la imitaran. Acto seguido se secó el rostro con las manos.

—¿Todavía están aquí? —preguntó mientras señalaba en dirección a las barracas. Sarah asintió.

—El presidente Lincoln decretó la Proclamación de Emancipación y abolió la esclavitud. Muchos se han marchado, desde entonces son hombres libres y se han ido para reunirse con sus familiares de otras granjas. Otros han decidido quedarse; sencillamente porque no tienen a dónde ir.

—Querría verlos, a Burdetta y a los demás —anunció.

Sarah asintió y tiró de ella en dirección a las barracas. Rebecca se dejó guiar por aquella pequeña gran mujercita. Había recibido una impresión tan grande desde su llegada a Charleston que todavía se encontraba conmocionada. Ni la prensa, ni las cartas de Siggy y Daniel, siempre descriptivas y dolorosamente sinceras, habían podido llevar con precisión a su mente la imagen de aquel infierno. Debieron de haber sido cuatro años terribles, tanto para los que lucharon como para los que permanecieron a la espera en sus hogares. La mayoría de las barracas permanecían

todavía en pie. Aunque algunas habían sido abrasadas y tenían la techumbre inhabilitada; casi todas habían sufrido mejor suerte que la mansión del patrón.

Muchos hombres y mujeres abandonaban sus cabañas cargando pequeños fardos sobre el hombro. Caminaban con aire derrotado y la cabeza gacha, como si realmente hubieran sido ellos los culpables de perder aquella odiosa guerra. En cierto modo, sentían que la guerra se había iniciado por culpa de tantos muchos que, como ellos, estaban obligados a trabajar para los ricos. Cuando se cruzaron con las tres mujeres ni siquiera levantaron la mirada; seguramente a causa de la vergüenza o la impotencia que les provocaba tener que abandonar el que había sido su hogar —forzoso— durante tanto tiempo. La tristeza y un infinito dolor imperaban en aquella atmósfera cargada de pesimismo. Niños harapientos se arremolinaban alrededor de fuegos improvisados, tiritaban de frío a pesar de que la estación cálida ya había dado inicio. Es lo que tiene dormir al raso y sin abrigo: el cuerpo se destempla y ya no hay quien lo caldee. Rebecca avanzaba a través de la silenciosa comitiva con lágrimas en los ojos, y un nudo intragable le apretaba la garganta.

Burdetta apareció detrás de un tablero tumbado sobre dos cepos que ejercía de mesa improvisada. Sobre el tablero había un pequeño pote de latón que la mujer removía de forma cansina y del que extraía un caldo negruzco, completamente aguado, que servía en silencio a los integrantes de una pequeña hilera. Los demandantes alargaban sus cuencos y aceptaban conformes la escasa ración de agua oscura para retirarse de nuevo a sus cabañas. A su lado, una muchachita ataviada con cofia, rompía un pequeño mollete de pan en partes iguales y las repartía también entre los que venían a por su ración diaria. Las raciones eran dolorosamente pequeñas, pero las bocas a alimentar eran muchas y el alimento muy poco. Cuando Burdetta levantó la vista y se encontró con los ojos empañados de la inglesa, al principio dudó y se consideró víctima de una ilusión. Pero la presencia de las dos señoritas y la sonrisa que se dibujó en el rostro de la mujer que las acompañaba resultaron lo suficientemente convincentes. Cedió el cazo a su compañera, se secó las manos en el sucio delantal y echó a andar hacia la recién llegada. Al principio, con paso lento y vacilante; después, a plena carrera. Una vez cara a cara se fundieron en un sentido abrazo.

—¡Señorita Hale! —exclamó Burdetta, que rompió a llorar como una niña—. ¿Realmente es usted? ¿No estoy soñando?

—¡Amiga mía! —gimió Rebecca y disfrutó de un abrazo que se había retrasado demasiado.

—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto usted a Old Oak!

Rebecca trató de serenarse, pero los fantasmas del pasado y la barbarie del presente acudían de forma atropellada a su cabeza, torturándola.

—Las golondrinas siempre vuelven, tarde o temprano...

—¡Jamás creí que volvería!

—Y me encuentro con un infierno peor que el que había dejado. ¡Oh, Burdetta,

esta guerra ha sido un auténtico desastre!

La antigua esclava se separó ligeramente de ella para sujetarla por los hombros. La miró de frente con los ojos completamente velados por el llanto.

—No se imagina las penurias que hemos vivido durante todos estos años, señorita Hale. ¡El miedo y el hambre que hemos pasado! —La barbilla temblaba, al igual que su voz—. El ejército se llevó a muchos de los nuestros y los obligó a cavar trincheras para ellos, la mayoría no ha regresado.

Rebecca acarició su mejilla, enternecida.

—¿Ptolemy?

La sonrisa de Burdetta se ensanchó ligeramente.

—No, Ptolemy sigue en la plantación conmigo. Está bien, es todo un hombrecito.

—¿Y Solomon?

La mujer ahogó un sollozo y cerró los ojos. No quería recordar la mirada de su padre, la sonrisa del patrón y el rugido de la pistola. Por toda respuesta, negó con la cabeza.

—¿Dónde está el viejo Solomon? —insistió.

Burdetta estalló definitivamente en un llanto abrumador. Como pudo, empezó a explicarse con voz entrecortada.

—¡El amo lo mató la misma noche que usted se fue de Old Oak, señorita!

—¡Oh, Cielo Santo! —Las rodillas se entrechocaron, cedieron al peso que soportaban y obligaron a su propietaria a desfallecer. Ambas mujeres cayeron postradas al suelo—. ¡Lo siento tanto, amiga mía, lo siento tanto!

Ambas lloraron en silencio hasta que Burdetta limpió su llanto con las manos y se separó de ella para mirarla de nuevo a los ojos y hablar con determinación.

—Ya no habrá más daño, señorita. La guerra ha terminado, y el señor Masen duerme ahora bajo un montón de piedras.

## CAPÍTULO 28

**D**urante las semanas siguientes, Rebecca trabajó duro para tratar de reorganizar la plantación. Ahora, ella tenía recursos. Su idea era reconstruir Old Oak y devolverle a la granja su vieja gloria; esta vez con hombres libres. Pero, a pesar de poseer dinero, encontrar provisiones resultaba difícil en un Sur completamente desabastecido. Por mucho que buscara, siempre encontraba lo que necesitabas en cantidades irrisorias y, a menudo, debía recorrer grandes distancias para conseguir tan solo un poco más. La plantación había sido asolada por completo, la guerra y la pobreza la habían destrozado; el fuego había acabado con las plantas de algodón de raíz, y ya no quedaba nada. Solo tierra árida y plantas muertas. Iba a resultar una tarea hercúlea volver a darle forma a algo completamente destruido.

Cada vez que las niñas le narraban las penurias que habían tenido que soportar, su corazón daba un vuelco y sus ojos se empañaban de nuevo. Un hondo sentimiento de culpa la destrozaba por dentro, y la certeza de saber lo cerca que todos habían estado de la muerte, mientras ella, en su nueva condición de mujer casada, prosperaba y se llenaba de comodidades le destrozaba el alma. Desde que Jeremiah había caído asesinado a manos del ejército unionista, las niñas habían aprendido a dormir con un ojo abierto y otro cerrado y el dedo firmemente sujeto al gatillo de sus pistolas. ¿Por qué esas chiquillas, apenas unas niñas, habían tenido que aprender a vivir en compañía de un arma? No era justo. La vida no era justa. En cierta ocasión, habían tenido que disparar a un soldado desertor que había entrado en la mansión en busca de algo para vender. No lo habían matado, pero habían causado alboroto suficiente para asustarlo y obligarlo a desistir de sus propósitos. Habían tenido que arrancar los escasos cortinajes de las ventanas para confeccionar con ellos ropa de cama y prendas de abrigo. En invierno, habían recorrido el campo de rodillas y habían rebuscado entre la nieve con los dedos plagados de sabañones para tratar de encontrar alguna raíz o algún tubérculo que llevar al caldero.

Burdetta había obrado auténticos milagros cocinando para todos. Sus caldos, resultantes de cocer una y otra vez un hueso que debía de llevar con ellos desde el inicio de la guerra, los habían salvado de la inanición. Quizás, porque cuando el hambre aprieta, cualquier cosa que caliente el buche resulta de agradecer. Otras veces, habían tenido que comer ardillas, comadreja e incluso zarigüeyas; por lo que antes se habrían muerto de asco, tras saborear la escasa ración que les tocaba, se chupaban los dedos y daban gracias al cielo por tener la posibilidad de vivir un día más. Burdetta había demostrado ser una auténtica maestra haciendo limonada con los limones que le ofrecía la vida. Y estaba claro que, desde un tiempo a esa parte, la vida

no dejaba de ofrecerles enormes limones amargos.

Muchas noches, Rebecca buscaba la soledad en la habitación de Daniel, una de las estancias que había quedado abrasada por completo en el incendio, que había perdido los cristales de las ventanas y el tejado. Allí, aovillada en un rincón, abrazada a las rodillas sobre los sucios suelos de tabla, alzaba la mirada hacia el cielo descubierto, al gran número de estrellas que cintilaban en él y susurraba una única plegaria con los ojos bañados en llanto: «Ven a mí, vuelve a mí.» Todos los soldados estaban regresando a sus hogares después de la guerra, aunque, al tener en cuenta las circunstancias de Daniel, resultaba difícil suponer que sintiera Old Oak como su hogar. Allí esperaba encontrarse con Jeremiah, su hermano y enemigo, y tal reencuentro no resultaría plato de gusto para él; en realidad, para nadie. Sin embargo, también estaban sus sobrinas, sangre de su sangre, y sobre todo, estaba ella, que lo esperaba. Como había hecho siempre. Debía volver. Tenía que volver.

—Vuelve a mí; he cruzado un océano para encontrarte —susurraba a la noche entre lágrimas—. Estoy aquí, esperándote, como tú me dijiste, como habíamos prometido. ¡Vuelve! Te lo suplico.

Quiso escribirle, pero no sabía dónde podría encontrarse. Los campamentos militares se habían disuelto, y era más que probable que su destacamento hubiera abandonado la última localización. Tan solo restaba esperar y tener paciencia. ¡Paciencia! Era lo que su cabeza gritaba, lo que su corazón ya no podía tener. Ya la había tenido durante cuatro largos años; ahora se moría por verlo, por abrazarlo, por besarlo. Por iniciar una nueva vida junto a él. Solo rezaba para que no se le hubiera ocurrido dejarse matar al final de la guerra. Sería una trágica broma del destino, como el asesinato del propio Lincoln. Pero ellos no habían llegado tan lejos para nada. No había apostado toda su vida a un caballo perdedor.

—Sé que no estás muerto porque todavía respiro —se decía para convencerse a sí misma—. Ven, amor mío, ven a mí. Llevo más de mil noches esperándote.

Rebecca ofreció a los antiguos esclavos permanecer en la plantación en condición de hombres libres con el fin de ayudarlo a reconstruir Old Oak y salir adelante, trabajando a cambio de un hogar y de un salario.

No fueron muchos los que aceptaron; la mayoría decidió marcharse y probar suerte en el Norte industrializado. Otros prefirieron asentarse más allá de Charleston. Pero los que se quedaron estaban dispuestos a trabajar duro y empezar de cero en un lugar que necesitaba resurgir de sus cenizas. Old Oak tenía su propia historia, no merecía desaparecer de mano de la insensatez del hombre.

Sin duda, había mucho trabajo por delante, y la propia Rebecca no dudó un instante en arremangarse y ponerse ella misma manos a la obra para dar forma a su objetivo. En pocas semanas, consiguieron techar las partes de la mansión que habían quedado al descubierto, retiraron los escombros, arrancaron los árboles carbonizados



y encargaron nuevos materiales para la reconstrucción. Las tablas para lucir la fachada y los cristales para las ventanas no se hicieron esperar más que unas pocas semanas más.

También llevó un tiempo arrancar los tocones muertos del algodón. La propiedad era muy extensa y la mano de obra había mermado desde los tiempos florecientes de la plantación. Tanto Rebecca como las propias señoritas Masen trabajaron durante semanas desde el alba hasta bien entrada la noche para desmochar y limpiar el terreno; mientras unas tiraban del caballo, otras empujaban el arado para arar y devolver la vida a aquellos castigados surcos. Fue un trabajo fatigoso e interminable, pero tanto esfuerzo y sudor valieron finalmente la pena. Ahora, solo restaba encargar nuevas simientes y esperar que algo agarrara en aquella tierra devastada.

—¿Lo conseguiremos? —preguntó una noche Burdetta, mientras ambas mujeres tomaban limonada en el porche a la luz blanquecina de la luna.

Las niñas dormían dentro, agotadas después de un duro día de trabajo.

—Por supuesto. —Agarró a la mujer de la mano y le dio un afectuoso apretón—. Juntos lo conseguiremos.

—Jamás lo habría pensado.

—No podría hacerlo sola, Burdetta; todos somos uno.

La mujer fijó la mirada en el cielo estrellado y sonrió.

—Hace años, no me habría imaginado a mí misma sentada en el porche, tomando el té como una señorita.

—Todos somos iguales ante los ojos de Dios. Siempre hemos sido iguales y, ahora, lo somos más que nunca. Jamás debieron existir desigualdades entre nosotros.

—No debería haber tenido lugar una guerra para llegar a esto.

Rebecca rodeó sus hombros en un cálido abrazo.

—Solomon estaría orgulloso de ti. —Burdetta gimió—. Has salvado la vida de las hijas del hombre que asesinó a tu padre. Eres una gran mujer.

—Esas niñas habrían sobrevivido sin mí. Son fuertes como demonios; no necesitaban a esta vieja llorona.

—Sí la necesitaban. Y lo sabes.

Ambas mujeres permanecieron abrazadas en silencio mientras compartían aquel instante de distensión.

—¿Por qué lo hace, señorita? —preguntó Burdetta de pronto—. ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué intenta sacar adelante este viejo monstruo fatigado? Seguramente vivía bien en su país. No necesitaba regresar y dejarse el pellejo en un lugar castigado como este.

Rebecca alzó los ojos al cielo y sonrió al descubrir la estela de una estrella fugaz. De inmediato, cerró los ojos, pidió un deseo y sonrió.

—Por Daniel. Y por Old Oak.

Burdetta asintió en silencio.

—Es usted una mujer con determinación. Una mujer valiente, siempre lo he

sabido.

La pelirroja negó con la cabeza para restar importancia a los halagos.

—Esta plantación no es solo un edificio con unos cuantos acres de tierra por cultivar. Esta plantación es la gente que la compone, que lucha cada día por sacarla adelante y hacer de ella un lugar mejor. Siempre ha sido así. Esta plantación es tuya, es de Solomon, del pequeño Ptolemy y de esas niñas que han sufrido tanto. Y es de Daniel. Por eso la amo y deseo convertirla en mi hogar.

## CAPÍTULO 29

Un día caluroso, mientras el sol sangraba lentamente sobre el horizonte y ofrecía su particular y languideciente despedida; Burdetta, Rebecca y las dos niñas descansaban en el porche después de una fatigosa jornada de trabajo. La mujer remendaba varias prendas de ropa sentada en una vieja mecedora. El ruido adormecedor del vaivén conseguía amodorrar a las chiquillas, que permanecían tumbadas sobre unas mantas con los ojos cerrados mientras disfrutaban de los sonidos apacibles de la tarde y de la amable compañía. Rebecca miraba fijamente el horizonte, como cada atardecer, y se permitía soñar de vez en cuando e incluso descubrir fantasmas en la lejanía.

De pronto, la joven se levantó de su asiento impulsada por un resorte invisible. Su precipitación llamó la atención de sus acompañantes, que se incorporaron para seguir con la mirada la dirección que habían tomado los ojos de la inglesa. Un hombre se acercaba a pie por el camino de encinas. Caminaba lentamente, con andares extenuados, como si le pesara el alma, la vida misma y todo su cuerpo. Las niñas se enderezaron de inmediato, levantaron sus armas y apuntaron al desconocido. Burdetta dejó a un lado su labor para abrazarse, víctima del desasosiego y la precaución.

Rebecca continuaba mirando la silueta andante sin decir nada; el corazón golpeaba su pecho sin piedad. Sus pupilas vibraban, sus labios permanecían secos y entreabiertos. Conforme se acercaba, se podía apreciar su silueta con mayor nitidez. El hombre vestía de oscuro. Llevaba un sombrero en la cabeza, una chaqueta oscura, larga hasta las rodillas, las manos en los bolsillos y un petate sobre el hombro derecho. Metía ligeramente los pies hacia dentro al andar, de seguro, a causa de un cansancio extremo.

—¡Deténgase, no dé un paso más! —gritó Sarah detrás de su arma.

La guerra había terminado, pero todos sabían que en la plantación no quedaban muchos hombres y que cuatro mujeres solas resultaban muy vulnerables en tiempos de miseria como eran aquellos. Los salteadores abundaban y no respetaban nada; poco les importaba que las viviendas que asaltaban estuvieran o no habitadas. El hombre se detuvo un instante y alzó los brazos. A continuación, siguió caminando con los brazos en alto. Parecía no querer problemas.

—¡Deténgase! ¿No me ha oído? ¡Dé la vuelta y váyase por donde ha venido!

Rebecca abrió la boca y de sus labios escapó un jadeo. Tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer al suelo.

—¡Es Daniel! —Apenas en un susurro. Sus ojos se empañaron rápidamente—. ¡Dios mío, es Daniel!

Bajó la escalera a trompicones, tambaleándose. Una vez en el patio, se detuvo un

segundo para cerciorarse de que aquel hombre que caminaba hacia ella con los brazos en alto era Daniel Masen. ¡Tenía que ser él! ¡Su corazón le decía que sí! Las piernas le fallaron. Llevaba tanto tiempo soñando aquel momento que, ahora que por fin se había hecho realidad, se sentía incapaz de actuar con normalidad. Trató de avanzar, pero sus gastadas botas pesaban demasiado. ¡Maldita sea! ¿Qué había sido de su cuerpo?

—¡Daniel!

Las lágrimas le bañaron el rostro mientras asentía con nerviosismo una y otra vez. Su llanto era jadeante y entrecortado, como si le faltara el aire. Como si todo el oxígeno del mundo se lo había arrebatado aquella silueta oscura. Los labios del hombre se curvaron en una sonrisa trémula. Ella lo observó acercarse. Llevaba el uniforme de la unión: azul con botones dorados en la pechera junto a un cinturón negro y rojo, con borlas del mismo color a un lado, que ceñía su cintura. Sin embargo, la mugre era tanta que empañaba toda la magnificencia y honra del uniforme. Se detuvo frente a ella, a escasos pasos. Estaba muy delgado y ojeroso, el pelo le había crecido mucho y le caía sobre el rostro en gruesos y sucios mechones. Lucía barba de varios meses y cortes y moratones en los pómulos. Pero su sonrisa seguía siendo la misma, y sus grandes ojos de obsidiana tampoco habían cambiado.

—Has vuelto a mí... —susurró; las lágrimas no dejaron de surcarle el rostro.

—He venido a buscarte, como había prometido —dijo él.

Rebecca se estremeció al escuchar su voz. La misma voz que había recreado en su mente cada noche de su vida intentando que no olvidarla jamás.

—No sabes cuánto tiempo hace que te espero, amor mío.

Enlazó los brazos alrededor de su cuello y lo abrazó fuerte, muy fuerte. Daniel la recibió y la apretó contra él, hundió la nariz en su fragante cabello de fuego, cerró los ojos y recordó la tan añorada felicidad. No quería soltarla. No podía soltarla. Después de la guerra, ese era, al fin, su merecido minuto de paz.

—¿Todavía me quieres? —preguntó él.

Con los ojos todavía apretados, sollozó, y las lágrimas acudieron prestas a su reclamo.

—Jamás he dejado de quererte. —Se aferró a su nuca, atrapó esos gruesos mechones entre los dedos y lloró desconsolada—. Te he querido cada día de mi vida durante estos años.

—Yo te he necesitado cada día de mi vida durante estos años —gimió él, que le acarició la espalda con desesperación.

Las lágrimas humedecían su rostro ya sin medida o privación. Volver a tenerla entre sus brazos era algo con lo que había soñado desde que había abandonado Old Oak antes de la terrible guerra y que jamás, tan solo en sus sueños más desesperados, había imaginado poder hacer realidad de nuevo. ¿Acaso estaba muerto y había subido al Cielo? ¿Acaso su mente le estaba jugando una mala pasada, y, en realidad, su cuerpo permanecía tirado en el campo de batalla, perforado por mil orificios

mortales? Si así era, ¡bendita muerte que le traía de nuevo el recuerdo y la calidez de aquel cuerpo apretado firmemente contra el suyo! ¡Bendita muerte que, de nuevo, le permitía escuchar aquella voz y contemplar aquel hermoso rostro salpicado de pecas! Tomó la cara de Rebecca entre las manos y la besó con desesperación, hasta que le faltó el aliento, la devoró con sus labios sedientos de ella.

—Te quiero tanto, te necesito tanto.

Rebecca respondió a su beso, se aferró a él y reclamó con atropellado ímpetu el amor que le había sido negado durante tantos largos años. Ahora, Daniel era suyo, y ella era de él. Nadie bajo las estrellas, nadie, tan solo la fatídica muerte, sería capaz de separarlos jamás.

## EPÍLOGO

Rebecca enlazó su brazo al de Daniel y cerró los ojos para aspirar en profundidad el dulce aroma de los dondiegos de noche y los jazmines. La gran dama argentada, hacía rato que coronaba un cielo limpio y brillante, de tal forma que imitaba a una gran perla incrustada sobre un manto de terciopelo azul medianoche. En la intimidad que les conferían los recientemente embellecidos jardines de Old Oak, la pareja paseaba su amor en silencio, con los ojos y las manos entrelazadas. Ella se había sincerado con él y le había contado todo lo que durante esos años se había visto en la necesidad de omitir en sus cartas. Le habló de la boda que entre Martin y su madre habían orquestado sin atender a los deseos de la novia, que habían actuado de forma solapada y se habían ocupado tan solo de su propio beneficio. Le habló también de la actitud indiferente y déspota de su esposo y de la desesperación que le había provocado sentirse atrapada en un matrimonio de conveniencia. Sin salida posible, sin forma humana de escapar de él. También le contó cómo Martin había expiado sus pecados al caer enfermo, y cómo ella, durante meses, había permanecido a su lado durante su lenta y dolorosa agonía, y lo había cuidado de forma abnegada sin reprocharle nada.

Daniel la escuchó en silencio. Tener conocimiento de aquellos hechos lo hizo admirar todavía más a aquella mujer valiente y noble que paseaba a su lado, que ceñía su brazo al de él, entrelazaba los dedos y miraba al futuro con esperanza. Se detuvieron al lado de un macizo de lavanda. Él la ciñó por el talle; sus miradas se encontraron. Por un instante, se dejó engullir por el océano en calma de aquellas pupilas que lo miraban con fascinación y no pudo evitar recordar las noches que habían compartido desde su regreso a la plantación. Noches infinitas entre sábanas limpias y perfumadas, entre mullidos almohadones, cojines de raso y claros de luna. Noches en las que la sedosidad de aquel cuerpo lo había envuelto, lo había consumido por completo y se había abierto para él y solo para él como una flor recién desperezada. Noches en las que los besos, las caricias, los suspiros y los gemidos de placer habían creado para ellos una dimensión desconocida y jamás imaginada. La vergüenza y las inhibiciones ya no tenían cabida entre ellos; solo estaban sus cuerpos hambrientos de deseo y placer, de recorrerse e identificarse el uno al otro, de fundirse en uno solo hasta alcanzar el verdadero éxtasis de los sentidos: todo eso se había convertido en un juego placentero y buscado. Y solo el cielo era el límite.

—Has sido muy valiente, Rebecca, has sabido sacar adelante la plantación mejor de lo que lo habría hecho cualquier hombre. —Acarició con el pulgar la superficie tersa de sus labios—. Es por eso que te admiro y te amo.

—No habría podido hacerlo sola.

—Estoy seguro de que sí. Una mujer con determinación es capaz de mover el mundo.

Esta vez, los pulgares se deslizaron sobre las redondeadas mejillas en una suave caricia.

—¿En qué piensas?

—En que estoy deseando que llegue el final del verano para convertirte en mi esposa. Señora Masen. —Besó la punta de su nariz—. Suena muy bien.

Rebecca se alzó hacia él; lo besó en la barbilla, la acarició con los labios.

—Suena maravillosamente.

Daniel sonrió y paseó la vista por los alrededores. Disfrutó al observar los árboles recién plantados que daban nueva savia al jardín. También, la mansión, con su fachada de tablas superpuestas recién clavadas y pintadas, esta vez de verde claro, y su tejado nuevo. Una profunda sensación de bienestar y paz se apoderó de él.

—Este ha sido el hogar de mis padres —empezó a hablar—, también el mío hasta que las cosas se torcieron. Me alegra poder concederme, concedernos a ambos, una segunda oportunidad. Las cosas pueden volver a ser como eran al principio. Quiero que sean como al principio. Old Oak nunca debió convertirse en un infierno. Mi padre siempre deseó que esta plantación fuera un verdadero hogar para los que vivieran en ella.

—Y lo será. —Rebecca acarició el largo cabello de Daniel—. Criaremos juntos a Sarah y Grace, formaremos la familia que siempre debió ser.

—Y llenaremos los jardines de niños y niñas malcriados que entenderán y respetarán la igualdad entre seres humanos.

Rebecca sonrió. Todo el sufrimiento que la guerra había acarreado tenía que servir para algo.

—Old Oak florecerá y dará trabajo a mucha gente. Todo volverá a ser como antes de la guerra.

Daniel asintió. Un sonido metálico procedente de la mansión captó la atención de ambos.

—Burdetta nos reclama para cenar, no debemos hacer esperar a esas chiquillas.

—Ni al pequeño Ptolemy, o acabarán devorándose entre sí.

Rebecca rio la ocurrencia de Daniel. A continuación, se alzó ligeramente y lo besó en los labios. Con el brazo todavía enlazado en el de él, dejaron atrás la quietud de los jardines para dirigirse a la casa donde su nueva familia los esperaba.

## NOTA DE LA AUTORA

Gran parte de la información y las notas de prensa ha sido extraídas directamente de fragmentos de cartas, muchas de ellas procedentes de hermanas y esposas de los que arriesgaban su vida en el campo de batalla. También, de diarios personales de oficiales y soldados de a pie de ambos bandos, y de recortes de periódicos de la época, como el *Harper's Weekly* de Estados Unidos o el *The Times* londinense. La mayoría de estas compilaciones se pueden encontrar en *La Guerra de Secesión*, libro recopilatorio de Víctor Austin, o en las hemerotecas virtuales estadounidenses.